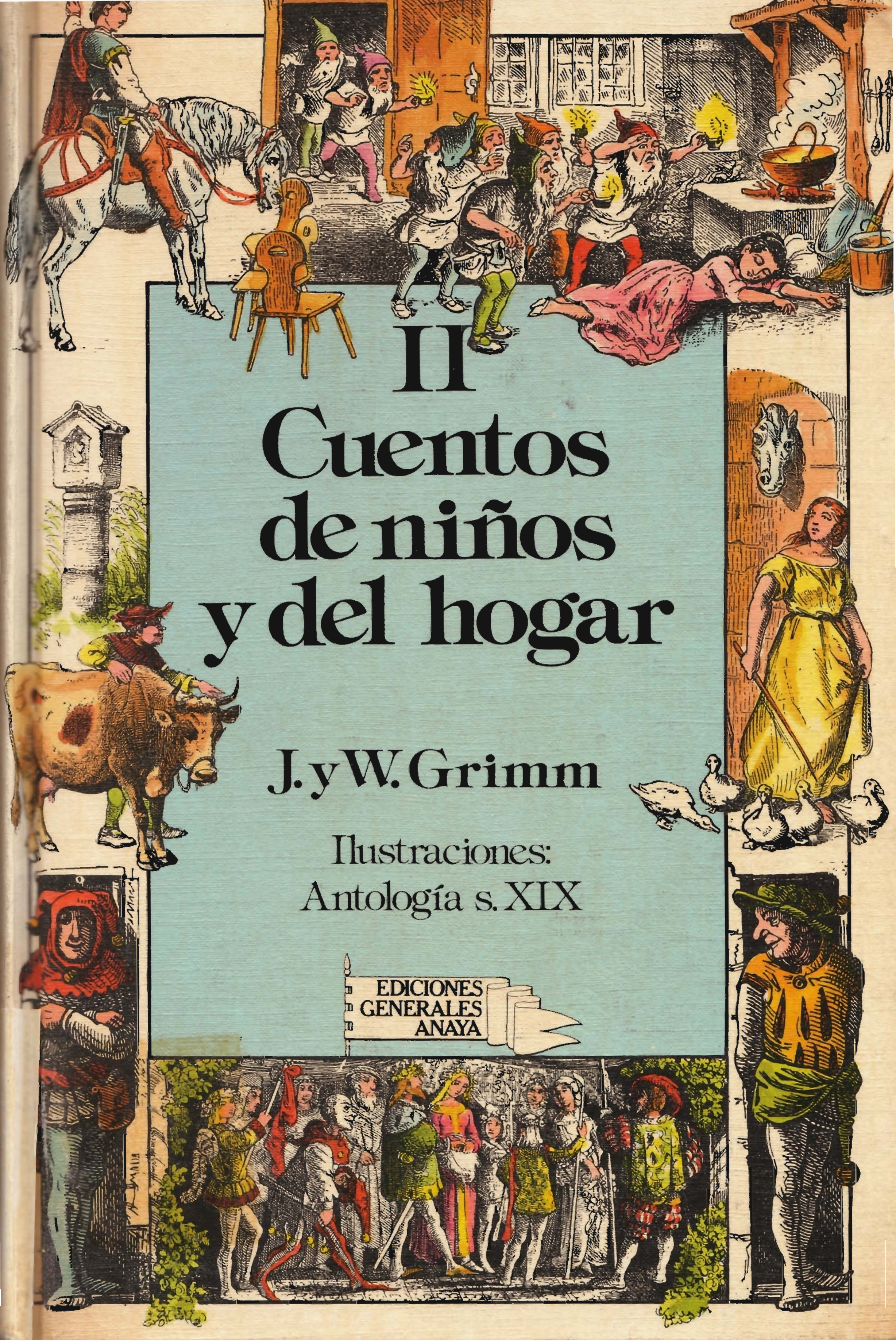

II
Cuentos de niños y del hogar
J. y W. Grimm
Ilustraciones:
Antología s. XIX
EDICIONES
GENERALES
ANAYA



Wilhelm Carl Grimm (1786-1859) y Jacob Ludwig Carl Grimm (1785-1863)

II
Cuentos de niños y del hogar

J. y W. Grimm

Traducción:
María Antonia Seijo Castroviejo

Ilustración:
Max Adamo, Theodor Hosemann, Egon N. Neureuther, Franz Pocci, Hermann Scherenberg, Oswald Sickert y Ludwig Voltz

EDICIONES GENERALES ANAYA

La presente obra es traducción directa e íntegra de la séptima edición completa de los Cuentos de niños y del hogar, *Berlín, 1857. Las ilustraciones de este volumen corresponden a los siguientes ilustradores del siglo XIX: Franz Pocci (1807-1886):* El rey Pico de Tordo; *Theodor Hosemann (1807-1875):* Blancanieves; *Egon N. Neureuther (1806-1882):* El Enano Saltarín; *Ludwig Voltz (1825-¿?):* Juan el de la Suerte; *Oswald Sickert (1828-¿?):* La niña de los gansos; *Max Adamo (1837-1901):* El pobre aprendiz de molinero y la gatita, y *Hermann Scherenberg (1826-1897):* El judío en el espino.

Cubierta: Jose María Ponce

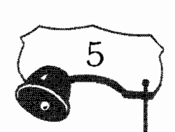
Grabado de los autores: Ludwig Emil Grimm

Título original:
Kinder- und Hausmärchen, Berlín, 1812-1857

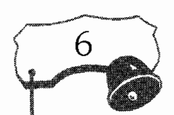
Villafranca, 22. 28028 Madrid

1.ª edición, diciembre 1985

ISBN: 84-7525-302-4 (Obra completa)
ISBN: 84-7525-319-9 (Volumen II)
Depósito Legal: M. 42269/1985
Impreso en Josmar, S. A.
Artesanía, 17
Polígono Industrial de Coslada (Madrid)
Printed in Spain



Indice



Vocabulario *

Barbero: Aquí tiene el sentido medieval de «cirujano». Los cirujanos barberos se ocupaban, sobre todo, de efectuar las sangrías.

Brabante: Bolsa hecha con lienzo fabricado en el territorio del mismo nombre. *Brabante* fue una región histórica, hoy repartida entre Bélgica y los Países Bajos, célebre por la famosa leyenda de *Santa Genoveva de Brabante.*

Carbunclo: Rubí. Se le dio este nombre suponiendo que lucía en la oscuridad como un carbón encendido.

Carpe: Ojaranzo, variedad de jara de hojas acorazonadas, grandes y lampiñas.

Celemín: Antigua medida para áridos que en Castilla equivalía a una doceava parte de la fanega.

Cernícalo: Ave rapaz, de la familia del halcón, de cabeza grande y plumaje rojizo manchado de negro.

Cruzado: Moneda antigua con una cruz en el anverso.

Destazamiento: Acción y efecto de destazar o despedazar las reses destinadas a carne.

Ducado: Moneda de oro del imperio austrohúngaro.

Espetón: Hierro largo y delgado en que se ensarta la carne que se va a asar.

Esteva: Pieza corva y trasera del arado, sobre la cual lleva la mano el que ara para dirigir la reja y apretarla contra la tierra.

Fanega: Medida de capacidad para áridos que en Castilla tenía doce celemines y equivalía a cincuenta y cinco litros y medio.

Feldespato: Silicato de aluminio y de calcio, sodio o potasio, o mezcla de estas bases, que forma parte de muchas rocas.

Filloa: Especie de tortilla que se hace con harina, yemas de huevo batidas y un poco de leche. El nombre elegido para la traducción corresponde a una especialidad culinaria gallega.

Grifo: Pájaro fabuloso con el cuerpo de león, y garras, alas y cabeza de águila. En la mitología griega acompañaba a Apolo como animal sagrado.

Hohenfuerth: Ciudad checoslovaca de Bohemia del Sur, situada en el Moldava.

Lúpulo: Planta cannabácea, perenne y trepadora, de tallo largo (de dos a cinco metros) anguloso y piloso y hojas en forma de corazón de tres a cinco lóbulos.

Noval: Tierra que se cultiva por primera vez.

Perifollo: Planta anual, de la familia de las umbelíferas, con tallos finos, estriados, hojas recortadas y flores pequeñas.

Pértigo: Lanza del carro.

Reyezuelo: Pájaro de pequeño tamaño y forma redonda, de pico corto y delgado y plumaje verde oliváceo con franjas blancas en las alas.

Stromberg: Puede referirse a una ciudad de Renania-Palatinado, donde existen las ruinas de un castillo.

Tálero: Antigua moneda de plata.

Weser: Río que baña el norte de Alemania y desemboca en el Mar del Norte.

Yugada: Espacio de tierra de labor que puede arar una yunta en un día.

* En este vocabulario figuran las palabras que en el texto aparecen con asterisco.





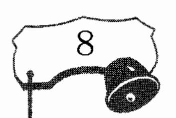
El rey Pico de Tordo

Un rey tenía una hija hermosa sobremanera, pero tan orgullosa y soberbia al mismo tiempo que ningún pretendiente le parecía bien. Despreciaba a uno tras otro y encima hacía mofa de ellos. Una vez dio el rey una gran fiesta e invitó a todos los hombres, de lejos y de cerca, con ganas de casarse. Todos fueron colocados en fila, según su rango: primero vinieron los reyes, luego los duques, los príncipes, condes y barones y, finalmente, los nobles. La hija del rey recorrió la fila, pero a cada uno tenía una pega que ponerle. Uno le parecía demasiado gordo: «¡Vaya tonel!», se decía; el otro demasiado alto: «Alto y largo, maldito lo que valgo»; el tercero, demasiado bajo: «¡Vaya retaco!»; el cuarto, muy pálido: «¡Ahí va la pálida muerte!»; el quinto, demasiado colorado: «¡Anda el coloretes!»; el sexto no andaba demasiado derecho: «Más torcido que un cayado», y así a cada uno le sacaba una falta, pero especialmente se rió de un buen rey que estaba a la cabeza de la fila y cuya barbilla le había crecido un poco torcida:

—¡Huy! —y se rió—. Ese tiene una barbilla como el pico de un tordo.

Y desde ese momento se quedó con el nombre de Pico de Tordo.

El anciano rey, cuando vio que su hija no hacía más que burlarse de la gente y que despreciaba a todos los pretendientes, estalló en cólera y juró que se la daría por marido al primer pordiosero que llegara a su puerta.



Unos días más tarde, un músico empezó a cantar debajo de la ventana para ganarse con ello una limosna escasa. Cuando el rey le oyó, dijo:

—Hacedle subir.

Entró el músico con sus vestidos sucios y andrajosos, cantó ante el rey y su hija, y pidió, cuando había terminado, que le dieran un pequeño donativo. El rey dijo:

—Tu canto me ha gustado tanto, que te daré a mi hija por esposa.

La hija del rey se asustó, pero el rey dijo:

—He hecho el juramento de entregarte al primer pordiosero, y quiero cumplirlo.

No valió que protestara; llamaron al párroco y tuvo que casarse inmediatamente con el músico. Una vez hecho esto, dijo el rey:

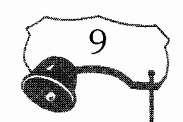
—No es conveniente ahora que tú, siendo la mujer de un pordiosero, vivas por más tiempo en palacio. Así que ya te puedes ir con tu marido.

El pobre la sacó de allí cogida de la mano y tuvo que marcharse a pie con él. Cuando llegaron a un gran bosque, ella preguntó:

—¿De quién es este gran bosque
tan hermoso?
—Es del rey Pico de Tordo
que quiso hacerse tu esposo.
—¡Ay de mí, pobre doncella,
ojalá su esposa fuera!

Más tarde llegaron a una pradera, y ella volvió a preguntar:





—¿De quién es esta pradera
tan hermosa?
—Es del rey Pico de Tordo
que quiso hacerte su esposa.
—¡Ay de mí, pobre doncella,
ojalá mi esposo fuera!

A continuación pasaron por una gran ciudad, y ella volvió a preguntar:

—¿De quién es esta ciudad
tan hermosa?
—Es del rey Pico de Tordo
que quiso hacerte su esposa.
—¡Ay de mí, pobre doncella,
ojalá mi esposo fuera!

—No me gusta nada —dijo el músico— que siempre estés deseando a otro por marido. ¿Acaso no soy suficientemente bueno para ti?

Finalmente llegaron a una casita pequeñísima, y entonces dijo ella:

—¡Ay, Dios, qué casa tan chica,
y tan extraña!
¿De quién será esta cabaña?

El músico contestó:

—Es tu casa y mi casa, y aquí viviremos juntos.

Ella tuvo que agacharse para poder entrar por la pequeña puerta.

—¿Dónde están tus servidores? —dijo la hija del rey.

—¿Qué servidores? —contestó el pobre—. Tú misma tendrás que hacer lo que quieras que se haga. ¡Enciende rápidamente el fuego y pon agua para hacer la comida, que estoy muy cansado!

La hija del rey no tenía ni idea de encender el fuego ni de cocinar, y el pobre tuvo que echar una mano para que todo saliera aceptablemente.

Cuando hubieron comido la escasa cena se acostaron. Pero a la mañana siguiente la sacó muy temprano de la cama para que se ocupara de la casa. Durante algunos días vivieron de esta manera, con esfuerzo y comiendo de las provisiones que había. Una vez dijo el marido:

—Mujer, esto no puede seguir así mucho tiempo: comemos y no ganamos nada. Tendrás que ponerte a tejer cestos.

El se marchó, cortó mimbres y los trajo a casa. Ella comenzó a

tejer, pero los duros juncos la lastimaban pinchándole sus delicadas manos.

—Ya veo —dijo el hombre— que esto no marcha; será mejor que hiles, quizá lo sepas hacer con más facilidad.

Ella se sentó e intentó hilar, pero el rudo hilo le cortó los blandos dedos, de manera que la sangre le manaba de ellos.

—¿Ves? —dijo el hombre—. No sirves para hacer ningún trabajo, no he tenido mucha suerte contigo. Intentaré negociar con ollas y vasijas de barro; tú irás al mercado y pondrás la mercancía a la venta.

«¡Ay! —pensó ella—. Si llega gente del reino de mi padre al mercado y me ven allí sentada vendiendo, cómo se van a burlar de mí...»

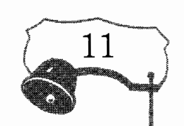
Pero no le sirvió de nada lamentarse y tuvo que obedecer, si no quería morirse de hambre. La primera vez todo salió bien, pues la gente compraba gustosamente a la mujer, porque era hermosa, y le pagaban lo que pedía, e incluso muchos le daban el dinero y le dejaban las ollas. En lo sucesivo vivieron de lo que ella había conseguido mientras les duró. Luego el marido volvió a comprar una tanda de cacharros de cocina. Ella se sentó en un rincón del mercado y los colocó a su alrededor y los puso a la venta. Pero de pronto pasó como un rayo un húsar borracho, cabalgando precisamente por encima de las ollas, de tal manera que todas saltaron en miles de añicos. Ella empezó a llorar y no sabía qué hacer del miedo que tenía.

—¡Ay, qué me pasará! —gritaba ella—. ¿Qué va a decir a esto mi marido?

Volvió corriendo a casa y le contó la desgracia.

—¿A quién se le ocurre sentarse en un rincón del mercado





con una batería así? —dijo el marido—. Deja de llorar, ya me doy cuenta de sobra: a ti no se te puede utilizar para ningún trabajo decente. He ido al palacio de nuestro rey y he preguntado si necesitaban una moza que ayude en la cocina, y me han prometido que te emplearán. A cambio recibirás comida gratis.

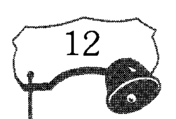
Pues bien, ahora la hija del rey era un pinche de cocina, tenía que ayudar al cocinero y hacer el trabajo más ingrato. Se ató a ambos bolsillos una ollita con una cuerda y en ellas traía a casa lo que le correspondía de las sobras y con eso se alimentaban. Aconteció que se celebró la boda del hijo mayor del rey, y entonces la pobre mujer subió, se colocó ante la puerta del salón y quiso mirar. Cuando las luces estaban encendidas y todo brillaba de lujo y magnificencia, y entraba cada vez un invitado más hermoso que el otro, recordó su suerte con corazón pesaroso, y maldijo su orgullo y soberbia que la habían denigrado y la habían hecho caer en aquel estado de pobreza. De las exquisitas viandas que eran llevadas y sacadas de allí y cuyo olor llegaba hasta ella, le lanzaban los sirvientes a veces unos cuantos trozos, que ella metía en sus ollitas para llevárselas a casa.

De pronto apareció el príncipe, que iba vestido de terciopelo y seda, con cadenas de oro alrededor del cuello, y que cuando vio a la hermosa mujer en la puerta, la cogió de la mano y quiso bailar con ella, pero ella se negó y se asustó, pues vio que era el rey Pico de Tordo, que la había cortejado y que ella había rechazado. Su resistencia no le sirvió de mucha ayuda; él la arrastró hasta la sala, pero en aquel momento se rompió la cuerda de los bolsillos, y las ollas se cayeron al suelo, de tal manera que se derramó la sopa y saltaron los pedazos de comida. Cuando la gente vio esto se originó una risa y burla general, y ella sintió tal vergüenza que hubiera querido que se la tragase la tierra. Salió corriendo por la puerta y quiso huir, pero en la escalera la detuvo un hombre y la volvió a llevar al salón y, cuando ella miró, vio que era otra vez el rey Pico de Tordo. El, sin embargo, le habló afablemente:

—No temas, yo y el músico que ha vivido contigo en la casucha miserable somos la misma persona; por amor a ti me disfracé de esa manera, y el húsar que te rompió los cacharros también fui yo. Hice todo eso para vencer tu orgullo y castigarte por la soberbia con que te burlaste de mí.

A continuación ella lloró amargamente y dijo:

—He cometido una gran injusticia y no soy digna de ser tu mujer.

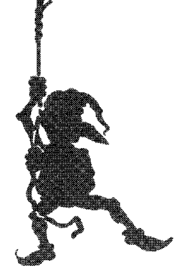


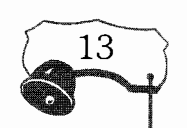
El, sin embargo, dijo:

—Consuélate, los malos tragos han pasado ya; ahora celebraremos nuestra boda.

A esto llegaron las camareras y la vistieron con los trajes más lujosos, y vino su padre y toda la corte le deseó mucha felicidad en su boda con el rey Pico de Tordo, y la alegría comenzó a reinar en aquel momento. Me hubiera gustado que tú y yo también hubiéramos estado allí.







Blancanieves

Una vez en medio del invierno, cuando los copos de nieve caían como plumas, estaba sentada una reina cosiendo junto a una ventana que tenía un marco de negra caoba. Y mientras estaba cosiendo y miraba la nieve se pinchó con la aguja en el dedo y cayeron tres gotas de sangre en la nieve. Como el rojo estaba tan hermoso en la nieve pensó para sí:

«¡Ojalá tuviera yo una hija tan blanca como la nieve, tan roja como la sangre y tan negra como la madera del marco!»

Poco después tuvo una hijita tan blanca como la nieve, tan roja como la sangre y de cabellos tan negros como la caoba, y por eso la llamó Blancanieves. Después de nacer la niña, murió la reina.

Transcurrido un año, el rey volvió a tomar otra esposa. Era una bella mujer, pero tan orgullosa y soberbia, que no podía aguantar que nadie la superara en belleza. Tenía un espejito mágico, y cuando se colocaba ante él y se miraba decía:

—Espejito, espejito,
dime una cosa:
¿Quién es de estos contornos
la más hermosa?

El espejo contestaba así:

—Reina y señora,
vos sois de estos contornos
la más hermosa.

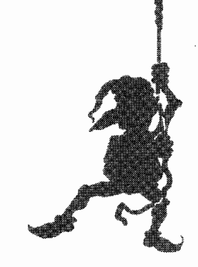
Y ella se sentía feliz, pues sabía que el espejo decía la verdad.

Blancanieves, sin embargo, creció y cada vez se volvía más hermosa, y cuando tenía siete años lo era tanto como una mañana de mayo, y superaba en hermosura a la reina. Esta un día preguntó al espejo:

—Espejito, espejito,
dime una cosa:
¿Quién es de estos contornos
la más hermosa?

Y él contestó de esta manera:

—La más bella erais, reina,
vos hasta ahora.
Pero ya Blancanieves
es más hermosa.



La reina se asustó y se puso amarilla y verde de envidia. Desde ese momento cada vez que veía a Blancanieves se ponía enferma de lo mucho que la odiaba. Y la envidia y la soberbia crecían como mala hierba en su corazón cada vez más, de tal manera que no encontraba descanso ni de día ni de noche. Entonces hizo llamar a un cazador y dijo:

—Llévate la niña al bosque, no quiero verla nunca más ante mis ojos. Mátala, y como prueba tráeme los pulmones y el hígado.

El cazador obedeció y se la llevó de allí, y cuando ya había sacado el cuchillo de monte y quería agujerear con él el inocente corazón de Blancanieves, ésta comenzó a llorar y prometió:

—¡Ay, querido cazador, yo me internaré corriendo en el bosque salvaje y no regresaré nunca más a casa!

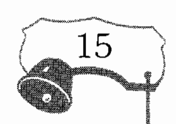
Como era tan hermosa, el cazador se compadeció y dijo:

—Está bien, vete, pobre niña.

«Pronto serás pasto de las alimañas», pensó, y sintió como si le hubieran quitado un gran peso de encima, porque no necesitaba matarla. Y cuando pasó por allí saltando un jabato, lo mató y le sacó los pulmones y el hígado, y se los llevó a la reina como prueba. El cocinero tuvo que cocerlos con sal, y la malvada mujer se los comió pensando que se había comido los pulmones y el hígado de Blancanieves.

Ahora estaba la pobre niña en medio del bosque totalmente sola y tenía tanto miedo que miraba todas las hojas de los árboles





atentamente y no sabía qué hacer. Entonces comenzó a correr y corrió por los puntiagudos peñascos y entre los espinos, y los animales salvajes pasaban a su lado, pero sin hacerle nada. Corrió tanto como se lo permitieron sus pies, hasta que pronto se hizo de noche; en ese momento vio una casita y entró en ella para descansar. En la casita todo era pequeño, pero tan gracioso, y estaba tan limpio que no se puede ni decir. Allí había una mesita con un mantel blanco y siete platitos, cada platito con su cucharita, además de siete cuchillitos, siete tenedorcitos y siete vasitos. En la pared había siete camitas colocadas una detrás de otra y cubiertas con siete sábanas blancas como la nieve. Blancanieves, como estaba muerta de hambre y sed, comió de cada platito un poco de legumbre y pan y bebió de cada vaso una gota de vino, pues no quería comerse todo lo de uno. Luego, como estaba cansada, se echó en una camita, pero ninguna le servía: una era muy grande, la otra muy pequeña, hasta que finalmente la séptima fue la justa y allí se tumbó, se encomendó a Dios y se durmió.

Cuando se hizo totalmente de noche, llegaron los amos de la casita; eran los siete enanos que picaban en las montañas buscando minerales. Encendieron sus siete lamparitas y al iluminarse la casa vieron que alguien había esto allí dentro, pues no estaba todo en el orden en que ellos lo habían dejado. El primero dijo:

—¿Quién se ha sentado en mi sillita?

El segundo:



—¿Quién ha comido de mi platito?
El tercero:
—¿Quién ha cogido de mi pan?
El cuarto:
—¿Quién ha comido de mis legumbres?
El quinto:
—¿Quién ha pinchado con mi tenedorcito?
El sexto:
—¿Quién ha cortado con mi cuchillito?
El séptimo:
—¿Quién ha bebido de mi vasito?

Entonces se volvió el primero y vio que en su cama había un pequeño hoyo, y exclamó:

—¿Quién se ha subido a mi camita?

Los demás se acercaron corriendo y gritaron:

—¡En la mía ha estado también alguien!

El séptimo, sin embargo, al mirar su cama, descubrió a Blancanieves, que estaba echada en ella y dormía. Entonces llamó a los otros, que cogieron sus siete lamparitas y alumbraron a Blancanieves.

—¡Huy, Dios mío, huy, huy, Dios mío! —exclamaron—. ¡Qué hermosura de niña!

Y tuvieron tal alegría que no despertaron a la niña, sino que la dejaron seguir durmiendo. El séptimo enano durmió con sus camaradas, con cada uno una hora, y así se pasó la noche.

Cuando a la mañana siguiente despertó Blancanieves y vio a los siete enanos, se asustó. Ellos fueron, sin embargo, amables y le preguntaron:

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Blancanieves —contestó.

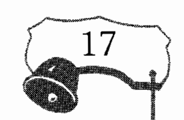
—¿Cómo has llegado a nuestra casa? —siguieron preguntando los enanos.

Ella les contó que su madrastra la había querido matar, que el cazador le había perdonado la vida, y que había estado andando todo el día hasta que encontró la casa. Los enanos dijeron:

—Si te quieres ocupar de nuestra casa, cocinar, hacer las camas, lavar, coser y tejer y tenerlo todo en orden y limpio, te puedes quedar con nosotros y no te faltará nada.

—Sí —dijo Blancanieves—, con mucho gusto —y se quedó con ellos.

Ella mantenía la casa en orden. Por la mañana ellos se iban a las montañas y buscaban cobre y oro, por la tarde regresaban y



tenía que estar preparada la comida. Por el día estaba la muchacha sola; los buenos enanos la habían puesto en guardia diciendo:

—Ten cuidado con tu madrastra; pronto sabrá que estás aquí. No dejes entrar a nadie.

La reina, después de haberse comido los pulmones y el hígado de Blancanieves, sólo pensaba en que ella era, de nuevo, la primera y la más hermosa. Se puso delante de su espejo y dijo:

—Espejo, espejito,
dime una cosa:
¿Quién es de estos contornos
la más hermosa?



El espejo respondió:

—La más bella de aquí
sois vos, señora,
pero aún Blancanieves
es más hermosa.
Vive allá abajo,
cuidando la casita
de los enanos.



Se asustó ante esto, pues sabía que el espejo no decía mentiras, y se dio cuenta de que el cazador la había engañado y que Blancanieves estaba viva todavía. Entonces se puso a reflexionar largamente en cómo podía matarla, pues mientras ella no fuera la más hermosa del país la envidia no la dejaba vivir. Y cuando finalmente hubo decidido algo, se pintó la cara, se vistió como una vieja buhonera y quedó irreconocible. Así se fue por los siete montes a casa de los siete enanos, y llamó a la puerta gritando:

—¡Buena mercancía a la venta!

Blancanieves se asomó a la ventana y dijo:



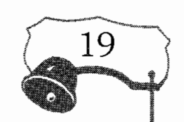
—Buena mujer, ¿qué traéis para vender?

—Buena y hermosa mercancía: cordones de todos los colores —y sacó uno que estaba tejido con una seda polícroma.

«A esta honrada mujer la puedo dejar entrar», pensó Blancanieves, descorrió el cerrojo y se compró los bonitos cordones.

—Niña —dijo la vieja—, qué bien te sientan; te voy a ceñir el corpiño con ellos.

Blancanieves, sin sospechar nada, se colocó ante ella y se dejó



ceñir el corpiño con los cordones nuevos, pero la vieja se los ató tan rápidamente y tan fuerte, que Blancanieves perdió la respiración y cayó como muerta.

—Ahora ya has dejado de ser la más hermosa —dijo la vieja, y se marchó apresuradamente.

Poco después, a la caída de la tarde, regresaron los siete enanos a casa y se asustaron cuando vieron a su querida Blancanieves tumbada en el suelo, inmóvil como si estuviera muerta. La levantaron y, como vieron que estaba atada con tal fuerza, le cortaron en dos los cordones. Entonces comenzó a respirar poco a poco y fue volviendo a la vida progresivamente. Cuando los enanos oyeron lo que había pasado, dijeron:

—Esa vieja no era otra que la impía reina. Ten cuidado y no dejes entrar a nadie si no estamos contigo.

La malvada mujer, sin embargo, cuando llegó a casa, se puso ante el espejo y preguntó:

—Espejito, espejito,
dime una cosa:
¿Quién es de estos contornos
la más hermosa?

El contestó, como las otras veces:

—La más bella de aquí
sois vos, señora,
pero aún Blancanieves
es más hermosa.
Vive allá abajo,
cuidando la casita
de los enanos.

Cuando oyó esto se le subió toda la sangre a la cabeza, y se asustó, pues vio que Blancanieves había recobrado la vida de nuevo.

—Bien —dijo—, ahora voy a pensar algo que acabe contigo.

Y con las artes de bruja que ella conocía hizo un peine envenenado. Luego se disfrazó y tomó la apariencia de otra anciana. Caminó por los siete montes a casa de los siete enanos, y llamó a la puerta gritando:

—¡Buena mercancía a la venta, a la venta!

Blancanieves se asomó y le dijo:

—Sigue tu camino, no puedo dejar entrar a nadie.

—Pero mirar te estará permitido —dijo la vieja.

Sacó el peine envenenado y lo mantuvo en alto. A la niña le gustó tanto, que se dejó seducir y abrió la puerta. Cuando se habían puesto de acuerdo en la compra, dijo la vieja:

—Bueno, ahora te voy a peinar como es debido.

La pobre Blancanieves no pensó en nada malo y dejó hacer a la vieja, pero apenas le había metido el peine en el pelo, cuando el veneno hizo su efecto, y la muchacha cayó sin sentido al suelo.

—Tú, dechado de belleza —dijo la malvada mujer—, ahora ya te has muerto —y se marchó.

Por suerte pronto se hizo de noche y los siete enanitos regresaron a casa. Cuando vieron a Blancanieves tumbada en el suelo como muerta, sospecharon rápidamente de la madrastra y buscaron hasta encontrar el peine envenenado, y apenas lo sacaron, volvió Blancanieves en sí y contó lo que había pasado. De nuevo le dijeron que estuviera alerta, que tuviera cuidado y que no abriera la puerta a nadie.

La reina se colocó en casa ante el espejo y dijo:

—Espejito, espejito,
dime una cosa:
¿Quién es de estos contornos
la más hermosa?

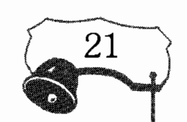
El contestó como lo había hecho antes:

—La más bella de aquí
sois vos, señora,
pero aún Blancanieves
es más hermosa.
Vive allá abajo,
cuidando la casita
de los enanos.

Cuando oyó hablar así al espejo, se puso a temblar de ira:

—¡Blancanieves tiene que morir —gritó—, aunque me cueste la vida!

Después de esto se fue a una cámara escondida y solitaria, donde no podía entrar nadie, y preparó una manzana envenenada. Externamente tenía un aspecto muy hermoso, con una parte blanca y otra roja, de tal manera que a todo el que la viera le apetecería, pero tan pronto como comiera un trocito moriría. Cuando estuvo lista la manzana, se pintó la cara y se disfrazó de campesina y fue por los siete montes a casa de los siete enanos. Llamó, y Blancanieves, que asomó la cabeza por la ventana, dijo:



—No puedo dejar entrar a nadie, los enanos me lo han prohibido.

—Me parece bien —dijo la campesina—, pero yo quiero librarme de mis manzanas. Toma, te voy a regalar una.

—No —dijo Blancanieves—, no puedo aceptar nada.

—¿Temes que esté envenenada? —dijo la vieja—. Mira —la cortó en dos pedazos—. Tú te comes la parte roja y yo me como la blanca.

La manzana estaba tan bien preparada que solamente la parte roja era la envenenada. A Blancanieves le apeteció, y cuando vio que la campesina comía de ella, no pudo resistir durante mucho tiempo la tentación, sacó la mano y cogió la mitad envenenada. Apenas había dado un bocado, cayó muerta al suelo. La reina la contempló con una mirada espeluznante y, riéndose en voz alta, dijo:

—¡Blanca como la nieve, roja como la sangre y negra como la caoba, esta vez no te podrán despertar los enanos!

Y cuando estuvo en casa, le preguntó al espejo:

—Espejito, espejito,
dime una cosa:
¿Quién es de estos contornos
la más hermosa?

El espejo le contestó por fin:



—Reina y señora,
vos sois de estos contornos
la más hermosa.

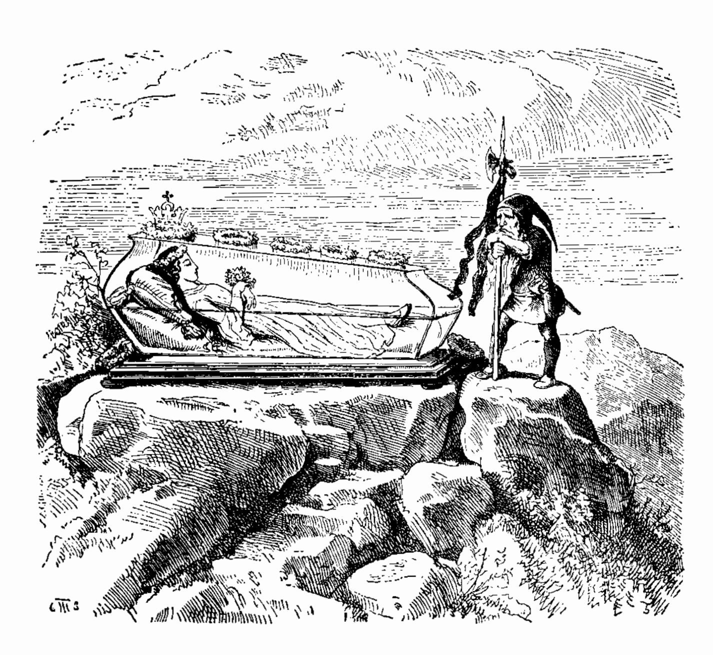
Su envidioso corazón encontró la calma en la medida en que la puede encontrar un corazón envidioso.

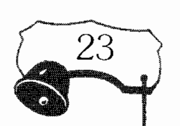
Los enanitos, al llegar a casa, se encontraron a Blancanieves tirada en el suelo y de su boca no salía el menor aliento y estaba muerta. La levantaron y buscaron para ver si encontraban algo venenoso, le desabrocharon el corpiño, la peinaron y la lavaron con agua y vino, pero no sirvió de nada. La querida niña estaba muerta y permaneció muerta. Entonces la pusieron en unas angarillas y se colocaron a su lado los siete, y lloraron y lloraron durante tres días. Luego quisieron enterrarla, pero tenía la misma apariencia que una persona viva, y conservaba todavía sus hermosas mejillas rojas. Dijeron:

—No podemos meterla en la negra tierra.

Y construyeron un ataúd de vidrio, y con letras doradas escribieron su nombre, y que era una princesa. Colocaron el ataúd en la montaña y uno de ellos permanecía allí siempre de guardia. Los animales vinieron y lloraron también a Blancanieves, primero una lechuza, luego un cuervo y por último una palomita.

Durante mucho tiempo estuvo Blancanieves en el ataúd sin descomponerse; parecía que estaba durmiendo, pues todavía era





tan blanca como la nieve, tan roja como la sangre y con los cabellos tan negros como la caoba.

Sucedió que un príncipe vino a parar al bosque y llegó hasta la casa de los enanos para pasar allí la noche. Vio el ataúd en la montaña y a la hermosa Blancanieves en él y leyó lo que estaba escrito en letras de oro. Entonces dijo a los enanos:

—Dejadme el ataúd, y os daré lo que pidáis por él.

Pero los enanos dijeron:

—No lo damos por todo el oro del mundo.

A esto dijo él:

—Regaládmelo entonces; no puedo vivir ya más sin ver a Blancanieves; la respetaré y honraré como lo más querido.

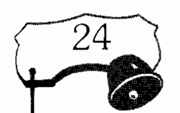
Cuando habló así, los enanos sintieron compasión y le dieron el ataúd. El príncipe hizo que lo llevaran sus sirvientes a cuestas. Entonces acaeció que tropezaron con un arbusto, y por la sacudida, se salió de la garganta el trozo de manzana envenenada que había mordido Blancanieves. Poco después abrió los ojos, levantó la tapa del ataúd, y se enderezó. Había recobrado nuevamente la vida.

—¡Ay, Dios mío! —dijo—. ¿Dónde estoy?

El príncipe, lleno de gozo, dijo:

—Te quiero por encima de todas las cosas. Ven conmigo al palacio de mi padre, y serás mi mujer.





A Blancanieves le pareció bien y se fue con él, y su boda fue celebrada grandiosamente. A la fiesta fue invitada la horrible madrastra de Blancanieves. Cuando ya se había puesto sus hermosas vestiduras, se acercó al espejo y dijo:

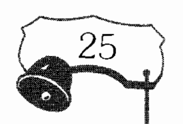
—Espejito, espejito,
dime una cosa:
¿Quién es de estos contornos
la más hermosa?

El espejo respondió:

—La más bella de aquí
sois vos, señora,
pero la joven reina
es más hermosa.

La malvada mujer soltó una maldición y tuvo tanto, tanto miedo que no pudo dominarse. No quiso asistir a la boda, pero no conseguía estar tranquila, y se decidió a ir a ver a la joven reina. Y cuando entró, reconoció a Blancanieves, y de miedo y horror se quedó quieta sin moverse. Pero ya habían sido colocadas al fuego unas sandalias de hierro y se las trajeron con tenazas y las pusieron ante ella. Tuvo que ponerse los zapatos ardiendo como brasas y bailar hasta que cayó muerta al suelo.





El morral, el sombrerillo y el cuerno

Hubo una vez tres hermanos. Habían llegado a ser tan pobres, y finalmente la necesidad fue tan grande, que empezaron a pasar hambre y llegaron a no tener nada que llevarse a la boca. Entonces dijeron:

—Esto no puede seguir así: es mejor que salgamos al mundo a probar fortuna.

Se pusieron en marcha y anduvieron por muchos caminos y campos sin tropezar con la fortuna. Un buen día llegaron a un gran bosque en cuyo centro había una montaña, y al acercarse vieron que la montaña estaba llena de plata. A esto habló el mayor:

—Bien, ya he encontrado la fortuna soñada y no exijo ninguna otra mayor.

Cogió tanta plata como pudo llevar, se dio la vuelta y regresó a su casa. Los otros dos dijeron:

—Nosotros exigimos de la fortuna algo más que simple plata.

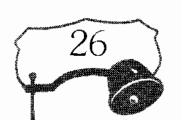
No la tocaron y continuaron su camino. Después de haber andado unos cuantos días, llegaron a un monte lleno de oro. El segundo hermano se paró, meditó y dudó:

—¿Qué debo hacer? —dijo—. ¿Debo coger el oro suficiente para toda mi vida, o debo seguir?

Finalmente tomó una decisión, llenó sus bolsillos con todo lo que le cabía en ellos, le dijo a su hermano adiós y regresó a casa. El tercero, sin embargo, pensó:

«Plata y oro no me emocionan; no quiero renunciar a mi suerte, a lo mejor me está reservado algo mejor.»

Siguió andando y, tres días después, llegó a un bosque más grande que los anteriores y que parecía no tener fin. Como no encontró comida ni bebida, estuvo casi a punto de perecer. Se subió entonces a un alto árbol para ver si desde la copa podía ver el final del bosque, pero en lo que le alcanzaba su vista no divisó más que copas de árboles; se dispuso a bajarse de nuevo, pero el hambre le martirizaba tanto que pensó: «Si pudiera saciar mi cuerpo, aunque fuera solamente una vez...» Cuando llegó abajo, vio con gran asombro bajo el árbol una mesa que estaba abundantemente cubierta de viandas cuyo olor llegaba hasta él. «Esta vez —se dijo— veo cumplido mi deseo en el momento oportuno», y sin preguntar quién había traído la comida y quién la había hecho, se acercó a la mesa y comió con apetito hasta que hubo calmado



su hambre. Cuando terminó, pensó: «Sería una pena que la buena mesita se estropeara en el bosque.» La dobló cuidadosamente y se la guardó. Después siguió andando, y por la tarde, cuando le acuciaba el hambre de nuevo, quiso someter a su mesita a prueba, la extendió y dijo:

—Deseo que nuevamente te llenes de buenas viandas.

Apenas había formulado su deseo cuando aparecieron tantas fuentes como cabían, con las más ricas comidas. «Ahora entiendo —dijo para sí— en qué cocina me hacen la comida; tú eres mejor para mí que montes de plata y oro», pues vio que era una mesita mágica.

Pero la mesa no era lo suficientemente buena para que él descansara y quiso seguir recorriendo mundo y probar fortuna.

Una tarde encontró en un bosque solitario a un carbonero, todo tiznado, que estaba quemando carbones. Sobre ellos había colocado patatas y con eso iba a hacer su comida:

—Buenas tardes, renegrido, ¿qué tal en tu soledad?

—Un día igual que el otro —respondió el carbonero— y todas las cenas con patatas. Si te gustan, puedes ser mi huésped.

—Muchas gracias —contestó el viajero—. No te quiero quitar tu poca comida, tú no contabas con un huésped; pero si me quieres hacer feliz, te invitaré yo.

—¿Quién te lo va a preparar? —dijo el carbonero—. Veo que no traes nada contigo y en cien millas a la redonda no encontrarás a nadie que te dé algo.

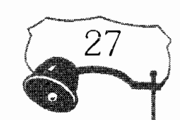
—Y, sin embargo —contestó—, será una comida tan buena, tan buena, como no la has comido nunca.

Después de esto sacó su mesita de la mochila, la extendió sobre el suelo y dijo:

—¡Mesita, llénate!

Y rápidamente aparecieron los asados y estofados tan calientes como si vinieran directamente de la cocina. El carbonero puso cara de asombro, pero no se hizo de rogar mucho tiempo, sino que se sirvió inmediatamente y cada vez se metía trozos mayores en su negra boca. Cuando terminaron de comer, el carbonero sonrió satisfecho y dijo:

—Oye, tu mesita merece mi aprobación; sería algo bueno para mí en el bosque, donde nunca tengo a nadie que me prepare cosas ricas. Te voy a proponer un cambio: allí en la esquina hay un morral de soldado, viejo e insignificante, pero en él se esconden fuerzas maravillosas. Como yo no lo necesito, te lo daré a cambio de tu mesita.



—Primero tengo que saber qué clase de fuerzas maravillosas son —contestó él.

—Te las diré —respondió el carbonero—. Si das con la mano encima, aparece cada vez un cabo con seis hombres armados, y todo lo que mandes lo realizarán.

—Por mí —dijo—, si no hay otra cosa, haremos el cambio.

Y le dio al carbonero la mesita, cogió el morral del gancho, se lo colgó y se fue.

Cuando había recorrido un trozo de camino, quiso probar las fuerzas maravillosas de su morral y le golpeó encima. Rápidamente aparecieron ante él siete héroes de guerra, y el cabo dijo:

—¿Qué quiere mi amo y señor?

—¡Marchad a paso ligero junto al carbonero y exigidle que me devuelva mi mesita!

Dieron la vuelta a la izquierda y poco tiempo después trajeron lo exigido: se lo habían quitado al carbonero sin demasiadas contemplaciones. Les hizo retirarse, y siguió su camino, esperando que la suerte le sonreiría todavía más.

A la puesta del sol llegó junto a otro carbonero que junto al fuego preparaba su comida.

—¿Quieres comer conmigo? —dijo el tiznado compañero—. Patatas con sal pero sin manteca; siéntate aquí conmigo.

—No —contestó él—, por esta vez serás tú mi invitado.

Y puso su mesa, que rápidamente se cubrió de las más ricas comidas. Comieron y bebieron de buen humor. Después de la comida dijo el carbonero:

—Ahí arriba en el banco tengo un viejo sombrerillo manoseado, que tiene extrañas cualidades: si uno se lo pone y le da la vuelta en la cabeza, aparecen doce cañones, uno al lado del otro, como si estuvieran alineados, y disparan hasta que nadie puede luchar contra ellos. A mí no me sirve para nada el sombrerillo y lo cambiaría con gusto por tu mesita.

—Bueno, está bien —contestó, cogió el sombrerillo, se lo puso y dejó su mesa.

Apenas había andado un trozo de camino, golpeó su morral y sus soldados le trajeron de nuevo la mesa. «Una cosa viene detrás de la otra —se dijo— y a mí me pasa como si la suerte no tuviera fin.»

Sus pensamientos tampoco se habían engañado. Después de haber estado andando un día entero, llegó junto a otro carbonero que no le invitó más que a patatas sin manteca como el anterior. Le hizo comer de su mesa maravillosa, y al carbonero le gustó

tanto que le ofreció, a cambio de ella, un cuerno pequeño, que tenía otras cualidades distintas al sombrerillo. Cuando se soplaba por él, se derrumbaban todos los muros y las obras de fortificación, y finalmente yacían las ciudades y los pueblos en escombros. El le dio al carbonero la mesa a cambio, después hizo que se la trajera de nuevo su compañía, de manera que al final tenía el morral, el sombrerillo y el cuerno. «Ahora —pensó— soy un hombre hecho y derecho y ya es hora de que regrese a casa y vea cómo les va a mis hermanos.»

Cuando llegó a su casa, sus hermanos se habían hecho una casa de plata y oro y vivían a todo tren. Se dirigió a ellos, pero como iba con una chaqueta medio raída, un sombrerillo deslucido en la cabeza y un viejo morral a la espalda, no quisieron reconocerlo como su hermano, se rieron de él y dijeron:

—Tú quieres hacerte pasar por nuestro hermano, que despreció el oro y la plata y pidió para sí una suerte mejor. Si viniera lo haría lleno de lujo como un rey poderoso, no como un pordiosero —y le echaron de la puerta.

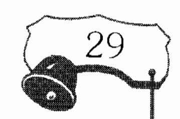
Entonces se enfureció y golpeó tanto tiempo en su morral que consiguió ante sí ciento cincuenta hombres en formación. Les ordenó rodear la casa de sus hermanos. Dos de ellos deberían coger dos varas de avellano y azotar a los soberbios durante el tiempo necesario hasta que supieran quién era él. Se produjo un gran alboroto, la gente se congregó y quiso ayudar a los dos en el momento de apuro, pero no pudieron nada contra los soldados. Finalmente se informó al rey, que se indignó e hizo marchar a un capitán con su compañía para echar a los alborotadores de la ciudad, pero el hombre del morral pronto tuvo una compañía mucho más grande, que hizo retroceder al capitán con su gente, de manera que tuvieron que irse con las narices sangrando. El rey dijo:

—¡Hay que dominar a ese vagabundo!

Y al día siguiente mandó una tropa todavía mucho mayor contra él, pero todavía pudieron lograr menos. Cada vez colocaba más hombres en contra, y para terminar cuanto antes, dio la vuelta al sombrerillo dos veces alrededor de la cabeza y entonces comenzó a funcionar el cañón pesado y la gente del rey fue vencida y puesta en fuga.

—Ahora no firmo la paz —dijo él— hasta que el rey no me entregue a su hija por esposa y gobierne yo en su nombre todo el reino.

Se lo hizo saber al rey y éste dijo:



—La necesidad es un hueso duro de roer, pero no me queda otra salida que hacer lo que me pide. Si quiero tener paz y conservar la corona sobre mi cabeza, tengo que obedecerle.

Se celebró la boda, pero la hija del rey estaba contrariada de que su marido fuera un hombre vulgar que llevara un sombrerillo deslucido y un viejo morral al hombro. Con gusto se libraría de él, y pensaba día y noche cómo lograrlo: Entonces se dijo: ¿Estarán sus fuerzas maravillosas en el morral? Fingió entonces, y le acarició hasta que le ablandó el corazón.

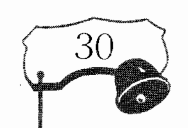
—Si quisieras prescindir de tu viejo morral... Te afea tanto que me avergüenzo de ti.

—Querida niña —dijo él—, este morral es mi gran tesoro. Mientras lo tenga, no temo a ninguna fuerza en el mundo.

Y le descubrió las fuerzas maravillosas de que estaba dotado.

Entonces se le echó al cuello como si quisiera besarlo, pero le cogió con destreza el morral de la espalda y se alejó corriendo. Cuando estuvo sola, lo golpeó y mandó a los guerreros que prendieran a su anterior señor y se lo llevaran del palacio real. Ellos obedecieron y la falsa esposa hizo que saliera más gente detrás de él para que lo expulsaran fuera del país. Hubiera estado perdido si no hubiese tenido el sombrerillo. Apenas dispuso de las manos libres, lo hizo girar dos veces: rápidamente empezó el cañón a sonar y destrozó todo, de tal manera que tuvo que venir la misma hija del rey a pedir piedad. Como lo hizo de forma tan conmovedora y prometió corregirse, él se dejó convencer y le concedió la paz.

La esposa se portó amablemente con él, hizo como si le quisiera mucho y le supo engañar durante algún tiempo, de tal manera que él le confió que, aunque alguno tuviera el morral en su poder, no podía lograr nada contra él mientras el sombrerillo siguiera siendo suyo. Cuando supo el secreto, esperó hasta que se hubo dormido y, entonces, le quitó el sombrerillo y lo arrojó a la calle. Pero todavía le quedaba el cuerno y con gran rabia lo sopló a todo pulmón. Todo se desmoronó rápidamente: muros, fortificaciones, ciudades y pueblos, y mataron al rey y a la hija del rey. Y si no hubiera dejado de soplar y hubiera seguido soplando sólo un poco de tiempo más, todo se hubiera derrumbado en ruinas y no hubiese quedado piedra sobre piedra. A consecuencia de esto nadie se opuso a él ya más y se hizo el rey de todo el país.



El Enano Saltarín

Erase una vez un molinero pobre que tenía una hermosa hija. Sucedió entonces que tuvo que hablar con el rey, y para darse importancia le dijo:

—Yo tengo una hija que puede hilar paja en oro.

El rey le dijo al molinero:

—Es un arte que me gusta. Si tu hija es tan hábil como dices, tráemela mañana a palacio para hacer la prueba.

Cuando la muchacha fue conducida a su presencia, la llevó a una cámara que estaba llena de paja, le dio la rueca y la devanadera y dijo:

—Ponte ahora al trabajo y, si de esta noche a mañana no has hilado esta paja en oro, morirás.

Luego cerró él mismo la cámara y la joven se quedó sola dentro. Allí sentada estaba la pobre hija del molinero sin saber qué hacer; no tenía la menor idea de cómo iba a hilar paja en oro, y su miedo se hacía cada vez mayor, terminando por llorar. A esto se abrió la puerta y apareció un pequeño hombrecillo que le dijo:

—Buenas tardes, doncella molinera. ¿Por qué lloras tanto?

—¡Ay! —contestó la muchacha—. Tengo que hilar paja en oro y no lo sé hacer.

El hombrecillo dijo:

—¿Qué me darás si te la hilo yo?

—Mi collar —dijo la muchacha.

El hombrecillo cogió el collar, se sentó ante la ruedecilla y *tris, tras, tris, tras, tris, tras,* estirando tres veces se llenó la canilla. Luego cogió una nueva y *tris, tras, tris, tras, tris, tras,* estirando tres veces llenó también la segunda, y así siguió hasta la mañana siguiente en que toda la paja estaba hilada y todas las canillas llenas de oro.

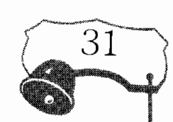
A la salida del sol apareció el rey y, cuando vio todo el oro, se asombró y se puso contento, pero su corazón seguía ambicionando más oro. Hizo llevar a la hija del molinero a otra cámara llena de paja, que todavía era mayor, y le ordenó que la hilara también en una noche si apreciaba en algo su vida.

La muchacha no supo qué hacer y lloró, pero de nuevo se abrió la puerta y apareció el pequeño hombrecillo diciendo:

—¿Qué me das, si te hilo la paja en oro?

—El anillo de mi dedo —contestó la muchacha.

El hombrecillo cogió el anillo y empezó de nuevo a chirriar la



rueda y a la mañana siguiente había tejido toda la paja en resplandeciente oro.

El rey se alegró sobremanera ante la vista de esto, pero todavía no se había cansado del oro, sino que hizo que llevaran a la muchacha a una cámara todavía más grande llena de paja y dijo:

—Todo esto tiene que estar hilado esta noche. Si lo consigues, te convertirás en mi esposa.

«Aunque sea hija de un molinero —pensó él—, mujer más rica no encontraré en este mundo.»

Cuando la muchacha estaba sola, apareció el hombrecillo por tercera vez y dijo:

—¿Qué me das si te vuelvo a hilar la paja?

—No tengo nada más que pueda darte —contestó la muchacha.

—Entonces prométeme, cuando seas reina, a tu primer hijo.

«¿Quién sabe lo que puede pasar?», pensó la hija del molinero, y en su necesidad no supo encontrar solución mejor; le prometió al hombrecillo lo que exigía y el hombrecillo hiló, por tercera vez, la paja en oro. Y cuando a la mañana siguiente llegó el rey y encontró todo como lo había deseado, se casó con ella y la hermosa hija del molinero se convirtió en reina.

Después de transcurrido un año trajo un hermoso niño al mundo y no se acordaba ya para nada del hombrecillo, cuando éste entró de pronto en su habitación y dijo:

—Bien, ahora dame lo que me has prometido.

La reina se asustó y le ofreció todas las riquezas del reino si le dejaba a su hijo, pero el hombrecillo dijo:

—Prefiero algo vivo a todas las riquezas del mundo.

La reina comenzó a lamentarse y a llorar, de tal manera que el hombrecillo sintió lástima de ella.

—Te daré tres días de plazo —dijo—: si entonces sabes cuál es mi nombre, podrás conservar a tu hijo.

Durante toda la noche meditó sobre todos los nombres que ella había oído alguna vez y mandó a un mensajero por todo el país a informarse en todos los sitios de qué nombres había. Cuando al día siguiente llegó el hombrecillo, comenzó ella con los nombres de Melchor, Gaspar y Baltasar, y dijo todos los nombres que sabía, uno tras otro, pero a cada uno decía el hombrecillo:

—Así no me llamo.

El segundo día hizo preguntar por toda la vecindad cómo se llamaba la gente, y le dijo al hombrecillo los nombres más extraños y raros:

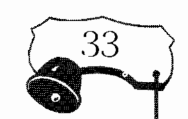
—¿Te llamas acaso Bicho Famélico, Pantorrilla de Carnero o Pata de Alambre?

Pero él contestaba cada vez:

—Así no me llamo.

Al día siguiente regresó el mensajero y dijo:

—Nombres nuevos no he hallado ninguno, pero cuando llegué a un alto monte en el recodo del bosque, donde suelen en-



contrarse y decirse buenas noches el Zorro y la Liebre, allí vi una pequeña casa y ante la casa ardía un fuego y alrededor del fuego danzaba un hombrecillo ridículo que saltaba en una pierna y gritaba:

—Hoy amaso, mañana hago cerveza,
y pasado le quito el pequeñín
a la reina. ¡Qué bien que nadie sepa
que me llamo el Enano Saltarín!

Podéis imaginaros lo contenta que se puso la reina cuando oyó el nombre, y en cuanto entró de nuevo el hombrecillo y preguntó: «¿Y bien, señora reina, cómo me llamo?», ella empezó preguntando.

—¿Te llamas Conrado?

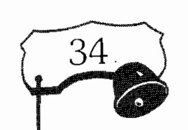
—No.

—¿Te llamas Enrique?

—No.

—¿Te llamas quizá Enano Saltarín?

—¡Esto te lo ha dicho el diablo, te lo ha dicho el diablo! —gritó el hombrecillo y pateó con tal fuerza con el pie derecho en el suelo que se hundió hasta la cintura. Y luego en su ira cogió el pie izquierdo con las dos manos y se partió a sí mismo en dos.



El bienamado Rolando

Erase una vez una mujer que era una verdadera bruja y tenía dos hijas, una mala y fea, a la que quería porque era su hija verdadera, y otra hermosa y buena, a la que odiaba, porque era su hijastra.

Tenía la hijastra un hermoso delantal, que le gustaba mucho a la otra, de tal manera que sintió envidia y le exigió a su madre el delantal:

—Estáte tranquila, mi niña —dijo la vieja—, lo tendrás sin duda. Tu hermana se ha merecido hace ya mucho tiempo la muerte; hoy por la noche, mientras esté durmiendo, iré y le cortaré la cabeza. Cuida solamente de estar echada en la parte de atrás de la cama y empújala a ella hacia delante.

La pobre muchacha hubiera muerto si no hubiese estado precisamente entonces en un rincón y lo hubiera oído todo. No pudo salir en todo el día por la puerta y, cuando llegó la hora de irse a dormir, tuvo que meterse la primera en la cama para que la otra se colocara detrás, pero cuando se hubo dormido, entonces empujó a su hermana prudentemente hasta delante y se acomodó junto á la pared. Por la noche llegó la vieja sigilosamente, llevando en la mano derecha un hacha; con la izquierda palpó primero para ver si había alguien delante y luego cogió el hacha con las dos manos y le cortó a su hija la cabeza.

Cuando se hubo marchado, se levantó la muchacha y fue a ver a su amado, que se llamaba Rolando, y llamó a su puerta. Cuando él salió le dijo:

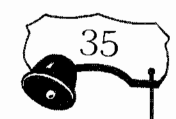
—Oye, querido Rolando, tenemos que huir rápidamente. La madrastra me ha querido matar, pero ha asesinado a su propia hija. Cuando se haga de día y vea lo que ha hecho, estamos perdidos.

—Bien —le dijo Rolando—, pero yo te aconsejo que antes le quites la varita mágica; si no, no nos podremos salvar cuando vaya detrás de nosotros persiguiéndonos.

La muchacha le quitó la varita mágica y cogió luego la cabeza de la muerta, dejando caer tres gotas de sangre en el suelo; una ante la cama, otra en la cocina y otra en la escalera. Luego se fue corriendo con su amado Rolando.

Cuando a la mañana siguiente se levantó la bruja, llamó a su hija y quiso darle el delantal, pero ella no vino. Entonces gritó:

—¿Dónde estás?



—¡Aquí en la escalera! Estoy barriendo —contestó una de las gotas de sangre.

La vieja salió, pero no vio a nadie en la escalera, y dijo de nuevo:

—¿Dónde estás?

—¡Aquí en la cocina! Me estoy calentando —gritó la segunda gota de sangre.

Fue a la cocina pero no encontró a nadie. Volvió a gritar de nuevo:

—¿Dónde estás?

—¡Aquí en la cama! ¡Estoy durmiendo!

Fue al dormitorio ¿y qué vio? A su propia hija que nadaba en su sangre y a la que ella misma había cortado la cabeza.

La bruja montó en cólera, saltó a la ventana y, como podía ver a gran distancia en el mundo, vio a su hijastra que corría con su amado Rolando.

—¡No os servirá de nada! —gritó—. Aunque estéis ya muy lejos, no os libraréis de mí.

Se puso las botas de siete leguas, con las que hacía una hora a cada paso, y no transcurrió mucho tiempo, cuando ya los había alcanzado. Pero la muchacha, cuando vio aproximarse a la bruja, transformó con la varita mágica a su amado Rolando en un lago y a ella misma en un pato que nadaba por el lago. La bruja se colocó en la orilla, lanzaba migas de pan esforzándose por atraer al pato, pero el pato no se dejaba atraer y la vieja tuvo que regresar por la tarde a su casa con las manos vacías. Luego la muchacha y su amado Rolando recobraron su figura natural y siguieron andando toda la noche hasta la salida del sol. La muchacha se transformó entonces en una hermosa flor que estaba en medio de un seto de espinos y a su amado Rolando en un violinista. No mucho más tarde llegó la bruja y le dijo al músico:

—Querido músico, ¿puedo cortar la flor?

—¡Oh, sí! —contestó—. Yo tocaré al mismo tiempo.

Cuando ella trepó a toda prisa por el seto y quiso cortar la flor, pues sabía muy bien quién era, él comenzó a tocar, y ella quisiera o no, tuvo que bailar, pues era un baile mágico. Cuanto más rápido tocaba, más violentamente se veía obligada a saltar, y las espinas le arrancaron los vestidos del cuerpo, y al pincharla le hicieron heridas por las que sangraba, y como él no dejaba de tocar, tuvo que bailar durante tanto tiempo que cayó muerta.

Cuando ambos estaban liberados, dijo Rolando:

—Ahora quiero ir a ver a mi padre y preparar la boda.

—Yo me quedaré mientras tanto aquí —dijo la muchacha—. Te esperaré y, para que nadie me reconozca, me transformaré en feldespato * rojo.

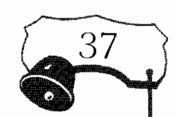
Rolando partió y la muchacha se quedó como piedra roja en el campo esperando a su amado. Cuando Rolando llegó a casa, cayó en las redes de otra, de tal manera que se olvidó de la muchacha. La pobre muchacha permaneció allí mucho tiempo, pero al fin, viendo que no regresaba, se puso triste, se transformó en flor y pensó: «Por aquí pasará, con seguridad, alguno que me pise.»

Aconteció que un pastor que cuidaba en el campo sus ovejas, vio la flor y, como era muy hermosa, la cortó, la cogió y la colocó en un arca. A partir de ese momento comenzaron a pasar cosas maravillosas en la casa del pastor. Cuando se levantaba por las mañanas, estaba hecho todo el trabajo; la habitación estaba barrida, la mesa y los bancos sin polvo, el fuego encendido en el fogón y el agua acarreada, y a mediodía, cuando llegaba a casa, estaba la mesa puesta y servida una buena comida. No podía entender cómo pasaba esto, pues él no veía nunca a nadie en su casa y tampoco se hubiera podido esconder nadie en la pequeña cabaña. El buen servicio le gustaba sin lugar a dudas, pero al final le entró miedo, de tal manera que fue a ver a un hada y le pidió consejo. El hada dijo:

—Aquí hay algo de magia. Presta atención mañana por la mañana, y si algo se mueve en la habitación y ves algo, sea lo que sea, échale un trapo blanco por encima y así se detendrá la magia.

El pastor hizo lo que ella le había dicho, y a la mañana siguiente, cuando fue de día, vio cómo se abría el cajón y salía la flor. El saltó en su dirección y le echó por encima un trapo blanco. De inmediato tuvo lugar la transformación y apareció ante él una hermosa muchacha, que le confesó que ella había sido la flor y que le había cuidado hasta entonces la casa. Le contó su suerte, y como a él le gustó, le preguntó si quería casarse con él; pero ella contestó que no, pues quería permanecer fiel a su amado Rolando, aunque él la hubiera abandonado. Pero le prometió que no se marcharía, sino que le seguiría cuidando la casa.

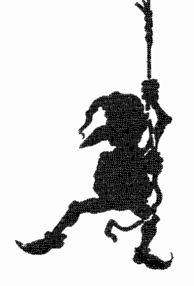
Entonces se aproximó el día en que había de tener lugar la boda de Rolando. Siguiendo una antigua costumbre del país, se hizo público que todas las muchachas deberían reunirse y cantar en honor de la pareja de novios. La fiel muchacha, cuando oyó esto, se puso tan triste que pensó que el corazón se le iba a saltar de dolor en pedazos, y no quería asistir, pero las otras vinieron a



buscarla. Mientras le llegaba el turno de cantar, se escondió. Pero cuando le tocó el turno ya no tuvo más remedio. Y cuando empezó con su canto y llegó a los oídos de Rolando, éste saltó gritando:

—iEsa voz la conozco yo! iEsa es mi verdadera novia y no quiero otra!

Todo lo que había olvidado, lo había vuelto a recordar en su corazón. La fiel muchacha celebró, pues, la boda con su amado Rolando y su pena se acabó, comenzando su felicidad.



El pájaro de oro

Hace mucho tiempo hubo un rey que tenía un precioso jardín, para su esparcimiento, detrás de su palacio; en él había un árbol que daba manzanas de oro. Cuando las manzanas maduraron fueron contadas, pero a la mañana siguiente ya faltaba una. Se lo comunicaron al rey, que ordenó que todas las noches se montara guardia bajo el árbol.

El rey tenía tres hijos. Mandó al mayor al jardín al hacerse de noche, pero cuando llegaron las doce no pudo prescindir del sueño y, a la mañana siguiente, volvió a faltar una manzana.

En la noche segunda hizo que montara guardia el hijo segundo, pero tampoco le fue mejor. Cuando dieron las doce se durmió y a la mañana siguiente faltó otra vez una manzana.

Al fin le tocó el turno de montar guardia al hijo pequeño, que también estaba dispuesto, pero el rey no se fiaba mucho de él y pensó que haría menos aún que sus hermanos. Finalmente accedió a que la montara. El joven se tumbó bajo un árbol, vigilante, y no se dejó dominar por el sueño. Cuando dieron las doce oyó un ruido en el aire y, a la luz de la luna, vio acercarse un pájaro cuyo plumaje brillaba como el oro. El pájaro se posó en el árbol y, cuando acababa de picotear una manzana, el joven le disparó una flecha. El pájaro huyó, pero la flecha le había dado en el plumaje y se le cayó una pluma de oro. El joven la cogió y, a la mañana siguiente, se la llevó al rey y le contó todo lo que había visto por la noche. El rey llamó a sus consejeros y le aclararon que una pluma como aquélla valía más que todo el reino.

—Si la pluma es tan valiosa —dijo el rey—, una sola no me sirve para nada, sino que quiero y debo tener todo el pájaro.

El hijo mayor se puso en camino. Confiaba en su astucia y pensaba encontrar al pájaro. Después de haber andado un trozo de camino vio en la linde de un bosque a un zorro, cargó su escopeta y le apuntó. El zorro gritó:

—¡No me dispares! Yo te daré en compensación un buen consejo. Estás en el camino que te llevará al pájaro de oro, y esta noche llegarás a una aldea, donde hay dos posadas, una enfrente de otra; una estará alumbrada y muy animada, pero no entres en ella; vete a la otra, aunque te parezca que tiene mal aspecto.

—¿Pero cómo puede un animal tan estúpido darme a mí un consejo? —dijo el hijo del rey apretando el gatillo.

Pero falló. El zorro estiró el rabo y corrió hacia el bosque.

Después de esto prosiguió el joven su camino y llegó por la tarde al pueblo, donde vio las dos posadas; en una de ellas estaban cantando y bailando, la otra tenía una pinta miserable. «Estaría loco —pensó— si entrara en la posada miserable y dejara de lado la hermosa.» Así pues, entró en la alegre, vivió a todo tren y olvidó al pájaro, a su padre y todas las buenas enseñanzas.

Pasó cierto tiempo y, como el hijo mayor no regresaba a casa, se puso el segundo en camino para buscar al pájaro de oro. Lo mismo que el mayor, tropezó con el zorro, que le dio el mismo buen consejo, del que no hizo caso. Llegó ante las dos posadas. En la ventana de una de ellas, de la que salía un gran bullicio, estaba su hermano y lo llamó. No pudo resistir la tentación, entró y vivió según sus caprichos.

De nuevo pasó un tiempo, y entonces quiso partir el hijo más pequeño del rey y probar suerte, pero el padre no quería permitírselo:

—Es inútil —decía—. Este encontrará con menos probabilidad que sus hermanos al pájaro de oro y si le sucede una desgracia no sabrá librarse de ella, pues le falta lo más importante.

Pero, finalmente, como allí no había paz alguna, le dejó partir. Ante el bosque estaba sentado otra vez el zorro, le pidió que le salvara la vida y le dio el buen consejo. El joven era bondadoso y dijo:

—Estáte tranquilo, zorrito, no te haré ningún daño.

—No te arrepentirás —añadió el zorro—, y para que puedas llegar más rápido, súbete detrás en mi cola.

Y apenas se había subido, empezó el zorro a correr a campo traviesa a tal velocidad, que los cabellos silbaban al viento.

Cuando llegaron al pueblo se bajó. Siguiendo el buen consejo, entró, sin mirar a su alrededor, en la modesta posada, donde pudo pasar tranquilamente la noche.

A la mañana siguiente, cuando salió al campo, el zorro ya estaba allí sentado y dijo:

—Voy a seguir diciéndote lo que tienes que hacer. Ve siempre en línea recta, hasta que llegues a un palacio, delante del cual hay una tropa de soldados, pero no te preocupes por ello, pues todos estarán durmiendo y roncando. Pasa por en medio de ellos, ve directamente a palacio y recorre todas las habitaciones. Finalmente, llegarás a una donde hay un pájaro de oro en una jaula de madera. Al lado hay una jaula de oro vacía, de adorno, pero cuídate de no sacar al pájaro de su mala jaula y meterlo en la lujosa, pues de lo contrario podrías pasarlo mal.

Después de estas palabras estiró el zorro otra vez el rabo, el hijo del rey se sentó encima y fueron a campo traviesa tan aprisa, que los cabellos silbaban al viento. Cuando llegaron al palacio, encontró todo como le había dicho el zorro. El príncipe llegó a la habitación donde el pájaro de oro estaba en la jaula de madera y al lado había una de oro; las tres manzanas doradas estaban tiradas por la habitación. Entonces pensó que sería ridículo dejar al hermoso pájaro en la jaula fea y vulgar, le abrió la puerta, lo cogió y lo metió en la dorada. En ese momento el pájaro emitió un grito penetrante. Los soldados se despertaron, entraron y se lo llevaron a prisión.

A la mañana siguiente fue llevado a juicio y, como reconoció todo, fue condenado a muerte. Sin embargo, el rey dijo que le salvaría la vida si le traía precisamente el caballo de oro que corría más rápido que el viento. Y, como recompensa, recibiría además el pájaro de oro.

El hijo del rey se puso en camino, pero suspiraba y estaba triste, ¿pues dónde iba a encontrar el caballo de oro?

De pronto vio a su viejo amigo el zorro sentado en el camino.

—¿Ves? —dijo el zorro—. Esto te ha sucedido porque no me escuchaste. Pero anímate, me voy a encargar de ti y te voy a decir cómo puedes llegar hasta el caballo de oro. Tienes que seguir en línea recta, luego llegarás a un palacio, donde en el establo se encuentra el caballo. Delante del establo estarán los mozos de cuadra, pero estarán dormidos y roncando, y tú podrás sacar tranquilamente el caballo de oro. Pero tienes que prestar atención a lo siguiente: tendrás que ponerle la silla de montar de madera y cuero, y, desde luego, no la de oro, que está allí colgada, pues de lo contrario vas a pasarlo mal.

A continuación, el zorro estiró la cola, el hijo del rey se montó y partieron a campo traviesa a tal velocidad, que los cabellos silbaban al viento.

Todo sucedió como el zorro había dicho. Llegó al establo donde estaba el caballo de oro y, cuando iba a ponerle la modesta silla, pensó: «Un noble animal se sentirá humillado si no le pongo la silla que merece.»

Apenas había rozado la silla de montar de oro al caballo, cuando éste empezó a relinchar fuertemente. Los alabarderos se despertaron, prendieron al joven y le arrojaron a la mazmorra. A la mañana siguiente fue condenado por un tribunal a muerte; sin embargo, el rey le prometió que le salvaría la vida si le traía la hermosa hija del rey del palacio de oro.

Desconsolado, se puso el joven en camino, pero para su suerte pronto se encontró al fiel zorro.

—Debería dejarte a tu destino —dijo el zorro—, pero me das pena y quiero ayudarte en tu desgracia una vez más. Tu camino te llevará directamente al palacio de oro, llegarás al anochecer, y de noche, cuando todo esté en calma, suele ir la hermosa hija del rey a bañarse. Cuando entre, salta hacia ella y dale un beso, luego síguela y te la podrás llevar contigo; pero no le permitas que vaya a despedirse de sus padres, pues de lo contrario vas a pasarlo mal.

Después de esto estiró el zorro el rabo, el hijo del rey se montó en él y así fueron a campo traviesa, de tal manera que los cabellos silbaban al viento.

Cuando llegó al palacio de oro, pasó todo como le había dicho el zorro. Esperó hasta medianoche. Cuando todos dormían profundamente y la hermosa doncella se dirigió al baño, saltó él y le dio un beso. Ella le dijo que iría gustosamente con él, pero le pidió encarecidamente y con lágrimas que le permitiera despedirse antes de sus padres. Al principio se opuso a su petición, pero como cada vez lloraba con más intensidad y se echó a sus pies, cedió finalmente. Apenas se había acercado la doncella a la cama de su padre, se despertó él con todos los que estaban en palacio, y el joven fue hecho prisionero y conducido a los calabozos. A la mañana siguiente le dijo el rey:

—Mereces la muerte, y solamente encontrarás piedad si logras transportar el monte que está ante mis ventanas y que no me permite ver por encima de él. Esto debes realizarlo en ocho días. Si lo logras, recibirás como recompensa a mi hija.

El hijo del rey comenzó su tarea, cavó y trabajó con la pala, sin dejarlo, pero al cabo de siete días vio lo poco que había logrado y que su trabajo no había servido de nada, y dejó de hacerse ilusiones. Por la tarde del séptimo día, sin embargo, apareció el zorro y dijo:

—No te mereces que me ocupe de ti, pero vete y échate a dormir, que yo haré el trabajo por ti.

A la mañana siguiente, cuando se despertó y miró por la ventana, el monte había desaparecido. El joven se apresuró, lleno de gozo, a ir a ver al rey y le comunicó que se había cumplido la condición y, quisiera el rey o no, tuvo que mantener su palabra y entregarle su hija.

Entonces partieron ambos, y no había pasado mucho tiempo cuando llegó el fiel zorro ante ellos:

—Tienes lo mejor desde luego —dijo él—, pero juntamente con la doncella del palacio de oro va también el caballo de oro.

—¿Cómo puedo obtenerlo? —preguntó el joven.

—Yo te lo diré —contestó el zorro—. Primero llévale la hermosa doncella al rey que te ha mandado al palacio de oro. Reinará una enorme alegría, te darán gustosamente el caballo de oro y lo traerán ante ti. Móntate rápidamente en él y dales a todos la mano en señal de despedida; dásela en último lugar a la hermosa doncella, y, cuando se la hayas cogido, súbela de un golpe y sal corriendo; nadie será capaz de alcanzarte, ya que el caballo corre más rápido que el viento.

Todo salió a pedir de boca y el príncipe se llevó a la hermosa doncella en el caballo. El zorro no se quedó atrás y le dijo al joven:

—Ahora quiero ayudarte también a conseguir el pájaro de oro. Cuando estés cerca del palacio donde se encuentra el pájaro, desmonta a la doncella, que yo la tomaré bajo mi protección. Luego cabalga con el caballo de oro al patio de palacio; ante su vista habrá una enorme alegría y te traerán al pájaro de oro. Cuando tengas la jaula en la mano, regresa corriendo aquí y recoge otra vez a la doncella.

El plan salió bien y, cuando el príncipe quiso regresar a casa con sus tesoros, le dijo el zorro:

—Ahora tienes que recompensarme por mi ayuda.

—¿Qué quieres en recompensa? —dijo el joven.

—Cuando lleguemos al bosque, mátame y córtame la cabeza y las patas.

—¡Pues vaya un agradecimiento! —dijo el hijo del rey—. Eso no te lo puedo conceder en manera alguna.

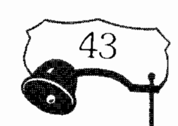
El zorro dijo:

—Si no lo quieres hacer, tengo que abandonarte, pero antes de marcharme, quiero darte todavía un buen consejo. Cuídate de dos cosas: no compres carne de horca y no te sientes en el brocal de ningún pozo.

Dicho esto desapareció en el bosque.

El joven pensó: «¡Qué animal más extraño! ¡Vaya ideas más extravagantes! ¡A quién se le ocurre comprar carne de horca! Y yo nunca he tenido ganas de sentarme en el brocal de ningún pozo.»

Siguió cabalgando con la doncella, y su camino le llevó de nuevo al pueblo en el que se habían quedado sus hermanos. Allí reinaba una gran agitación y alboroto; preguntó qué pasaba y le dijeron que iban a ahorcar a dos hombres. Cuando se



acercó vio que eran sus hermanos, que habían cometido toda clase de fechorías y habían malgastado toda su hacienda. Preguntó si no se les podía liberar.

—Si vos pagáis por ellos... —contestó la gente—. Pero ¿para qué querríais dar este dinero por estos malvados y liberarlos?

El no se lo pensó dos veces, pagó por ellos y, cuando estuvieron libres, siguieron el camino todos juntos.

Llegaron al bosque donde se habían encontrado al zorro por vez primera, y como allí se estaba fresco y agradable y el sol calentaba mucho, dijeron los dos hermanos:

—Déjanos descansar aquí un poco en el pozo y comer y beber.

El aceptó y durante la conversación se despistó y se sentó en el brocal del pozo sin pensar nada malo. Pero los dos hermanos lo empujaron hacia atrás dentro del pozo, cogieron a la doncella, al caballo y al pájaro, y se dirigieron a la casa de su padre.

—No sólo traemos el pájaro de oro —dijeron—, sino que hemos capturado también al caballo de oro y a la doncella del palacio de oro.

Se produjo una gran alegría, pero el caballo no comía, el pájaro no cantaba y la doncella estaba sentada y lloraba.

El hermano más pequeño, sin embargo, no había muerto. Por suerte, el pozo estaba seco, y él cayó sobre blando musgo sin hacerse daño, pero no podía salir. Tampoco en este momento difícil le abandonó el fiel zorro; llegó saltando hasta él y le regañó por haber olvidado su consejo:

—No puedo dejarte de mi mano en modo alguno —dijo—. Te ayudaré para que salgas a la luz del día.

Le dijo que se agarrase a su cola y sujetara fuertemente, y le llevó de nuevo arriba.

—Todavía no estás libre de todo peligro —dijo el zorro—. Tus hermanos no están seguros de tu muerte y han rodeado con vigilantes el bosque, los cuales te matarán si te dejas ver.

En el camino estaba sentado un pobre hombre, con el que el joven cambió el traje y de esta manera llegó a la corte del rey. Nadie le reconoció, pero el pájaro empezó a cantar, el caballo a comer y la hermosa doncella dejó de llorar. El rey exclamó asombrado:

—¿Qué significa todo esto?

Entonces dijo la doncella:

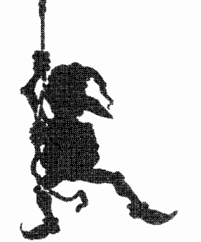
—No lo sé, pero estaba muy triste y ahora estoy muy contenta. Siento como si hubiera llegado mi verdadero prometido.

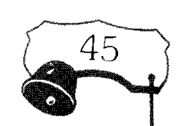
Le contó todo lo que había ocurrido, aunque los otros dos hermanos la habían amenazado de muerte si revelaba algo. El rey hizo venir ante sí a toda la gente que estaba en su palacio; llegó también el joven, vestido como un pobre hombre con su traje andrajoso, pero la doncella le reconoció inmediatamente y se le echó al cuello. Los hermanos malvados fueron apresados y ahorcados, él se prometió a la hermosa doncella y fue designado heredero del rey.

¿Pero qué fue del pobre zorro? Mucho tiempo después, el príncipe se dirigió nuevamente al bosque, y allí se encontró al zorro, que le dijo:

—Tú tienes todo lo que puedes desear, pero mi desgracia parece no querer acabarse y, sin embargo, en tu mano está el liberarme.

Y de nuevo le pidió encarecidamente que por favor lo matara, y le cortara la cabeza y las patas. Así pues, él lo hizo y, apenas había sucedido, se transformó el zorro en un hombre que no era otro sino el hermano de la hermosa hija del rey, que finalmente se había librado del encantamiento que pesaba sobre él. Y ahora ya, mientras vivieron, no les faltó nada más para su felicidad.





El perro y el gorrión

Erase un perro pastor que no tenía buen amo, sino uno que lo dejaba padecer hambre. Como no pudo aguantar ya más tiempo con él, se puso en camino muy entristecido. En el camino se encontró con un gorrión, que dijo:

—¿Hermano perro, por qué estás tan triste?

El perro contestó:

—Estoy hambriento y no tengo nada que comer.

A esto añadió el gorrión:

—Querido hermano, vente conmigo a la ciudad, haré que te sacies.

Así pues, se fueron juntos a la ciudad y, cuando llegaron a una carnicería, le dijo el gorrión al perro:

—Quédate aquí, yo te arrojaré picoteando un trozo de carne.

Se posó en el comercio, miró a su alrededor para ver si no lo observaba nadie y picoteó, tiró y arrastró un trozo que estaba en el borde del mostrador hasta que éste se cayó. El perro lo apresó, corrió a una esquina y lo devoró. El gorrión dijo:

—Ven, vamos a otro comercio, te tiraré otro trozo para que te sacies.

Cuando el perro se hubo comido el segundo trozo, dijo el gorrión:

—Bien, hermano perro, ¿estás ya saciado?

—Sí, de carne estoy saciado, pero aún no he probado el pan.

Dijo el gorrión:

—También lo tendrás, acompáñame.

Lo condujo a una panadería y picoteó unos cuantos panecillos hasta que rodaron al suelo; como el perro todavía quiso más, lo llevó a otro comercio y le tiró todavía otro pan. Cuando estaba ya consumido, habló el gorrión:

—Hermano perro, ¿estás ya saciado?

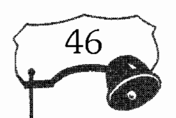
—Sí —contesto él—, ahora iremos un poco a las afueras de la ciudad.

A continuación salieron ambos a la carretera. Hacía calor y, cuando habían andado un poco, dijo el perro:

—Estoy cansado y me gustaría dormir.

—Bien, duerme —dijo el gorrión—; mientras tanto me posaré en una rama.

El perro se tumbó en la carretera y se durmió profundamente. Mientras estaba allí tumbado durmiendo pasó un carretero que



llevaba un carro con tres caballos y en el que iban cargados dos toneles de vino. El gorrión vio que no iba a doblar, sino que continuaba en la misma dirección en la que estaba tumbado el perro. Entonces gritó:

—¡Carretero, no lo hagas o te arruinaré!

El carretero gruñó para sí: «¿Que tú me vas a arruinar a mí?» Y restalló con el látigo e hizo pasar al carro por encima del perro, de manera que las ruedas lo aplastaron. A esto gritó el gorrión:

—¡Has matado a mi hermano perro, y esto te costará carro y jamelgo!

—Sí, carro y jamelgo —dijo el carretero—, como si me pudieras hacer daño.

Después de esto el gorrión se deslizó por debajo del toldo y picoteó durante tanto tiempo en el agujero del tapón de la cuba que el tapón se soltó, y se derramó todo el vino sin que el carretero lo notase. Cuando miró para atrás una vez y vio que el carro goteaba, comprobó los toneles y vio que uno estaba vacío.

—¡Ay, ay de mí! ¡Pobre de mí! —gritó.

—¡No lo suficientemente pobre todavía! —dijo el gorrión, y volando sobre la cabeza de un caballo le sacó los ojos.

Cuando el carretero vio esto, sacó su pico y quiso darle al gorrión, pero el pájaro voló hacia arriba y el carretero le dio al jamelgo en la cabeza, de tal manera que cayó muerto.

—¡Ay, ay de mí! ¡Pobre de mí! —gritó él.

—¡No lo suficientemente pobre todavía! —dijo el gorrión, y cuando el carretero prosiguió el camino con los caballos, se deslizó de nuevo bajo el toldo y picoteó también el tapón del segundo tonel, de tal manera que se derramó todo el vino. Cuando el carretero se apercibió, gritó de nuevo:

—¡Ay, ay de mí! ¡Pobre de mí!

Pero el gorrión añadió:

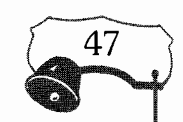
—¡No lo suficientemente pobre todavía! —y se posó en la cabeza del segundo caballo y le sacó los ojos.

El carretero corrió hacia allí y levantó la mano con su pico, pero el gorrión voló hacia arriba, y el golpe alcanzó al caballo, que se cayó:

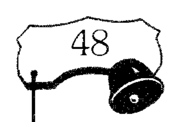
—¡Ay, ay de mí! ¡Pobre de mí!

—¡No lo suficientemente pobre todavía! —dijo el gorrión.

Se le posó al tercer caballo en la cabeza y le sacó los ojos. El hombre, en su cólera, se lanzó dando golpes, sin mirar a su alrededor, detrás del gorrión, pero no le dio, sino que mató a su tercer caballo.



—¡Ay, ay de mí! ¡Pobre de mí! —dijo.
—¡No lo suficientemente pobre todavía! —contestó el gorrión—. Ahora arruinaré tu casa —y partió volando.
El carretero tuvo que dejar su carro y regresó a su casa lleno de furia e ira.
—¡Ay! —dijo él a su mujer—. Qué mala suerte he tenido. El vino se ha derramado y los tres caballos están muertos.
—¡Ay, marido! —añadió ella—. Qué pájaro tan malvado ha entrado en casa. Ha traído a todos los pájaros del mundo y están allá arriba en nuestros trigales y los están devorando.
Entonces subió él a los trigales y vio miles y miles de pájaros en el campo; habían devorado el trigo, y el gorrión estaba en medio de ellos. A esto exclamó el carretero:
—¡Ay, ay de mí! ¡Pobre de mí!
—¡No lo suficientemente pobre todavía! —dijo el gorrión—. Carretero, esto te va a costar aún la vida —y partió volando.
Ahora que el carretero había perdido toda su hacienda, se dirigió a la habitación, y se sentó detrás de la estufa de muy mal humor y encolerizado. El gorrión estaba posado fuera ante la ventana y dijo:
—Carretero, esto te va a costar aún la vida.
El carretero cogió el pico y se lo lanzó al gorrión, pero solamente rompió los cristales de la ventana y no alcanzó al pájaro. El gorrión entró dando saltitos, se puso encima de la estufa y dijo:
—Carretero, esto te va a costar aún la vida.
Este, totalmente ciego y loco de ira, partió la estufa en dos y así, siguiendo al gorrión que saltaba de un lado a otro, destrozó todos sus enseres domésticos, espejito, bancos, mesa y, finalmente, las paredes de su casa, pero no pudo darle. Finalmente, lo atrapó con la mano. Entonces le dijo su mujer:
—¿Lo mato?
—No —dijo él—. Eso sería ser demasiado indulgente con él; tiene que morir de una muerte más tremenda: lo voy a devorar.
Y lo devoró de una vez. El gorrión, sin embargo, comenzó a revolotear en su cuerpo, y revoloteando ascendió hasta la boca del hombre, y luego sacando la cabeza dijo:
—Carretero, esto te va a costar aún la vida.
El carretero le dio a su mujer el pico y dijo:
—Mujer, mátame al pájaro en la boca.
La mujer dio un golpe, pero falló y le dio al carretero precisamente en la cabeza, de tal manera que éste cayó muerto. El gorrión salió volando y se alejó.



Federico y Catalinita

Erase una vez un hombre, que se llamaba Federico, y una mujer, que se llamaba Catalinita. Se habían casado y vivían juntos como joven matrimonio. Un día dijo Federico:

—Yo voy ahora al campo, Catalinita. Cuando regrese tiene que haber un asado en la mesa para calmar el hambre y una bebida fresca para la sed.

—Ve tranquilo, Federiquito —contestó Catalinita—, lo haré como dices.

Cuando se acercaba la hora de la comida, cogió una salchicha de la chimenea, la puso en la sartén, le añadió mantequilla y la colocó al fuego; la salchicha comenzó a tostarse y freírse. Catalinita estaba allí y sostenía el mango de la sartén, y de pronto se le ocurrió: «Hasta que esté lista la salchicha puedes ir a la bodega mientras tanto y sacar la bebida.» Así que sujetó el mango de la sartén, cogió una jarra, bajó a la bodega y sacó la cerveza. La cerveza llenaba la jarra mientras Catalinita observaba; de pronto se dio cuenta: «El perro está suelto arriba y puede coger la salchicha de la sartén. ¡Lo que me faltaba!», y en un periquete subió la escalera del sótano, pero el bribón tenía ya la salchicha en el hocico y la arrastraba por el suelo llevándosela consigo. Sin embargo, Catalinita, nada perezosa, se puso a correr detrás de él y lo persiguió un buen rato por el campo, pero el perro era más rápido que Catalinita; no arrastraba la salchicha, sino que la hacía saltar por los campos.

—¡Lo perdido está perdido! —dijo Catalinita, se dio la vuelta, y como se había agotado corriendo, volvió tranquilamente, tomando el fresco. Mientras tanto, la cerveza seguía saliendo del barril, pues Catalinita no había cerrado la espita, y cuando la jarra estuvo llena y no cabía más en ella se derramó por el sótano y no paró hasta que el barril estuvo totalmente vacío. Catalinita vio ya en la escalera la desgracia.

—¡Maldición! —exclamó—. ¿Qué haces tú ahora para que Federico no note nada?

Reflexionó un rato hasta que finalmente se le ocurrió que de la última verbena quedaba todavía un saco de buena harina de trigo en la buhardilla; iría a buscarla y la esparciría por la cerveza.

—Sí —dijo—, quien ahorra a tiempo, tiene luego para los momentos difíciles.



Subió al desván, bajó el saco y lo lanzó precisamente encima de la jarra de cerveza, de manera que ésta se cayó y la bebida de Federico se derramó también por el sótano.

—Está bien —dijo—, las desgracias nunca vienen solas.

Y esparció la harina por todo el sótano. Cuando hubo terminado se sintió contentísima de su trabajo y dijo:

—¡Qué aspecto tan limpio y pulcro tiene todo esto!

A mediodía regresó Federico.

—Y bien, mujer, ¿qué me has preparado?

—Ay, Federiquito —contestó ella—, quise hacerte una salchicha, pero mientras sacaba la cerveza para que la bebieras con ella, la cogió el perro de la sartén, y mientras yo perseguía al perro se derramó la cerveza, y cuando quise secar la cerveza con la harina de trigo tiré la jarra, pero estáte tranquilo, el sótano está otra vez totalmente seco.

Federico dijo:

—Catalinita, Catalinita, no hubieras debido hacer eso. Dejas que te roben la salchicha, que se derrame la cerveza del tonel, y para colmo esparces nuestra harina más fina.

—Sí, Federiquito, pero yo no lo sabía, deberías habérmelo dicho.

El hombre pensó: «Si esto le pasa a tu mujer, será mejor que andes con tiento.»

El había reunido una buena suma de táleros *, los cambió por oro y le dijo a Catalinita:

—¿Ves? Esta es calderilla amarilla, la meteré en una olla y la enterraré en el establo bajo el pesebre de la vaca. Cuida de no acercarte a ella, de lo contrario te irá mal.

Ella dijo:

—No, Federiquito, no lo haré. Segurísimo.

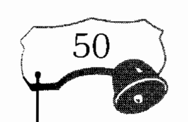
Ahora bien, mientras Federico estaba fuera, llegaron buhoneros al pueblo que vendían escudillas y tarteras de barro y le preguntaron a la joven mujer si no tenía nada para comerciar.

—Oh, buena gente —dijo Catalinita—, no tengo nada de dinero y no puedo comprar. Pero si necesitáis calderilla amarilla, entonces podré compraros algo.

—¿Calderilla amarilla? ¿Por qué no? Déjanosla ver.

—Id al establo y cavad bajo el pesebre de la vaca; allí encontraréis la calderilla amarilla, yo no puedo acompañaros.

Los pícaros se dirigieron al lugar, cavaron y encontraron oro puro. Lo cogieron, se alejaron apresuradamente y dejaron todas las tarteras y escudillas en la casa. Catalinita pensó que debía uti-



lizar la nueva vajilla; pero como en la cocina no hacía falta nada, de un golpe le quitó a cada olla el fondo y las colocó todas, de adorno, en las estacas de la valla de la casa. Cuando llegó Federico y vio el nuevo adorno dijo:

—¿Catalinita, qué has hecho?

—Las he comprado, Federiquito, a cambio de la calderilla amarilla que estaba escondida bajo el pesebre; yo no he ido, sino que los buhoneros la han tenido que cavar.

—¡Ay, mujer! —dijo Federico—. ¿Qué has hecho? No era calderilla amarilla, era oro puro y además toda nuestra hacienda; no hubieras debido hacerlo.

—Tienes razón, Federiquito —dijo ella—, yo no lo sabía, deberías habérmelo dicho.

Catalinita permaneció quieta durante un rato meditando, y luego dijo:

—Oye, Federiquito, el oro debemos recuperarlo de nuevo; iremos detrás de los ladrones.

—Bien, vamos —dijo Federico—, vamos a intentarlo; pero coge queso y mantequilla para que tengamos algo que comer por el camino.

—Sí, Federiquito, lo cogeré.

Se pusieron en camino, y como Federico era más rápido andando, Catalinita iba detrás. «Mejor para mí —pensó ella—, cuando demos la vuelta, le llevaré un trozo de adelanto.»

Así pues llegaron a un monte que tenía a ambos lados del camino unos profundos carriles.

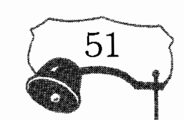
—Hay que ver —dijo Catalinita—. ¡Cómo han destrozado, humillado y presionado a la pobre tierra! En toda la vida volverá a sanar.

Y de pura compasión cogió la mantequilla y untó los dos carriles a derecha e izquierda para que no se vieran tan presionados por las ruedas, y al agacharse, movida por su compasión, se le salió rodando monte abajo un queso del bolsillo. Dijo Catalinita:

—Yo he hecho ya el camino para arriba, y no voy a volver a bajar, que baje otro y lo recoja.

Así que sacó otro queso del bolsillo y lo hizo rodar hacia abajo. Pero los quesos no regresaron; entonces hizo rodar un tercero y pensó: «Quizá estén esperando y no les guste caminar solos.» Pero cuando no regresaron los tres, dijo:

—¡Yo no sé que querrá decir esto! Pero es posible que el tercero no haya encontrado el camino y se haya perdido. Enviaré el cuarto para que los llame.



Pero el cuarto no lo hizo mejor que el tercero. Entonces se incomodó Catalinita y lanzó rodando el quinto y el sexto, que eran los últimos. Durante un rato estuvo tranquila y aguardó, pero cuando vio que no regresaban dijo:

—Está bien, iid al infierno! A vosotros os gusta estar fuera; ¿pensáis acaso que voy a esperar más tiempo por vosotros? Yo sigo mi camino, así que ya podéis correr detrás de mí; vosotros tenéis unas piernas más jóvenes que las mías.

Catalinita siguió andando y encontró a Federico, que se había detenido porque tenía ganas de comer:

—Bueno, dame lo que has traído.

Ella le alcanzó el pan seco.

—¿Dónde están la mantequilla y el queso? —preguntó el hombre.

—iAy, Federiquito! —dijo Catalinita—. Con la mantequilla he engrasado los carriles, y los quesos vendrán pronto; uno se me escapó, y he mandado a los otros a buscarlo.

Federico dijo:

—No debieras haber hecho eso, Catalinita. iPero a quién se le ocurre untar la mantequilla en el camino y dejar rodar el queso monte abajo!

—Claro, Federiquito, pero deberías habérmelo dicho.

Luego se comieron el pan seco y Federico dijo:

—¿Catalinita, has cerrado bien nuestra casa cuando te fuiste?

—No, Federiquito, deberías habérmelo dicho antes.

—Entonces regresa y ocúpate de la casa antes de que sigamos andando, y trae algo más de comer. Te esperaré aquí.

Catalinita regresó y pensó: «Federiquito quiere otra cosa de comer, la mantequilla y el queso no le gustan, así que le llevaré un paño lleno de avellanas, y para beber un jarro de vinagre.» Luego cerró la hoja de arriba de la puerta, pero la de abajo la sacó y la cargó a sus espaldas, pensando que si había puesto la puerta a buen recaudo, la casa tenía que estar bien guardada. Para el camino se tomó tiempo y pensó: «Así descansará Federico más tiempo.» Cuando llegó de nuevo a su lado, dijo ella:

—Aquí tienes la hoja de la puerta, Federiquito; así podrás guardar la casa tú mismo.

—iAy, Dios mío! —dijo él—. iPero qué mujer más lista tengo! Se trae la hoja de abajo de la puerta, de tal manera que pueda entrar cualquiera por allí, y le echa el cerrojo a la de arriba. Ahora ya es muy tarde para regresar a casa, pero ya que te has traído la hoja de la puerta, la llevarás de ahora en adelante.

—La puerta la llevaré, Federiquito, pero las avellanas y la jarra de vinagre pesan demasiado; los colgaré en la puerta y que ella los lleve.

Luego se adentraron en el bosque y buscaron a los pícaros, pero no los encontraron. Cuando finalmente oscureció, treparon a un árbol y allí pasaron la noche. Apenas se hubieron sentado llegaron los mozos que se llevan lo que no quiere irse y que encuentran las cosas antes de que éstas se pierdan. Se sentaron precisamente bajo el árbol en el que estaban subidos Federico y Catalinita; encendieron fuego y quisieron repartirse el botín. Federico se bajó por la otra parte y cogió piedras, subió con ellas de nuevo al árbol y quiso apedrear a los ladrones. Pero las piedras no les alcanzaron y los pícaros dijeron:

—Pronto se hará de día, el viento está tirando las piñas.

Catalinita tenía todavía la hoja de la puerta a la espalda y, como le pesaba tanto, pensó que eran las avellanas y dijo:

—Federiquito, tengo que tirar las avellanas.

—¡No, Catalinita, ahora no —contestó él—, que nos pueden delatar!

—¡Ay, Federiquito, tengo que hacerlo, me pesan demasiado!

—¡Pues hazlo ya, por todos los diablos!

Las avellanas rodaron entre las ramas y los mozos de abajo dijeron:

—Los pájaros están abonando.

Un poco después, y como la puerta le seguía pesando, dijo Catalinita:

—¡Ay, Federiquito, tengo que derramar el vinagre!

—No, Catalinita, podría delatarnos.

—¡Ay, Federiquito, tengo que hacerlo, me pesa demasiado!

—¡Pues hazlo ya, por todos los diablos!

Después de esto ella derramó el vinagre, de tal manera que cayó sobre los mozos. Se dijeron entre ellos:

—Ya está cayendo el rocío.

Finalmente pensó Catalinita: «¿No será la puerta lo que me pesa tanto?», y dijo:

—Federiquito, tengo que dejar caer la puerta.

—No, Catalinita, ahora no, podría delatarnos.

—¡Ay, Federiquito, tengo que hacerlo, me pesa demasiado!

—No, Catalinita, sujétala.

—¡Ah, Federiquito, la dejo caer!

—¡Está bien! —contestó Federico irritado—. ¡Déjala caer ya en nombre de Belcebú!

Entonces se cayó con gran estruendo y los mozos abajo gritaron:

—¡El diablo se nos viene encima!

Huyeron y dejaron todo abandonado. A la mañana siguiente, cuando se bajaron del árbol, encontraron su oro y se lo llevaron a casa.

Cuando estuvieron en casa de nuevo, dijo Federico:

—Catalinita, ahora tienes que ser hacendosa y trabajar.

—Sí, Federiquito, lo haré, iré al campo y recogeré fruta.

Cuando Catalinita estuvo en el campo, se dijo a sí misma: «¿Qué hago, almuerzo antes de recoger o duermo antes de recoger? Bien, primero comeré.»

Así pues, Catalinita comió y después de la comida le entró sueño y comenzó a cortar [1], y medio en sueños se cortó en dos sus vestidos: delantal, falda y camisa. Después de un sueño profundo se despertó de nuevo y, al verse medio desnuda, se dijo a sí misma: «¿Soy o no soy yo? ¡Ay, que no soy yo!» Mientras tanto se había hecho de noche; corrió entonces al pueblo y golpeó en la ventana de su marido y preguntó:

—¡Federiquito!

—¿Qué pasa?

—Me gustaría saber si Catalinita está en la casa.

—Sí, sí —contestó Federico—, claro, debe de estar tumbada y durmiendo.

—Bien —dijo ella—, entonces con seguridad que estoy ya en casa —y salió corriendo.

En las afueras se encontró Catalinita con unos pícaros que querían robar. Fue con ellos y les dijo:

—Yo os ayudaré a robar.

Los mozalbetes creyeron que ella conocería las condiciones del lugar y se alegraron. Catalinita iba ante las casas gritando:

—¡Gente! ¿Tenéis algo? Queremos robar.

Pensaron los pícaros: «Esto saldrá mal», y deseaban librarse de Catalinita. A esto le dijeron a ella:

—Afuera del pueblo tiene el párroco nabos en el campo, ve allí y cógenoslos.

Catalinita se fue al campo y comenzó a arrancar nabos, pero como era muy perezosa no los recogía del suelo. A continuación

---

[1] Juego de palabras intraducible. En alemán *schneiden* significa tanto «recoger» (fruta), como «segar», «podar», etc. y, por supuesto, «cortar». De ahí el equívoco creado en sueños entre «recoger» la fruta y «cortarse» los vestidos.

pasó un hombre y se detuvo, y pensó que era el diablo que estaba revolviendo los nabos. Fue corriendo al pueblo a casa del párroco y dijo:

—Señor párroco, en vuestro campo de nabos está el diablo y los está arrancando.

—¡Ay, Dios mío! —contestó el párroco—. Yo tengo un pie cojo y no puedo salir para conjurarlo.

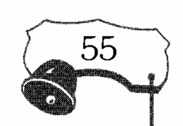
El hombre dijo:

—Bueno, yo os llevaré a cuestas —y de esta forma lo llevó al campo.

Y cuando llegaron al campo, Catalinita se levantó y se enderezó.

—¡Ay, el diablo! —gritó el párroco, y ambos se echaron a correr, y el párroco, de puro miedo, pudo andar con su pie cojo más de prisa que el hombre que lo había llevado a cuestas.





Los dos hermanos

Eranse una vez dos hermanos, uno rico y otro pobre. El rico era orfebre y de malas entrañas. El pobre vivía de hacer escobas y era bueno y honrado. El pobre tenía dos hijos gemelos y tan parecidos como una gota de agua a otra. Los dos hermanos iban y venían a la casa del rico, y a veces, de los desperdicios, recibían algo de comer. Aconteció que una vez, yendo el pobre al bosque a buscar leña, vio un pájaro de oro, tan hermoso como no había visto otro igual en su vida. Entonces cogió una piedra, se la tiró y le acertó, pero de él se cayó solamente una pluma y el pájaro se fue. El hombre cogió la pluma y se la llevó al hermano, que la examinó y dijo:

—Es de oro puro —y a cambio le dio mucho dinero.

Al día siguiente, el hombre trepó a un abedul y, cuando iba a cortar unas cuantas ramas, salió volando de ellas el mismo pájaro y, al seguir buscando el hombre, encontró un nido que tenía dentro un huevo de oro. Se llevó el huevo a casa y se lo entregó a su hermano, que nuevamente dijo:

—Es de oro puro —y le dio lo que valía.

Finalmente dijo el orfebre:

—Me gustaría tener el pájaro.

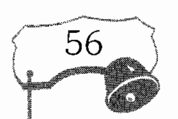
El pobre fue por tercera vez al bosque, y vio de nuevo al pájaro posado en el árbol; cogió entonces una piedra, lo hizo caer y se lo llevó a su hermano, que le dio a cambio un enorme montón de oro. «Bueno, así saldré adelante», pensó y se fue contento a casa.

El orfebre era astuto y ladino y sabía muy bien qué clase de pájaro era. Llamó a su mujer y dijo:

—Asame el pájaro de oro y ten cuidado de que no se desperdicie nada; tengo ganas de comérmelo entero.

El pájaro no era un pájaro cualquiera, sino de una clase tan maravillosa, que el que se comía el corazón y el hígado, encontraba todas las mañanas debajo de su almohada una pieza de oro. La mujer preparó el pájaro, lo puso en un pincho al fuego y dejó que se asara.

Sucedió que, mientras estaba tostándose, la mujer tuvo que abandonar la cocina para hacer otros trabajos; entonces entraron los dos niños del pobre escobero, se colocaron ante el pincho de asar y le dieron dos vueltas. Al caer dos trocitos del pájaro en la sartén, dijo uno:



—¿Por qué no nos comemos estos cachitos? Tengo mucha hambre, y nadie lo va a notar.

Ambos se comieron los dos cachitos; la mujer llegó en ese momento y vio que estaban comiendo y preguntó:

—¿Qué habéis comido?

—Unos trocitos que se cayeron del pájaro.

—Han sido el corazón y el hígado —dijo la mujer asustada.

Y, para que su marido no echara en falta nada y no se enfadase, sacrificó rápidamente un pollo y, sacándole el corazón y el hígado, se los añadió al pájaro de oro. Cuando ya estaba asado se lo sirvió al orfebre, y éste se lo comió él solo sin dejar nada. A la mañana siguiente, cuando metió la mano debajo de la almohada pensando encontrar la pieza de oro, se encontró con tan poco como lo que encontraba habitualmente.

Los niños no sabían la suerte que les había tocado. A la mañana siguiente, cuando se levantaron, se cayó algo al suelo que tintineó y, cuando lo levantaron, eran dos monedas de oro. Se las llevaron a su padre, que se quedó perplejo y dijo:

—¿Cómo habrá pasado esto?

Pero cuando, a la mañana siguiente, encontraron de nuevo dos, y así cada día, fue a ver a su hermano y le contó la extraña historia. El orfebre se dio cuenta inmediatamente de cómo había sucedido y de que los niños se habían comido el corazón y el hígado; para vengarse, porque era envidioso y de mal corazón, le dijo a su hermano:

—Tus niños tienen el diablo en el cuerpo; no les permitas que estén más tiempo en casa, pues él tiene el poder sobre ellos y pueden acarrearte un mal.

El padre tuvo miedo del diablo y, aunque le costó mucho, llevó a los dos gemelos al bosque y los abandonó allí entristecido.

Los niños corrieron por el bosque buscando el camino de la casa, pero no lo pudieron encontrar, sino que cada vez se perdían más. Finalmente encontraron a un cazador, que preguntó:

—¿De quién sois hijos, niños?

—Somos los hijos del pobre escobero —contestaron.

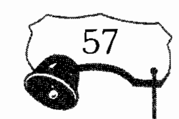
Y le contaron que el padre no los quería en casa porque todas las mañanas había una pieza de oro debajo de la almohada.

—Bueno —dijo el cazador—. Eso no es malo, si seguís siendo honrados y no os tumbáis a la bartola.

El buen hombre, como le gustaron los niños y él no tenía ninguno, se los llevó consigo a casa y dijo:

—Yo seré vuestro padre y os criaré.





Aprendieron con él a cazar, y la pieza de oro que encontraban ambos al levantarse la guardaba por si en el futuro podían necesitarla.

Crecieron, y un buen día los cogió su padre adoptivo, los llevó al bosque y dijo:

—Hoy debe ser vuestra prueba de tiro para que yo pueda nombraros y haceros cazadores.

Fueron con él al puesto de caza y esperaron largo tiempo, pero no vino ningún animal salvaje. El cazador miró por encima de él y vio una bandada de gansos blancos que volaban en forma de triángulo. Entonces le dijo a uno:

—Bien, dispara a uno de cada esquina.

Lo hizo y llevó a cabo su prueba de tiro. Poco después llegó otra bandada que tenía la forma de la cifra dos; el cazador mandó disparar al otro a uno de cada esquina y también aprobó su prueba de tiro. El padre dijo:

—Estáis aprobados: ya sois cazadores de profesión.

Luego se fueron los dos hermanos juntos al bosque, deliberaron conjuntamente y tomaron una decisión. Cuando se sentaron a cenar por la noche, le dijeron a su padre adoptivo:

—No probaremos la comida, ni comeremos un bocado si no accedéis a una petición nuestra.

El dijo:

—¿Cuál es vuestra petición?

Ellos contestaron:

—Hemos aprendido un oficio, pero ahora debemos probar también suerte en el mundo; así pues, permitid que partamos y viajemos.

El anciano exclamó con alegría:

—Habláis como cazadores valientes; lo que vosotros pedís era también mi deseo. Partid, que os irá bien.

Luego bebieron y comieron alegremente juntos.

Cuando llegó el día acordado, les regaló el padre adoptivo a cada uno una escopeta y un perro, e hizo que cada uno cogiera de las piezas de oro ahorradas las que quisiera. Luego los acompañó un trozo de camino y, al despedirse, les dio todavía un cuchillo bruñido y dijo:

—Cuando os separéis, clavad en ese mismo sitio el cuchillo en un árbol; así, cuando vuelva el uno, podrá ver cómo le ha ido al hermano ausente, pues la parte por la que se clava se oxidará si él muere, pero mientras él viva permanecerá bruñida.

Los dos hermanos siguieron andando y llegaron a un bosque

tan grande que les fue imposible salir de él en un día. Así que hicieron allí noche y comieron de lo que llevaban en el macuto de cazador; siguieron andando también al día siguiente, pero tampoco pudieron salir de él. Como no tenían nada que comer, habló uno de esta manera:

—Tenemos que matar algo, si no, moriremos de hambre.

Cargó entonces su escopeta y miró a su alrededor. Y cuando pasó corriendo una vieja liebre apuntó, pero la liebre gritó:

—Querido cazador, déjame vivir,
yo te daré a cambio dos crías para ti.

Se metió rápidamente en los matorrales y trajo dos crías; los animalillos jugaban alegremente y eran tan graciosos, que los cazadores no tuvieron valor para matarlos. Los conservaron con ellos y los lebratos les seguían. Poco después pasó un zorro, al cual quisieron matar, pero el zorro gritó:

—Querido cazador, déjame vivir,
yo te daré a cambio dos crías para ti.

Trajo también dos zorrillos y los cazadores no los quisieron matar tampoco, y se los dieron de compañía a las liebres, y les seguían. Poco tiempo después salió un lobo de la espesura, los cazadores le apuntaron, pero el lobo exclamó:

—Querido cazador, déjame vivir,
yo te daré a cambio dos crías para ti.

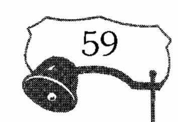
Unieron los dos lobeznos a los otros animales, y éstos les siguieron. Luego pasó un oso que todavía tenía ganas de vivir trotando un poco más, y gritó:

—Querido cazador, déjame vivir,
yo te daré a cambio dos crías para ti.

Los dos oseznos se unieron a los otros animales y ya eran ocho. Finalmente, ¿quién llegó?: un león agitando sus melenas, pero los cazadores no se dejaron asustar y le apuntaron. El león dijo también:

—Querido cazador, déjame vivir,
yo te daré a cambio dos crías para ti.

Trajo también a sus crías, y ahora los cazadores tenían dos leones, dos osos, dos lobos, dos zorros y dos liebres que les seguían y servían. Mientras tanto, como su hambre no había sido saciada, dijeron a los zorros:



—Oíd, rastreadores, buscadnos algo para comer; vosotros sois astutos y solapados.

Ellos contestaron:

—No lejos de aquí hay un pueblo donde nosotros hemos cogido gallinas; os enseñaremos el camino hasta allí.

Fueron entonces hasta el pueblo, compraron algo de comer, hicieron que les dieran alimento a los animales y siguieron su camino. Los zorros se conocían bien la zona, sabían dónde estaban las granjas de gallinas, y podían mostrarles el camino.

Siguieron andando durante algún tiempo, pero no pudieron encontrar ningún trabajo donde permanecer juntos. Entonces se dijeron:

—No nos queda otro remedio, tenemos que separarnos.

Se repartieron los animales, de tal manera que a cada uno le tocó un león, un oso, un lobo, un zorro y una liebre; luego se despidieron, se prometieron amor fraternal hasta la muerte y clavaron el cuchillo que les había dado el padre adoptivo en un árbol; a continuación uno se dirigió al este y el otro al oeste.

El más joven llegó a una ciudad que estaba cubierta de crespones negros. Fue a una posada y preguntó al posadero si podía dar cobijo a sus animales. El posadero les facilitó un establo, que tenía un agujero en la pared; la liebre salió por él y se trajo una cabeza de col, el zorro una gallina y cuando la había comido se trajo también al gallo. El lobo, el oso y el león, como eran demasiado grandes, no pudieron salir por el agujero. Entonces les hizo ir el posadero a donde había una vaca en la hierba, y comieron hasta saciarse.

Cuando el cazador hubo cuidado de sus animales, le preguntó al posadero por qué estaba la ciudad llena de crespones de luto. El posadero dijo:

—Porque mañana va a morir la única hija de nuestro rey.

Preguntó el cazador:

—¿Está enferma de gravedad?

—No —contestó el posadero—, está sana y rozagante, pero va a morir.

—¿Y cómo es eso? —preguntó el cazador.

—Fuera, ante la ciudad, hay una gran montaña; en ella vive un dragón, que debe tener todos los años a una doncella; de lo contrario devasta todo el país. Ahora ya se le han entregado todas las doncellas y no queda ya nadie más que la hija del rey; aun así no hay posibilidad de clemencia. Es necesario entregársela y tiene que ser mañana.

El cazador habló:

—¿Y por qué no matan al dragón?

—¡Ay! —dijo el posadero—. Lo han intentado ya muchos caballeros y han pagado todos con su vida; el rey ha prometido al que venza al dragón darle a su hija por esposa, y que heredará también el reino a su muerte.

El cazador no dijo nada a esto, pero a la mañana siguiente cogió a sus animales y subió con ellos a la montaña del dragón. Allí arriba había una pequeña iglesia, y en el altar tres vasos llenos y encima estaba escrito: «Quien beba los vasos hasta el fondo se convertirá en el hombre más fuerte de la tierra y podrá blandir la espada que está enterrada ante el dintel de la puerta.» No bebió nada, salió y buscó la espada en la tierra, pero no pudo moverla de su sitio. Regresó entonces y bebió los tres vasos y entonces tuvo la fuerza suficiente para levantar la espada, y su mano pudo blandirla con facilidad. Cuando llegó la hora en que la doncella tenía que ser entregada al dragón, la acompañaron el rey, el mariscal y los cortesanos. Ella vio de lejos al cazador en la montaña del dragón y pensó que el dragón estaba allí esperándola. No quería ir, pero finalmente tuvo que dar el paso decisivo, si no, la ciudad hubiera estado perdida. El rey y los cortesanos regresaron a casa llenos de dolor; el mariscal del rey tuvo que quedarse y contemplarlo todo.

Cuando la princesa llegó arriba al monte, no estaba allí el dragón, sino el joven cazador. La consoló y dijo que iba a salvarla, la condujo a la iglesia y la encerró allí. Poco tiempo después llegó con gran ruido el dragón de siete cabezas. Cuando vio al cazador, no cupo en sí de asombro y le dijo:

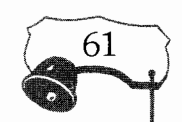
—¿Qué buscas tú aquí en el monte?

El cazador contestó:

—Quiero luchar contigo.

—Unos cuantos caballeros han dejado aquí su vida y también acabaré contigo —dijo el dragón lanzando fuego por sus siete fauces.

El fuego iba a quemar la hierba seca, y el cazador se ahogaría en las llamas y el humo, pero llegaron corriendo los animales y apagaron el fuego. A continuación, el dragón atacó al cazador, pero él blandía la espada de tal manera que sonaba en el aire, y le cortó tres cabezas. A causa de esto se puso el dragón verdaderamente encolerizado, se irguió en el aire, vomitó llamas de fuego sobre el cazador y se quiso lanzar sobre él, pero el cazador volvió a blandir su espada y le cortó otras tres cabezas. El monstruo



estaba agotado y se cayó y quiso lanzarse de nuevo hacia el cazador, pero él le cortó con las últimas fuerzas la cola, y como no podía luchar ya más, llamó a sus animales, que lo destrozaron.

Cuando la pelea hubo terminado, el cazador abrió la iglesia y encontró a la hija del rey tirada en el suelo, porque había perdido el conocimiento de angustia y temor durante la lucha. La sacó de allí y, cuando volvió en sí y abrió los ojos, le mostró al dragón destrozado y le dijo que ya estaba liberada. Ella se alegró y dijo:

—Tú serás mi querido esposo, pues mi padre me ha prometido al que matara al dragón.

Luego se quitó su collar de coral y lo repartió entre los animales, como recompensa, y el león recibió el broche de oro. Pero su pañuelo, bordado con su nombre, se lo regaló al cazador, que, dirigiéndose hacia el dragón, cortó las lenguas de las siete cabezas, las envolvió en el pañuelo y las guardó.

Después de hacer todo esto, y como estaba tan cansado y falto de fuerzas, a causa del fuego y la pelea, le dijo a la doncella:

—Ambos estamos muy débiles y cansados, vamos a dormir un poco.

Ella asintió y se tumbaron en el suelo. El cazador le dijo entonces al león:

—Tienes que velar para que nadie nos ataque mientras dormimos.

Ambos se durmieron y el león se tumbó a su lado para hacer guardia, pero también estaba cansado de la pelea, de manera que llamó al oso y dijo:

—Echate aquí a mi lado, que voy a dormir un poco; si pasa algo despiértame.

El oso se echó a su lado, pero también estaba cansado; llamó al lobo y dijo:

—Echate aquí a mi lado, que voy a dormir un poco; si pasa algo despiértame.

El lobo se echó a su lado, pero también estaba cansado; llamó al zorro y dijo:

—Echate aquí a mi lado, que voy a dormir un poco; si pasa algo despiértame.

El zorro se echó a su lado, pero también estaba cansado; llamó a la liebre y dijo:

—Echate aquí a mi lado, que voy a dormir un poco; si pasa algo despiértame.

La liebre se sentó a su lado, pero la pobre estaba también cansada y no tenía a nadie a quien llamar para hacer guardia y se

durmió. Así pues, se durmieron la hija del rey, el cazador, el león, el oso, el lobo, el zorro y la liebre, y todos durmieron con un sueño profundo.

El mariscal, que lo había contemplado todo desde lejos, al no ver salir volando al dragón con la doncella y advirtiendo que todo en el monte estaba tranquilo, se armó de valor y subió hasta allí. Vio cómo yacía el dragón destrozado y descuartizado en el suelo, y no lejos de allí la hija del rey, un cazador con sus animales, y todos sumidos en un profundo sueño. Y como era malo e impío, cogió su espada, le cortó al cazador la cabeza, tomó a la doncella por el brazo y se la llevó monte abajo. Ella se despertó entonces y se asustó, pero el mariscal dijo:

—Estás en mis manos: tienes que decir que he sido yo el que ha matado al dragón.

—No puedo —contestó ella—, pues un cazador con sus animales es el que lo ha hecho.

A esto sacó él su espada y la amenazó de muerte si no le obedecía y la obligó a prometérselo.

Luego la llevó ante el rey, que no sabía qué hacer de alegría, cuando vio de nuevo a su hija viva ante sí, a la que creía destrozada por el monstruo. El mariscal dijo:

—He matado al dragón y he liberado a la doncella y a todo el reino, por eso la exijo como esposa como había sido prometido.

El rey preguntó a la doncella:

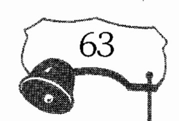
—¿Es verdad lo que él dice?

—¡Ay, sí! —contestó ella—. Debe ser cierto, pero me reservo el derecho de que la boda se celebre dentro de un año y un día —pues ella creía poder saber, en ese tiempo, algo de su querido cazador.

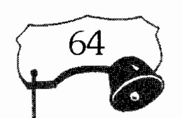
En el monte del dragón estaban durmiendo los animales todavía junto a su difunto señor; entonces se acercó un gran moscardón y se le posó a la liebre en la nariz, pero la liebre se la espantó con la pata y siguió durmiendo. El moscardón se acercó por segunda vez, la liebre lo espantó de nuevo y siguió durmiendo. Por tercera vez se aproximó el moscardón y le picó en la nariz, con tal fuerza que la despertó. En cuanto la liebre estuvo despierta, despertó al zorro, y el zorro al lobo, y el lobo al oso, y el oso al león. Y cuando el león se despertó y vio que la doncella no estaba allí y su señor muerto, comenzó a rugir terriblemente y dijo:

—¿Quién ha hecho esto? Oso, ¿por qué no me has despertado?

El oso preguntó al lobo:



—¿Por qué no me has despertado?
Y el lobo al zorro:
—¿Por qué no me has despertado?
Y el zorro a la liebre:
—¿Por qué no me has despertado?
La única que no supo responder fue la pobre liebre y toda la culpa recayó exclusivamente en ella. Todos quisieron lanzarse sobre ella, pero rogando dijo:
—No me matéis; yo haré que nuestro señor vuelva a vivir. Sé de una montaña donde crece una raíz que cura de toda enfermedad y heridas al que la tiene en la boca. Pero el monte está a doscientas horas de distancia de aquí.
El león dijo:
—En veinticuatro horas tienes que ir y venir, y traerla.
La liebre salió corriendo y en veinticuatro horas estaba de vuelta trayendo la raíz. El león colocó otra vez al cazador la cabeza en su sitio y la liebre le metió la raíz en la boca; inmediatamente todo se unió otra vez, el corazón latió y la vida volvió de nuevo al cuerpo del cazador. A continuación se despertó el cazador y se asustó cuando no vio a la doncella. Pensó entonces: «Se ha ido mientras yo dormía para librarse de mí.» El león, con las prisas, le había colocado a su señor la cabeza al revés; éste, sin embargo, no notó nada, ocupado como estaba en sus tristes pensamientos sobre la hija del rey; solamente, a mediodía, cuando quiso comer, se dio cuenta de que la cabeza estaba en dirección de la espalda, no lo pudo comprender y preguntó a los animales qué le había pasado mientras dormía. Entonces le contó el león que todos se habían dormido de puro cansancio y que al despertar le habían encontrado muerto con la cabeza decapitada, que la liebre había traído la raíz de la vida y que él, con las prisas, le había colocado la cabeza al revés. Sin embargo, repararía su falta. Le cortó de nuevo la cabeza al cazador, le dio la vuelta y la liebre se la sujetó otra vez con la raíz.
Sin embargo, el cazador estaba triste; partió por el mundo e hizo que sus animales bailaran ante la gente. Aconteció, entonces, que precisamente un año después llegó a la misma ciudad en la que él había liberado del dragón a la hija del rey, y la ciudad estaba cubierta de colgaduras de color escarlata. Entonces le preguntó al posadero:
—¿Qué significa esto? Hace un año estaba la ciudad llena de crespones negros, ¿qué significa hoy el rojo escarlata?
El posadero contestó:



—Hace un año la hija de nuestro rey iba a ser entregada al dragón, pero el mariscal luchó con él y lo mató, y mañana se celebran sus esponsales; por eso, la ciudad estaba entonces cubierta de negros crespones en señal de luto y hoy de rojo escarlata en señal de alegría.

Al día siguiente, cuando iba a celebrarse la boda, le dijo el cazador al posadero a la hora de la comida:

—¿Puede creerme el señor posadero si le digo que yo comeré hoy aquí de la mesa del rey en esta su casa?

—Bien —dijo el posadero—, y yo me apuesto cien piezas de oro a que eso no será verdad.

El cazador aceptó la apuesta y arriesgó, por su parte, el mismo número de piezas de oro. Luego llamó a la liebre y dijo:

—Ve allí, querida saltadora, y tráeme del pan que come el rey.

Para la liebre era lo menos que se le podía pedir y, como ella no podía encargárselo a nadie, tuvo que ponerse en marcha.

«¡Huy! —pensó—. Si voy saltando sola por las calles, vendrán los perros de caza detrás de mí.»

Como lo pensó, sucedió, y los perros fueron detrás de ella queriendo hacerle un buen siete en su piel. ¡Pero ella saltaba como no te lo puedes ni imaginar!, y se escondió en la caseta de un vigilante sin que el soldado se diera cuenta. Los perros se acercaron y quisieron sacarla de allí, pero el soldado no era muy dado a bromas y les golpeó con la culata, de tal manera que se alejaron huyendo y aullando. Cuando la liebre se dio cuenta de que el camino estaba libre, entró saltando en el palacio, precisamente donde estaba la hija del rey, se puso debajo de la silla y le hizo cosquillas en el pie. Ella dijo entonces, pensando que era su perro:

—¿Te quieres largar?

La liebre siguió haciéndole cosquillas por segunda vez en el pie, y ella repitió nuevamente, pensando que era su perro:

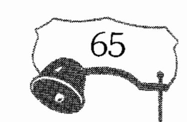
—¿Te quieres largar?

Pero la liebre no se dejó engañar y le hizo cosquillas por tercera vez; ella miró entonces hacia abajo y reconoció al animal por su collar. A continuación la subió a su regazo, la llevó a sus aposentos y dijo:

—¿Querida liebre, qué deseas?

La liebre contestó:

—Mi señor, que mató al dragón, está aquí y me envía a pedir pan del que come el rey.



Ella se puso llena de alegría e hizo venir al panadero y le ordenó que le trajera un pan de los que comía el rey. La liebrecilla dijo:

—Que venga el panadero conmigo para que los perros no me hagan daño.

El panadero la llevó hasta la puerta de la posada. La liebre se aupó sobre las patas traseras, cogió después el pan con las delanteras y se lo llevó a su señor. Entonces dijo el cazador:

—Vea usted, señor posadero. Las cien piezas de oro son mías.

El posadero se maravilló, pero el cazador siguió diciendo:

—Bien, señor posadero, el pan lo tengo, pero ahora quiero comer del asado del rey.

El posadero dijo:

—Me gustaría verlo —pero no quiso apostar más.

El cazador llamó al zorro y dijo:

—Zorrillo mío, ve y tráeme del asado que come el rey.

El zorro rojo, que se las sabía todas, se fue por la esquina y rincones, sin que lo viera ningún perro, se puso debajo de la silla de la hija del rey y le hizo cosquillas en el pie. Ella miró hacia abajo y reconoció al zorro por el collar, se lo llevó a sus aposentos y dijo:

—Querido zorro, ¿qué deseas?

Contestó el zorro:

—Mi señor, que mató al dragón, está aquí y me envía a pedir asado de lo que come el rey.

Ella hizo venir al cocinero, que tuvo que preparar un asado de los que comía el rey y llevar al zorro ante la puerta; el zorro cogió entonces la fuente, espantó con el rabo a las moscas que se habían posado en el asado y luego se lo llevó a su señor.

—Vea usted, señor posadero —dijo el cazador—, el pan y la carne ya están aquí; ahora quiero acompañarlos con guarnición de la que come el rey.

A continuación llamó al lobo y dijo:

—Querido lobo, ve y tráeme guarnición de la que come el rey.

El lobo fue directamente al castillo, porque no tenía miedo de nadie, y cuando llegó a la habitación de la hija del rey, le tiró del borde del vestido para que ella tuviera que volverse. Lo reconoció por el collar, se lo llevó a sus aposentos, y dijo:

—Querido lobo, ¿qué deseas?

El contestó:

—Mi señor, que mató al dragón, está aquí y me envía a pedir una guarnición de verduras como las que come el rey.

Después de esto ella hizo venir al cocinero, que tuvo que preparar una guarnición de verduras como las que comía el rey y llevar al lobo ante la puerta; éste le cogió la fuente y se la llevó a su señor.

—Vea usted, señor posadero —dijo el cazador—. Ahora tengo pan, carne y guarnición de verduras, pero quiero comer dulces como los que come el rey.

Llamó al oso y dijo:

—Querido oso, tú, que te gustan los dulces, ve y tráeme de los que come el rey.

El oso fue trotando hasta palacio y todo el mundo se apartaba de su camino, pero, cuando llegó, los centinelas le apuntaron con sus carabinas y no querían dejarlo entrar en palacio. Pero él se enderezó y con sus zarpas repartió bofetadas a diestra y siniestra, de tal manera que toda la guardia se desplomó, y él fue directamente ante la hija del rey, se colocó detrás de ella y gruñó un poco. Ella miró hacia atrás y reconoció al oso, le hizo que la acompañara a sus aposentos y dijo:

—Querido oso, ¿qué deseas?

El contestó:

—Mi señor, que mató al dragón, está aquí y me envía a pedir dulces de los que come el rey.

Ella hizo venir entonces al confitero, que tuvo que hacer dulces de los que comía el rey y llevar al oso ante la puerta; éste lamió los trocitos de dulce que se habían caído, se puso derecho, cogió la fuente y se la llevó a su señor.

—Vea usted, señor posadero —dijo el cazador—. Ahora tengo pan, carne, guarnición de verduras y dulces, pero quiero beber vino del que bebe el rey.

Hizo venir a su león y dijo:

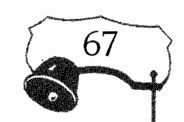
—A ti te gusta también echarte un trago; ve y tráeme vino del que bebe el rey.

El león marchó por la calle y la gente corría delante de él y, cuando llegó ante la guardia, ésta quiso cerrarle el camino, pero no tuvo más que rugir una vez para que todos huyeran. El león fue ante los aposentos reales y llamó con su cola a la puerta. La princesa salió y estuvo a punto de asustarse del león, pero lo reconoció por el broche de su collar, le hizo ir a sus aposentos y dijo:

—Querido león, ¿qué deseas?

El respondió:

—Mi señor, que mató al dragón, está aquí y me envía a pedir vino del que bebe el rey.



Ella hizo venir entonces al escanciero, para que le diera al león vino del que bebía el rey. El león dijo:

—Iré con él y veré que le den del bueno.

A continuación bajó con el escanciero y, cuando llegaron abajo, quiso éste sacarle del vino más corriente, del que bebían los servidores del rey, pero el león dijo:

—Alto, primero cataré el vino.

Sacó del barril una media medida, lo probó y dijo:

—No, éste no es el bueno.

El escanciero le miró con malos ojos, siguió andando y quiso darle de otro barril que estaba destinado para el mariscal del rey. El león dijo:

—Alto, primero lo probaré.

Volvió a sacar media medida y bebió.

—Es mejor, pero todavía no es el que debe ser.

El escanciero se enfadó y dijo:

—¿Pero qué puede entender de vino un animal tan tonto?

El león le dio un zarpazo detrás de la oreja que lo hizo caer brutalmente al suelo y, cuando se puso de nuevo en pie, llevó, callado, al león a un pequeño sótano, donde estaba el vino del rey, del que, por lo demás, no se le daba a nadie. El león sacó primero una media medida y probó el vino; luego dijo:

—Este puede ser del bueno —e hizo que el escanciero llenara seis botellas. Luego subieron del sótano, pero como el león, cuando salió al aire libre, vacilaba un poco y estaba algo bebido, el escanciero tuvo que llevarlo hasta la puerta; entonces el león cogió la jarra con el hocico y se la llevó a su señor. El cazador dijo:

—Vea usted, señor posadero, tengo pan, carne, guarnición de verduras, dulces y vino de los que tiene el rey; ahora comeré con mis animales.

Y se sentó, comió y bebió y dio a la liebre, al zorro, al lobo, al oso y al león de comer y beber de todo aquello, y se sentía contento, pues veía que la hija del rey todavía le quería. Cuando hubo comido dijo:

—Señor posadero, ya he comido y bebido como lo hace el rey; ahora iré a la corte real y me casaré con la hija del rey.

El posadero preguntó:

—¿Cómo va a suceder esto, si ella tiene un prometido y hoy se celebra su boda?

Entonces el cazador sacó el pañuelo que la hija del rey le había dado en el monte del dragón y donde él había envuelto las siete lenguas y dijo:

—Para ello me ayudará lo que tengo en la mano.

A continuación el posadero observó el pañuelo:

—No creo nada, y por eso apostaré toda mi hacienda.

El cazador cogió una talega con mil piezas de oro, la colocó en la mesa y dijo:

—A tu apuesta contesto yo con esto.

En la mesa real el rey dijo a su hija:

—¿Qué querían todos esos animales que han venido a verte y han entrado y salido de mi palacio?

Ella contestó:

—No puedo decirlo, pero haced venir al amo de esos animales, y haréis bien.

El rey mandó a un servidor a la posada e invitó al forastero; el sirviente llegó precisamente en el momento en que el cazador había apostado con el posadero. A continuación dijo el cazador:

—Vea usted, señor posadero, el rey envía a un sirviente y me invita, pero yo no voy así —y al sirviente—: ruego al señor rey que me mande vestiduras reales, un coche con seis caballos, y sirvientes que me asistan.

Cuando el rey oyó la respuesta, le dijo a su hija:

—¿Qué debo hacer?

Ella dijo:

—Mandadlo a buscar como él pide y haréis bien.

El rey le envió entonces trajes reales, un coche con seis caballos y sirvientes para que le sirvieran. Cuando el cazador los vio venir, dijo:

—Vea usted, señor posadero: ahora me vienen a buscar como yo había pedido.

Se puso las vestiduras reales y cogió el pañuelo con las lenguas del dragón. El rey, al verle acercarse, le dijo a su hija:

—¿Cómo debo recibirle?

Ella contestó:

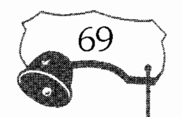
—Salidle al paso y haréis bien.

El rey le salió al encuentro y le condujo arriba y sus animales le seguían. El rey le señaló un sitio junto a él y a su hija. El mariscal, como prometido, estaba al otro lado, pero no le reconoció. A continuación se trajeron para ser vistas las siete cabezas del dragón y el rey dijo:

—El mariscal le ha cortado al dragón las siete cabezas, y por eso hoy le entrego a mi hija por esposa.

A esto se levantó el cazador, abrió las siete fauces y dijo:

—¿Dónde están las siete lenguas del dragón?



El mariscal se asustó, empalideció y no supo qué responder. Finalmente, presa de miedo, dijo:

—Los dragones no tienen lenguas.

El cazador dijo:

—Los mentirosos no deberían tenerla, pero las lenguas del dragón son la señal del vencedor —y desenrolló el pañuelo.

Las siete estaban allí y entonces metió cada lengua en las fauces a las que pertenecía y todas se ajustaban perfectamente. Luego cogió el pañuelo en el que estaba bordado el nombre de la princesa y se lo mostró a la doncella, preguntándole a quién se lo había dado y ella respondió:

—A aquel que mató al dragón.

Y luego llamó a sus animales, les quitó a cada uno el collar y al león el broche de oro y se lo mostró a la doncella y preguntó a quién pertenecía. Ella contestó:

—El collar y el broche de oro eran míos y los repartí entre los animales que ayudaron a vencer al dragón.

El cazador prosiguió:

—Cuando yo, cansado de la lucha, estaba descansando y durmiendo, llegó el mariscal y me cortó la cabeza. Luego se llevó a la princesa y dio a entender que había sido él quien había matado al dragón. Y que él ha mentido, lo demuestro con las lenguas, el pañuelo y el collar.

Y después contó cómo sus animales le habían curado con una raíz maravillosa, cómo había recorrido mundo con ellos durante un año y finalmente había regresado allí, donde se había enterado del engaño del mariscal por la narración del posadero. Al oír esto el rey le preguntó a su hija:

—¿Es verdad que éste ha matado al dragón?

Ella contestó:

—Sí, es verdad. Ahora puedo hacer pública la canallada del mariscal, porque sin mi intervención ha salido a la luz del día; pues me hizo prometer que guardaría silencio. Por eso me reservé el derecho de que la boda no se celebrara antes de un año y un día.

El rey hizo llamar entonces a sus doce consejeros, que deberían emitir un juicio sobre el mariscal, y éstos sentenciaron que el mariscal debía ser destrozado por cuatro bueyes. El mariscal fue ajusticiado, el rey entregó su hija al cazador y le nombró administrador de todo su reino. La boda se celebró con gran alborozo y el joven rey hizo venir a su padre y al padre adoptivo y los colmó de tesoros. Tampoco se olvidó del posadero y le dijo:

—Vea usted, señor posadero, me he casado con la hija del rey y toda su hacienda es mía.

El posadero dijo:

—Eso es lo justo.

Sin embargo el joven rey dijo:

—Se procederá con piedad: mantendrás tu hacienda y además yo te regalaré mil piezas de oro.

El joven rey y la joven reina fueron felices y vivían juntos muy contentos. El salía frecuentemente de caza porque era lo que le gustaba, y los fieles animales le solían acompañar. En las cercanías había, sin embargo, un bosque del que se decía que era peligroso y que el que se adentraba en él no salía con mucha facilidad. Pero el joven rey ardía en ganas de ir a cazar a él, y no dejó al viejo rey en paz hasta que se lo permitió. Partió con un gran séquito y, cuando llegó al bosque, vio una cierva blanca como la nieve y dijo a su gente:

—Esperad aquí hasta que regrese, quiero cazar ese hermoso animal.

Y lo siguió hasta dentro del bosque y solamente le acompañaron sus animales. La gente permaneció allí hasta la tarde, pero él no regresó; entonces se volvieron a casa y se lo contaron a la joven reina:

—El joven rey ha ido a cazar una cierva blanca en el bosque encantado y no ha vuelto.

Ella se preocupó mucho.

El había seguido al hermoso animal, pero no lo pudo alcanzar; cuando pensaba que estaba a tiro, lo vio saltar en la lejanía y finalmente desapareció. En ese momento se dio cuenta de que se había adentrado en el bosque, cogió su cuerno y tocó, pero no recibió contestación alguna, ya que su gente no pudo oírlo. Y cuando llegó la noche y vio que aquel día no podía regresar a casa, se apeó del caballo, preparó al lado de un árbol un fuego y se dispuso a pasar la noche allí. Poco después oyó un gemido en lo alto, miró hacia arriba y vio a una anciana mujer sentada en el árbol, que gimoteaba ininterrumpidamente:

—¡Ay, ay, qué frío tengo!

El dijo:

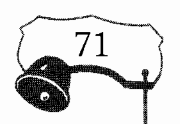
—Baja y caliéntate, si tienes frío.

Ella contestó:

—No, tus animales me morderán.

Añadió él:

—No te harán nada, vieja madrecita, baja.



Pero ella era una bruja y dijo:

—Te tiraré una vara del árbol: si los golpeas en el lomo con ella, no me harán nada.

A continuación, tiró una varita y él los golpeó con ella. Rápidamente se quedaron quietos y se transformaron en piedras. Cuando la bruja estuvo segura de los animales, bajó, le dio también con una vara y lo transformó en piedra. Luego se echó a reír y se lo llevó con sus animales a una tumba donde había ya más piedras.

Al no regresar el joven rey definitivamente, la angustia y preocupación de la reina se hizo cada vez mayor. Aconteció entonces que precisamente el otro hermano, que después de la separación se había ido hacia el este, llegó al reino. Había buscado trabajo y no había hallado ninguno, había viajado de un lado a otro y había hecho bailar a sus animales. Entonces se le ocurrió ver el cuchillo que los dos hermanos, al separarse, habían clavado en el tronco de un árbol, para saber qué es lo que le había pasado a su hermano. Cuando llegó allí, vio que la parte de su hermano estaba casi oxidada y la otra estaba todavía reluciente. Se asustó y dijo:

—A mi hermano tiene que haberle ocurrido una gran desgracia. Quizá pueda salvarle todavía, puesto que una parte del cuchillo todavía brilla.

Se fue con sus animales hacia el oeste, y cuando llegó a la puerta de la ciudad le salió al paso la guardia y le preguntó si le tenían que anunciar ante su joven esposa; la joven reina estaba ya desde hace días preocupadísima por su ausencia y temía que se hubiera extraviado en el bosque encantado. La guardia no creyó sino que él era el joven rey, de lo parecido que era, y porque llevaba también a los animales tras de sí. El se dio cuenta de que hablaban de su hermano y pensó: «Es mejor que me haga pasar por él, así podré salvarle con más facilidad.» Se dejó acompañar por la guardia hasta palacio y fue recibido con enorme gozo. La joven reina también creyó que era su esposo y le preguntó por qué había estado fuera tanto tiempo. El contestó:

—Me he perdido en un bosque y no he podido encontrar antes la salida.

Por la noche fue llevado a la cama real, pero él colocó una espada de dos filos entre él y la joven reina. Ella no supo lo que significaba, mas no se atrevió a preguntar.

Allí permaneció unos cuantos días y se dejó informar de todo lo relativo al bosque encantado; finalmente dijo:

—Tengo que ir a cazar de nuevo en él.

El rey y la joven reina quisieron hacerle cambiar de idea, pero él insistió y partió con enorme séquito. Cuando llegó al bosque, le pasó lo mismo que a su hermano, vio una cierva blanca y dijo a su gente:

—Esperad aquí hasta que regrese, quiero cazar a ese hermoso animal.

Se adentró a caballo en el bosque y sus animales le siguieron. Pero no pudo alcanzar a la cierva y se adentró tanto en el bosque que tuvo que pasar la noche allí. Después de haber encendido un fuego, oyó gemir por encima de él:

—¡Ay, ay, qué frío tengo!

Miró hacia arriba y allí estaba sentada en el árbol la misma bruja. El dijo:

—Si tienes frío, madrecita, baja y caliéntate.

Ella contestó:

—No, tus animales me morderán.

El contestó:

—No te harán nada.

Ella dijo:

—Te tiraré una vara: si los pegas con ella no me harán nada.

Al oír esto, el cazador desconfió de la vieja y dijo:

—Yo no pego a mis animales; baja o te cojo yo.

Ella entonces exclamó:

—¿Pero qué dices? No me harás nada.

El añadió:

—Si no bajas, dispararé para que te caigas.

Ella dijo:

—Dispara tranquilo, no tengo miedo de tus balas.

A continuación él cargó su escopeta y le disparó, pero la bruja estaba protegida contra las balas de plomo, se rió de tal manera que sonó de forma estridente y gritó:

—¡No me alcanzarás!

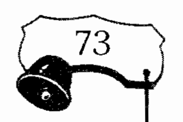
El cazador sabía bien lo que tenía que hacer: se arrancó tres botones de plata de la cazadora y los cargó en la escopeta, pues contra esto era ineficaz toda la brujería y, cuando apretó el gatillo, la otra cayó dando un enorme chillido. Después de esto él le colocó un pie encima y dijo:

—Vieja bruja, si no confiesas rápidamente dónde está mi hermano, te cogeré con las dos manos y te arrojaré al fuego.

Ella tuvo mucho miedo y pidió clemencia mientras decía:

—Está con sus animales petrificado en una tumba.

El la obligó a acompañarlo, la amenazó y dijo:



—Viejo monstruo, ahora vas a hacer inmediatamente que viva mi hermano y todas las criaturas que aquí yacen, o te echo al fuego.

Ella cogió una vara y tocó a las piedras. Su hermano y los animales volvieron a la vida, y también otros comerciantes, artesanos y pastores se levantaron y agradecieron su liberación y se marcharon a casa. Los gemelos, cuando se volvieron a ver, se besaron y se alegraron en lo más profundo de su corazón. Luego apresaron a la bruja, la ataron y la colocaron en el fuego y, cuando se hubo quemado, el bosque se abrió y se volvió claro y alegre y se podía ver el palacio real a tres horas de camino.

Los dos hermanos se dirigieron a casa y se contaron en el camino lo que les había pasado. Y cuando el más joven dijo que él era el señor del país en lugar del rey, dijo el otro:

—Eso lo he observado bien yo, pues cuando llegué a la ciudad y creyeron que eras tú, me tributaron todos los honores; la joven reina creyó que yo era su marido y tuve que comer en su mesa y dormir en su cama.

Al oírlo el otro, se puso tan celoso y furioso que desenvainó su espada y le cortó la cabeza a su hermano.

Cuando éste yacía allí muerto y él vio fluir su roja sangre, lo lamentó profundamente.

—Mi hermano me ha liberado —gritó—, y yo le he matado a cambio.

Y gemía a voz en grito. Entonces llegó su liebre y se ofreció para ir a buscar la raíz de la vida; salió corriendo y la trajo todavía a tiempo y el muerto fue resucitado y no notó nada de la herida.

Luego siguieron andando y el joven dijo:

—Tienes el mismo aspecto que yo, tienes trajes reales y los animales te siguen como a mí. Entraremos en la ciudad por dos puertas distintas y llegaremos ante el viejo rey al mismo tiempo.

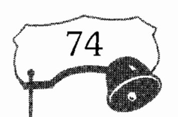
Se separaron y las guardias de las dos puertas llegaron ante el viejo rey al mismo tiempo y anunciaron que el joven rey había llegado con los animales de vuelta a casa.

El rey dijo:

—No es posible, ya que ambas puertas están a una hora de distancia.

Mientras tanto llegaron los dos hermanos, desde ambas partes, al patio del castillo y se bajaron del caballo. Entonces el rey dijo a su hija:

—Di quién es tu marido, los dos se parecen mucho, yo no lo sé.



Ella sintió un enorme miedo, pero de pronto se acordó de que había dado su collar a los animales, buscó y encontró en uno de los leones su broche de oro. Así, pues, exclamó gozosa:

—Aquel a quien sigue este león es mi verdadero esposo.

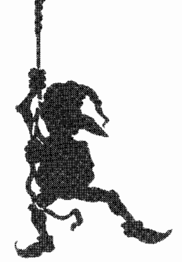
El joven rey se rió y a continuación dijo:

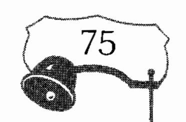
—Sí, ése es el verdadero.

Y se sentaron juntos a la mesa, comieron, bebieron y se sintieron dichosos. Por la noche, cuando el joven rey se fue a acostar, dijo su mujer:

—¿Por qué pusiste en las últimas noches una espada de dos filos en nuestra cama? Yo creía que querías matarme.

Al oír esto él se dio cuenta de lo fiel que había sido su hermano.





El Campesinillo

Erase una vez un pueblo en el que no había más que campesinos ricos y sólo uno pobre al que llamaban el Campesinillo. No tenía ni una vaca y menos aún dinero para comprarla, y a él y a su mujer les hubiera gustado muchísimo tener una.

Una vez le dijo él a ella:

—Oye, se me ha ocurrido una cosa. Ahí tenemos a nuestro compadre carpintero. El podría hacernos una ternera de madera y pintarla de marrón, para que tenga el mismo aspecto que cualquier otra; con el tiempo crecería y se haría una vaca.

A la mujer le gustó la idea, y el compadre carpintero, con ayuda del martillo y el cepillo, hizo la ternera, la pintó como es debido y la hizo con la cabeza baja como si estuviera pastando.

Cuando llevaban las vacas a pastar, el Campesinillo llamó al pastor y le dijo:

—Mira, aquí tengo una ternerilla, pero es todavía pequeña y hay que llevarla en brazos.

—Bueno —dijo el pastor.

La cogió en brazos, la llevó al campo y la colocó en la pradera. La ternerilla se quedó allí inmóvil como si estuviera comiendo, y el pastor dijo:

—Pronto correrá por su cuenta. ¡Cómo come ya!

Por la tarde, cuando quiso conducir el ganado a casa, dijo:

—Si puedes estar ahí y hartarte de comer, también puedes andar con tus cuatro patas. A mí no me apetece cargar otra vez contigo hasta casa.

El Campesinillo estaba ante la puerta de su casa y esperaba a su ternerilla; cuando el pastor pasó por el pueblo y vio que faltaba la ternerilla, preguntó por ella.

El pastor respondió:

—Está todavía en el campo comiendo; no quiso terminar y venirse con las otras.

Sin embargo, el Campesinillo dijo:

—¿Pero qué dices? Yo quiero tener aquí otra vez mi ganado.

Entonces volvieron juntos a la pradera, pero alguien había robado la ternera y se la había llevado.

Dijo el pastor:

—Se habrá perdido.

Pero el Campesinillo dijo:

—A mí no me vengas con cuentos.

Y llevó al pastor ante el alcalde, que le reprendió por su dejadez y le condenó a dar al Campesinillo una vaca por la ternera perdida.

Ahora ya tenían el Campesinillo y su mujer la vaca tan deseada; se alegraron de todo corazón, pero no tenían forraje y no podían darle de comer; así que pronto tuvieron que degollarla y salaron la carne; el Campesinillo fue a la ciudad para vender la piel y, con lo que le dieran por ella, encargar un nuevo ternerillo. Por el camino llegó a un molino; había allí un cuervo con las alas partidas, lo cogió por compasión y lo envolvió en la piel. Pero como el tiempo era tan malo, hacía viento y llovía, no pudo seguir, regresó al molino y pidió albergue. La molinera estaba sola en casa y le dijo al Campesinillo:

—Echate ahí en el heno.

Y le dio un bocadillo de queso.

El Campesinillo comió, se tumbó y puso su piel junto a él. La mujer pensó: «Este está cansado y se dormirá.»

Mientras tanto llegó el cura, la señora molinera lo recibió amablemente y dijo:

—Mi marido no está, así que vamos a merendar bien.

El Campesinillo, que estaba escuchando, al oír hablar de comida y bebida se enfadó, porque él había tenido que conformarse con un bocadillo. La mujer trajo muchas cosas: un asado, ensalada, pastel y vino. Cuando acababan de sentarse y se disponían a comer, llamaron a la puerta.

La mujer dijo:

—¡Dios mío! ¡Es mi marido!

Rápidamente escondió el asado en el horno, el vino bajo la almohada, la ensalada en la cama, el pastel debajo de la cama y al cura en el zaguán. Luego abrió al marido y dijo:

—¡Alabado sea Dios, ya estás aquí! Hace un tiempo como si fuera a acabarse el mundo.

El molinero vio al Campesinillo echado sobre el heno y dijo:

—¿Qué quiere ese fulano?

—Ah —dijo la mujer—, el pobre pícaro llegó con la tormenta y pidió albergue; le he dado un pedazo de pan con queso y le he dicho que se eche en el heno.

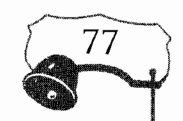
Dijo el hombre:

—No tengo nada en contra, pero dame pronto algo de comer.

La mujer le contestó:

—No tengo más que pan y queso.

—Me conformo con cualquier cosa —contestó el marido.



Miró al Campesinillo y dijo:
—Ven y come algo más conmigo.
Luego el molinero vio en el suelo la piel en la que estaba escondido el cuervo y preguntó:
—¿Qué tienes ahí?
El Campesinillo contestó:
—Ahí dentro tengo un adivino.
—¿Puede hacerme predicciones a mí también? —dijo el molinero.
—¿Por qué no? —contestó el Campesinillo—. Pero sólo dirá cuatro cosas; la quinta se la reservará para sí.
El molinero era curioso y dijo:
—Hazle que adivine una vez.
Entonces el Campesinillo le apretó la cabeza al cuervo, de tal manera que graznó y dijo:
—*Gruac, Gruac.*
El molinero preguntó:
—¿Qué ha dicho?
El Campesinillo contestó:
—Primero ha dicho que el vino está escondido bajo la almohada.
—¡No estaría mal eso! —gritó el molinero.
Se dirigió hacia allí y encontró el vino.
—Bien, sigamos —dijo el molinero.
El Campesinillo hizo que el cuervo graznara de nuevo y dijo:
—En segundo lugar ha dicho que había un asado en el horno.
—¡No estaría mal eso! —gritó el molinero.
Se dirigió hacia allí y encontró el asado.
El Campesinillo dejó que el cuervo siguiera adivinando y dijo:
—En tercer lugar ha dicho que en la cama hay ensalada.
—¡No estaría mal eso! —gritó el molinero.
Se dirigió a la cama y encontró la ensalada.
Finalmente, el Campesinillo apretó otra vez al cuervo, de tal manera que éste gruñó, y dijo:
—En cuarto lugar ha dicho que debajo de la cama hay un pastel.
—¡No estaría mal eso! —dijo el molinero.
Fue allí y encontró el pastel.
Luego se sentaron los dos juntos a la mesa. A la molinera le entró un pánico de muerte y se metió en la cama, llevándose consigo todas las llaves. Al molinero le hubiera gustado saber también la quinta, pero el Campesinillo dijo:

—Primero nos comeremos estas cuatro cosas con calma, pues la quinta es algo malo.

Así que comieron, y luego negociaron cuánto tenía que dar el molinero por la quinta predicción, hasta que acordaron la cantidad de trescientos táleros. Entonces el Campesinillo le apretó la cabeza otra vez al cuervo, de tal manera que graznó en alto.

Preguntó el molinero:

—¿Qué ha dicho?

El Campesinillo contestó:

—Ha dicho que en el armario está el diablo.

El molinero dijo:

—El diablo tiene que salir.

Y abrió la puerta de la calle, la mujer tuvo que entregar las llaves y el Campesinillo abrió la puerta del armario. Entonces el cura salió corriendo todo lo que sus piernas se lo permitían y el molinero dijo:

—He visto al diablo con mis propios ojos. Era verdad.

El Campesinillo puso pies en polvorosa a la madrugada siguiente, llevándose los trescientos táleros.

De vuelta al lugar donde vivía se fue construyendo poco a poco una bonita casa. Los demás campesinos decían:

—El Campesinillo ha estado con seguridad donde llueve oro y se trae el oro a paletadas.

Entonces fue llamado ante el alcalde para que dijera de dónde procedía su riqueza. El contestó:

—He vendido la piel de mi vaca en la ciudad por trescientos táleros.

Cuando los campesinos oyeron esto, quisieron aprovechar también la gran ocasión; se fueron a sus casas, mataron todas las vacas y las desollaron para vender la piel en la ciudad a mayor precio. El alcalde dijo:

—Mi criada tiene que ir la primera.

Cuando ésta llegó ante el comerciante de la ciudad, no le dio más que tres táleros por la piel y, cuando llegaron los restantes, no les dio ni siquiera eso.

—¡Pero qué voy a hacer yo con tantas pieles!

Los campesinos entonces se enfurecieron por lo que consideraban una burla y le acusaron de engaño ante el alcalde. El inocente Campesinillo fue condenado a morir en un tonel agujereado que debía ser lanzado al agua.

Sacaron al Campesinillo del pueblo y trajeron un cura para que dijera una misa por su alma. Los otros se alejaron y, cuando

el Campesinillo divisó al cura, reconoció al que había estado en casa de la molinera. Le dijo:

—Yo os he liberado del armario, libradme ahora del tonel.

En aquel momento pasó por allí el pastor con un rebaño de ovejas. El Campesinillo sabía que a él le habría gustado, desde hacía mucho tiempo, ser alcalde, y comenzó a gritar con todas sus fuerzas:

—¡No, no quiero! Aunque lo quiera todo el mundo, no lo hago.

El pastor, que oyó esto, se acercó y preguntó:

—¿Qué te pasa? ¿Qué es lo que no quieres hacer?

El Campesinillo dijo:

—Me quieren elegir alcalde, si me meto en el tonel, pero no lo haré.

El pastor dijo:

—Si no es más que esto lo que hace falta para llegar a ser alcalde, yo me meteré en el tonel.

El Campesinillo dijo:

—Si quieres meterte, entonces tú serás el alcalde.

El pastor se sentía feliz, se metió dentro y el Campesinillo colocó la tapa encima; luego cogió el rebaño del pastor y se lo llevó de allí. El cura fue al ayuntamiento y dijo que ya había dicho la misa por su alma. Ellos regresaron e hicieron rodar el tonel hasta el agua. Cuando el tonel empezó a rodar, gritó el pastor:

—¡Quiero ser alcalde!

Creyeron que era el Campesinillo el que así gritaba y dijeron:

—Nosotros también pensamos eso, pero antes tienes que darte una vuelta por ahí abajo.

Y lanzaron rodando el tonel al agua.

Después de esto se fueron los campesinos a sus casas y, cuando llegaron al pueblo, llegaba también el Campesinillo, llevando tranquilamente un rebaño de ovejas y tan contento. Se asombraron los campesinos y exclamaron:

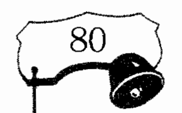
—Campesinillo, ¿de dónde vienes? ¿Vienes del agua?

—Desde luego —contestó el Campesinillo—. Me he sumergido profundamente hasta que he llegado al fondo, he roto la tapa del tonel y he salido afuera; allí había hermosas praderas en las que pastaban muchas ovejas, y me he traído este rebaño.

Los campesinos dijeron:

—¿Hay todavía más?

—Oh, desde luego —dijo el Campesinillo—. Más de las que podéis necesitar.



Entonces los campesinos acordaron traerse las ovejas, cada uno un rebaño. El alcalde dijo, sin embargo:

—Yo iré el primero.

Se dirigieron juntos al agua, y precisamente en ese momento el cielo estaba emborregado y las nubecillas que se reflejaban en el agua parecían borreguitos; a esto gritaron los campesinos:

—Ya vemos los corderos en el fondo.

El alcalde se abrió paso y dijo:

—Bueno, yo iré primero y veré lo que hay; si es bueno, os llamo.

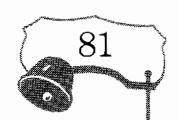
Saltó hacia dentro, y el agua sonó: ¡Plaf! Ellos no se imaginaron otra cosa, sino que los llamaba:

—¡Andad!

Y todos se precipitaron al agua detrás de él.

Entonces todo el pueblo se murió, y el Campesinillo, como único heredero, se convirtió en un hombre rico.





La reina de las abejas

Un rey tenía dos hijos, que salieron un día en busca de aventuras, pero llevaron una vida tan turbulenta y desordenada que no volvieron a casa. El más joven, que se llamaba Bobalicón, se puso en camino para buscar a sus hermanos. Al fin los encontró, pero se burlaron de él diciendo que cómo quería, siendo tan tonto, abrirse paso en el mundo, ya que ellos tampoco lo habían logrado siendo mucho más listos. Partieron los tres juntos y llegaron a un hormiguero. Los dos mayores querían escarbarlo y ver cómo se arrastraban llenas de miedo las pequeñas hormigas, pero Bobalicón dijo:

—Dejad a los animales en paz, no me gusta que los molestéis.

Siguieron andando y llegaron a un lago en el que nadaban muchos, muchos patos. Los dos hermanos quisieron coger unos cuantos y asarlos, pero Bobalicón no lo permitió y dijo:

—Dejad a los animales en paz, no me gusta que los matéis.

Finalmente llegaron a una colmena, en la que había tanta miel que ésta fluía por el tronco. Los dos quisieron prender fuego bajo el árbol y ahogar a las abejas para poder coger la miel. Bobalicón los retuvo de nuevo y dijo:

—Dejad a los animales en paz, no me gusta que los queméis.

Por fin llegaron a un palacio, donde en los establos no había más que caballos de piedra y no se veía a ningún ser viviente. Recorrieron todos los salones hasta que al final llegaron ante una puerta en la que había tres cerraduras. Sin embargo, en medio de la puerta había una mirilla por la que se podía mirar al interior de la habitación. Vieron entonces a un hombrecillo gris sentado ante una mesa. Lo llamaron una y otra vez, pero no oía, hasta que finalmente a la tercera se levantó, abrió las cerraduras y salió. No pronunció palabra alguna, sino que los llevó a una mesa repleta de manjares. Cuando terminaron de comer y beber, llevó a cada uno a su dormitorio. A la mañana siguiente, el hombrecillo fue a la habitación del mayor, le hizo señas para que lo siguiera y lo condujo ante una pizarra de piedra en la que estaban escritas las tres pruebas que, si las superaba, harían que el castillo se desencantara.

La primera consistía en lo siguiente: en el bosque, debajo del musgo, se encontraban las mil perlas de la hija del rey; había que buscarlas y, si antes de la puesta de sol faltaba una sola, el que las buscaba se vería convertido en piedra.

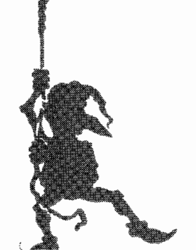
El mayor se dirigió allí y buscó durante todo el día, pero cuando el día tocaba a su fin, no había encontrado más que cien. Y pasó lo que estaba escrito en la pizarra, que se convirtió en piedra.

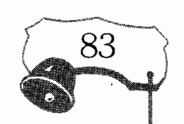
Al día siguiente emprendió el segundo hermano la aventura. No le fue mejor que al mayor: no encontró más que doscientas perlas y se convirtió en piedra. Finalmente le tocó el turno a Bobalicón; buscó en el musgo, ¡pero era tan difícil encontrarlas y se iba con tanta lentitud! Se sentó en una piedra y se puso a llorar. Mientras estaba allí sentado, llegó el rey de las hormigas, al que le había salvado la vida, con cinco mil hormigas.

Poco tiempo después los animalillos habían reunido todas las perlas en un montón.

La segunda prueba consistía en sacar del mar la llave del dormitorio de la princesa. Cuando Bobalicón llegó al mar, aparecieron nadando los patos que él había salvado. Se sumergieron y sacaron la llave del fondo.

La tercera prueba era la más difícil: entre las tres hijas del rey que estaban dormidas había que elegir a la más joven y más amable. Pero eran tan iguales como gotas de agua y sólo se diferenciaban en que, antes de dormirse, habían tomado distintos dulces: la mayor un terrón de azúcar, la segunda un poco de jarabe y la tercera una cucharada de miel. Entonces llegó la reina de las abejas, a la que Bobalicón había protegido del fuego. Probó los labios de las tres princesas, y se quedó en los labios de la que había comido miel: así reconoció el hijo del rey a la más joven y más amable. El encantamiento había desaparecido, todos se vieron libres del sueño y todos los convertidos en piedra recuperaron su figura humana. Bobalicón se casó con la más joven y amable, y fue rey después de la muerte de su padre. Sus dos hermanos tomaron como esposas a las otras dos hermanas.





Las tres plumas

Erase una vez un rey que tenía tres hijos: dos eran listos y sensatos, pero el tercero no hablaba mucho, era simplón y tenía por único nombre el de Bobalicón. Cuando el rey se hizo viejo y se debilitó, pensó en el final de su vida y no supo cuál de sus hijos debería heredar el trono. Entonces les habló así:

—Salid a correr mundo, y el que me traiga la alfombra más fina, será rey después de mi muerte.

Y para que no hubiera ninguna discusión, los llevó ante su palacio, sopló tres plumas al aire y dijo:

—Saldréis en la misma dirección en que salga volando cada pluma.

Una pluma voló hacia el Este, otra hacia el Oeste, pero la tercera voló en línea recta y no demasiado lejos, sino que cayó pronto al suelo. Así pues, un hermano se fue hacia la derecha, el otro a la izquierda y se burlaron de Bobalicón, que tenía que quedarse donde había caído la tercera pluma.

Bobalicón se sentó entristecido. Entonces se dio cuenta de que junto a la tercera pluma había una puertecilla levadiza. La levantó, encontró una escalera y descendió. Allí había otra puerta, llamó y oyó que alguien gritaba dentro:

—Ranita portera,
ranita guardiana,
rana mensajera,
mira a ver quién llama.

La puerta se abrió y él vio allí a una rana grande sentada y rodeada de una gran cantidad de ranitas. La rana le preguntó qué deseaba. El contestó:

—Me gustaría tener la alfombra más fina y más hermosa.

Entonces ella llamó a una rana joven y dijo:

—Ranita portera,
ranita guardiana,
rana mensajera,
tráeme la caja.

La ranita trajo la caja y la rana grande la abrió y le dio a Bobalicón un tapiz tan hermoso y fino como no podía ser tejido otro igual en la tierra. El dio las gracias y subió otra vez por la escalera.

Los otros dos consideraban a su hermano tan tonto, que pensaron que no encontraría ni llevaría nada:

—¿Para qué vamos a molestarnos en buscar —dijeron.

A la primera mujer de un pastor que se encontraron le compraron los tejidos más bastos, y se los llevaron al rey. Al mismo tiempo regresó Bobalicón llevando su hermoso tapiz y, cuando el rey lo vio, se asombró y dijo:

—Si hay que obrar con rectitud, el reino le pertenece al más pequeño.

Pero los otros no dejaron al padre en paz, diciéndole que era imposible que Bobalicón fuera rey, que le faltaba juicio para todas las cosas, y le pidieron que pusiera una nueva condición. Entonces dijo el padre:

—Heredará el reino el que me traiga el anillo más hermoso.

Los llevó de nuevo afuera y sopló las tres plumas al aire, para que ellos las siguieran. Los dos mayores salieron hacia el Este y el Oeste; la pluma de Bobalicón voló en línea recta y cayó otra vez junto a la puertecilla levadiza. De nuevo bajó a ver a la rana y le dijo que necesitaba el anillo más hermoso. Ella mandó traer su caja y sacó de ella un anillo con piedras preciosas, que brillaba tanto y era tan hermoso que ningún orfebre en la tierra hubiera podido hacer otro igual. Los dos mayores se rieron de Bobalicón, que debería buscar un anillo de oro, y no se molestaron nada, sino que sacaron al aro de un carro los clavos y se lo llevaron al rey. Pero cuando Bobalicón mostró su anillo de oro, el padre dijo de nuevo:

—A él le pertenece el reino.

Los dos mayores no cesaron de martirizar al padre, hasta que éste puso una tercera condición y manifestó que tendría el reino el que trajera a casa la mujer más hermosa. Sopló de nuevo las tres plumas y éstas volaron como la vez anterior.

Entonces bajó Bobalicón junto a la rana y dijo:

—Tengo que llevar a casa la mujer más hermosa.

—Huy —contestó la rana—. La mujer más hermosa no es tan fácil de conseguir, pero la tendrás.

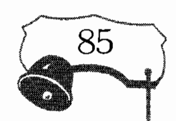
Le dio un nabo amarillo hueco, tirado por seis ratoncitos. Al ver esto dijo Bobalicón todo triste:

—¿Qué puedo hacer yo con esto?

La rana contestó:

—Sienta a una de mis ranas ahí dentro.

Entonces él cogió, al buen tuntún, una del círculo y la sentó en la carroza amarilla, pero apenas se había sentado allí, se con-



virtió en una doncella maravillosa, el nabo en carroza y los seis ratoncitos en caballos.

La besó entonces, salió corriendo de allí con los caballos y se la llevó al rey. Sus hermanos también llegaron, pero no se habían molestado para nada en buscar a una mujer hermosa, sino que se habían traído a las primeras campesinas que habían encontrado. Cuando el rey las vio, dijo:

—Al más joven le pertenecerá el reino después de mi muerte.

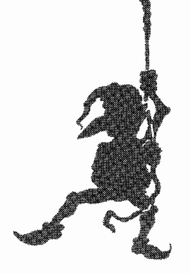
Pero los dos mayores ensordecieron de nuevo los oídos del rey con sus gritos:

—¡No podemos consentir que Bobalicón sea rey!

Y exigieron que tendría preferencia aquel cuya mujer pudiera saltar por un aro que estaba colgado en la mitad del salón. Pensaban: «Las dos campesinas pueden hacerlo, sin lugar a dudas, pero esa dulce señorita se matará.»

El viejo rey cedió una vez más. Saltaron entonces las dos campesinas, pero eran tan pesadas que se cayeron y se rompieron brazos y piernas. Luego saltó la hermosa señorita que había traído Bobalicón: saltó igual de ligera que un cervatillo, y ya no fue posible más resistencia.

Así pues, él consiguió la corona, reinando durante mucho tiempo con sabiduría.



El ganso de oro

Había una vez un hombre que tenía tres hijos. El más joven se llamaba Bobalicón, y lo despreciaban y se burlaban de él, postergándolo en toda ocasión.

Sucedió que el mayor tuvo que ir al bosque a cortar leña y antes de que partiera le dio su madre un rico pastel de huevo y una botella de vino para que no pasara hambre ni sed. Cuando llegó al bosque, se tropezó con un viejo hombrecillo gris, que le deseó buenos días y dijo:

—Dame un trozo de ese pastel que llevas en el bolsillo y déjame beber un trago de vino, pues estoy hambriento y sediento.

Sin embargo, el hijo sensato dijo:

—Si te doy pastel y vino, me quedaré yo sin ello. ¡Sigue tu camino!

Dejó plantado al hombrecillo y prosiguió andando. Empezó a cortar el árbol, pero pronto dio un golpe mal dado, y la rama le dio en el brazo, de modo que tuvo que regresar a casa y dejarse curar. La culpa la tenía el hombrecillo gris.

A continuación fue el hijo segundo al bosque y la madre le dio, como al mayor, un pastel de huevo y una botella de vino. También éste se encontró con el viejo hombrecillo gris, que le pidió un trocito de pastel y un trago de vino. Pero el segundo contestó también muy razonablemente:

—Si te lo doy, me quedo yo sin ello. ¡Sigue tu camino!

Dejó al hombrecillo y siguió su camino. El castigo no se hizo esperar; no había dado más que unos pocos hachazos, cuando se golpeó la pierna y tuvo que ser llevado a casa.

Entonces dijo Bobalicón:

—Padre, déjame ir a cortar leña.

El padre contestó:

—Tus hermanos se han hecho daño, así que déjalo ya. Tú no entiendes nada de esto.

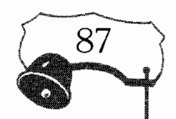
Pero Bobalicón insistió tanto, que finalmente el padre dijo:

—Anda, ve; ya aprenderás a fuerza de golpes.

La madre le dio un pastel que había hecho con agua en la ceniza, y además cerveza agria. Cuando llegó al bosque, se tropezó de nuevo con el viejo hombrecillo gris, que le saludó y dijo:

—Dame un trozo de pastel y un trago de vino de tu botella, pues tengo mucha hambre y sed.

Bobalicón respondió:



—Sólo tengo un pastel de ceniza y cerveza agria, pero si te apetece, sentémonos y comamos.

Cuando se sentaron y Bobalicón sacó su pastel de ceniza y su cerveza agria, éste era un exquisito pastel de huevo, y la cerveza ácida un buen vino. Comieron y bebieron y luego dijo el hombrecillo:

—Como tienes buen corazón y te gusta dar de lo tuyo, te voy a conceder una gracia. Allí hay un árbol viejo, tálalo y encontrarás algo en sus raíces.

Dicho esto, el hombrecillo se despidió.

Bobalicón se dirigió hacia el árbol, lo taló y, cuando éste cayó, había en la raíz un gran ganso que tenía las plumas de oro puro. Lo sacó de allí, llevándoselo consigo y se dirigió a una posada para pasar la noche.

El posadero tenía tres hijas, que, al ver el ganso, sintieron curiosidad por saber qué clase de pájaro maravilloso era aquél, y les hubiera gustado tener una de sus plumas de oro. La mayor pensó: «Ya tendré ocasión de arrancarle una pluma.»

Y en un momento en que Bobalicón salió al exterior, cogió al ganso por un ala, pero el dedo y la mano se le quedaron allí pegados. Poco después llegó la segunda, que no tenía otro pensamiento que coger una pluma de oro; pero apenas tocó a su hermana, se quedó pegada a ella. Finalmente llegó la tercera con las mismas intenciones. Entonces gritaron las otras:

—¡No te acerques, por Dios, no te acerques!

Pero ella no entendió por qué no tenía que acercarse y pensó: «Si ellas están ahí, también puedo estarlo yo», y se acercó dando saltos; pero apenas había tocado a su hermana se quedó pegada a ella. Así que tuvieron que pasar la noche con el ganso.

A la mañana siguiente cogió Bobalicón el ganso en brazos sin preocuparse de las tres jóvenes que estaban allí pegadas. Tenían que correr detrás de él, a la derecha o a la izquierda, según se le ocurriera a él. En medio del campo se encontraron con el párroco y, cuando éste vio el cortejo, dijo:

—¿Pero no os da vergüenza, muchachas indecentes, seguir así a un joven por el campo? ¿Creéis que eso está bien?

Al decir esto cogió a la más joven de la mano y quiso retenerla, pero se quedó igualmente pegado y tuvo que correr también detrás. Poco después llegó el sacristán y vio al señor párroco seguir a las jóvenes. Se asombró y gritó:

—¡Ay, señor párroco! ¿Adónde va con tanta prisa? No olvide que hoy todavía tenemos un bautizo.

Se dirigió hacia él y le cogió por la manga, quedando también allí pegado. Iban los cinco corriendo uno tras otro, cuando se aproximaron dos campesinos con sus azadones. El párroco les gritó y pidió que por favor lo liberaran a él y al sacristán. Pero apenas habían tocado al sacristán, se quedaron allí pegados y de ese modo ya eran siete los que corrían tras Bobalicón y el ganso.

En esto llegó a una ciudad en la que gobernaba un rey que tenía una hija tan seria, que nadie era capaz de hacerla reír. Por esta razón había promulgado una ley en la que se decía que el que lograse hacerla reír se casaría con ella. Cuando Bobalicón lo supo, fue con su ganso y su séquito a presentarse ante la hija del rey y, al ver ella a los siete correr sin parar uno tras otro, comenzó a reír a carcajadas sin cesar. Entonces Bobalicón la pidió por novia, pero al rey no le gustó el yerno, puso toda clase de trabas y dijo que primero tendría que traer un hombre que pudiera beberse una bodega llena de vino. Bobalicón pensó que seguramente el hombrecillo gris le podría ayudar; salió al bosque y en el lugar en el que había talado el árbol se encontró sentado a un hombre cariacontecido. Bobalicón le preguntó qué le pasaba y él contestó:

—Tengo una sed enorme y no puedo apagarla; el agua fría no puedo soportarla y ya he vaciado un tonel de vino, ¿pero qué es una gota en una piedra ardiente?

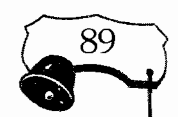
—Yo puedo ayudarte —dijo Bobalicón—. Ven conmigo y podrás saciarte.

Luego lo condujo a la bodega del rey y el hombre se inclinó sobre los grandes toneles y bebió y bebió, de tal manera que parecía que iba a reventar, pero no había pasado un día cuando se había bebido toda la bodega.

Bobalicón exigió de nuevo a su novia, pero al rey le molestaba que un mozo tan zafio, al que todo el mundo llamaba Bobalicón, tuviera que llevarse a su hija, y puso nuevas condiciones; en primer lugar tendría que buscar un hombre que pudiera comerse una montaña de pan.

Bobalicón no se lo pensó dos veces; se dirigió directamente al bosque y allí, en el mismo sitio, estaba sentado un hombre que se ataba fuertemente el cuerpo con una correa, y con cara de mal humor decía:

—Me he comido ya un horno lleno de pan rallado, ¿pero qué es eso cuando tienes un hambre tan grande como tengo yo? Mi estómago está vacío y me tengo que atar si no quiero morirme de hambre.



Bobalicón se alegró y dijo:

—Desátate y vente conmigo, que te hartarás de comer.

Lo llevó a la corte del rey, que había acumulado toda la harina del reino y hecho cocer con ella un enorme monte. El hombre del bosque se colocó ante él, empezó a comer, y en un día había desparecido el monte. Bobalicón exigió por tercera vez a su novia; el rey buscó aún otro pretexto y exigió un barco que pudiera viajar por tierra y por mar:

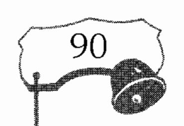
—En el momento en que llegues con las velas desplegadas —dijo—, tendrás a mi hija por esposa.

Bobalicón se fue derecho al bosque y allí estaba sentado el viejo hombrecillo gris, al que él le había dado su pastel, y dijo:

—He comido y bebido por ti y también te daré el barco. Todo esto lo hago porque fuiste compasivo conmigo.

Entonces le dio el barco que iba por tierra y por mar y cuando el rey lo vio ya no pudo seguir negándole a su hija. Se celebró la boda, y a la muerte del rey heredó Bobalicón el reino y vivió durante largo tiempo dichoso con su esposa.





Toda-clase-de-pieles

Erase una vez un rey que tenía una esposa con el cabello de oro, y era tan hermosa que no había otra igual en la tierra. Sucedió que ella se puso enferma y, cuando sintió que iba a morir, llamó al rey y le dijo:

—Si después de mi muerte quieres casarte, prométeme que no tomarás por esposa a otra que no sea tan bella como yo y que no tenga mis mismos cabellos de oro.

El rey estuvo inconsolable durante mucho tiempo, y no pensó en tomar otra mujer. Finalmente dijeron los consejeros:

—No hay otra salida. El rey debe casarse de nuevo para que tengamos una reina.

A continuación se enviaron mensajeros por doquier para buscar una novia que pudiera igualarse en belleza a la reina muerta. Pero no se pudo encontrar ninguna que fuera igual y, aunque la hubieran encontrado, no había ninguna otra que tuviera sus mismos cabellos de oro. Así que los mensajeros regresaron con las manos vacías sin cumplir el encargo.

El rey tenía una hija que era tan hermosa como su madre y tenía sus mismos cabellos de oro. Cuando se hizo mayor, el rey la contempló y vio que era el vivo retrato de su madre muerta, y sintió de pronto un amor apasionado por ella. Entonces les dijo a sus consejeros:

—Quiero casarme con mi hija, puesto que es el fiel retrato de mi mujer muerta, y en ningún lugar puedo encontrar otra novia igual.

Cuando los consejeros oyeron esto, se asustaron y dijeron:

—Dios ha prohibido que el padre se case con la hija. De un pecado no puede venir nada bueno, y el reino se verá arrastrado a la perdición.

La hija se asustó todavía más cuando supo la decisión de su padre. Sin embargo, esperaba hacerle desistir de su proyecto.

Entonces le dijo a su padre:

—Antes de que se cumpla vuestro deseo, tengo que tener varios trajes: uno tan dorado como el sol, otro tan plateado como la luna, y el tercero tan brillante como las estrellas; luego quiero un abrigo de toda clase de pieles. Cada animal de vuestro reino debe dar un trozo de su piel para confeccionarlo.

Ella pensó: «Es casi imposible lograr esto, y mientras tanto puedo apartar a mi padre de sus malos pensamientos.»

El rey no cedió, y las doncellas más hábiles del reino tejieron los tres vestidos: uno tan dorado como el sol, otro tan plateado como la luna y el tercero tan brillante como las estrellas. Y sus cazadores apresaron a todos los animales del reino y le quitaron a cada uno un trozo de su piel; con ellos se hizo un abrigo de toda clase de pieles.

Finalmente, cuando todo estuvo preparado, el rey hizo traer el abrigo, lo extendió ante ella y dijo:

—Mañana se celebrará la boda.

Cuando la princesa vio que no había esperanza alguna de cambiar los sentimientos de su padre, tomó la decisión de huir en la noche, mientras todos dormían. Se levantó y cogió tres de sus tesoros: un anillo de oro, un torno de hilar de oro y una devanadera de oro; metió los tres vestidos de sol, de luna y de estrellas en una cáscara de nuez, se puso el abrigo hecho con toda clase de pieles y se tiznó la cara y las manos. Luego se encomendó a Dios y partió, andando toda la noche hasta que llegó a un gran bosque. Como estaba muy cansada, se sentó en un árbol hueco y se durmió.

Salió el sol y ella seguía durmiendo; se hizo completamente de día y aún continuaba durmiendo. Entonces sucedió que el rey al que pertenecía el bosque fue a cazar allí. Llegaron sus perros al árbol, lo olfatearon y corrieron a su alrededor ladrando. El rey dijo a los cazadores:

—Mirad a ver qué clase de animal salvaje se ha escondido ahí.

Los cazadores obedecieron el mandato y, cuando regresaron, le dijeron:

—En el árbol hueco hay un animal maravilloso, como no hemos visto otro igual; su pellejo es de toda clase de pieles, está echado y duerme.

—Mirad a ver si podéis apresarlo vivo —dijo el rey—; atadlo luego al carruaje y traedlo con vosotros.

Al apresar los cazadores a la joven, ésta se despertó sobresaltada y les dijo:

—Soy una pobre criatura, abandonada de padre y madre; compadeceos de mí y llevadme con vosotros.

Entonces ellos dijeron:

—«Toda-clase-de-pieles», tú sirves para estar en la cocina; vente y barrerás la ceniza.

Así pues, la sentaron en el carruaje y la llevaron hasta el palacio real.

Le asignaron un cuchitril bajo la escalera, donde no entraba la luz, y dijeron:

—Animalillo salvaje, ahí puedes vivir y dormir.

Luego la enviaron a la cocina y ella traía el agua, la leña, atizaba el fuego, desplumaba las aves, limpiaba las verduras, barría la ceniza y hacía todo el trabajo ingrato.

Así vivió «Toda-clase-de-pieles» pobremente durante mucho tiempo. ¡Ay, pobre princesa, qué será de ti!

Pero sucedió que una vez se celebró una fiesta en el palacio, y ella le dijo entonces al cocinero:

—¿Puedo subir y mirar un poco? Me colocaré ante la puerta.

El cocinero dijo:

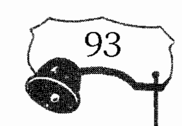
—Ve, pero en media hora tienes que estar de vuelta y recoger la ceniza.

Ella cogió su lamparita de aceite, fue a su cuchitril, se quitó la piel y se lavó el hollín de la cara y las manos, de manera que su belleza volvió a salir a la luz del día. Luego abrió la nuez y sacó el vestido que brillaba como el sol. Hecho esto, subió a la fiesta y todos le cedían el paso, pues nadie la conocía y pensaban que era una princesa. El rey le salió al paso, le dio la mano y bailó con ella pensando para sí: «Nunca he visto otra mujer más hermosa.»

Terminó el baile, se inclinó y, cuando el rey miró a su alrededor, había desaparecido sin que nadie supiera a dónde había ido. Se llamó a los vigilantes que estaban ante palacio, pero nadie la había visto. Entretanto, ella fue a su cuchitril, se quitó rápidamente el vestido, se tiznó la cara y las manos, se puso el abrigo de pieles, y otra vez quedó convertida en «Toda-clase-de-pieles». Cuando llegó a la cocina y quiso ponerse a trabajar y barrer la ceniza, dijo el cocinero:

—Déjalo hasta mañana. Hazme la sopa para el rey, pero no dejes que se te caiga ningún pelo; si no, no comerás más pan en el futuro.

El cocinero se fue y la muchacha hizo la sopa para el rey. Le hizo una sopa de pan todo lo mejor que supo y, cuando estuvo terminada, cogió de su cuchitril su anillo dorado y lo puso en la fuente en la que estaba preparada la sopa. Cuando el baile terminó, el rey pidió la sopa y la comió, y le gustó tanto que pensó que nunca había comido otra igual. Al llegar al fondo de la fuente, vio el anillo de oro y no pudo comprender cómo había llegado hasta allí. Entonces ordenó al cocinero que se presentara ante él. El cocinero se asustó cuando oyó la orden y le dijo a «Toda-clase-de-pieles»:



—Seguro que has dejado caer algún pelo en la sopa. Como sea verdad, te pego una paliza.

Cuando llegó ante el rey, éste le preguntó quién había preparado la sopa. El cocinero respondió:

—¡La he preparado yo!

Pero el rey dijo:

—Eso no es verdad; estaba hecha de otra manera y mejor que por lo general.

El cocinero contestó:

—Tengo que confesar que no la he hecho yo, sino el animalillo salvaje.

Dijo el rey:

—Hazla que suba.

Cuando «Toda-clase-de-pieles» llegó, le preguntó el rey:

—¿Quién eres?

—¡Yo soy una pobre criatura que no tiene padre ni madre!

El siguió preguntando:

—¿Para qué estás en mi palacio?

Ella contestó:

—Para nada bueno, solamente para que me tiren los zapatos a la cabeza.

El siguió preguntando:

—¿De dónde has sacado el anillo que estaba en la sopa?

Ella contestó:

—No sé nada de ese anillo.

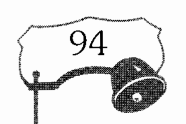
Así que el rey no pudo aclarar nada y le dijo que se fuera.

Pasado algún tiempo, se celebró de nuevo una fiesta, y «Toda-clase-de-pieles» le volvió a pedir al cocinero que la dejara mirar como la última vez. El contestó:

—Sí, pero vuelve dentro de media hora y hazle al rey la sopa de pan que tanto le gusta.

Ella se dirigió entonces a su cuchitril, se lavó velozmente, sacó de la nuez el traje que era tan plateado como la luna, y se lo puso. Subió y parecía una princesa. El rey salió a su encuentro y se alegró de verla de nuevo y, como empezaba en ese momento el baile, bailaron juntos. Pero cuando terminó el baile, desapareció tan rápidamente que el rey no pudo ver a dónde se dirigía.

Ella corrió a su cuchitril y se convirtió de nuevo en animalillo salvaje y fue a la cocina para preparar la sopa de pan. Aprovechando que el cocinero estaba arriba, cogió el torno de hilar de oro y lo metió en la fuente, de tal manera que preparó la sopa por encima del torno. Luego se la llevaron al rey, que la comió y



le supo tan rica como la vez pasada, e hizo venir al cocinero, que tuvo que confesar de nuevo que «Toda-clase-de-pieles» había preparado la sopa. «Toda-clase-de-pieles» se presentó de nuevo ante el rey, pero ella contestó que solamente estaba allí para que le tiraran los zapatos a la cabeza y que no sabía nada del torno de oro.

El rey organizó una fiesta por tercera vez, y pasó lo mismo que las veces anteriores. De modo que el cocinero le dijo:

—Tú eres una bruja, animalillo salvaje. Siempre echas algo a la sopa para que esté muy rica y le sepa al rey mejor que la que hago yo.

Pero como se lo pidió tan insistentemente, la dejó ir un rato. Se puso el traje que brillaba como las estrellas y entró con él en la sala. El rey bailó nuevamente con la hermosa doncella y pensaba que nunca había estado tan hermosa. Mientras bailaban, sin que ella se diera cuenta, le puso en el dedo un anillo de oro. Había ordenado que el baile durara mucho tiempo y cuando éste se acabó, quiso retenerla por las manos, pero ella se soltó y se mezcló entre la gente tan rápidamente, que desapareció de su vista. Corrió todo lo que pudo hasta su cuchitril, bajó la escalera, pero como se había entretenido mucho más de media hora, no pudo quitarse el hermoso traje, sino que se echó el abrigo de pieles sobre él, y con la prisa no se tiznó del todo, sino que un dedo se le quedó blanco. «Toda-clase-de-pieles» se dirigió corriendo a la cocina, hizo la sopa de pan para el rey y en un momento en que el cocinero salió, puso dentro la devanadera de oro.

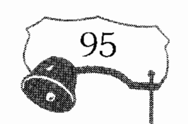
Cuando el rey encontró la devanadera en el fondo, hizo llamar a «Toda-clase-de-pieles»; entonces vio su blanco dedo y el anillo que le había puesto en el baile. La cogió por la mano y la sujetó. Ella quisó soltarse y escapar, pero el abrigo de pieles se le abrió un poco y el rey pudo entrever el brillo del traje de estrellas. El rey tiró del abrigo; descubriendo los cabellos de oro de la princesa, que apareció ante él en todo su esplendor y ya no pudo ocultarse por más tiempo.

Cuando se quitó el hollín y la ceniza de la cara, era lo más hermoso que se había visto nunca en la tierra.

El rey dijo:

—Eres mi querida prometida y no nos separaremos nunca más.

A continuación se celebró la boda y vivieron felices hasta su muerte.



La novia del conejito

Había una vez una mujer que tenía una hija y un bonito huerto lleno de coles, al que venía un conejito que se comía en invierno todas las coles. Un día la mujer dijo a su hija:

—Ve al huerto y echa al conejo.

La chica va y le dice al conejito:

—¡Eh tú, conejo! ¡Vas a comernos todas las coles!

El conejito dice:

—Ven, muchacha, siéntate en mi rabito y vente conmigo a mi casita.

Pero la muchacha no quiso. Al día siguiente vuelve el conejito y se come todas las coles. La mujer le dice a la hija:

—Ve al huerto y echa al conejo.

La chica va y le dice al conejito:

—¡Eh, tú, conejo! ¡Vas a comernos todas las coles!

El conejito dice:

—Ven, muchacha, siéntate en mi rabito y vente conmigo a mi casita.

Pero la muchacha no quiso. Al tercer día vuelve el conejito y se come las coles. La mujer le dice a la hija:

—Ve al huerto y echa al conejo.

La chica va y le dice al conejito:

—¡Eh, tú, conejo! ¡Vas a comernos todas las coles!

El conejito dice:

—Ven, muchacha, siéntate en mi rabito y vente conmigo a mi casita.

Así pues, la chica se sienta en su rabito y el conejito la lleva lejos, muy lejos, a su casita y dice:

—Ahora a guisar berzas y mijo. Yo voy a convidar a los huéspedes de la boda.

Y vinieron los invitados. (¿Quiénes eran los convidados? Te lo voy a decir como me lo ha contado otra persona: todos eran conejos, y la corneja era el párroco que venía a casar a los novios, y el zorro era el sacristán y el altar estaba debajo del arco iris.)

La muchacha, a pesar de todo, estaba triste, porque estaba muy sola. El conejito viene y le dice:

—¡Anda arriba! Los invitados están alegres.

La novia no dice nada y llora. El conejito se va y luego vuelve de nuevo y le dice:

—¡Anda arriba! Los invitados tienen hambre.



Pero la novia no dice nada y llora. El conejito se va y luego vuelve de nuevo y le dice:

—¡Anda arriba! Los invitados están esperando.

La novia no dice nada y el conejito se va. Ella hace un muñeco de paja con sus vestidos, le pone un cucharón en la mano, lo sienta junto a la cacerola con el mijo y vuelve con su madre.

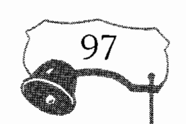
El conejo viene otra vez y le dice:

—¡Anda arriba!

Se enfada y le da un coscorrón al muñeco, de tal manera que se le cae el gorro.

El conejito ve que no es su novia, se va y se pone triste.





Los doce cazadores

Erase una vez un príncipe que tenía una prometida a la que amaba sobremanera. Estando con ella y sintiéndose muy feliz, le llegó la noticia de que su padre estaba a punto de morir y quería verlo por última vez antes de su muerte. Entonces le dijo a su amada:

—Tengo que irme y abandonarte, pero te doy este anillo como recuerdo. Cuando sea rey, regresaré y te llevaré conmigo.

Partió a caballo y llegó junto a su padre, que estaba gravemente enfermo y próximo a la muerte. El rey le habló así:

—Querido hijo, he deseado verte por última vez antes de mi muerte, porque quiero que me prometas que te casarás según mis deseos.

Y le nombró a cierta princesa para que fuera su esposa. El hijo estaba tan apenado que no se paró a pensar y dijo:

—Sí, querido padre, se hará según vuestra voluntad.

Después de esto, el rey cerró los ojos y se murió.

Cuando el hijo fue coronado rey y se hubo pasado el período de luto, tuvo que cumplir la promesa que le había hecho a su padre. Pidió la mano de la princesa y ésta le fue concedida por esposa. De esto tuvo noticias su primera prometida y sufrió tanto por la infidelidad que casi se muere. Su padre le dijo:

—Querida niña, ¿por qué estás tan triste? Todo lo que desees te será concedido.

Ella meditó durante un momento, diciendo luego:

—Querido padre, deseo once jóvenes que sean igual que yo de cara, de figura y de estatura.

El rey dijo:

—Si es posible, se cumplirá tu deseo.

Y mandó buscar en su reino, todo el tiempo que fue necesario, hasta que se encontraron once doncellas que eran igualitas que su hija de cara, de figura y de estatura.

Cuando éstas llegaron junto a la princesa, hizo confeccionar doce trajes de cazador, todos iguales. Las once doncellas se pusieron cada una un traje de cazador y ella misma se vistió con el duodécimo. A continuación se despidió de su padre y partió con ellas a caballo, cabalgando hasta el reino de su anterior prometido, al que amaba por encima de todas las cosas. Le preguntó si no necesitaba cazadores y si no podía tomarlos a todos a su servicio. El rey la contempló, pero no la reconoció. Y como eran

tan bellas aceptó, diciendo que los tomaría gustosamente, y así se convirtieron ellas en los cazadores del rey.

El rey tenía un león, que era un animal maravilloso, pues conocía todo lo oculto y secreto. Sucedió que una tarde le dijo al rey.

—¿Crees que tienes doce cazadores?

—Sí —dijo el rey—, son doce cazadores.

—Te equivocas —dijo el león—: son doce muchachas.

El rey contestó:

—Eso es mentira. ¿Cómo puedes demostrármelo?

—Oh, deja que esparzan guisantes en tu salón —contestó el león— y lo verás. Los hombres tienen un paso firme, y cuando pasan por encima de los guisantes no se mueve ninguno, pero las muchachas dan pasos y saltos cortos y arrastran los pies de tal manera que los guisantes ruedan.

Al rey le agradó la idea e hizo esparcir los guisantes.

Pero había un sirviente del rey que quería bien a los cazadores y, al oír que iban a ser puestos a prueba, fue adonde estaban y les contó todo, diciéndoles:

—El león quiere hacerle ver al rey que sois muchachas.

La princesa le dio las gracias y dijo a continuación a sus doncellas.

—Haced un esfuerzo y pisad con fuerza los guisantes.

Al día siguiente, el rey mandó llamar a sus doce cazadores y ellas llegaron a la sala donde estaban los guisantes, pero pisaron tan fuerte y con un paso tan seguro y firme que ninguno se movió ni rodó. Luego se marcharon y el rey dijo al león:

—Me has mentido, andan como hombres.

Contestó el león:

—Estaban advertidas de que iban a ser puestas a prueba y han hecho un esfuerzo. Haz que traigan doce tornos de hilar a la antesala; cuando vengan, ellas se alegrarán de verlos y eso no le pasa a ningún hombre.

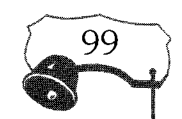
Al rey le gustó el consejo e hizo colocar en la antesala doce tornos de hilar. Pero el sirviente, que quería bien a los cazadores, fue en su busca y les contó el plan.

En cuanto estuvieron solas, la princesa habló así a sus once doncellas:

—Haced un esfuerzo y no miréis los tornos de hilar.

Al día siguiente, el rey mandó llamar a sus cazadores y ellas llegaron a la antesala sin mirar los tornos de hilar.

Después, el rey volvió a hablar al león de esta manera:



—Me has mentido; son hombres, no han mirado para nada los tornos de hilar.

El león contestó:

—Han sabido que iban a ser puestas a prueba y han hecho un esfuerzo.

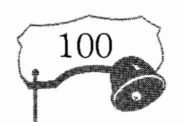
El rey no quiso creer al león ya más.

Los doce cazadores acompañaban al rey constantemente a cazar y él los quería cada vez más. Una vez, estando de caza, llegó la noticia de que la prometida del rey estaba a punto de llegar. Cuando la verdadera prometida oyó esto, sintió tal dolor, que el corazón casi se le quebró y cayó desvanecida al suelo. El rey pensó que a su querido cazador le había pasado algo, corrió en su dirección y quiso ayudarle quitándole el guante de la mano. En ese momento vio el anillo que él le había dado a su primera prometida y, al mirarla a la cara, la reconoció. Su corazón se sintió tan emocionado que la besó y, cuando ella abrió los ojos, dijo:

—Tú eres mía y yo soy tuyo y nadie en la tierra podrá cambiar esto.

Envió un mensajero al encuentro de la otra prometida y le pidió que regresara a su reino, pues él ya tenía esposa, y quien encuentra una llave vieja no necesita una nueva. Luego se celebró la boda y el león cayó de nuevo en gracia por haber dicho la verdad.





El brujo y su maestro

Jan quiso que su hijo aprendiese un oficio y fue a la iglesia a rogar al Señor que le dijera el oficio que quisiera. Pero dio la casualidad de que el sacristán estaba detrás del altar y contestó:

—La brujería, la brujería.

Así que Jan volvió con su hijo y le dijo que tenía que aprender la brujería, que se lo había dicho Nuestro Señor.

Marchó, pues, con su hijo y buscó a un hombre que supiera tal oficio. Lo buscó durante mucho tiempo y llegó a un bosque, todo lúgubre, donde había una casita con una vieja dentro. Jan le dijo:

—¿No conoces a nadie que sepa brujería?

—Eso sí que lo puedes aprender aquí —dijo la vieja—. Mi hijo es maestro en ese oficio.

Entonces habló con el hijo y le preguntó si realmente sabía bien el oficio. El brujo dijo:

—Yo le enseñaré el oficio a tu hijo. Vuelve dentro de un año, y si para entonces todavía lo conoces, no tendrás que pagarme el año de aprendizaje, pero si no lo conoces, tendrás que darme doscientos táleros.

El padre regresó a casa y el hijo aprendió el oficio de hechicero y brujo. Al cabo de un año, el padre volvió a casa del maestro, pensando por el camino cómo podría reconocer a su hijo.

Y, mientras estaba pensando y lloraba, le salió un hombrecillo al encuentro y le dijo:

—¿Por qué lloras, hombre? ¿Cómo estás tan apenado?

—¡Ay! —dijo Jan—. Puse a mi hijo de aprendiz con un brujo hace un año, y éste me dijo que volviera transcurrido ese tiempo y, si no conocía a mi hijo, tendría que darle doscientos táleros, pero que si le conocía no tendría que darle nada. Ahora temo no poder conocerle y no sé de dónde sacar el dinero.

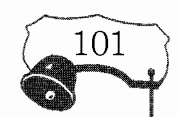
El hombrecillo le dijo que llevara un trozo de pan negro y se pusiera debajo de la chimenea:

—Verás un árbol hueco y dentro de él una cesta de la que asomará un pájaro: ése es tu hijo.

Así pues, Jan se acercó a la cesta y le tiró un trozo de pan negro al pajarillo; éste salió de la cesta y lo miró:

—Hola, hijo mío, ¿estás ahí? —dijo el padre.

El hijo se puso muy contento de ver a su padre, pero el maestro brujo le dijo:



—Esto te lo ha soplado el diablo; si no, cómo ibas a reconocer a tu hijo.

—Vámonos, padre —dijo el hijo.

El padre se fue a casa con su hijo. Mientras iban a casa, vieron que por el camino venía una carroza. Dijo el hijo al padre:

—Me convertiré en galgo y podrás ganar mucho dinero conmigo.

El señor de la carroza le llamó:

—Eh, buen hombre, ¿quieres venderme el galgo?

—Sí —dice el padre.

—¿Cuánto quieres por él?

—Treinta táleros.

—Pero, hombre, eso es demasiado; en fin, como es un animal tan espléndido, me quedaré con él.

El señor lo metió en la carroza y, en cuanto se hubo alejado un poco, el perro saltó por la ventana; pero ya no era un galgo, y pronto estuvo de nuevo con su padre.

Juntos se fueron a casa. Al día siguiente había mercado en el pueblo vecino y el hijo dijo al padre:

—Me convertiré en un precioso caballo y tú me venderás; pero, si me vendes, me tienes que quitar la brida; de lo contrario, no podré volver a ser hombre.

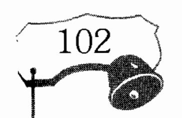
Así que el padre llevó el caballo al mercado y el maestro brujo se acercó y compró el caballo por cien táleros. El padre olvidó quitarle la brida y el hombre se lo llevó a casa y lo metió en el establo. Cuando pasó por allí la criada, le dijo el caballo:

—Quítame la brida, quítame la brida.

La criada entonces se asustó y dijo:

—¿Pero puedes hablar?

Le quitó la brida y el caballo se convirtió en gorrión y salió volando por la puerta; el maestro brujo también se convirtió en gorrión y le persiguió. Ella se recuperó del susto y se puso a rezar para que el maestro perdiera la partida; éste se metió en el agua y se convirtió en pez, y el muchacho también se convirtió en pez. La muchacha volvió a rezar que el maestro perdiera. El maestro se convirtió en gallo y el muchacho en zorro; entonces le cortó con los dientes la cabeza, y el maestro se murió y allí yace hasta hoy.



Jorinde y Joringel

Erase una vez un viejo castillo en medio de un bosque grande y espeso, en el que vivía totalmente sola una vieja bruja. De día se convertía en gato o lechuza y por la noche recobraba su figura humana. Podía atraer a los animales salvajes y a los pájaros, y luego los mataba, los cocía y los asaba. Si alguien se acercaba al castillo a una distancia de cien pasos, permanecía parado y no podía moverse del lugar, hasta que ella lo desencantaba. Cuando llegaba una casta doncella al círculo, la transformaba en pájaro, la encerraba en una cesta y llevaba la cesta a una cámara del palacio. Tenía, sin exagerar, siete mil cestas con pájaros raros en el palacio.

Había una doncella que se llamaba Jorinde y que era más hermosa que el resto de las jóvenes. Se había prometido con un doncel muy apuesto, llamado Joringel. Estaban en los días de su noviazgo, y su mayor felicidad era estar el uno con el otro. Por ello, para poder hablar a solas, fueron a pasear al bosque. Era una hermosa tarde, el sol lucía en el verde oscuro del bosque entre los troncos de los árboles y la tórtola cantaba tristemente entre los setos primaverales.

Jorinde lloró a ratos y se sentó al sol lamentándose; Joringel se lamentó también. Se sentían tan apenados como si fueran a morir; miraron a su alrededor y vieron que se habían perdido y no sabían el camino para volver a casa. El sol estaba todavía a medio ponerse en la montaña. Joringel miró a través de los matorrales y vio los muros del palacio cerca de sí, se asustó y le entró un pánico de muerte. Joringel cantó:

—Mi pajarito con su rojo anillito
canta dolor, dolor, dolor,
canta su muerte a la palomita,
canta dolor, do...; piu, piu, piu.

Joringel miró a Jorinde. Jorinde se había transformado en un ruiseñor, que cantaba «piu, piu, piu.»

Una lechuza con ojos relucientes voló tres veces alrededor de ella y gritó tres veces: «uhi, uhi, uhi.»

Joringel no pudo moverse, estaba allí como una piedra, no podía llorar, hablar, ni mover pie ni mano. El sol se había puesto, la lechuza voló a un matorral y poco después salió de él una mujer encorvada, amarillenta, flaca, de grandes ojos sanguinolentos,

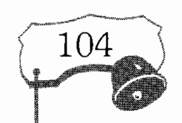
de nariz ganchuda, cuya punta le llegaba a la barbilla. Murmuró algo, cogió al ruiseñor y se lo llevó en la mano. Joringel no pudo decir nada ni moverse del sitio: el ruiseñor había desaparecido. Finalmente regresó la mujer y dijo con voz bronca:

—Te saludo, Zaquiel. Cuando la luna ilumine la planta del perifollo*, libérate, en buena hora.

Entonces fue desencantado Joringel. Cayó de rodillas ante la mujer y le pidió que le devolviera a su Jorinde, pero ella le dijo que no la volvería a ver y se marchó. Gritó y lloró, lamentándose, pero todo fue en vano.

—¡Ay, qué será de mí!

Joringel partió y llegó finalmente a un pueblo extraño; allí cuidó durante mucho tiempo ovejas. A menudo daba vueltas al palacio, pero no demasiado cerca. Una noche soñó que encontraba una rosa roja como la sangre, en cuyo centro había una perla. Cortaba la rosa e iba con ella a palacio; todo lo que tocaba la flor se veía libre del encantamiento; también soñó que, gracias a la rosa, recuperaba a su Jorinde. Por la mañana, cuando se despertó, empezó a buscar por valles y montes para ver si encontraba una flor parecida. Al noveno día, por la mañana temprano, encontró la flor roja como la sangre. En medio había una gota de rocío tan grande como la perla más hermosa. Llevó la flor día y noche hasta el palacio. Cuando llegó a cien pasos de distancia de él, no se detuvo, sino que siguió hasta el portón. Joringel se alegró en extremo, tocó el portón con la flor y éste se abrió. Entró por el patio, escuchó atentamente dónde podía oír a los muchos pájaros, hasta que finalmente los oyó. Encontró la sala y allí estaba la hechicera alimentando a los pájaros en sus siete mil cestas. Cuando vio a Joringel, se enfureció mucho, muchísimo, lo insultó, lanzando sapos y culebras contra él, pero no pudo acercarse a más de dos pasos de él. El no se dirigió a ella, se dirigió a mirar a las cestas de los pájaros: había miles de ruiseñores. ¿Cómo podía encontrar a su Jorinde? Mientras él miraba por allí, notó que la vieja cogía secretamente una cestita con un pájaro y se dirigía a la puerta. A toda velocidad se precipitó hacia allí, tocó la cesta con la flor y también a la vieja. Ahora ya no podía hechizar más, y allí estaba Jorinde, que se le había echado al cuello, tan hermosa como siempre. Luego convirtió también a los otros pájaros en doncellas y después se fue con su Jorinde a casa, y vivieron felices juntos durante mucho tiempo.



Los tres niños de la suerte

Un padre hizo venir a sus tres hijos y al primero le regaló un gallo, al segundo una guadaña y al tercero un gato.

—Ya soy viejo —dijo— y mi muerte está cerca; por eso quiero preocuparme de vosotros antes de mi muerte. No tengo dinero y, aunque lo que os dejo ahora parezca de poco valor, todo dependerá del uso que le deis. Buscad un país donde estas cosas sean desconocidas y haréis fortuna.

Después de la muerte del padre, partió el mayor, pero en todos los sitios adonde llegaba conocían el gallo. En las ciudades lo veía, ya desde lejos, en las torres y moverse al compás del tiempo; en los pueblos oía cantar a más de uno y nadie se asombraba del animal, de tal manera que no gozaba de consideración como para hacer su fortuna con el mismo. Finalmente tuvo la suerte de llegar a una isla en la que sus habitantes no sabían nada del gallo ni sabían dividir el tiempo. Naturalmente sabían distinguir la mañana de la tarde, pero por la noche, cuando no dormían, no sabían qué hacer con su tiempo.

—Mirad —dijo— qué animal tan espléndido: tiene una corona roja como el rubí en la cabeza y espuelas como un caballero; por la noche os llama tres veces a determinada hora y, cuando llama por última vez, pronto sale el sol. Sin embargo, cuando llama a pleno día, preparaos, pues con seguridad cambia el tiempo.

A la gente le gustó; no dormían de noche y oían con gran gozo cómo el gallo cantaba las horas, a las dos, a las cuatro y a las seis, en voz alta y de forma perceptible. Le preguntaron si el animal estaba en venta y cuánto pedía por él.

—Lo que pueda cargar un asno de oro —contestó.

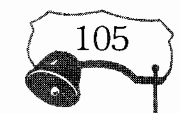
—Una cantidad de dinero ridícula para un animal tan preciado —gritaron todos a la vez.

Y le dieron gustosamente lo que había exigido.

Cuando regresó a su casa con las riquezas, sus hermanos se admiraron y el segundo hijo dijo:

—Voy a marcharme yo también a ver si puedo vender mi guadaña a tan buen precio.

Pero nadie sintió estima por ella, pues por todos los sitios se encontraba campesinos que llevaban, lo mismo que él, una guadaña al hombro. Finalmente tuvo la suerte de llegar a una isla en la que la gente no tenía la menor idea de lo que era una guadaña.



Cuando allí maduraba el grano, llevaban cañones a los campos y lo segaban a cañonazos. Era una cosa poco segura, pues algunos disparaban por encima del grano, otros en vez de dar al tallo daban a las espigas y las derrumbaban, y así tenían muchas pérdidas, además de hacer un ruido molesto. El hombre se colocó en medio del campo y lo segó tan tranquila y rápidamente, que la gente se quedó pasmada de admiración. Estaban dispuestos a darle lo que exigiera, y recibió un caballo al que cargaron con todo el oro que el animal pudo cargar.

Entonces el tercer hermano quiso endosar el gato a la persona adecuada. Le pasó como a los otros: mientras estuvo en tierra firme no pudo lograr nada; había gatos por doquier, y tantos que ahogaban frecuentemente a las crías recién nacidas. Finalmente pasó a una isla y sucedió felizmente que allí nadie había visto a ninguno, y los ratones habían aumentado en tal cantidad que bailaban en las mesas y bancos, estuviera o no el dueño en la casa. La gente se quejaba enormemente de la plaga. Ni el rey encontraba solución a esto en su palacio; por todos los rincones silbaban los ratones y roían todo lo que caía entre sus dientes. Entonces comenzó el gato su cacería y poco después había limpiado dos salas, de tal manera que la gente pidió al rey que comprara el animal maravilloso para el reino. El rey dio con gusto lo que se le pidió; era un mulo cargado con oro, y el hermano regresó a casa con el mayor tesoro.

El gato se puso las botas en palacio comiendo ratones y mató a tantos que era imposible contarlos. Al fin le entró calor del trabajo y sintió sed: se detuvo, levantó la cabeza hacia lo alto y gritó:

—Miau, miau.

Cuando el rey y toda su corte oyeron el grito, se asustaron, y en su miedo salieron corriendo de palacio.

Abajo el rey deliberó con sus consejeros qué podían hacer; primeramente acordaron mandar un mensajero al gato y exigirle que abandonase el palacio o hacerle saber que emplearían la fuerza contra él. Los consejeros dijeron:

—Es mejor dejarse atormentar por los ratones, pues a ese mal ya estamos acostumbrados, que entregar nuestra vida a tal monstruo.

Subió un paje y preguntó al gato si quería abandonar el palacio por las buenas. Pero el gato, cuya sed había aumentado, contestó únicamente:

—Miau, miau.

El paje entendió:

—En modo alguno, en modo alguno.

Y le llevó la respuesta al rey.

—Bien —dijeron los consejeros—, tendrá que irse por la fuerza.

Colocaron los cañones y prendieron fuego a la casa. Cuando el fuego llegó a la sala donde estaba el gato, éste saltó felizmente por la ventana. Los sitiadores no pararon hasta que el palacio fue arrasado por completo.



Seis salen adelante en el mundo

Erase una vez un hombre que entendía todas las artes. Sirvió en la guerra comportándose de forma valiente y arrojada, pero al final de la guerra le licenciaron y sólo recibió tres ochavos para comer en el viaje de regreso a su hogar.

—Espera —dijo—, esto no se me hace a mí. Como encuentre a la gente apropiada, el rey no va a tener otra salida que entregarme todos los tesoros del reino.

Lleno de ira, se dirigió al bosque y allí encontró a uno que había arrancado seis árboles como si fueran tiernos tallos. Le dijo:

—¿Quieres ser mi sirviente y viajar conmigo?

—Sí —contestó el otro—, pero primero quiero llevarle a mi madre estos troncos de leña.

Y diciendo esto cogió uno de los árboles, lo enrolló alrededor de los otros cinco, se cargó el haz a la espalda y se alejó de allí. Luego regresó y se fue con su señor, que dijo:

—Nosotros dos saldremos adelante en el mundo.

Habían andado un poco cuando encontraron un cazador que estaba de rodillas, había cargado su escopeta y apuntaba. El hombre le dijo:

—Cazador, ¿qué estás cazando?

El contestó:

—A dos millas de aquí hay una mosca posada en un roble, y quiero sacarle de un tiro el ojo izquierdo.

—¡Oh! Vente conmigo. Si estamos los tres juntos saldremos adelante en el mundo.

El cazador se mostró dispuesto y partió con él. Llegaron a un lugar donde había siete molinos, cuyas aspas giraban a gran velocidad; ni a derecha ni a izquierda soplaba el más mínimo viento y no se movía ni una hoja.

Entonces dijo el hombre:

—No sé lo que puede mover los molinos, no sopla ni una pizca de aire.

Siguió su camino con sus sirvientes y, cuando había andado dos millas, vieron a uno, sentado en un árbol, que tenía cerrado un agujero de la nariz y soplaba por el otro.

—Dime, ¿qué estás haciendo ahí arriba? —preguntó el hombre.

El otro contestó:

—A dos millas de aquí hay siete molinos de viento: soplo y se mueven.

—¡Oh! Vente conmigo. Si estamos los cuatro juntos, saldremos adelante en el mundo.

Al oír esto se bajó el que soplaba y se fue con ellos. Poco tiempo después vieron a uno que se mantenía de pie en una pierna y se había desenroscado la otra y la mantenía a su lado.

—¡Desde luego te has puesto cómodo para descansar!

—Soy corredor —contestó— y, para no saltar demasiado deprisa, me he desenroscado una pierna. Si corro con las dos, soy tan veloz como el vuelo de un pájaro.

—¡Oh! Vente conmigo. Si estamos los cinco juntos, saldremos adelante en el mundo.

Entonces los acompañó y no mucho después tropezaron con uno que tenía puesto un sombrerillo, pero lo tenía colocado sobre una oreja. El hombre le dijo:

—¡Hay que tener modales, hombre! No te cuelgues el sombrero de una oreja, que pareces un loco.

—No puedo hacerlo —dijo el otro—. Si me pusiera el sombrero bien, haría un frío intensísimo, y los pájaros se helarían bajo el cielo y caerían muertos a tierra.

—¡Oh! Vente conmigo. Si estamos los seis juntos, saldremos adelante en el mundo.

Así se dirigieron los seis a una ciudad, en la que el rey había hecho público que el que apostara a correr con su hija y ganara sería su esposo, pero si perdía tendría que pagar con su cabeza.

Entonces se presentó el hombre y dijo:

—Yo haré que mi sirviente corra por mí.

El rey contestó:

—Entonces también tendrás que poner su cabeza a juego; es decir, que tu cabeza y la suya responden por el triunfo.

Cuando llegaron a un acuerdo y éste quedó refrendado por ambas partes, el hombre le enroscó al corredor la otra pierna y le dijo:

—Ahora sé ágil y haz que venzamos.

Acordaron que el que trajera primero el agua de un pozo, situado lejos, ése sería el ganador. Por tanto se le dio al corredor un cántaro y a la hija del rey otro. Empezaron a correr al mismo tiempo, pero en el instante en que la hija del rey había recorrido sólo un pequeño trecho, nadie podía ver ya al corredor y daba la impresión de que hubiera pasado volando el viento. En poco tiempo llegó a la fuente, llenó el cántaro de agua y se dio la vuelta. Pero a la mitad del camino de vuelta se sintió cansado, colocó el cántaro en el suelo, se tumbó y se quedó dormido. Se ha-

bía puesto de almohada un cráneo de caballo que había en el suelo, para dormir en duro y despertarse pronto. Mientras tanto, la hija del rey, que también corría a buen ritmo, al ritmo que lo puede hacer un hombre, había llegado al pozo y regresaba apresuradamente con su cántaro de agua; cuando vio al corredor allí tumbado y durmiendo se alegró y dijo:

—El contrincante ha caído en mis manos.

Le vacío el cántaro y siguió corriendo. Todo se habría perdido, si por suerte no hubiera estado el cazador con su aguda vista oteando desde palacio y no lo hubiera visto todo.

Este dijo:

—La hija del rey no nos ganará.

Cargó su escopeta y disparó con tal habilidad, que le voló al corredor el cráneo del caballo de debajo de su cabeza, sin causarle daño.

Entonces el corredor se despertó, dio un salto y descubrió que su cántaro estaba vacío y la hija del rey le aventajaba en la carrera. Pero no perdió la moral, volvió con el cántaro a la fuente, lo llenó de nuevo y llegó diez minutos antes que la hija del rey a la meta.

Al rey, sin embargo, le mortificaba, y más aún a su hija, el que ella tuviera que casarse con un vulgar soldado licenciado. Deliberaron conjuntamente cómo librarse de él y de sus camaradas. Entonces habló el rey:

—He encontrado una solución. No tengas miedo, no regresarán a casa.

Y a ellos les dijo:

—Ahora tenéis que divertiros juntos, comer y beber.

Los llevó a una habitación que tenía el suelo de hierro, con las puertas también de hierro y las ventanas estaban protegidas con barras de hierro. En la habitación había una mesa repleta de exquisitas viandas. Cuando estuvieron dentro, mandó cerrar las puertas y echar los cerrojos. Luego hizo venir al cocinero y le ordenó prender fuego bajo la habitación hasta que el hierro se pusiera al rojo. El cocinero lo hizo y prendió fuego. Mientras estaban los seis sentados, dentro de la habitación, comenzaron a sentir calor y pensaron que era a causa de la comida, pero cuando el calor se hizo cada vez más intenso y quisieron salir, se dieron cuenta de que el rey tenía mala voluntad y que quería asfixiarlos.

—No lo conseguirá —dijo el del sombrero—. Dejaré que caiga una helada, ante la que el fuego tenga que avergonzarse y darse por vencido.

Se puso derecho el sombrero, y rápidamente cayó una helada que hizo desaparecer el calor, y las viandas en las fuentes comenzaron a congelarse. Cuando habían pasado unas horas y el rey creía que todos habían perecido de calor, hizo abrir las puertas y quiso ver por sí mismo lo que les había pasado. Pero al abrirse la puerta vio que allí estaban los seis tan frescos y campantes, diciendo que les gustaría salir afuera para poder calentarse, pues con el frío que hacía en la habitación se había congelado la comida en las fuentes.

El rey, lleno de ira, fue a ver al cocinero y le preguntó por qué no había hecho lo que se le había ordenado. El cocinero, sin embargo, contestó:

—Hay fuego suficiente, vedlo vos mismo.

El rey vio que bajo la habitación de hierro ardía un gran fuego y se dio cuenta de que así no podría causarles el menor daño.

El rey se puso a pensar de nuevo en cómo podría liberarse de los molestos huéspedes. Hizo venir al jefe y le dijo:

—Si renuncias a mi hija, te daré todo el oro que quieras.

—De acuerdo —contestó—. Si me dais todo el que puedan llevar mis sirvientes, renunciaré a vuestra hija.

El rey se puso contento y el otro siguió hablando:

—Volveré dentro de quince días y lo recogeré.

A continuación llamó a todos los sastres del reino, que tuvieron que permanecer sentados cosiendo durante quince días un saco. Cuando el saco estuvo listo, el fuerte, el que podía arrancar los árboles, se echó el saco a la espalda y fue a ver al rey.

El rey dijo entonces:

—¿Quién es ese muchacho tan corpulento que lleva ese enorme fardo de lino a la espalda?

Se asustó y pensó: «¡Cuánta cantidad de oro podrá cargar!»

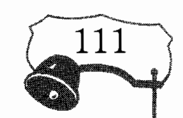
Hizo traer una tonelada de oro, que tuvieron que cargarla dieciséis de los hombres más forzudos, pero el fuerte la cogió con una mano, la metió en el saco y dijo:

—¿Por qué no traéis más? Esto no sirve ni para cubrir el fondo.

Entonces hizo traer el rey, poco a poco, todos sus tesoros, que el fuerte metía en el saco y, aun así, el saco solamente estaba lleno hasta la mitad.

—¡Traed más! —dijo—. Estas migajas no sirven para llenarlo.

Entonces trajeron otros siete mil carros de oro de todo el reino. El fuerte los metió en el saco junto con los bueyes a ellos uncidos.



—Está bien, no pondré más pegas y aceptaré lo que venga con tal de que el saco se llene.

A pesar de todo lo que había allí metido, en el saco cabía aún más.

Entonces dijo:

—Terminaré de una santa vez, y ataré el saco aunque no esté lleno del todo.

Luego se lo cargó a la espalda y partió con sus camaradas.

Cuando el rey vio que un hombre solo se llevaba toda la fortuna del reino, se puso furioso e hizo formar a su caballería para que saliera a dar caza a los seis, con la orden de que le quitaran el saco al fuerte.

Pronto los alcanzaron dos regimientos y les gritaron:

—Estáis prisioneros. Depositad el saco en tierra u os moleremos a palos.

—¿Qué decís? —dijo el que soplaba—. ¿Que estamos prisioneros? Primero tenéis que bailar un poco por los aires.

Se tapó un agujero de la nariz y con el otro sopló sobre ambos regimientos, de tal manera que la formación se deshizo y volaron por el cielo sobre los montes, uno por aquí y otro por allá. Un sargento pidió clemencia: tenía nueve heridas, era un bravo soldado y no merecía tal vejación.

El que soplaba cedió un poco para que el sargento bajara sin hacerse daño, y le dijo:

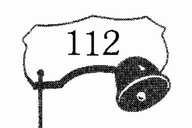
—Vuelve a ver al rey y dile que puede enviar tanta caballería como quiera, que yo la haré volar por los aires.

Cuando el rey oyó el mensaje dijo:

—Dejad que se marchen. Tienen algo especial.

Los seis se llevaron la riqueza a casa, se la repartieron y vivieron felices hasta el fin de sus días.





El lobo y el hombre

El zorro le hablaba una vez al lobo de la fortaleza del hombre; ningún animal podía oponerle resistencia y ellos tenían que utilizar toda la astucia para salvarse de él. Entonces contestó el lobo:

—¡Si yo tuviera alguna vez a un hombre ante mí, me lanzaría sobre él!

—En eso te puedo ayudar —dijo el zorro—. Ven mañana a mi casa y te enseñaré uno.

El lobo se presentó temprano y el zorro lo llevó a un camino por donde pasaba todos los días el cazador.

En primer lugar pasó un viejo soldado licenciado.

—¿Es ése un hombre? —dijo el lobo.

—No —contestó el zorro—, ése lo ha sido.

Luego pasó un muchacho pequeño que iba a la escuela.

—¿Es ése un hombre?

—No, ése lo será con el tiempo.

Por último, llegó el cazador, que llevaba una escopeta de dos cañones a la espalda y el cuchillo de monte en un costado.

—¡Ahí lo tienes! —dijo el zorro—. Ese es el hombre, lánzate sobre él, que yo voy a esconderme en mi guarida.

El lobo arremetió contra el hombre. El cazador, al verlo, dijo:

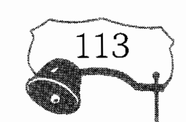
—Es una lástima que no la haya cargado con una bala.

Apuntó y le dio al lobo en la cara un perdigonazo. El lobo hizo enormes muecas, pero no se dejó asustar y siguió avanzando; entonces el cazador le disparó el segundo cartucho. El lobo se dominó el dolor y se acercó más al cazador. Este sacó entonces su reluciente cuchillo de monte y le propinó unas cuantas cuchilladas a derecha e izquierda, de tal manera que el lobo, sangrando a más no poder, regresó a la guarida del zorro.

—Y bien, hermano lobo —dijo el zorro—. ¿Cómo te has librado del hombre?

—¡Ay! —dijo el lobo—. No me había imaginado yo así la fortaleza del hombre. Primero cogió un bastón de la espalda y sopló en él: entonces me dio algo en la cara, que me ha hecho muchas cosquillas. Luego volvió a soplar en el bastón y algo pasó por mi nariz, como si fueran rayos y granizo, y cuando ya estaba muy cerca de él, se sacó una costilla reluciente del cuerpo y con ella me ha golpeado tan duramente que casi me deja allí muerto.

—¿Ves —dijo el zorro— lo fanfarrón que eres? Tiras el hacha tan lejos, que luego no puedes recogerla.



El lobo y el zorro

El lobo tenía siempre al zorro a su lado, y todo lo que quería el lobo tenía que hacerlo el zorro porque era el más débil. Con gusto se hubiera librado del señor. Sucedió que yendo ambos por el bosque, dijo el lobo:

—Zorro rojo, búscame algo de comer o si no te como a ti.

Entonces contestó el zorro:

—Conozco una granja donde hay unos cuantos corderillos. Si tienes ganas, podemos ir a coger uno.

Al lobo le pareció bien la idea. Fueron allí y el zorro robó el corderillo, se lo llevó al lobo y se marchó.

El lobo lo devoró, pero, no contento con ello, quiso otro más y fue a cogerlo. Pero lo hizo de forma tan poco hábil, que la madre del corderillo se dio cuenta, y empezó a dar enormes gritos y a balar de tal manera que los campesinos acudieron corriendo. Al encontrar al lobo le dieron tal tunda, que llegó junto al zorro aullando y cojeando.

—Buena me la has hecho —dijo—. Yo quería coger al otro cordero, pero me han pescado los campesinos y me han dado una buena paliza.

El zorro contestó:

—¿Por qué eres siempre tan glotón que nunca te hartas?

Al día siguiente volvieron de nuevo al campo. El insaciable lobo volvió a decir:

—Zorro rojo, búscame algo de comer o si no te como a ti.

Entonces contestó el zorro:

—Sé de una casa de campesinos en la que la mujer hace hoy filloas*. Cogeremos unas cuantas.

Fueron allí y el zorro se deslizó por los alrededores de la casa, miró y olfateó hasta que encontró dónde estaba la fuente, sacó seis filloas y se las llevó al lobo.

—Ahí tienes para comer —le dijo, y siguió su camino.

El lobo se tragó las filloas en un santiamén y dijo:

—Me he quedado con ganas.

Volvió allí y tiró de la fuente sin más contemplaciones, de tal manera que ésta saltó en pedazos, con un ruido tan espantoso, que llamó la atención de la mujer. Al ver al lobo, la mujer avisó a toda la gente, que acudieron y le golpearon, a más no poder, de forma que llegó al bosque, junto al zorro, aullando con dos patas cojas.

—¡Ahora sí que me la has hecho buena! —dijo—. Los campesinos me han atrapado y me han zurrado la badana.

El zorro, sin embargo, contestó:

—¿Por qué eres siempre tan glotón que nunca te hartas?

Al tercer día, cuando estaban juntos fuera y el lobo andaba renqueando, volvió a decir:

—Zorro rojo, búscame algo de comer o si no te como a ti.

El zorro contestó:

—Sé de un hombre que ha hecho matanza y tiene la carne salada en un tonel en la bodega. Vamos a cogerla.

Dijo el lobo:

—Pero quiero ir contigo, para que me ayudes si no puedo escapar.

—Como quieras —dijo el zorro.

Y le enseñó los rodeos y caminos por los que llegaron finalmente a la bodega.

Allí había carne en tal abundancia, que el lobo se puso inmediatamente manos a la obra, pensando: «Hasta que termine hay tiempo.»

El zorro también se afanó, pero miraba a todas partes e iba a menudo al agujero por el que habían entrado, probando si su cuerpo seguía estando lo suficientemente delgado para poder deslizarse.

Habló el lobo:

—Dime, querido zorro, ¿por qué corres de un lado a otro y saltas de dentro a fuera?

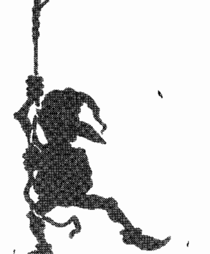
—Tengo que ver si viene alguien —dijo el astuto zorro—. No comas tanto.

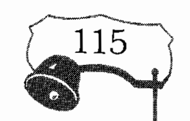
Entonces dijo el lobo:

—No me iré hasta que no haya acabado con el tonel.

Mientras tanto el campesino, que había oído el ruido de los saltos del zorro, llegó a la bodega. El zorro, cuando lo vio, de un salto salió por el agujero. El lobo quiso seguirle, pero había comido tanto, que no pudo pasar y se quedó allí atrapado. Entonces llegó el campesino con una estaca y lo mató a golpes.

El zorro se dirigió saltando al bosque, feliz de verse libre del viejo insaciable.





El zorro y la señora comadre

La loba trajo una cría al mundo e invitó al zorro como compadre.

—Está emparentado directamente con nosotros —dijo—. Tiene una buena cabeza y mucha habilidad, puede enseñar a mi cría y ayudarle en el mundo.

El zorro se mostró también muy digno y dijo:

—Apreciada señora comadre, os agradezco el honor que me hacéis, y me comportaré de modo que también os sintáis satisfecha.

En la fiesta comió a gusto y se divirtió. Luego dijo:

—Querida señora comadre, es nuestro deber cuidar bien del niño; para ello es preciso que tengáis buenos alimentos, de modo que crezca sanamente. Conozco un establo de ovejas, del cual podemos coger una buena pieza.

A la loba le gustó el asunto y se fue con el zorro a la granja. Le enseñó el establo en la lejanía y dijo:

—Ahí tendréis que deslizaros sin que os vean. Mientras tanto, yo miraré por el otro lado a ver si puedo atrapar una gallinita.

Pero no fue allí, sino que se tumbó a la entrada del bosque, estiró las patas y se puso a descansar.

La loba se deslizó hasta el establo, pero había un perro que hizo un ruido tan tremendo que acudieron los campesinos, atraparon a la señora comadre y le echaron una espesa colada con ceniza ardiendo sobre la piel. Finalmente, se pudo escapar y se arrastró hasta fuera del establo. Allí estaba tumbado el zorro, que se hizo el dolorido diciendo:

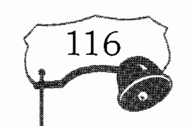
—¡Ay, querida señora comadre, qué mal me ha ido! Los campesinos me han sorprendido y apaleado todos los miembros. Si no queréis que me quede aquí y perezca, tendréis que llevarme a cuestas.

La loba difícilmente podía consigo misma, pero, como tenía una gran preocupación por el zorro, se lo cargó a cuestas y llevó hasta su casa al compadre, que estaba vivito y coleando. Entonces éste gritó:

—Que os vaya bien, querida señora comadre, y que os siente bien el asado.

Se rió a mandíbula batiente y salió corriendo.





El zorro y el gato

Sucedió que el gato se encontró en el bosque con el señor zorro. El gato pensó: «Es listo y experimentado, y está bien considerado en el mundo», y se dirigió amablemente a él:

—Buenos días, querido señor zorro, ¿cómo os va? ¿Qué hacéis? ¿Qué tal os defendéis en estos tiempos tan difíciles?

El zorro, lleno de orgullo, contempló al gato de pies a cabeza y durante un buen rato no supo si contestarle o no. Finalmente dijo:

—Oh tú, atusa-bigotes, loco lleno de manchas, muerto de hambre y atrapa-ratones, ¿cómo se te ha ocurrido? ¿Cómo te atreves a preguntarme a mí que cómo me va? ¿Qué has aprendido tú? ¿Cuántas artes conoces?

—Yo solamente entiendo una —contestó modestamente el gato.

—¿Y qué arte es ésa? —dijo el zorro.

—Cuando los perros corren detrás de mí, puedo saltar a un árbol y salvarme.

—¿Eso es todo? —dijo el zorro—. Yo soy señor de más de cien artes y tengo un saco de mañas. Me das pena. Ven conmigo, que te voy a enseñar a escapar de los perros.

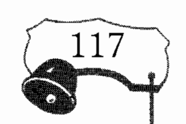
Mientras tanto, se acercaba un cazador con cuatro perros. El gató trepó rápidamente a un árbol y se sentó en la copa, donde las ramas y el follaje lo escondían por completo.

—¡Abrid el saco de las mañas, señor zorro, abrid el saco! —le gritó el gato.

Pero los perros ya lo habían cogido y lo sujetaban.

—¡Ay, señor zorro! —gritó el gato—. Habéis caído a pesar de todas vuestras artes. Si hubierais podido trepar como yo, no hubierais perdido la vida.





El clavel

Erase una vez una reina a la que Dios no le había concedido hijos. Todas las mañanas iba al jardín, y pedía al Dios del cielo que le concediera un hijo o una hija. Un día llegó un ángel del cielo y dijo:

—Alégrate, tendrás un hijo que poseerá maravillosos pensamientos, pues todo lo que desee en el mundo lo obtendrá.

La reina fue ante el rey y le dio la buena nueva. Pasó el tiempo, tuvo un niño y el rey se sintió feliz.

Todas las mañanas iba ella al jardín de los animales salvajes y se lavaba en un pozo claro. Sucedió que una vez, siendo el niño ya un poco mayor y estando en su regazo, ella se durmió. Entonces llegó el viejo cocinero, que sabía que el niño tenía pensamientos maravillosos, lo robó y, cogiendo un gallo, lo destrozó e hizo que su sangre goteara en el delantal y en el traje de la reina.

Se llevó al niño a un lugar escondido, para que lo alimentara un ama de cría, y fue corriendo a ver al rey y acusó a la reina de haber permitido que las fieras le robaran a su hijo. El rey, al ver la sangre en el delantal, se lo creyó, y tuvo tal ataque de ira que mandó construir una torre sólida en la que no entraba ni el sol ni la luna, y encerrar en ella a su esposa. Luego tapió la torre y condenó a la reina a estar siete años sin comer ni beber, para que muriera. Pero Dios mandó dos ángeles del cielo en forma de palomas blancas, que iban dos veces cada día junto a ella y le llevaban la comida mientras transcurrían los siete años.

El cocinero pensó: «Si el niño tiene pensamientos maravillosos y yo estoy aquí, puede acarrearme fácilmente la desgracia.»

Entonces se fue del palacio a donde estaba el niño, que ya era grande y sabía hablar, y le dijo:

—Desea para ti un hermoso palacio con un jardín y todo lo que sea necesario.

Y apenas había articulado las palabras, allí estaba todo lo que él había deseado.

Pasado un tiempo le dijo el cocinero:

—No está bien que estés solo: desea una doncella hermosa que te haga compañía.

El hijo del rey la deseó y rápidamente estaba ante él y era tan hermosa como no la hubiera podido pintar ningún pintor. Ambos jugaban juntos y se querían mucho y el viejo cocinero iba de caza como un noble señor.

Pero se le ocurrió que el hijo del rey podría desear estar, un día, al lado de su padre y ponerlo a él en una situación muy apurada. Salió, llevando a la muchacha a un apartado, y dijo:

—Esta noche, cuando el muchacho duerma, ve a su cama, clávale el cuchillo en el corazón y tráeme su corazón y su lengua. Si no lo haces, perderás la vida.

Luego se marchó y, cuando regresó al día siguiente, ella no lo había hecho, y dijo:

—¿Cómo voy a derramar sangre inocente que todavía no ha hecho daño a nadie?

El cocinero repitió:

—Si no lo haces, te costará la vida.

En cuanto él se marchó, mató un cervatillo, le sacó el corazón y la lengua y los colocó encima de un plato y, cuando vio venir al viejo, le dijo al muchacho:

—Acuéstate y tápate con la manta.

Entonces entró el malvado y dijo:

—¿Dónde está el corazón y la lengua del muchacho?

La joven le presentó el plato, pero el hijo del rey arrojó la manta y dijo:

—¡Viejo pecador! ¿Por qué has querido matarme? Ahora voy a pronunciar tu sentencia. Te convertirás en un perro de lanas negro, tendrás una cadena de oro alrededor del cuello y comerás carbones ardientes, de tal manera que las llamas te salgan de la garganta.

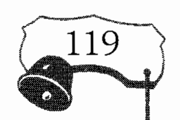
Y en cuanto hubo pronunciado estas palabras, el viejo se vio convertido en un perro de lanas, que tenía una cadena de oro alrededor del cuello, y los cocineros tenían que traerle carbones ardiendo, que él comía, y las llamas le salían de la garganta. El hijo del rey permaneció todavía algún tiempo allí, pensando en su madre y en si aún estaría viva. Finalmente le dijo a la muchacha:

—Voy a regresar a mi patria. Si quieres venir conmigo, yo te alimentaré.

—¡Ay! —contestó ella—. El camino es largo y no sé qué voy a hacer yo en un país extranjero, donde soy una desconocida.

Pero como él no estaba de acuerdo con lo que ella pensaba y ninguno quería separarse, él deseó que se convirtiera en un hermoso clavel y se lo guardó con él.

Partió, con el perro de lanas por compañía, y se dirigió a su patria. A continuación fue a la torre, donde estaba su madre, y como la torre era tan alta, deseó una escala que llegara hasta arriba. Subió por ella y, mirando hacia dentro, gritó:



—Queridísima madre, señora reina, ¿estáis viva todavía o estáis muerta?

Ella, pensando que los ángeles estaban allí, contestó:

—Acabo de comer y estoy harta.

—Soy vuestro hijo querido —dijo él—, aquél que decían que unos animales salvajes lo habían robado de vuestro regazo; pero aún estoy vivo y voy a salvaros.

Descendió y fue a ver a su señor padre, y se hizo anunciar como un cazador extranjero que quería servirle.

El rey contestó que si era un cazador de oficio y era capaz de traerle caza mayor para comer entraría a su servicio, pues allí nunca había habido, ni en la zona ni en las fronteras, animales salvajes. Entonces prometió el cazador que le traería tanta caza como necesitara para la mesa real. Hizo venir a todos los cazadores para que le acompañaran hasta el bosque. Ellos le acompañaron y, una vez fuera, les ordenó hacer un gran círculo, que permaneció abierto por un lado. Se colocó dentro y empezó a formular deseos. Pronto vinieron más de doscientas piezas de caza al círculo y los cazadores no tuvieron que hacer más que dispararles. Luego fueron cargadas en doce carros de campesinos y llevadas al rey; así pudo guarnecer su mesa con caza, después de no haber tenido ninguna durante mucho tiempo.

El rey se alegró muchísimo y ordenó que al día siguiente toda la corte comiera con él y preparó un gran banquete. Cuando estaban todos juntos, le dijo al cazador:

—Como eres tan hábil, siéntate a mi lado.

El contestó:

—Señor, vuestra Majestad tenga compasión de mí, que soy un mal cazador.

El rey insistió:

—Tienes que sentarte a mi lado.

Por fin él lo hizo. Mientras estaba allí sentado, pensaba en su querida madre y deseó que uno de los primeros servidores del rey comenzara a hablar de ella y preguntara cómo le iba a la reina en la torre, si todavía vivía o si había ya fallecido. Apenas lo había deseado, cuando el mariscal comenzó a hablar y dijo:

—Majestad, nosotros estamos aquí felices, ¿pero cómo le va a la reina en la torre? ¿Está todavía viva o ha muerto ya?

El rey contestó:

—Ha dejado que las fieras salvajes destrozaran a mi querido hijo, y no quiero oír hablar de eso.

Entonces se levantó el cazador y dijo:

—Honorable padre, vuestro hijo soy yo y estoy todavía vivo, y no me robaron las fieras salvajes, sino el malvado del viejo cocinero; él me cogió de su regazo, cuando ella había dormido, y manchó su delantal con la sangre de una gallina.

Luego tomó al perro con la cadena de oro y dijo:

—Aquí está el malvado.

E hizo que le trajeran carbones ardiendo, que comió en presencia de todos, de tal manera que las llamas le salían de la garganta. Luego preguntó si quería verlo en su verdadera apariencia, e hizo que se transformara de nuevo en el cocinero: rápidamente apareció con su delantal blanco y el cuchillo al lado.

Cuando el rey lo vio, montó en cólera y mandó que fuera arrojado a la más oscura de las mazmorras.

A continuación siguió hablando:

—Señor padre, ¿queréis ver a la muchacha que me ha cuidado cariñosamente y que luego debería haberme matado, pero que no lo hizo aunque su propia vida estaba en juego?

Dijo el rey:

—Sí, me gustaría verla.

Dijo el hijo:

—Honorable padre, os la mostraré en la forma de una hermosa flor.

Metió la mano en el bolsillo, sacó el clavel y lo colocó sobre la mesa real: era tan hermoso, que el rey no había visto nunca uno igual.

Luego habló el hijo:

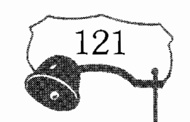
—Ahora te la mostraré bajo su verdadera apariencia.

Y deseó que se transformase en doncella. En seguida apareció en su verdadera forma, y era tan hermosa como ningún pintor la hubiera podido pintar.

El rey mandó a dos camareras y a dos sirvientes a la torre, para que buscaran a la reina y la llevaran a la mesa real. La condujeron allí, pero no comió nada y dijo:

—El misericordioso Señor que me ha cuidado en la torre me liberará pronto.

Vivió tres días más y murió santamente y, cuando la enterraron, la siguieron las dos palomas que le habían llevado la comida a la torre, y que eran ángeles del cielo, y se colocaron en la tumba. El viejo rey mandó descuartizar al cocinero, pero el pesar le roía el corazón y murió pronto. El hijo se casó con la hermosa doncella, que había traído como una flor en el bolsillo. Sólo Dios sabe si viven todavía.



Gretel, la lista

Había una vez una cocinera que se llamaba Gretel. Llevaba zapatos con tacones y, cuando salía con ellos, se contoneaba de un lado para otro, se sentía feliz y pensaba: «Eres una hermosa muchacha.»

Cuando llegaba a casa, de lo contenta que estaba se echaba un trago de vino y, como el vino hace que entren ganas de comer, probaba de lo mejor que hacía, hasta que se sentía harta y decía:

—La cocinera debe saber cómo está la comida.

Sucedió que el señor le dijo un día:

—Gretel, esta noche va a venir un huésped a cenar; prepara dos gallinas.

—Las prepararé, señor —contestó Gretel.

Así pues, las mató, las escaldó, las desplumó, las ensartó en el espetón* y se las llevó al fuego para que se asaran cuando se aproximaba la noche.

Las gallinas comenzaron a tostarse y a estar en su punto, pero el huésped no daba señales de vida. Entonces le dijo Gretel al amo:

—Si no viene el huésped, tendré que retirar las gallinas del fuego, pero es una lástima que no se las coman pronto ahora que están jugosas.

Dijo el amo:

—Yo mismo iré y traeré al huésped.

En cuanto el señor se dio la vuelta, Gretel colocó el espetón a un lado y pensó:

«Tanto tiempo al lado del fuego hace sudar y tener sed, quién sabe cuándo vendrán. Mientras tanto iré corriendo a la bodega y me echaré un trago.»

Bajó a la bodega, colocó una jarra bajo un tonel y dijo:

—Que Dios te bendiga, Gretel —y se echó un buen trago—. El vino llama al vino —siguió diciendo—, y no está bien cortar bruscamente.

Y se echó otro trago. Luego se marchó, colocó nuevamente las gallinas al fuego, las untó con mantequilla y dio vueltas al asador alegremente. Pero como el asado olía tan bien, Gretel pensó: «Voy a probarlo, no sea que falte algo.»

—¡Huy, pero qué ricas están las gallinas! Es verdaderamente una pena no comerlas inmediatamente.

Corrió a la ventana a ver si venía el amo con el huésped, pero no vio a nadie. Se puso de nuevo al lado de las gallinas, pensando: «Se está quemando un ala, será mejor que me la coma.»

Así pues, la cortó, se la comió y le supo tan requetebién, que nada más terminar pensó: «La otra tiene también que desaparecer, si no, notará el señor que falta algo.»

Cuando se hubo comido las dos alas, fue otra vez y miró a ver si divisaba al amo, pero no lo vio. «Quién sabe —se le ocurrió—. A lo mejor no viene y se han ido a alguna parte a tomar algo.» Entonces dijo:

—Bien, Gretel, sé feliz: ya has empezado una, así que échate un traguillo más y cómetela entera. Cuando se haya terminado, estarás tranquila. ¿Por qué vas a dejar que se estropee este regalo del cielo?

A continuación corrió otra vez a la bodega, se echó un buen trago y se comió toda la gallina con gran contento. Ya se había terminado una gallina y el amo seguía sin venir. Gretel miró a la otra y dijo:

—Donde está la una debe estar la otra, ambas deben estar juntas. Lo que es justo para una debe serlo para la otra. Creo que si me echo un trago más no me hará mal.

E hizo que la segunda gallina fuera a acompañar a la otra. Cuando estaba en lo mejor del banquete, apareció el amo diciendo:

—Date prisa, Gretel, que el huésped viene en seguida.

—Bien, señor, lo prepararé todo —contestó Gretel.

Entretanto el señor miró si la mesa estaba bien puesta, cogió el gran cuchillo con el que quería partir las gallinas y empezó a afilarlo en el pasillo.

Al momento llegó el huésped, y llamó prudente y cortésmente a la puerta de la casa. Gretel corrió y miró quién era. Cuando vio al huésped, se puso el dedo en la boca y dijo:

—Silencio, silencio. ¡Marchaos en seguida, que si os pesca mi señor, estaréis perdido! Os ha invitado a cenar, pero lo único que quiere es cortaros las dos orejas. ¡Oíd cómo afila el cuchillo!

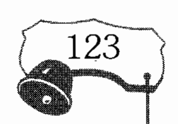
El huésped oyó el sonido del afilado y corrió escaleras abajo todo lo que pudo. Gretel, ni corta ni perezosa, fue corriendo a su señor mientras gritaba:

—¡Menuda pieza que habéis invitado!

—¿Por qué, Gretel? ¿Qué quieres decir?

—Sí —dijo ella—, me ha cogido de la fuente las dos gallinas que tenía que servir y se ha ido corriendo con ellas.

—¡Vaya modales! —dijo el señor.



Y lo sintió por las apetitosas gallinas.

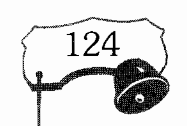
—Si por lo menos me hubiera dejado una, ahora me habría quedado algo de comer.

Lo llamó, pidiéndole que se quedase, pero el huésped hizo oídos sordos.

Entonces corrió detrás de él, con el cuchillo en la mano, gritando: «¡Por lo menos una, por lo menos una!»

Quería decir que el huésped le dejara por lo menos una gallina y no se llevase las dos, pero el huésped pensó que lo que quería era cortarle por lo menos una oreja, y corrió como alma que lleva el diablo, para llegar con las dos orejas a su casa.





El abuelo y el nieto

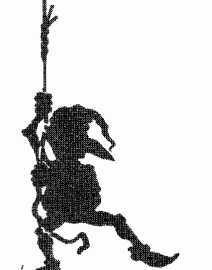
Erase una vez un hombre más viejo que Matusalén, al que se le habían enturbiado los ojos, se le habían ensordecido los oídos y le temblaban las rodillas. Cuando estaba sentado a la mesa, casi no podía sostener la cuchara, y derramaba la sopa en el mantel y hasta escupía algo por la boca. A su hijo y a la mujer de éste les daba asco, y al fin el anciano abuelo tuvo que sentarse en un rincón de la habitación, detrás de la estufa, y ellos le echaban la escasa comida en una tarterilla de barro. El miraba consternado a la mesa y los ojos se le llenaban de lágrimas: una vez, sus manos temblorosas no pudieron sostener la tarterilla, se le cayó al suelo y se rompió. La mujer le regañó; pero él no dijo nada y únicamente suspiró. Entonces ella le compró una escudilla de madera por unos cuantos céntimos y desde aquel momento le echaba en ella la comida.

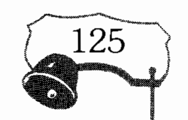
Estando allí sentados vieron una vez que el nietecillo reunía en el suelo pequeñas tablitas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó el padre.

—Estoy haciendo una escudilla —contestó el niño—, para que coman en ella papá y mamá cuando yo sea mayor.

El hombre y la mujer se miraron durante un rato y luego se echaron a llorar. Trajeron inmediatamente al abuelo a la mesa e hicieron que, a partir de ese momento, comiera siempre con ellos, sin decir nada cuando derramaba algo.





La ondina

Un hermanito y una hermanita estaban jugando al lado de un pozo y, mientras jugaban, de pronto se cayeron los dos dentro. Abajo había una ondina que dijo:

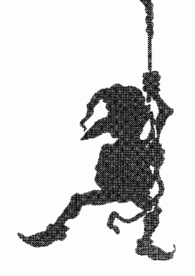
—Por fin os tengo: tendréis que trabajar para mí.

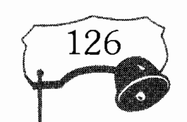
Y se los llevó consigo. A la muchacha le dio sucio lino enmarañado para hilar y tenía que acarrear agua en un barril sin fondo; el muchacho tenía que talar un árbol con un hacha sin filo y sólo les daba de comer albóndigas de sémola dura. Al final, los niños se impacientaron tanto que esperaron a que la ondina se fuera un domingo a la iglesia y entonces huyeron.

Cuando pasó el oficio religioso, la ondina vio que los pájaros habían volado y los persiguió dando grandes saltos. Los niños la vieron desde lejos y la niña arrojó detrás de sí un cepillo, lo que originó un gran monte de cepillos con miles y miles de púas, sobre los cuales la ondina trepaba con gran dificultad, aunque finalmente logró atravesarlos. Al verlo los niños, el muchacho arrojó detrás de sí un peine, lo que originó un gran monte en forma de peine, con miles y miles de púas, pero la ondina, sujetándose bien a ellos, pudo al fin atravesarlo. La muchacha entonces arrojó detrás de sí un espejo, lo que originó un monte en forma de espejo, cuya superficie era tan lisa que a la ondina le fue imposible atravesarlo.

Entonces pensó la ondina: «Subiré rápidamente a casa, cogeré mi hacha y así podré partir el monte en dos.»

Pero cuando regresó y rompió el cristal, los niños habían huido hacía ya largo rato, así que la ondina tuvo que refugiarse otra vez en su pozo.





La muerte de la gallinita

Un buen día fue la gallinita con el gallito al monte de nueces y acordaron que el que encontrara una nuez la repartiría con el otro.

La gallinita encontró una gran nuez, pero no dijo nada y quiso comérsela ella sola. La nuez era tan gorda que no la pudo tragar y se le quedó atragantada en el cuello, de tal manera que ella tuvo miedo de ahogarse. Entonces la gallinita gritó:

—Gallito, por favor, corre todo lo que puedas y tráeme agua, que si no, me ahogo.

El gallito corrió todo lo que pudo al pozo y dijo:

—Pozo, dame agua, que la gallinita está en el monte de las nueces, y se ha tragado una nuez muy gorda y, si no, se va a ahogar.

El pozo respondió:

—Corre primero a casa de la novia y que te dé seda roja.

El gallito corrió a casa de la novia y dijo:

—Novia, dame seda roja, y la seda roja se la daré al pozo, y el pozo me dará agua, y el agua se la llevaré a la gallinita, que está en el monte de las nueces, y se ha tragado una nuez muy gorda y, si no, se va a ahogar.

La novia le respondió:

—Corre primero y tráeme mi coronita que está colgada en una pradera.

Entonces el gallito corrió a la pradera, arrancó la coronita de la rama y se la llevó a la novia, y la novia le dio a cambio seda roja, y él se la llevó al pozo y éste le dio a cambio agua. Luego el gallito llevó el agua a la gallinita, pero, cuando llegó, la gallinita se había ahogado y estaba allí sin moverse.

El gallito se puso tan triste que gritó a voz en cuello y vinieron todos los animales y lloraron por la gallinita. Seis ratones construyeron un carro para llevar a enterrar a la gallinita y, en cuanto el carro estuvo listo, se uncieron ellos delante y el gallito conducía.

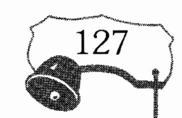
En el camino se encontraron con el zorro:

—¿A dónde vas, gallito?

—Voy a enterrar a mi gallinita.

—¿Puedo viajar contigo?

—Sí, pero siéntate detrás, porque delante mis caballos no lo pueden soportar.



El zorro se sentó detrás en el carro y luego el lobo, el oso, el ciervo, el león y todos los animales del bosque. Así prosiguió el viaje hasta que llegaron a un arroyo.

—¿Y cómo lo atravesaremos? —dijo el gallito.

Había un tallo de paja en el arroyo, que dijo:

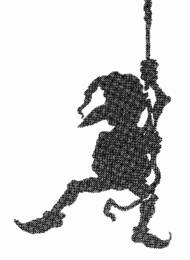
—Me tumbaré y así podréis pasar por encima de mí.

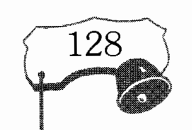
Pero cuando los seis ratones llegaron al puente, el tallo de paja resbaló y se cayó al agua, y cayeron también los seis ratones y se ahogaron. Entonces comenzó de nuevo la desgracia. Llegó un carbón que dijo:

—Soy lo suficientemente grande, me tumbaré y así podréis pasar por encima de mí.

El carbón se colocó también sobre el agua, pero tuvo la mala suerte de rozarla un poco, de manera que siseó, se apagó y murió.

Cuando vio todo esto una piedra, se compadeció, y, para ayudar al gallito, se colocó encima del agua. El mismo gallito tiraba del carro; cuando estaba ya casi al otro lado con la gallinita muerta en la orilla, quiso tirar de los que estaban sentados detrás, pero fueron demasiado para él, el carro se cayó hacia atrás y se ahogaron. El gallito se quedó solo con la gallinita muerta, le hizo una tumba, la depositó dentro y le puso una colina encima; se sentó sobre ella y estuvo durante tanto tiempo tan triste, que se murió también, y así estaban todos ya muertos.





Hermano Chistoso

Una vez hubo una gran guerra y, cuando ésta terminó, se licenciaron muchos soldados. También se licenció el Hermano Chistoso, que no recibió más que una libra de pan de munición y cuatro cruzados* en dinero. Con todo esto se puso en camino. Pero San Pedro, disfrazado de pobre, se apostó en el camino y, cuando se acercó el Hermano Chistoso, le pidió una limosna. El contestó:

—Querido mendigo, ¿qué puedo darte? He sido soldado, me han licenciado y no he recibido más que un pan de munición y cuatro cruzados en dinero; cuando esto se me acabe, tendré que mendigar como tú. No obstante, te daré algo.

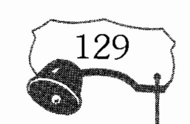
Partió el pan en cuatro partes y le dio al Apóstol una y también un cruzado. San Pedro le dio las gracias, siguió su camino y con otro aspecto se presentó otra vez ante el soldado en el camino; se acercó a él y le pidió, como la vez anterior, una limosna. El Hermano Chistoso le dijo lo mismo que la vez anterior y le dio un cuarto de pan y un cruzado. San Pedro le dio las gracias y se fue, pero volvió a presentársele en el camino con un aspecto de pobre distinto y se dirigió al Hermano Chistoso. El Hermano Chistoso le dio el tercer cuarto de pan y el tercer cruzado. San Pedro le dio las gracias y el Hermano Chistoso siguió su camino; ya no le quedaba más que un cuarto de pan y un cruzado. Con ello fue a una posada, se comió el pan y con el cruzado que le quedaba pidió cerveza. Cuando terminó, siguió su camino y entonces le salió al paso San Pedro con el aspecto de un soldado licenciado y le dijo así:

—Buenos días, camarada, ¿no podrías darme un trozo de pan y un cruzado para un trago?

—¿De dónde lo voy a sacar? A mí me han licenciado y no he recibido más que una libra de pan y cuatro cruzados en dinero. Me encontré con tres pobres en el camino, y a cada uno le di un cuarto de pan y un cruzado. El último cuarto de pan me lo he comido en la posada y me he bebido el último cruzado. Ahora estoy sin blanca y, si tú tampoco tienes nada, podemos ir a mendigar los dos juntos.

—No —dijo San Pedro—, no será necesario. Yo entiendo algo de medicina y con eso ganaré lo que necesite.

—Bien —dijo el Hermano Chistoso—, de eso no entiendo nada, así que tendré que ir a pedir limosna solo.



—Bueno, ven conmigo —dijo San Pedro—. Te daré la mitad de lo que gane.

—Me parece bien —dijo el Hermano Chistoso, y los dos partieron juntos.

Llegaron a casa de unos campesinos y oyeron dentro fuertes gritos y lamentaciones. Entraron y vieron un hombre enfermo, al borde de la muerte, mientras la mujer sollozaba y lloraba en voz alta.

—Dejad vuestros gritos y llantos —dijo San Pedro—. Yo lo curaré.

Sacó una pomada del bolsillo y sanó al hombre en el acto, de tal manera que se levantó curado.

El hombre y la mujer dijeron en su gran contento:

—¿Cómo podemos recompensaros? ¿Cuánto os debemos?

San Pedro no quería coger nada y cuanto más se lo pedían los campesinos tanto más se negaba él. Pero el Hermano Chistoso le dio un codazo diciendo:

—Coge algo, hombre, que lo necesitamos de verdad.

Finalmente, la campesina trajo un cordero y le dijo a San Pedro que lo aceptase, pero él no quería.

A esto le dio el Hermano Chistoso un golpe en el costado:

—Cógelo, tonto, lo necesitamos.

Finalmente, dijo San Pedro:

—Bueno, aceptaré el cordero, pero yo no lo llevo. Si lo quieres, tienes que llevarlo tú.

—De acuerdo —dijo el Hermano Chistoso—. Yo lo llevaré.

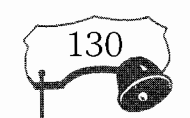
Siguieron su camino y llegaron a un bosque; al Hermano Chistoso le resultaba pesado el cordero, pero estaba hambriento y dijo a San Pedro:

—Mira, allí hay un buen sitio; podemos preparar el cordero y comérnoslo.

—Está bien —contestó San Pedro—, pero yo no sé nada de cocina. Si quieres cocinar, ahí tienes un caldero; mientras tanto, yo iré a dar una vuelta hasta que esté a punto. No empieces a comer hasta que yo vuelva. Vendré en el momento preciso.

—Ve —dijo el Hermano Chistoso—, que yo entiendo de cocina y lo haré.

San Pedro se marchó y el Hermano Chistoso mató el cordero, encendió el fuego, puso la carne en el caldero y preparó la comida. El cordero estaba ya en su punto, pero el Apóstol no había vuelto todavía. Entonces lo cogió el Hermano Chistoso del caldero, lo partió y encontró el corazón.



«Esto tiene que ser lo mejor», se dijo.

Lo probó, pero al final se lo comió todo entero.

Por fin llego San Pedro y dijo:

—Te puedes comer todo el cordero; yo sólo quiero el corazón, dámelo.

El Hermano Chistoso cogió el cuchillo e hizo como si buscara afanosamente en la carne del cordero, pero no pudo encontrar el corazón. Finalmente dijo:

—No hay ninguno.

—¿Y dónde puede estar? —dijo el Apóstol.

—No lo sé —contestó el Hermano Chistoso—. ¡Pero vaya pareja de tontos que estamos hechos! Estamos buscando el corazón de un cordero y no se nos ha ocurrido que los corderos no tienen corazón.

—¡Ah! —dijo San Pedro—. Eso sí que es una novedad. Todos los animales tienen corazón, y no sé por qué no va a tener corazón un cordero.

—No, con toda seguridad, hermano, los corderos no tienen corazón. Piénsalo bien, y ya verás como acabas dándote cuenta de que no lo tienen.

—Bien, está bien —dijo San Pedro—. Si no hay corazón, no quiero nada del cordero. Puedes comértelo tú solo.

—Lo que no me pueda comer, lo guardaré en el morral —dijo el Hermano Chistoso.

Se comió la mitad del cordero y guardó el resto en el morral.

Siguieron andando, y San Pedro hizo entonces que una gran corriente de agua corriera por el camino. Tenían que atravesarla, y San Pedro dijo:

—Ve delante.

—No —contestó el Hermano Chistoso—. Ve tú.

Y pensó: «Si el agua es demasiado profunda, me quedo aquí.»

Entonces San Pedro atravesó la corriente y el agua solamente le llegaba hasta las rodillas. A continuación quisó pasar también el Hermano Chistoso, pero la corriente creció, llegándole hasta el cuello. Entonces gritó:

—¡Ayúdame, hermano!

Dijo San Pedro:

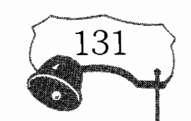
—Confiesa que te has comido el corazón del cordero.

—No —contestó el otro—, yo no me lo he comido.

La corriente creció más y ya le llegaba hasta la boca.

—¡Ayúdame, hermano! —gritó el soldado.

San Pedro replicó:



—Confiesa que te has comido el corazón del cordero.
—No —contestó—, yo no me lo he comido.
Pero San Pedro no quiso dejar que se ahogara, hizo que descendiera la corriente y le ayudó a atravesarla.
Siguieron su camino y llegaron a un reino en el que la hija del rey yacía gravemente enferma.
—¡Olé, hermano! —dijo el soldado—. Eso es una buena pieza para nosotros. Si la curamos, saldremos de necesidades para siempre.
Según él, San Pedro no iba lo suficientemente rápido.
—Acelera, amigo del alma —le dijo—, para llegar a tiempo.
Pero San Pedro iba cada vez más despacio, aunque el Hermano Chistoso lo empujaba y arrastraba. Finalmente, se enteraron de que la hija del rey había muerto.
—¿Ves? Ya la hemos hecho —dijo el hermano Chistoso—. Todo por culpa de tu andar somnoliento.
—Cállate —contestó San Pedro—. Yo puedo hacer algo más que curar enfermos; puedo resucitar muertos.
—Bueno, si es así —dijo el Hermano Chistoso—, lo consentiré, pero por lo menos debes ganar para nosotros la mitad del reino.
A continuación se dirigieron al palacio real, donde todos estaban sumidos en un profundo dolor. Sin embargo, San Pedro le dijo al rey que él resucitaría a su hija. Entonces le llevaron ante ella y dijo:
—Traedme un caldero de agua.
Cuando se lo trajeron, hizo salir a todos y solamente el Hermano Chistoso permaneció a su lado. Luego cortó todos los miembros de la muerta, los echó en el agua, prendió fuego bajo el caldero y los hizo cocer. Cuando se había caído toda la carne de los huesos, cogió el hermoso esqueleto blanco, lo colocó encima de la mesa y unió los huesos según su orden natural. Hecho esto, se colocó delante y dijo tres veces:
—Muerta, en nombre de la Santísima Trinidad, levántate.
A la tercera vez se enderezó la muerta, sana, salva y hermosa.
El rey se alegró sobremanera y le dijo a San Pedro:
—Pídeme lo que quieras. Aunque sea la mitad de mi reino, te lo daré.
San Pedro, sin embargo, contestó:
—No quiero nada por ello.
«¡Pero éste está trastornado!», pensó el Hermano Chistoso.
Le dio a su camarada un codazo y dijo:

—No seas tonto. Si tú no quieres nada, yo sí que necesito algo.

Pero San Pedro no quiso nada. Como el rey vio que el otro sí que quería algo, hizo que su tesorero le llenara el morral de oro.

A continuación siguieron su camino y, cuando llegaron a un bosque, le dijo San Pedro al Hermano Chistoso:

—Ahora vamos a repartir el oro.

—Sí —contestó—, eso haremos.

San Pedro dividió el oro en tres partes.

El Hermano Chistoso pensó: «¡Vaya caprichos que tiene en la cabeza! Hace tres partes y nosotros somos dos.»

San Pedro, sin embargo, dijo:

—Bueno, he hecho tres partes iguales: una para mí, otra para ti y la tercera para el que se haya comido el corazón del cordero.

—Oh, me lo he comido yo —contestó el Hermano Chistoso.

Y se embolsó rápidamente el oro.

—Me lo puedes creer.

—¿Cómo puede ser eso verdad —dijo San Pedro—, si habíamos quedado en que los corderos no tienen corazón?

—¡Ah, hermano, eso es lo que te crees tú! Los corderos tienen corazón como todo bicho viviente. ¡No sé por qué iban a ser ellos los únicos que no lo tuvieran!

—Bueno, está bien —dijo San Pedro—. Quédate tú con el oro, pero no quiero ir contigo. Seguiré mi camino solo.

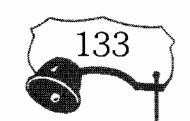
—Como quieras, amigo del alma —dijo el soldado—. Que te vaya bien.

San Pedro entonces tomó por otro camino. El Hermano Chistoso pensó: «Está bien que se marche; es un santo un poco extraño.»

Tenía dinero suficiente, pero no supo usarlo como era debido, lo malgastó, lo regaló y, poco tiempo después, estaba otra vez sin nada. Llegó a un país, donde supo que la hija del rey había muerto.

—Hola —dijo—, ésta es mi ocasión. La resucitaré y me lo pagarán bien.

Fue a ver al rey y se ofreció para resucitar a su hija. El rey había oído que andaba por ahí un soldado licenciado que resucitaba muertos y pensó que era el Hermano Chistoso. Entonces, el Hermano Chistoso mandó traer agua en una perola, hizo salir a todo el mundo, cortó los miembros, los echó en el agua y prendió fuego debajo, lo mismo que le había visto hacer a San Pedro. El agua empezó a cocer y la carne se desprendió. Sacó entonces la



osamenta y la puso encima de la mesa, pero no sabía en qué orden tenía que colocar los huesos y los puso al revés, todos mezclados. Luego se colocó delante y dijo:

—Muerta, en nombre de la Santísima Trinidad, levántate.

Lo dijo tres veces, pero en vano.

—¡Muchacha, por todos los rayos, levántate! —gritó—. Levántate o te irá mal.

Estaba diciendo esto, cuando de pronto apareció por la ventana San Pedro con su aspecto anterior, como soldado licenciado, y dijo:

—Hombre impío, ¿qué haces ahí? ¿Cómo puedes resucitar a la muerta, si has colocado sus huesos todos revueltos?

—Hermano del alma, lo he hecho lo mejor que sabía —contestó él.

—Te voy a sacar del apuro por esta vez —replicó San Pedro—, pero te advierto que, si otra vez emprendes algo igual, serás desgraciado. Además, no podrás pedir nada al rey ni aceptar de él nada a cambio.

A continuación colocó San Pedro la osamenta en su justo orden y dijo tres veces a la muerta:

—En nombre de la Santísima Trinidad, levántate.

Y la hija del rey se levantó tan sana y guapa como antes.

San Pedro salió otra vez por la ventana; el Hermano Chistoso se sentía contento de que todo hubiera salido tan bien, pero le molestaba no poder aceptar nada por ello.

«Me gustaría saber —pensaba— por qué tiene esas manías tan extrañas, pues lo que da con una mano, lo coge con la otra. No hay el menor sentido en ello.»

El rey le ofreció después lo que quisiera, pero él no podía aceptar nada. Al fin, mediante alusiones y a fuerza de astucia, consiguió que el rey mandara llenar su morral de oro y partió. Cuando salía de la ciudad, estaba ante sus puertas San Pedro y dijo:

—¿Qué clase de hombre eres? Te había prohibido que cogieras nada y ahora tienes el morral lleno de oro.

—¡Qué quieres que haga —contestó el Hermano Chistoso—, si me lo ha metido en él!

—Te advierto que no vuelvas a hacerlo o lo pasarás mal.

—No te preocupes, hermano. Ahora que tengo oro, ¿qué pinto yo lavando huesos?

—Sí —dijo San Pedro—, como si el oro fuera a durarte mucho. Pero, para que en adelante no te metas por caminos prohibi-

dos, concederé a tu morral la fuerza de que todo lo que desees esté dentro de él. Que te vaya bien; ya no me volverás a ver.

—Con Dios —dijo el Hermano Chistoso—. Me alegro de que te vayas, hombre extravagante; no pienso seguirte.

Pero no pensó en la fuerza maravillosa que había concedido a su morral.

El Hermano Chistoso anduvo de un lado para otro con su dinero y lo malgastó y derrochó como la primera vez. Cuando no le quedaban más que cuatro cruzados llegó ante una posada y pensó: «El dinero es para gastarlo», e hizo que le trajeran vino por valor de tres cruzados y pan por uno.

Mientras estaba comiendo y bebiendo le llegó el olor de gansos asados. El Hermano Chistoso miró y remiró y vio que el posadero tenía dos gansos en el horno. En aquel momento recordó lo que le había dicho su camarada, que lo que deseara que estuviera en su morral allí estaría y pensó: «Está bien. Prueba con los gansos.»

Así pues, salió, y delante de la puerta dijo:

—Deseo que los dos gansos asados del horno estén en mi morral.

En cuanto hubo dicho esto, lo desabrochó, miró dentro y vio que allí estaban ambos.

—Perfecto —dijo—. Ahora sí que soy todo un hombre.

Se fue a una pradera y sacó el asado. Cuando estaba en lo mejor de la comida, aparecieron dos aprendices de artesano y miraron con ojos hambrientos el ganso, que todavía no había sido tocado. El Hermano Chistoso pensó: «Con uno tienes bastante.» Llamó a los dos mozalbetes y dijo:

—Coged un ganso y coméoslo a mi salud.

Dieron las gracias, se fueron a la posada, pidieron medio litro de vino y un pan, desenvolvieron el ganso asado y comenzaron a comer. La posadera, que había contemplado todo, le dijo a su marido:

—Esos dos están comiendo un ganso. Mira a ver si no es uno de los nuestros del horno.

El posadero se dirigió al horno y vio que estaba vacío.

—¡Qué gentuza! Así de baratos queríais comeros los gansos, ¿eh? A pagarlos rápidamente u os voy a dar para el pelo.

Los dos dijeron:

—Nosotros no somos ladrones. Un soldado licenciado nos lo ha regalado ahí en la pradera.

—A mí no me vais a tomar el pelo. El soldado estuvo aquí,

me fijé en él, pero se marchó por la puerta como un tipo honrado; vosotros sois los ladrones y tenéis que pagar.

Pero, como no podían pagarlo, cogió un bastón y los echó a palos por la puerta.

El Hermano Chistoso siguió su camino y llegó a un lugar donde había un precioso palacio y no lejos de allí una mala posada. Fue a la posada y pidió alojamiento para pasar la noche, pero el posadero no quiso admitirlo y dijo:

—No hay sitio, la casa está llena de huéspedes elegantes.

—Me asombra —dijo el Hermano Chistoso— que vengan a esta casa y no vayan al lujoso palacio.

—Sí —contestó el posadero—, pero es algo complicado pasar la noche allí. El que lo ha intentado no ha salido con vida.

—Si otros lo han intentado —dijo el Hermano Chistoso—, yo también lo intentaré.

—Más vale que lo olvides —dijo el posadero—, si quieres conservar el cuello.

—No pienso perder el cuello —dijo el Hermano Chistoso—. Sólo quiero las llaves y dame bien de comer y beber.

Dicho esto, el posadero le dio las llaves y comida y bebida, y con todo ello se dirigió el Hermano Chistoso al palacio, saboreó gustosamente la comida y, cuando le entró sueño, se tumbó en el suelo, pues allí no había cama alguna. Se durmió pronto, pero en mitad de la noche le despertó un gran ruido y, cuando se estaba espabilando, vio a nueve horribles diablos en el cuarto, que habían hecho un círculo a su alrededor y bailaban dando vueltas. El Hermano Chistoso dijo:

—Bailad lo que os venga en gana, pero que no se me acerque ninguno.

Los diablos, sin embargo, se acercaban cada vez más a él y casi le pisaban la cara con sus asquerosos pies.

—¡No me molestéis, fantasmas del demonio! —dijo.

Pero todo iba de mal en peor. Entonces el Hermano Chistoso se enfadó y dijo:

—Bueno, voy a hacer que reine la calma.

Cogió la pata de una mesa y empezó a dar golpes con ella. Pero nueve diablos contra un soldado eran demasiados y, cuando pegaba a los de delante, lo cogían los de detrás por los pelos y le daban tremendos tirones.

—¡Por Belcebú, que esto ya es demasiado! ¡Ahora veréis! ¡Todos al morral!

En un santiamén estuvieron todos dentro, abrochó el morral y

lo lanzó a un rincón. Todo volvió a estar tranquilo, y el Hermano Chistoso se tumbó de nuevo y durmió hasta entrada la mañana. Entonces vinieron el posadero y el caballero al que pertenecía el castillo para ver cómo le había ido. Cuando lo vieron sano y salvo, se asombraron y le preguntaron:

—¿No os han hecho nada los espíritus?

—¿Por qué iban a hacérmelo? —contestó el Hermano Chistoso—. Tengo a los nueve en el morral. Ya podéis habitar otra vez vuestro palacio tranquilamente: de ahora en adelante ninguno se paseará por ahí.

El caballero le dio las gracias y le pidió que se quedara a su servicio, que él se preocuparía de cuidarle todos los días de su vida:

—No —contestó—. Estoy acostumbrado a andar de aquí para allá, y quiero seguir vagabundeando por ahí.

El Hermano Chistoso se puso en camino, entró en una fragua, colocó el morral en el que estaban los nueve diablos sobre el yunque y pidió al herrero y sus aprendices que le golpearan. Ellos empezaron a dar martillazos con todas sus fuerzas, de tal manera que los diablos emitían unos lamentos dignos de lástima. Cuando poco después abrió el morral, ocho estaban muertos, pero uno, que se había quedado en una arruga, todavía estaba vivo. Se escabulló y se marchó al infierno otra vez.

El Hermano Chistoso anduvo vagabundeando por el mundo, y el que sepa de sus andanzas podría contar muchas cosas. Al fin se hizo viejo y pensó en su final; entonces se dirigió a un ermitaño, que era conocido por ser un hombre piadoso, y le dijo:

—Estoy cansado de mis andanzas y quiero ver cómo entrar en el Reino de los Cielos.

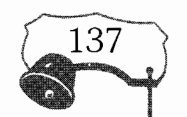
El ermitaño contestó:

—Hay dos caminos, uno es ancho y agradable y conduce al infierno; el otro es estrecho y áspero y lleva al cielo.

«Tendría que ser loco de remate —pensó— para ir por el camino estrecho y áspero.»

Se puso en camino y fue por el ancho y agradable, hasta que llegó a un gran portal negro, que era la puerta del infierno. El Hermano Chistoso llamó y el portero miró a ver quién era. Pero cuando vio al Hermano Chistoso se asustó, pues era precisamente el diablo que había estado escondido en el morral y que había salido de él con un ojo morado. Rápidamente volvió a echar el cerrojo, fue a ver al jefe de los diablos y dijo:

—Afuera hay un tipo con un morral y quiere entrar, pero por



favor no le dejes entrar, pues de lo contrario deseará que todo el infierno entre en su morral. Una vez lo hizo y casi me baldan a martillazos.

Así pues, gritaron al Hermano Chistoso que se marchara, pues no lo dejaban entrar.

«Si no me quieren aquí —pensó—, voy a ver si encuentro en el cielo un alojamiento; en algún sitio tengo que quedarme.»

Se dio la vuelta y siguió andando hasta que llegó a la puerta del cielo, donde también llamó. Precisamente estaba San Pedro de guardia y reconoció inmediatamente al Hermano Chistoso. Este pensó: «Este es un viejo amigo; aquí te irá mejor.»

Pero San Pedro dijo:

—Me parece que quieres entrar en el cielo.

—Déjame entrar, en algún sitio tengo que estar; si me hubieran aceptado en el infierno, no hubiera venido hasta aquí.

—No —dijo San Pedro—, tú no entras.

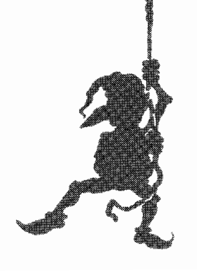
—Bien, si no me quieres dejar entrar, ahí tienes el morral, no quiero nada tuyo —dijo el Hermano Chistoso.

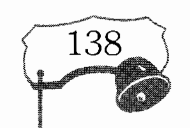
Le dio el morral por entre las verjas, y San Pedro lo cogió y lo colgó de su sillón.

En seguida dijo el Hermano Chistoso:

—Bueno, pues ahora deseo entrar yo mismo en mi morral.

En un santiamén estuvo dentro del morral y en el cielo, y San Pedro tuvo que dejar que se quedara dentro.





Juanito Jugador

Había una vez un hombre que no hacía más que jugar, y por eso la gente le llamaba Juanito Jugador. Como no dejaba de jugar, llegó a perder su casa y todo por el juego. El último día, antes de quitarle la casa sus deudores, vinieron Nuestro Señor y San Pedro y le dijeron que podía quedarse con la casa durante una noche más. Juanito respondió que podían quedarse con él aquella noche, pero que no tenía ni cama ni de comer. El Señor le contestó que no importaba, que ya comprarían algo de comer, y esto le pareció bien a Juanito. San Pedro le dio tres céntimos para que fuera a la panadería a comprar pan. Juanito se fue, pero al pasar por la casa donde estaban todos sus amigotes del juego, empezaron a presionarle y gritarle llamándole:

—Eh, Juanito, entra.

—Ya —dijo él—, lo que queréis es quitarme también estos tres céntimos.

Pero ellos insistieron, así que entró y se jugó también los tres céntimos. El Señor y San Pedro esperaron todo el rato, pero como tardaba tanto fueron a su encuentro. Cuando se encontraron con Juanito, hizo como si el dinero se le hubiese caído en un charco y se puso a hurgar en él, pero Nuestro Señor ya sabía que se los había jugado. Entonces San Pedro le dio otros tres céntimos: esta vez no se dejó convencer y trajo el pan. A continuación, el Señor le preguntó si tenía vino. El dijo:

—Ay, Señor, las cubas están todas vacías.

Y el Señor le dijo que fuera al sótano:

—Allí hay vino de lo mejor.

El no quiso creerlo, pero dijo:

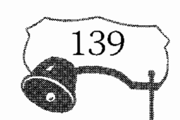
—Bueno iré, aunque sé que no hay vino.

Y cuando abrió la espita, salió un vino de la mejor clase.

Así que subió el vino y los dos se quedaron a pasar la noche.

Al día siguiente por la mañana, el Señor dijo a Juanito que podía pedirle tres favores. Pensó que le pediría el cielo, pero Juanito pidió cartas con las que siempre pudiera ganar, dados con los que nunca perdiera y un árbol en el que creciera toda clase de frutas y que, si alguien se subía a él, no pudiera bajar hasta que él lo ordenara. El Señor le concedió todo lo que había pedido y se marchó con San Pedro.

Entonces sí que empezó a jugar nuestro Juanito y pronto había ganado medio mundo. San Pedro dijo a Nuestro Señor:



—Esto no puede seguir así. No hace bien a nadie y de remate va a ganar a todo el mundo; tenemos que enviarle a la muerte.

Entonces le enviaron a la muerte. Cuando ésta llegó, estaba Juanito sentado a la mesa de juego y la muerte le dijo:

—Ven un rato afuera, Juanito.

Juanito le contestó:

—Espera un poco a que acabe la partida. Entretanto puedes subirte al árbol y traerte algo de él, para que tengamos de comer por el camino.

La muerte se subió al árbol, pero cuando quiso bajar no pudo.

Juanito la dejó siete años allá arriba y durante todo este tiempo no se murió nadie.

Entonces dijo San Pedro al Señor:

—Señor, esto no puede seguir así, sin que se muera nadie. Tenemos que bajar nosotros mismos.

Así lo hicieron, y el Señor le mandó que soltase a la muerte. Juanito le dijo a la muerte:

—Bájate.

Y ésta bajó, lo agarró y lo estranguló. Entonces se marcharon todos juntos, llegaron al otro mundo y nuestro Juanito se fue al portón del cielo y llamó:

—¿Quién es?

—Juanito Jugador.

—Bien, tú no nos haces falta aquí; ya puedes largarte.

Entonces se fue a la puerta del purgatorio y volvió a llamar:

—¿Quién es?

—Juanito Jugador.

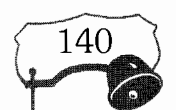
—¿Te parece que no hay bastante miseria y lamentos aquí? Márchate, no tenemos ganas de juegos.

Entonces se fue a la puerta del infierno y allí sí que le dejaron entrar; no había nadie, excepto el viejo Lucifer y los diablos impedidos (los sanos tenían bastante trabajo en el mundo). Y en seguida se sentó a jugar. Pero el viejo Lucifer no tenía nada más que sus demonios impedidos y Juanito se los ganó, porque ganaba todo con sus cartas.

Entonces se marchó con ellos, llegó a Hohenfuerth * y arrancaron todas las estacas que sujetaban el lúpulo *. Con ellas llegaron al cielo y comenzaron a blandirlas, de tal manera que empezó a oírse por todo el cielo.

Así que San Pedro dijo:

—Esto no puede seguir así, Señor, tenemos que dejarlo entrar, si no, nos derrumba todo el cielo.

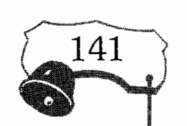


Y le dejaron entrar. Juanito Jugador empezó a jugar allá arriba y organizaba tal jaleo que no se podía oír ni la propia palabra. Y San Pedro dijo al Señor:

—Señor, esto no puede seguir así; tenemos que mandarlo para abajo, si no, nos revolverá todo el cielo.

Y lo cogieron y lo lanzaron para abajo; su alma se rompió en pedazos y se metió en la de los viciosos del juego, donde sigue hasta hoy.





Juan el de la Suerte

Juan había servido a su señor durante siete años, y entonces le dijo:

—Señor, mi tiempo ha transcurrido, y me gustaría volver a casa de mi madre; déme mi paga.

El señor contestó:

—Me has servido fiel y honradamente, y como ha sido el servicio será la paga.

Y le dio una pieza de oro tan grande como la cabeza de Juan.

Juan sacó su pañuelo del bolsillo, envolvió la pieza, se lo echó a la espalda y se puso en camino para casa. Iba andando, echando una pierna tras otra, cuando vio un caballero que venía cabalgando, fresco y alegre, en un caballo vivaracho.

—¡Ay! —exclamó en voz alta—. ¡Qué cosa más hermosa es ir a caballo! Va uno sentado en una silla, no tropieza con ninguna piedra, se ahorra suela de los zapatos y llega sin darse cuenta.



El caballero, que había oído esto, se paró y dijo:

—¡Eh, Juan! ¿Por qué vas andando?

—No me queda más remedio que hacerlo: tengo que llevar una pieza de oro, pero no puedo mantener la cabeza derecha y, además, me pesa en la espalda.

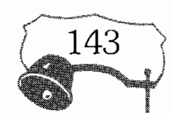
—¿Sabes una cosa? —dijo el caballero—. Vamos a cambiar, yo te doy mi caballo y tú me das tu pieza de oro.

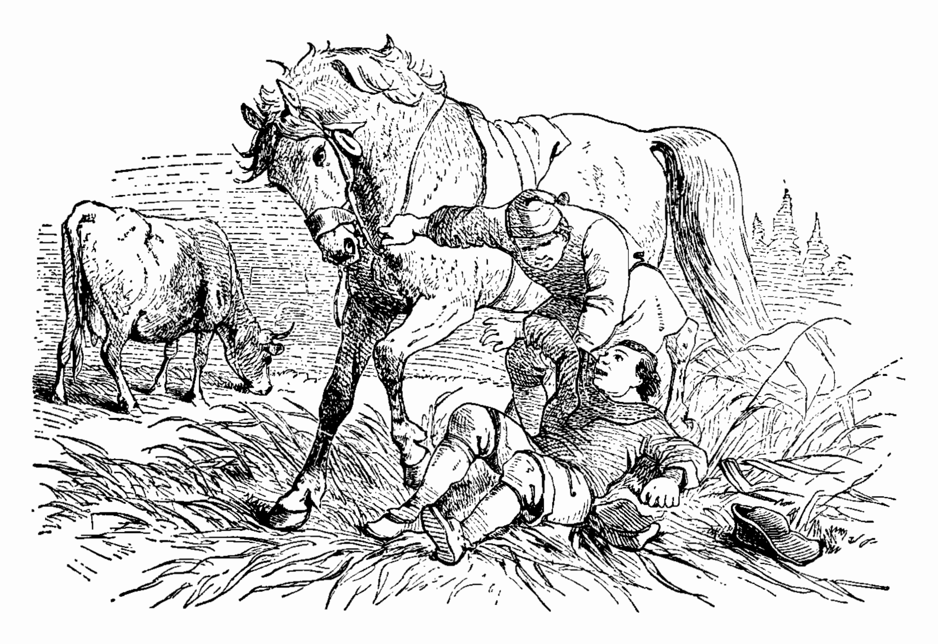
—Con mucho gusto —dijo Juan—, pero le advierto que va a tener que ir bien cargado.

El caballero se bajó, cogió el oro y ayudó a Juan a subir; le dio las riendas en la mano y dijo:

—Si quieres que vaya verdaderamente de prisa, no tienes más que chasquear con la lengua y gritar: «Arre, arre.»

Juan se sentía contentísimo sentado en el caballo y cabalgaba tan tranquilo. Poco después se dio cuenta de que debería ir más de prisa y empezó a chasquear con la lengua y a decir: «Arre, arre.» El caballo se puso a trotar a buen paso, y cuando Juan quiso darse cuenta, lo había tirado en una zanja que separaba los campos cultivados de la carretera. El caballo se hubiera marcha-





do de no haberlo detenido un campesino que venía por el camino y llevaba a pastar una vaca. Juan se recuperó y se puso de pie. Estaba de mal humor y le dijo al campesino:

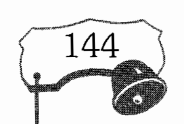
—Esto de cabalgar no tiene gracia, sobre todo en un penco como éste, que choca y te tira de tal manera que puedes romperte la cabeza; no vuelvo a montar nunca más. Prefiero la vaca: puedes ir cómodamente detrás de ella y, además, tienes cada día leche, mantequilla y queso. ¡Lo que daría por tener una vaca!

—Bueno —dijo el campesino—. Si te gusta tanto, te la cambio por el caballo.

Juan aceptó con enorme alegría. El campesino se montó en el caballo y se alejó cabalgando rápidamente de allí.

Juan conducía tranquilamente su vaca delante de él y pensaba en el buen negocio que había hecho: «Con un trozo de pan, y eso no me va a faltar de ninguna manera, podré comer con él siempre que quiera mantequilla y queso, y si tengo sed puedo ordeñar la vaca. ¿Qué más quieres, cuerpo mío?»

Llegó a una posada, se detuvo, comió gozosamente todo lo que llevaba consigo, su comida y su cena, y con los últimos cuartos que le quedaban pidió un vaso de cerveza. Luego condujo a la vaca en dirección al pueblo de su madre. El calor era agobiante y Juan se encontraba en un llano que llevaba una hora recorrerlo. Tenía mucho calor, de tal manera que la lengua, de sed, se le pegaba al paladar.



«Esto es fácil de solucionar —pensó—. Ahora ordeñaré a la vaca y me refrescaré con su leche.»

La ató a un árbol raquítico y, como no tenía ningún cubo, colocó debajo su gorra de cuero, pero por más que se esforzaba no salía ni una gota de leche. Y, además, como se colocaba de forma tan poco acertada, el animal, impaciente, le dio tal patada en la cabeza que se cayó tambaleándose al suelo y durante un buen rato no supo dónde estaba. Felizmente llegó un carnicero por el camino que llevaba en una carretilla un lechoncito.

—¡Qué broma es ésta! —gritó.

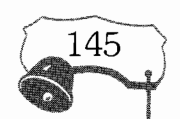
Y ayudó a ponerse de pie al buen Juan. Juan le contó lo que había pasado. El carnicero le dio su botella y dijo:

—Toma, échate un trago y recupérate. Esa vaca no da leche; es un animal viejo que no sirve más que para tirar de un carro o para descuartizarla.

—¡Ay, ay! —dijo Juan, mesándose los cabellos—. ¡Quién hubiera podido pensarlo! La verdad es que no estaría mal matar un animal como éste, con la cantidad de carne que daría, pero a mí no me gusta mucho la carne de vaca, no me sabe bastante sabrosa. ¡Sí, quién tuviera un lechoncito! Tiene otro sabor y, además, están las salchichas.

—Oye, Juan —dijo el carnicero—, para que veas, te voy a cambiar el cerdo por la vaca.





—Dios te lo pague —dijo Juan.

Le dio la vaca, mandó desatar al lechoncito de la carretilla y le puso en la mano el cordel con el que estaba atado el lechón.

Juan siguió andando y pensó en lo bien que le iba saliendo todo. En cuanto le acontecía una contrariedad, rápidamente se veía subsanada. Poco después se le juntó un mozalbete que llevaba un ganso bajo el brazo. Se entretuvieron uno con el otro, y Juan comenzó a hablar de su suerte y de los cambios tan ventajosos que había hecho. El mozalbete le contó que llevaba el ganso para el banquete de un bautizo:

—Cógelo —prosiguió, cogiéndolo por las alas—, ya verás lo que pesa. Ha estado cebándose ocho semanas. El que coma el asado, tendrá que limpiarse la grasa por ambas partes de la boca.

—Sí —dijo Juan, cogiéndolo a peso con una mano—, tiene su peso, pero mi cerdo no es tampoco ninguna porquería.

Mientras tanto, el mozalbete miraba de forma preocupada a todas partes, meneando la cabeza:

—Oye —empezó a decir a continuación—, con ese cerdo me parece que no están las cosas muy claras. En el pueblo que acabo de atravesar le han robado al alcalde uno del establo, y me temo

que es ése que llevas de la mano. Han mandado gente y como te pesquen con el cerdo sería un mal negocio. Por lo menos escóndete en ese agujero oscuro.

Al buen Juan le entró miedo.

—¡Ay, Dios mío, ayúdame a salir de ésta! Tú sabes mejor defenderte por estos alrededores: coge mi cerdo y dame tu ganso.

—Bien —contestó el mozalbete—. Yo también corro riesgo, indudablemente, pero no quiero tener la culpa de que te suceda una desgracia.

Cogió la cuerda de la mano y se llevó al cerdo rápidamente por un camino lateral.

El buen Juan se sintió liberado de un peso y se fue con el ganso bajo el brazo en dirección a su patria.

«Mirándolo bien —se dijo a sí mismo—, he vuelto a ganar en el cambio: en primer lugar el buen asado; luego la gran cantidad de grasa que goteará de él, que nos dará pan con grasa de ganso para un cuarto de año, y, finalmente, las hermosas plumas blancas; con ellas puedo llenar mi cojín y dormir cómodamente sobre él. ¡Lo que se va a alegrar mi madre!»

Cuando atravesaba el último pueblo, vio un afilador con su carro; su rueda chirriaba y él cantaba al mismo tiempo:

> —Afilando las tijeras
> doy vueltas rápidamente:
> la ocasión la pintan calva
> y yo la aprovecho siempre.

Juan se paró, lo contempló y, finalmente, se dirigió a él, diciendo:

—Ya veo que te va bien, porque estás muy contento mientras afilas.

—Sí —contestó el afilador—. Este oficio es de oro. Un verdadero afilador es un hombre que cada vez que mete la mano en el bolsillo encuentra dinero en él. ¿Pero dónde has comprado ese ganso tan hermoso?

—No lo he comprado, lo he cambiado por un cerdo.

—¿Y el cerdo?

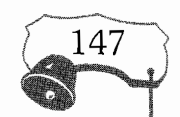
—Me lo dieron por una vaca.

—¿Y la vaca?

—Me la dieron por un caballo.

—¿Y el caballo?

—Me lo dieron por una pieza de oro tan grande como mi cabeza.



—¿Y el oro?

—Uf, eso fue mi recompensa por siete años de servicio.

—¡Qué bien has sabido hacer las cosas siempre! —dijo el afilador—. Si consigues oír cómo salta el oro en el bolsillo al levantarte, habrás hecho tu fortuna.

—¿Y qué tengo que hacer? —dijo Juan.

—Hazte afilador como yo; para ello no se necesita más que una piedra de afilar; lo otro viene rodado. Aquí tengo una: está un poco usada, pero te la doy por el ganso. ¿Quieres?

—¡Pero cómo se te ocurre preguntar tal cosa! —contestó Juan—. Yo seré el hombre más feliz de la tierra si tengo dinero cada vez que meta la mano en el bolsillo. ¿De qué tengo que preocuparme más?

Le acercó el ganso y cogió la piedra de afilar.

—Trato hecho —dijo el afilador y, levantando una pesada piedra, corriente y vulgar, que había a su lado, añadió—: Aquí tienes

otra buena piedra. En ella podrás golpear bien y enderezar los clavos. Cógela y guárdala.

Juan cargó con las dos piedras y siguió alegremente su camino. Sus ojos brillaban de contento:

—Yo es que he nacido de pie —gritaba—. Todo lo que deseo me sale a pedir de boca como a un niño de la suerte.

Mientras tanto y, como llevaba en pie desde el amanecer, comenzó a sentirse cansado. También le había entrado hambre, ya que se había comido de una vez sus provisiones, de alegría por haber conseguido la vaca.

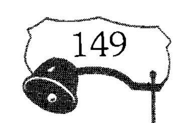
Pudo seguir con dificultad y tenía que detenerse a cada paso, porque las piedras le pesaban enormemente. Por eso no podía dejar de pensar en lo bueno que sería no tener que llevar nada. A paso de caracol llegó a un pozo. Quiso descansar allí y refrescarse con un sorbo, pero para no estropear las piedras al sentarse, las puso cuidadosamente en el brocal. Luego se sentó y se inclinó para beber, pero las empujó sin darse cuenta y ambas cayeron al fondo.

Cuando Juan las vio sumergirse con sus propios ojos en lo más hondo del pozo, saltó de alegría, se arrodilló y, con los ojos llenos de lágrimas, le dio gracias a Dios de que le hubiera concedido también esa gracia y le hubiera librado así de las pesadas piedras, sin que él tuviera que hacerse el menor reproche, ya que era lo único que le molestaba.

—Tan feliz como yo —gritó— no hay hombre bajo el sol.

Y con el corazón feliz y libre de todo peso, partió corriendo hasta que llegó a casa de su madre.





Juan se casa

Erase una vez un joven campesino que se llamaba Juan. Su primo iba a cortejar para él a una rica mujer. Entonces mandó a Juan que se sentara detrás de la estufa e hizo que calentara bien. Luego cogió una olla de leche y una buena cantidad de pan blanco, le puso un brillante ochavo recién acuñado en la mano y dijo:

—Juan, sujeta bien el ochavo, desmigaja el pan blanco en la leche y estáte ahí sentado sin moverte del sitio hasta que vuelva.

—Sí —dijo Juan—, así lo haré.

El pretendiente se puso unos pantalones viejos y remendados, fue a otro pueblo a casa de la rica hija de un campesino y dijo:

—¿No queréis casaros con mi primo Juan? Tendréis un marido valiente y listo que os gustará.

—¿Cómo anda de fortuna? —preguntó el ambicioso padre—. ¿Tiene mucho pan para desmigajar?

—Querido amigo —contestó el pretendiente—, mi primo tiene una buena estufa para calentarse bien, dinero contante y sonante y, desde luego, pan para desmigajar. Y de remiendos (así se llamaba a los bienes) puedo asegurar que no tiene menos que yo —dijo señalando al mismo tiempo sus pantalones remendados—. ¿Queréis tomaros la molestia de venir conmigo para que os muestre en el acto que todo es tal como digo?

El avaro no quiso perder la oportunidad y dijo:

—Si la cosa es así no tengo nada en contra de la boda.

Así pues, el día señalado se celebró la boda, y cuando la joven esposa quiso ir al campo a ver los bienes del esposo, Juan se quitó su traje de los domingos, se puso su mandil remendado y dijo:

—Podría estropearme el traje nuevo.

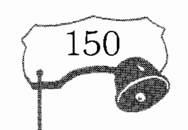
Fueron juntos al campo, y cuando en el camino veían una viña o estaban las praderas y los campos parcelados, los señalaba Juan con el dedo y se daba luego en un remiendo grande o pequeño de su mandil diciendo:

—El remiendo es mío, tesoro, y éste también, míralo.

Con ello no quería decir a la mujer que mirase al campo boquiabierta, sino al mandil, que era realmente suyo.

—¿Has estado en la boda?

—Claro que he estado, y de gala. Mi sombrero era de nieve: apareció el sol y me lo derritió; mi traje era de tela de araña: pasé por entre las espinas y se me desgarró; mis sandalias eran de cristal: choqué con una piedra, hicieron «clac» y se partieron.



Los niños de oro

Erase una vez un hombre y una mujer muy pobres que no tenían más que una pequeña choza; se alimentaban de la pesca y no tenían otra cosa que comer. Sucedió que el hombre estaba un día a la orilla del agua, arrojó su red y sacó un pez que era totalmente de oro. Y mientras contemplaba al pez lleno de admiración, éste empezó a hablar diciendo:

—Oye, pescador, si me tiras al agua, convertiré tu choza en un magnífico palacio.

El pescador contestó:

—¿Para qué quiero yo un palacio si no tengo qué comer?

El pez de oro continuó hablando:

—También nos encargaremos de eso. Habrá un armario en el palacio y, cuando lo abras, encontrarás fuentes con las más exquisitas viandas, en la cantidad que quieras.

—Si es así —dijo el hombre—, te puedo hacer el favor.

—Sí —dijo el pez—, pero ha de ser con la condición de que no descubras a nadie en la tierra, sea quien sea, de dónde te viene tu fortuna; si dices una sola palabra, todo desaparecerá.

El hombre echó el pez maravilloso al agua y se fue a casa. Donde había estado su choza encontró un gran palacio. Abrió enormemente los ojos, entró y vio a su mujer, ataviada con hermosas vestiduras y sentada en una sala maravillosa. Ella estaba muy contenta y dijo:

—Marido, ¿cómo habrá llegado todo esto a nosotros? Me gusta mucho.

—Sí —dijo el hombre—, también a mí me gusta, pero tengo un hambre feroz, así que dame algo de comer.

La mujer respondió:

—No tengo nada y tampoco sé dónde encontrarlo en esta casa nueva.

—No hay que preocuparse por eso —dijo el marido—. Ahí veo un gran armario, ábrelo a ver.

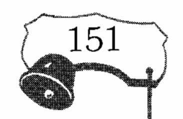
Abrió el armario y allí había un pastel, carne, fruta y vino, que estaban diciendo «cómeme».

La mujer gritó llena de alegría:

—Amigo, ¿qué es lo que quieres?

Y ambos se sentaron, comieron y bebieron. Cuando ya estaban saciados, preguntó la mujer:

—Pero, marido, ¿de dónde viene toda esta riqueza?



—No me preguntes eso —contestó el hombre—, no te lo puedo decir. Si se lo descubro a alguien perderemos nuestra fortuna.

—Bueno —dijo la mujer—, si no puedo saberlo, tampoco quiero saberlo.

Pero esto no lo decía en serio, puesto que no tuvo un momento de tranquilidad ni de día ni de noche, y pinchó y presionó al marido tanto tiempo que éste, en su impaciencia, se lo contó. Le dijo que provenía de un maravilloso pez de oro que había pescado y que, a cambio, lo había dejado de nuevo en libertad. En cuanto se lo hubo contado desapareció rápidamente el precioso palacio con el armario, y ellos se vieron otra vez sentados en su choza de pescadores.

El hombre tuvo que empezar de nuevo, volver a ejercer su oficio, y pescar. Pero quiso la suerte que volviera a pescar el pez de oro.

—Oye —dijo el pez—, si me echas otra vez al agua te devolveré el palacio con el armario lleno de asados y guisos; pero manténte firme y no descubras a nadie de quién lo has obtenido, porque si no lo perderás.

—Tendré cuidado —dijo el pescador.

Y lanzó el pez a las aguas. En su casa estaba todo otra vez con la magnificencia anterior y la mujer exultaba de alegría por la gran suerte. Pero la curiosidad no la dejaba tranquila y, pocos días después, comenzó nuevamente a preguntar cómo había ocurrido y cómo había comenzado todo. El hombre estuvo callado durante algún tiempo, pero al fin ella llegó a ponerlo en tal grado de irritación, que estalló y descubrió el misterio. En el mismo momento desapareció el palacio.

—¿Ves? Aquí lo tienes —dijo el hombre—; ahora podemos morirnos de hambre otra vez.

—¡Ay! —dijo la mujer—. Prefiero no tener riquezas si no sé de quién vienen; de lo contrario, no tengo paz.

El hombre volvió a pescar. Pasó cierto tiempo sin ocurrir nada, hasta que un día pescó por tercera vez al pez.

—Oye —dijo el pez—, está visto que estoy destinado a ir a parar a tus manos. Llévame a tu casa, párteme en seis trozos y dale dos de comer a tu mujer, dos a tu caballo y dos entiérralos en la tierra; ya verás cómo tienes suerte.

El hombre se llevó el pez a casa e hizo lo que le había dicho. Y sucedió que de los dos trozos que había enterrado nacieron dos lirios de oro, la yegua tuvo dos potrillos de oro y la mujer dio a luz dos niños que eran totalmente de oro.

Los niños crecieron, se hicieron grandes y hermosos, y los lirios y los caballos crecieron con ellos. Entonces dijeron:

—Padre, queremos montar en nuestros caballos de oro e ir a correr mundo.

El contestó entristecido:

—¿Cómo voy a poder soportar el que os vayáis sin saber cómo os va?

Ellos dijeron:

—Los dos lirios de oro se quedan aquí. En ellos podréis ver qué tal nos va: si están frescos, estaremos sanos; si están marchitos, estaremos enfermos, y si se caen, estaremos muertos.

Partieron a caballo y llegaron a una posada en la que había mucha gente que, al ver a los dos niños de oro, empezaron a reírse y a burlarse.

Uno de ellos, al oír las burlas, se avergonzó; no quiso seguir corriendo mundo, se dio la vuelta y regresó a casa de su padre.

El otro siguió andando y llegó a un bosque, pero al ir a entrar en él le dijo la gente:

—Es peligroso que lo atraveséis a caballo; el bosque está lleno de bandidos que no os tratarán bien e, incluso, cuando vean que sois de oro y vuestro caballo también, os matarán.

Pero él no se dejó intimidar y dijo:

—Tengo que atravesarlo, y lo atravesaré.

Cogió una piel de oso, tapó con ella a su caballo y se tapó él para que no se viera nada del oro, y entró tranquilo en el bosque.

Había cabalgado un poco cuando oyó voces que hablaban unas con otras. De una parte se oía:

—Ahí viene uno.

De la otra parte:

—Déjalo marcharse. Es un haragán, más pobre y raído que un ratón de iglesia. ¿Qué vamos a hacer con él?

Así pasó cabalgando el niño de oro por el bosque y no le aconteció mal alguno.

Un día llegó a un pueblo en el que había una muchacha tan hermosa como no creyó que pudiera haber otra en la tierra. Al punto se sintió inflamado de un ardiente amor por ella y fue a verla.

—Te amo de todo corazón —le dijo—. ¿Quieres ser mi mujer?

A la muchacha le gustó también tanto él, que consintió, y dijo:

—Sí, quiero ser tu mujer y te seré fiel toda mi vida.

A continuación se casaron y, cuando estaban en medio del alborozo, llegó a casa el padre de la novia, el cual, al ver que su hija se casaba, asombrado dijo:

—¿Dónde está el novio?

Le mostraron al niño de oro, que todavía llevaba la piel de oso encima.

El padre, entonces, exclamó furioso:

—Jamás poseerá a mi hija un haragán.

Y quiso asesinarlo. La novia intercedió todo lo que pudo diciendo:

—Es mi marido, y yo lo quiero de todo corazón.

Por fin se dejó tranquilizar. Pero no se le iba del pensamiento el asunto, de tal manera que a la mañana siguiente se levantó muy temprano y quiso ver al marido de su hija.

Y al mirarlo vio a un hombre magnífico de oro en la cama, y las pieles de oso tiradas en el suelo. Entonces se marchó pensando: «Menos mal que dominé mi ira; hubiera cometido una injusticia.»

El niño de oro estaba soñando que iba de caza tras un magnífico ejemplar de ciervo y, cuando despertó a la mañana siguiente, dijo a su mujer:

—Quiero ir de caza.

Ella tuvo miedo y le pidió que se quedara, diciéndole:

—Mira que te puede ocurrir una desgracia.

Pero él contestó:

—Tengo que ir, e iré.

Se levantó y se dirigió hacia el bosque; de pronto se encontró con un hermoso ciervo ante él, igual que el de sus sueños. Apuntó y quiso dispararle, pero el ciervo se escapó. Le persiguió por fosas y matorrales sin cansarse en todo el día. Pero al atardecer el ciervo desapareció y, cuando el niño de oro miró a su alrededor, vio una pequeña casa con una bruja dentro. Llamó, y una ancianita salió y preguntó:

—¿Qué haces a estas horas en el bosque?

El dijo:

—¿No ha visto un ciervo por aquí?

—Sí —contestó ella—, conozco muy bien a ese ciervo.

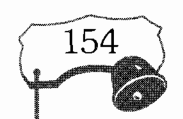
Un perro, que había salido de la casa con ella, ladró intensamente al hombre. Entonces él dijo:

—¡Cállate, mala bestia, o te mato!

A esto exclamó la bruja enfadada:

—¡Cómo! ¿Que quieres matar a mi perrillo?

Y rápidamente lo convirtió en piedra. Su novia lo esperó en vano pensando: «Seguro que le ha pasado lo que a mí tanto miedo me daba y que tanto me pesaba en el corazón.»



En casa estaba el otro hermano al lado de los lirios de oro cuando, de pronto, el uno cayó a tierra.

—¡Dios mío! —dijo—. A mi hermano le ha pasado una gran desgracia; tengo que ir a salvarlo.

El padre le dijo entonces:

—Quédate aquí, que si te pierdo a ti también, ¿qué voy a hacer yo?

El contestó:

—Tengo que ir, e iré.

Se montó en su caballo de oro y, cabalgando, llegó al bosque donde estaba su hermano convertido en piedra. La vieja bruja salió de su casa, lo llamó y quiso también embrujarlo, pero él no se acercó, sino que dijo así:

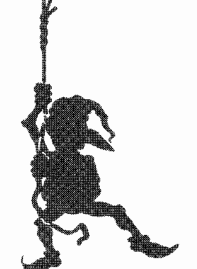
—Si no haces que mi hermano vuelva a vivir, te dispararé.

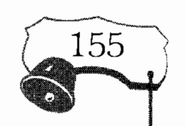
Ella tocó la piedra con los dedos, aunque muy a disgusto, y rápidamente recobró él su apariencia humana. Los dos niños de oro se sintieron felices, se besaron, se abrazaron y salieron juntos del bosque, uno en dirección a la casa de su novia y el otro de regreso a casa de su padre.

El padre dijo entonces:

—Ya sabía yo que habías liberado a tu hermano, pues el lirio de oro se ha enderezado de un golpe y ha florecido de nuevo.

A partir de aquel momento vivieron felices y les fue bien hasta el fin de sus días.





El zorro y los gansos

Una vez llegó el zorro a una pradera donde había una recua de hermosos y rollizos gansos. El se rió, diciendo:

—Llego que ni al pelo: aquí estáis todos juntos, así que os puedo comer a todos, uno tras otro.

Los gansos se pusieron a graznar de miedo, se enderezaron y comenzaron a lamentarse y a pedir lastimosamente por su vida.

El zorro no hizo el menor caso y dijo:

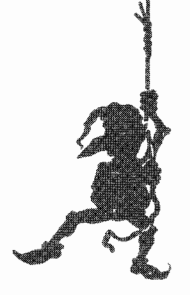
—Nada de compasiones, tenéis que morir.

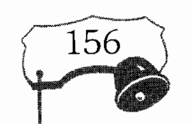
Finalmente, uno se atrevió y dijo:

—Si nosotros, pobres gansos, tenemos que perder nuestra joven y alegre vida, concédenos al menos una gracia y permítenos decir una oración para que no muramos en pecado. Luego nos pondremos en fila para que puedas elegir siempre al más gordo.

—Bueno —dijo el zorro—, eso no cuesta nada y, además, es una petición piadosa. Rezad, yo esperaré entre tanto.

Así pues, el primero empezó una oración larguísima, diciendo siempre «cua, cua», y como no acababa nunca, el segundo no esperó a que le tocara su turno, sino que empezó también «cua, cua», y lo mismo el tercero y el cuarto, hasta que pronto estuvieron todos graznando a la par. Y cuando hayan terminado de rezar, habrá que contar de nuevo el cuento. Ellos, sin embargo, todavía están rezando.





El pobre y el rico

Hace ya mucho tiempo, cuando Dios andaba todavía por la tierra entre los hombres, sucedió que una tarde estaba cansado, y la noche le sorprendió antes de que pudiera llegar a una posada. En el camino había ante él dos casas, una enfrente de otra. La una era grande y hermosa, y la otra pequeña y pobre. La grande pertenecía a un rico, y la pequeña a un pobre.

Entonces pensó Dios Nuestro Señor: «Al rico no le causaré ninguna molestia; iré a pasar la noche a su casa.»

El rico oyó llamar a su puerta, abrió la ventana y preguntó al forastero qué es lo que buscaba. El Señor contestó:

—Busco alojamiento para esta noche.

El rico miró al peregrino de los pies a la cabeza y, como Dios llevaba unas vestiduras sencillas y no tenía aspecto de llevar mucho dinero en el bolsillo, meneó la cabeza y dijo:

—No me queda sitio; tengo los salones llenos de hierbas y semillas. Si tuviera que alojar a todos los que llaman a mi puerta, ya podía coger yo mismo el cayado de pobre en la mano. Buscaos arreglo en alguna otra parte.

Con esto cerró su ventana y a Dios le dejó plantado.

Así pues, Dios se dio la vuelta y fue a la casa de enfrente. Apenas había llamado, ya estaba el pobre abriendo su pestillo y pidiéndole al peregrino que entrara.

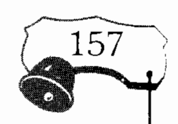
—Quedaos esta noche en mi casa —dijo—. Está oscuro y no podéis seguir vuestro camino.

Esto le gustó a Dios y entró. La mujer del pobre le dio la mano y la bienvenida, diciéndole que se pusiera cómodo y a gusto, que no tenían mucho que ofrecer, pero que lo que allí había se lo ofrecían encantados. Puso patatas al fuego y, mientras cocían, ordeñó a la vaca para tener un poco de leche. Cuando estuvo puesta la mesa, Dios se sentó y comió con ellos y le supo bien la comida, pues veía caras felices. Después de haber comido, al llegar la hora de acostarse, llamó la mujer aparte al marido y le dijo:

—Mira, querido marido, esta noche nos haremos una cama de paja para que el pobre peregrino se eche en nuestra cama y pueda descansar bien; ha estado todo el día andando y estará cansado.

—Se la ofreceré con mucho gusto —contestó él.

Se acercó a Dios y le pidió que, si era de su agrado, podía acostarse en su cama para que pudiera estirar bien sus huesos.



Dios no quería quitarles a los dos viejos la cama, pero no cedieron hasta que éste lo hizo y se acostó en su cama.

Ellos se hicieron una cama de paja en el suelo. A la mañana siguiente se levantaron antes de amanecer y le hicieron al huésped un desayuno tan bueno como les fue posible. Cuando el sol se asomaba ya por la ventana, Dios se levantó, comió con ellos y luego quiso proseguir su camino. Estando ya en la puerta, se volvió y dijo:

—Ya que habéis sido tan piadosos y compasivos, pedid tres cosas, que yo os las concederé.

El viejo habló así:

—No deseo más que la salvación eterna y que, mientras vivamos, estemos los dos sanos y tengamos el pan necesario de cada día. En tercer lugar no sé qué desear.

Dijo Dios:

—¿No quieres una casa nueva en lugar de la vieja?

—¡Oh, sí! —dijo el hombre—. Si es posible, me gustaría.

El Señor le concedió sus deseos y transformó su vieja casa en una nueva: los bendijo de nuevo y partió.

Ya era completamente de día cuando el rico se levantó. Se asomó a la ventana y vio enfrente una casa nueva y limpia, de ladrillos rojos, donde antes había una humilde cabaña. Asombrado, abrió los ojos de par en par, llamó a su mujer y dijo:

—Ve a ver qué ha pasado. Todavía ayer por la noche estaba ahí la cabaña vieja y miserable, y hoy hay una hermosa casa nueva. Corre enfrente y entérate de cómo ha ocurrido.

La mujer fue y preguntó a los pobres. El le contó:

—Ayer por la noche vino un caminante que buscaba alojamiento para pasar la noche y hoy por la mañana, al despedirse, nos ha concedido tres deseos: la salvación eterna, la salud en esta vida y el pan nuestro de cada día y, finalmente, en lugar de nuestra vieja cabaña, esta hermosa casa nueva.

La mujer del rico regresó rápidamente y le contó a su marido cómo había sucedido. El hombre dijo:

—Me daría de bofetadas y me apalearía. ¡De haberlo sabido yo! El extranjero estuvo antes aquí y quiso pasar la noche en nuestra casa, pero yo lo rechacé.

—Date prisa —dijo la mujer— y sube al caballo; todavía alcanzarás al hombre y luego harás que te conceda los tres deseos.

El rico siguió su consejo, montó a caballo y alcanzó a Dios. Le habló de una manera amable y educada y le pidió que no le tomara a mal el no haberle dejado entrar en su casa inmediatamente; que

había estado buscando la llave de la puerta y, mientras tanto, él se había ido. Cuando volviera, podría quedarse en su casa.

—Sí —dijo Dios—, cuando vuelva, así lo haré.

Entonces preguntó el rico si no podía también él formular tres deseos como su vecino.

—Sí —dijo Dios.

Naturalmente que podía, pero no eran buenos para él y hubiera sido mejor que no pidiera nada.

El rico pensó buscar algo que pudiera hacerle feliz, ya que ahora sabía que le sería concedido.

Dios dijo:

—Vuelve a casa, y los tres deseos que tengas te serán concedidos.

Ahora que ya tenía el rico lo que había pedido, cabalgó de vuelta a casa y empezó a reflexionar en lo que podía desear.

Estando así pensando, dejó caer las riendas y el caballo comenzó a saltar de tal manera que cada vez se veía más interrumpido en sus pensamientos y no se podía concentrar. Le dio unas palmaditas en el cuello y le dijo:

—Tranquilo, Liese.

Pero el caballo seguía saltando. Entonces se enfadó y gritó impaciente:

—Me gustaría que te rompieras el cuello.

Apenas había dicho esta frase, «plump», se cayó a tierra y el caballo quedó muerto y sin moverse. Con esto se había cumplido el primer deseo.

Pero, como era de naturaleza avara, no quiso dejar tirada la silla de montar; la cortó y se la colgó en la espalda y tuvo que seguir a pie.

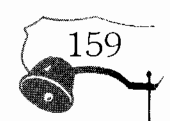
«Todavía te quedan dos deseos», pensó, consolándose.

Iba lentamente por la arena y quemaba el sol a mediodía; tenía mucho calor, estaba de mal humor, la silla le pesaba en la espalda y tampoco se le ocurría lo que podía desear.

«Aunque desee todos los reinos y riquezas de este mundo —se dijo—, luego se me ocurrirán toda clase de cosas nuevas, esto y aquello, ya lo sé, pero lo haré de tal forma que no me quede nada por desear.»

Suspiró y dijo:

—Sí, si yo fuera un campesino bávaro que pudiera también formular tres deseos, sabría lo que querría: en primer lugar mucha cerveza, en segundo lugar tanta cerveza como pudiera beber, y en tercer lugar todavía más cerveza.



A veces creía que ya lo tenía, pero luego le parecía demasiado poco. Entonces le vino a la mente lo bien que estaría su mujer en casa, en una habitación fresquita y disfrutando de la vida. Este pensamiento lo puso de mal humor y, sin darse cuenta, dijo:

—Me gustaría que estuviera en casa sentada en la silla de montar y que no se pudiera bajar, en vez de tener que cargar yo con ella.

Nada más pronunciar estas palabras desapareció de su espalda la silla de montar. El se dio cuenta de que el segundo deseo se había cumplido ya. En ese momento sintió verdaderamente mucho calor, comenzó a correr para sentarse en casa totalmente solo en su habitación y pensar en algo grande como último deseo. Pero cuando llegó y abrió la puerta de la habitación, su mujer estaba sentada en la silla sin poder bajarse, lamentándose y gritando. Entonces él dijo:

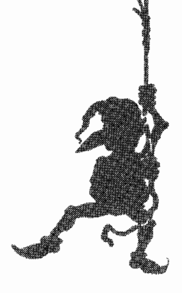
—Tranquilízate, yo desearé para ti todas las riquezas del mundo; sigue sentada.

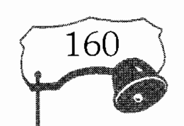
Ella lo insultó llamándole burro y dijo:

—¡De qué me sirven a mí todas las riquezas de la tierra estando aquí sentada! Tú, que has hecho que me vea en esta situación, bájame de aquí.

Quieras que no, tuvo que utilizar el tercer deseo para que ella se librara de la silla y pudiera bajarse de ella. El tercer deseo se cumplió. En conclusión, de ellos no obtuvo más que disgustos, cansancio, insultos y un caballo perdido.

Los pobres, sin embargo, vivieron felices, tranquilos y piadosos hasta el bienaventurado fin de sus días.





La alondra de león cantarina y saltarina

Erase una vez un hombre que tenía proyectado hacer un largo viaje; al despedirse preguntó a sus hijas qué querían que les trajera a su vuelta. La mayor quería perlas, la segunda quería diamantes, pero la tercera dijo:

—Querido padre, yo deseo una alondra de león cantarina y saltarina.

El padre dijo:

—Bueno; si puedo encontrarla, te la traeré.

Besó a las tres y emprendió su viaje. Cuando llegó el momento de regresar a casa tenía compradas las perlas y los diamantes para las dos mayores, pero no llevaba la alondra de león cantarina y saltarina para la pequeña. La había buscado por todas partes, pero todo fue en vano, y eso le hacía sentirse triste, pues era su hija preferida.

El camino lo condujo por un bosque, en medio del cual había un hermoso palacio; cerca del palacio había un árbol y, arriba del todo, en la cima del árbol, vio una alondra de león, que cantaba y saltaba.

—Pero qué a tiro me vienes —dijo él totalmente satisfecho.

Llamó a su sirviente para que se subiera al árbol y apresara al animalito, pero cuando éste se acercó al árbol, saltó un león, moviendo furiosamente su melena, y rugió de tal manera que tembló el follaje del árbol.

—Al que intente robarme mi alondra de león cantarina y saltarina —gritó— lo devoraré.

A esto respondió el hombre:

—No sabía que el pájaro era tuyo; quiero reparar mi falta y liberarme por una buena cantidad de oro; sólo te pido que me perdones la vida.

El león dijo:

—Podrás salvarte si me prometes darme en propiedad lo primero que te encuentres al llegar a tu casa; si lo haces, te perdono la vida y, además, te daré el pájaro para tu hija.

El hombre rehusó tal propuesta, diciendo:

—Puede ser mi hija menor, que es la que más me quiere y la que sale siempre a mi encuentro cuando llego a casa.

El sirviente, sin embargo, tenía miedo y dijo:

—¿Por qué va a ser precisamente vuestra hija la que salga a vuestro encuentro? También puede ser el gato o el perro.

El hombre se dejó convencer; cogió a la alondra de león cantarina y saltarina y le prometió al león la propiedad de lo primero que se encontrase al entrar en casa.

Cuando llegó a su casa y entró en ella, lo primero con que se encontró fue con su hija menor, que llegó corriendo, lo besó y abrazó y, al ver que le había traído la alondra, se puso fuera de sí de gozo. Pero el padre, en vez de alegrarse, empezó a llorar diciendo:

—Mi querida hija, he pagado caro el pajarito, pues a cambio de él he tenido que prometerte a un león salvaje que, cuando estés en su poder, te devorará.

Le contó todo lo que había pasado y le pidió que no fuera allí, pasara lo que pasara. Ella lo consoló, diciendo:

—Querido padre, tenéis que cumplir lo prometido; iré y apaciguaré al león, de tal manera que pueda volver sana a vuestro lado.

A la mañana siguiente pidió que le enseñara el camino, se despidió y se adentró tranquila en el bosque.

El león era un príncipe encantado: de día era león, y con él se convertía en leones toda su gente, pero por la noche recobraban su aspecto humano. A su llegada fue recibida cordialmente y llevada al palacio. Cuando se hizo de noche era un hombre atractivo y la boda se celebró con toda pompa. Vivieron juntos felices, velaban de noche y dormían de día. Una vez llegó él y dijo:

—Mañana hay una fiesta en la casa de tu padre porque se casa tu hermana mayor; si quieres ir, te llevarán mis leones.

Ella dijo que sí, pues tenía muchas ganas de volver a ver a su padre. Se dirigió a su casa y la acompañaron los leones.

Allí se produjo una gran alegría cuando llegó, pues todos creían que el león la había devorado y que había muerto. Pero ella contó que tenía un marido magnífico y lo bien que le iba; permaneció en casa de ellos mientras duró la boda y luego volvió al bosque.

Cuando iba a casarse la segunda hermana, fue invitada de nuevo a la boda; ella le dijo al león:

—Esta vez no quiero ir sola, tienes que acompañarme.

Pero el león le dijo que era muy arriesgado para él, pues si le daba un rayo de luz se convertiría en paloma y tendría que volar con las palomas durante siete años.

—Ven conmigo —dijo ella—; yo te protegeré y te defenderé de toda luz.

Así que partieron juntos y se llevaron también consigo a su hijo pequeño.

Ella mandó amurallar una sala con un muro espeso y fuerte para que él se quedara allí cuando se encendieran las luces de la boda; pero la puerta era de madera joven y se rajó, y se produjo una pequeña grieta que nadie notó. La boda se celebró con gran lujo. Cuando la comitiva que regresaba de la iglesia con todas las antorchas y luces pasó por delante de la sala, un débil rayo de luz iluminó al hijo del rey; apenas lo había rozado, se transformó en una paloma blanca y, cuando ella regresó y lo buscó allí, no había nadie más que la paloma.

La paloma le dijo:

—Ahora tengo que volar siete años alrededor del mundo, pero cada siete pasos dejaré caer una gota de sangre roja y una pluma blanca, que te enseñarán el camino y, si sigues la pista, podrás liberarme.

La paloma salió volando por la puerta y ella la siguió; cada siete pasos caía una gotita de sangre y una pluma blanca que iban mostrándole el camino. Así fue ininterrumpidamente por el mundo, sin ver nada ni descansar, y casi habían transcurrido ya los siete años. Ella se sentía feliz y pensaba que pronto estarían liberados, pero faltaba mucho para que esto sucediera. Una vez, mientras ella seguía su camino, dejaron de caer plumas y gotas de sangre, y cuando abrió los ojos la paloma había desaparecido.

Entonces pensó: «Los hombres no pueden hacer nada por ti.» Así que subió hasta donde está el sol y le dijo:

—Tú que penetras por todas las rendijas e iluminas todos los picos, ¿no has visto volar a ninguna paloma blanca?

—No —dijo el sol—, pero voy a regalarte una cajita; ábrela cuando te encuentres en un grave apuro.

Le dio las gracias al sol y siguió andando hasta que se hizo de noche y salió la luna; entonces le preguntó:

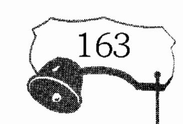
—Tú que brillas durante toda la noche y en todos los campos y bosques, ¿no has visto volar a ninguna paloma blanca?

—No —dijo la luna—, no he visto a ninguna, pero voy a regalarte un huevo; rómpelo cuando te encuentres en un grave apuro.

Ella le agradeció el regalo a la luna y prosiguió su camino hasta que llegó el viento de la noche y le sopló en la cara; entonces ella le dijo:

—Tú que soplas por encima de todos los árboles y haces volar a todas las hojas, ¿no has visto volar a ninguna paloma blanca?

—No —dijo el viento de la noche—, no he visto a ninguna, pero preguntaré a los otros vientos, quizá ellos la hayan visto.



Llegaron el viento del este y del oeste y tampoco habían visto nada; sin embargo, el viento del sur dijo:

—Yo he visto a la paloma blanca: ha volado al Mar Rojo; allí se ha convertido de nuevo en león, pues han pasado ya los siete años. El león está allí ahora luchando con un dragón, pero el dragón es una princesa encantada.

Entonces el viento del norte le dijo a ella:

—Te daré un consejo: ve al Mar Rojo; en la orilla derecha hay grandes varas, cuéntalas y corta la número once; golpea al dragón con ella, y así podrá dominarlo el león y, además, ambos recobrarán su figura humana. Verás al pájaro grifo *, que está en el Mar Rojo; móntate con tu amado a su espalda y el pájaro os traerá, atravesando el mar, a casa. Aquí tienes una nuez: cuando estés a la mitad del mar, déjala caer, se abrirá y crecerá un gran nogal en medio del agua para que pueda descansar el pájaro grifo; si no puede descansar, no tendrá fuerzas suficientes para transportaros; así que, si olvidas tirar la nuez, os arrojará al mar.

Ella se dirigió allí y encontró todo como se lo había dicho el viento de la noche. Contó las varas y cortó la número once; con ella pegó al dragón y el león lo dominó. Rápidamente recobraron su aspecto humano. Pero cuando la princesa que había sido antes dragón estuvo libre del encantamiento, cogió al joven por el brazo, lo sentó encima del pájaro y se lo llevó consigo. Allí se quedó la pobre que había venido de tan lejos, y de nuevo abandonada. Se sentó y lloró, pero al fin se animó y dijo:

—Iré tan lejos como sopla el viento y hasta los confines donde canta el gallo, hasta que lo encuentre.

Y siguió andando por caminos largos, largos, hasta que llegó al palacio donde vivían ambos. Entonces supo que pronto se celebraría una fiesta en la que tendría lugar su boda. Ella dijo: «Dios mío, ayúdame», y abrió la cajita que le había dado el sol; en ella había un traje tan brillante como el sol mismo. Lo sacó, se lo puso y se dirigió a palacio; toda la gente, incluida la novia, la miraron con admiración; el traje le gustó tanto a la novia que pensó que podría ser su vestido de boda, y preguntó si estaba en venta.

—No por dinero ni bienes —contestó ella—, pero sí por carne y sangre.

La novia preguntó qué significaba aquello, y ella respondió:

—Déjame pasar una noche en la habitación donde duerme el novio.

La novia no quiso, pero le gustaba tanto el traje que, finalmente, aceptó, aunque ordenó al ayuda de cámara que le diera al prín-

cipe un bebedizo. Cuando se hizo de noche y el joven dormía ya, la llevaron a la habitación. Ella se sentó en la cama y dijo:

—Te he seguido durante siete años, he estado con el sol, la luna y los cuatro vientos; he preguntado por ti y te he ayudado en tu lucha contra el dragón. ¿Vas a olvidarte completamente de mí?

Pero el hijo del rey dormía tan profundamente que sólo percibía como si el viento silbara entre los pinos de fuera.

Cuando se hizo de día, la llevaron de nuevo afuera y tuvo que entregar el traje de oro.

Como tampoco esto le había servido de ayuda, se puso triste y salió a una pradera, se sentó y lloró. Pero estando allí sentada, se acordó del huevo que le había dado la luna; lo abrió y salió una gallina clueca con doce pollitos de oro, que corrían y piaban y se escondían debajo de la madre. Era imposible imaginarse una cosa más bella en este mundo. Se levantó y los llevó delante de ella por la pradera hasta que la novia los vio desde la ventana. Le gustaron tanto los pollitos que bajó inmediatamente y preguntó si no estaban en venta.

—No por dinero ni bienes, pero sí por carne y sangre. Déjame pasar una noche más en la habitación donde duerme el novio.

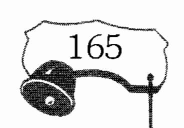
La novia aceptó y quiso engañarla como la noche anterior. Pero cuando el príncipe se iba a la cama, preguntó a su ayuda de cámara qué eran aquellos murmullos y susurros de la noche pasada. El ayuda de cámara le contó entonces todo: cómo había tenido que darle un bebedizo porque una pobre muchacha había dormido secretamente en su habitación y que aquella noche tenía que darle otro. El príncipe dijo:

—Derrama el bebedizo al lado de la cama.

Por la noche la llevaron de nuevo a la habitación y, cuando comenzó a contar lo mal que le había ido, él reconoció inmediatamente en la voz a su querida esposa, saltó de la cama y dijo:

—Ahora sí que estoy liberado. Todo ha sido como un sueño, puesto que la princesa extranjera me ha embrujado para que te olvidara, pero Dios me ha librado a tiempo de la seducción.

A continuación salieron secretamente de palacio por la noche, pues tenían miedo del padre de la princesa, que era un mago. Se sentaron sobre el pájaro grifo, que los transportó a través del Mar Rojo y, cuando estuvieron en el centro, ella dejó caer la nuez. Rápidamente creció un nogal, en el que se paró a descansar el pájaro, y luego los llevó a casa, donde encontraron a su hijo, que se había hecho fuerte y hermoso, y vivieron felices hasta el final de sus días.



La niña de los gansos

Hace tiempo vivía una anciana reina cuyo marido había muerto hacía ya muchos años. Tenía una hermosa hija que, al llegarle la edad de casarse, se prometió con el príncipe de un país lejano. Cuando llegó el momento de la boda y la muchacha tuvo que partir para el lejano país, la madre le dio muchos utensilios preciosos, joyas, oro y plata, vasos, alhajas..., en fin, todo lo que forma parte de un ajuar real, pues amaba a su hija de todo corazón. También le dio una camarera, para que la acompañara en el viaje y la entregase al novio. Cada una recibió para el viaje un caballo, pero el de la princesa se llamaba *Falada* y sabía hablar.

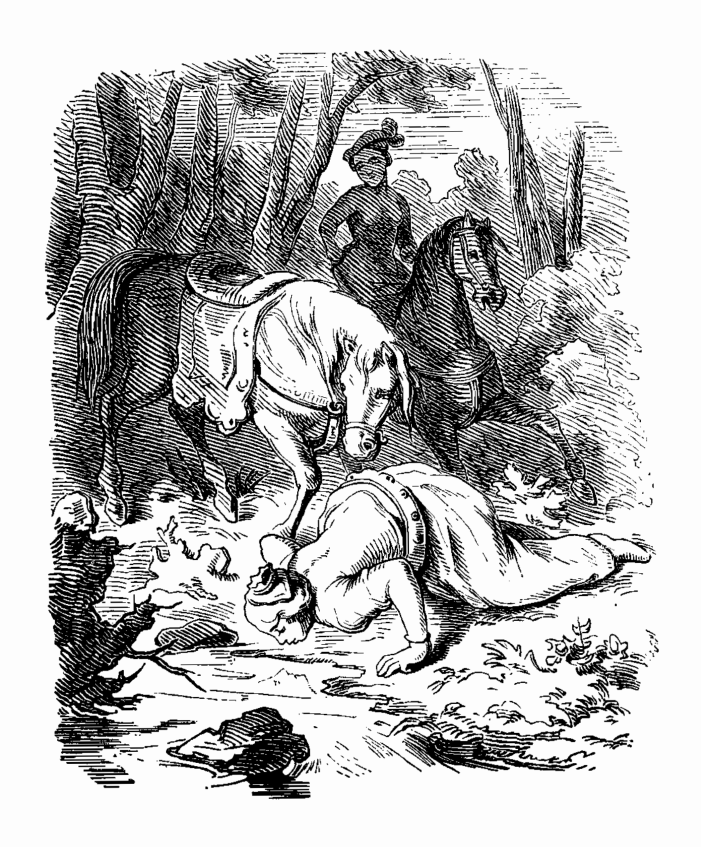
Cuando llegó la hora de la despedida, la anciana madre se dirigió a su dormitorio, cogió un pequeño cuchillo, se hizo un corte en los dedos hasta que sangraron y dejó caer tres gotas de sangre en un pañuelito blanco; luego, dándoselo a su hija, dijo:

—Querida niña, guárdalas bien, que quizá te hagan falta en el camino.

A continuación las dos se despidieron emocionadas. La princesa guardó el pañuelito en su seno. Montó a caballo, y partió para el país de su prometido. Cuando llevaban cabalgando una hora, sintió mucha sed y dijo a su camarera:

—Bájate y tráeme agua del arroyo en ese vaso que llevas para mí.

—Si tenéis sed —dijo la camarera—, bajad vos misma, poneos a la orilla y bebed. Yo no soy vuestra sirvienta.



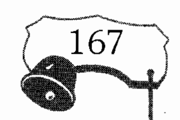
La princesa se bajó, porque tenía mucha sed, se inclinó sobre el arroyo y bebió, pero no pudo beber en el vaso de oro. Ella exclamó:

—¡Dios mío!

Y las tres gotas de sangre respondieron:

—Si tu madre lo supiera, el corazón de dolor se le partiera.

Pero la novia del rey era humilde, no dijo nada y montó de



nuevo en el caballo. Así cabalgaron unas cuantas millas, pero el día era caluroso, el sol picaba y volvió a sentir sed. Llegaron a un río, y dijo a su camarera:

—Bájate y dame de beber en mi vaso de oro.

Y es que había olvidado hacía rato todas sus palabras ofensivas.

La camarera dijo aún más orgullosa:

—Si tenéis sed, bebed vos misma; yo no soy vuestra sirvienta.

La princesa se bajó, porque tenía mucha sed, se inclinó sobre el agua corriente, llorando, y dijo:

—¡Ay, Dios mío!

Y las tres gotas de sangre respondieron:

—Si tu madre lo supiera, el corazón de dolor se le partiera.

Y según estaba bebiendo, se le cayó el pañuelito con las tres gotas de sangre, y se lo llevó la corriente, sin que ella, en su gran angustia, se diera cuenta. La camarera, sin embargo, lo había visto todo y se regocijó de tener poder sobre la novia, pues al perder las tres gotas de sangre, la princesa se había quedado indefensa y falta de toda protección.

Y así, cuando quiso subir a su caballo, que se llamaba *Falada*, dijo la camarera:

—En *Falada* voy a ir yo; móntate tú en mi jamelgo.

Luego la camarera le ordenó con palabras duras que se quitara las vestiduras reales y que se pusiera las suyas malas y finalmente le hizo prometer ante el cielo que no hablaría con nadie de esto en la corte real, y si no lo hubiera jurado, la habría matado allí mismo.

Pero *Falada* lo vio todo y tomó buena nota de ello.

La camarera se subió, pues, en *Falada* y la verdadera novia en el mal rocín y así siguieron hasta que finalmente llegaron al palacio real.

A su llegada se produjo una gran alegría. El príncipe salió a su encuentro y bajó a la camarera del caballo, creyendo que era su esposa. La condujeron por la escalinata arriba, mientras la princesa se quedaba abajo.

El viejo rey, sin embargo, miraba por la ventana, la vio en el patio y contempló lo fina, suave y hermosa que era; se dirigió rápidamente al aposento real y le preguntó a la novia quién era aquélla que traía consigo y que estaba allí en el patio.

—Es una joven que he recogido en el camino para que me hiciera compañía. Dadle algo para que trabaje y que no esté mano sobre mano.



Pero el viejo rey no tenía ningún trabajo para ella y no sabía qué hacer, así que dijo:

—Tengo un muchachito que cuida los gansos; que vaya a ayudarlo.

El muchachito se llamaba Conrado y la verdadera novia tendría que ayudarle a cuidar los gansos.

Poco después la falsa novia le dijo al joven rey:

—Querido esposo, os pido que me hagáis un favor.

El contestó:

—Lo haré con mucho gusto.

—Bien, llamad al matarife y que corte la cabeza al caballo que me trajo. No ha hecho más que indignarme por el camino.

En realidad lo que temía es que el caballo hablara y dijera cómo se había portado con la princesa.

Tal como estaban las cosas no había más salida que ésta y el fiel *Falada* tuvo que morir. Llegó esto a oídos de la verdadera

princesa y ésta le prometió secretamente al matarife una pieza de oro si le hacía un pequeño favor. En la ciudad había una puerta grande y lóbrega, por la que tenía que pasar mañana y tarde con los gansos. Le pidió que colgara la cabeza de *Falada* en la sombría puerta para poder verlo cada vez que pasara. El muchacho prometió hacerlo, le cortó la cabeza y la clavó en la lóbrega puerta. Por la mañana, cuando ella y Conrado salían por la puerta, dijo al pasar:



—¡Oh, cabeza de *Falada*,
que te veo ahí colgada!

Y la cabeza contestó:

—¡Oh, princesa encantadora,
que pasas por aquí ahora!
¡Si tu madre lo supiera,
el corazón de dolor se le partiera!

Ella salió de la ciudad, sin decir una palabra, llevando los gansos al pasto. Al llegar a la pradera, se sentó y se soltó los cabellos, que eran de oro puro. Conrado que los vio, se entusiasmó con su brillo y quiso arrancarle unos cuantos. Pero ella dijo entonces:

—Sopla, sopla, vientecito,
quita el gorro a Conradito,
para que corra detrás
sin parar,
hasta que me haya peinado
y tenga el pelo trenzado.

Y entonces sopló un viento tan fuerte que le arrebató a Conrado el sombrero, haciéndolo volar por todo el lugar, y él tuvo que correr tras él. Cuando regresó, ella ya había terminado de peinarse y adornarse y él no pudo conseguir cabello alguno.



Conrado se enfadó, y siguieron cuidando los gansos sin que él le dirigiera la palabra, hasta que se hizo de noche y regresaron a casa. A la mañana siguiente, cuando pasaban por la lóbrega puerta, dijo la muchacha:

—¡Oh, cabeza de *Falada*,
que te veo ahí colgada!

Y *Falada* contestó:

—¡Oh, princesa encantadora,
que pasas por aquí ahora!
¡Si tu madre lo supiera,
el corazón de dolor se le partiera!

Y, ya en el campo, se sentó en la pradera y empezó a peinarse el cabello. Conrado corrió y quiso agarrárselo, pero ella exclamó rápidamente:

—Sopla, sopla, vientecito,
quita el gorro a Conradito,
para que corra detrás
  sin parar,
hasta que me haya peinado,
y tenga el pelo trenzado.

Entonces sopló el viento y le quitó el sombrero de la cabeza con tal fuerza, que tuvo que correr tras él. Cuando regresó, ella ya se había peinado y trenzado el cabello hacía tiempo y no pudo cogerle ninguno. Y así estuvieron cuidando los gansos hasta que se hizo de noche. Por la noche, cuando regresaron a casa, Conrado fue a ver al rey y dijo:

—No quiero volver a cuidar los gansos con esa muchacha.

—¿Por qué? —preguntó el viejo rey.

—Porque no deja de hacerme rabiar en todo el día.

Entonces el rey le mandó que le contara qué le pasaba con ella.

Al oír esto dijo Conrado:

—Cada mañana, cuando pasamos por debajo de la lóbrega puerta con el rebaño, hay allí una cabeza de jamelgo colgada en la pared, y ella le dice:

«¡Oh, cabeza de *Falada,*
que te veo ahí colgada!»

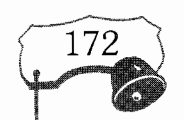
A lo que contesta la cabeza:

«¡Oh, princesa encantadora,
que pasas por aquí ahora!
¡Si tu madre lo supiera,
el corazón de dolor se le partiera!»

Y así siguió contando Conrado lo que pasaba en la pradera de los gansos y cómo todos los días tenía que correr detrás del sombrero, porque el viento se lo llevaba.

El viejo rey le mandó llevar a pastar los gansos al día siguiente y él mismo, por la mañana, se puso detrás de la lóbrega puerta y oyó cómo ella hablaba con la cabeza de *Falada,* y luego la siguió hasta el campo y se escondió en un matorral en la pradera. Con sus propios ojos vio cómo la doncella y el pastor de los gansos llevaban el rebaño y cómo poco después ella se deshacía las trenzas de su cabello que relucían con gran brillo.

Inmediatamente volvió a decir:



—Sopla, sopla, vientecito,
quita el gorro a Conradito,
para que corra detrás
sin parar,
hasta que me haya peinado,
y tenga el pelo trenzado.

En aquel momento llegó una ráfaga de viento que se llevó el sombrero de Conrado, de tal manera que tuvo que correr hasta muy lejos, y la muchacha se peinó y trenzó sus rizos tranquilamente, mientras el rey lo contemplaba todo. Luego regresó sin ser visto. Cuando por la tarde volvió la niña de los gansos a casa, la llamó aparte, y le preguntó por qué hacía todo aquello.

—No puedo decíroslo ni puedo quejarme a nadie, porque lo prometí ante el cielo y, si no, hubiera perdido la vida.

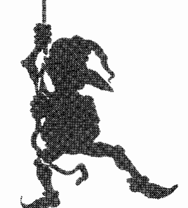
Aunque el rey la asaeteó a preguntas y no la dejó en paz, no pudo sacarle nada. Entonces dijo:

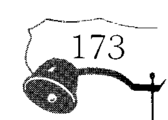
—Si no quieres decirme nada a mí, cuéntale tus penas a la estufa.

Y se marchó.

Entonces ella se metió en la estufa de hierro y empezó a lamentarse y a llorar, y descargando su corazón dijo:









—Aquí estoy abandonada de todo el mundo, siendo, sin embargo, la hija de un rey, porque una camarera hipócrita me quitó mis vestidos por la fuerza y usurpó mi puesto ante el novio, mientras yo tengo que estar cuidando gansos. Si mi madre lo supiera, el corazón de dolor se le partiera.

El viejo rey, sin embargo, estaba fuera escuchándola al lado del tubo de la estufa, y oyó todo lo que ella decía. Luego entró de nuevo y la hizo salir de la estufa. A continuación la vistieron con sus vestiduras reales y parecía un milagro de lo hermosa que era.

El viejo rey llamó a su hijo y le descubrió que su novia era una impostora; no era más que una camarera, y la verdadera estaba cuidando gansos. El joven rey se alegró de corazón al contemplar su belleza y virtud. Organizaron un gran banquete, al que fueron invitados toda la gente y buenos amigos. Arriba estaba sentado el novio, la princesa a un lado y la camarera al otro, pero la camarera estaba deslumbrada por la luz y no la reconoció con tan ricos ropajes. Después de haber comido y bebido, se pusieron de buen humor, y el viejo rey le propuso a la camarera una adivinanza: qué castigo tendría una persona que hubiera engañado al rey de una u otra forma, y, contándole todo lo sucedido, le preguntó:

—¿Qué es lo que se merece?

Entonces la impostora dijo:

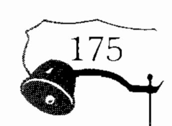


—Tal persona merece que la metan en un tonel completamente desnuda y que dos caballos, uncidos a él, la arrastren por las calles hasta que muera.

—Tú eres esa persona —dijo el viejo rey—, y has pronunciado tu propia sentencia. Se hará como has dicho.

Cuando la sentencia se cumplió, el hijo del rey se casó con su verdadera prometida y ambos gobernaron su reino en paz y felicidad.





El joven gigante

Un campesino tuvo un hijo del tamaño de un dedo pulgar, y así se quedó y en varios años no creció ni una pulgada más. Una vez el campesino quiso ir al campo para arar, y entonces dijo el pequeño:

—Padre, yo quiero ir contigo.

—¿Quieres ir conmigo? —dijo el padre—. Anda, quédate aquí, que no me vas a servir de nada y además te puedes perder.

Entonces Pulgarcito comenzó a llorar y, para tener paz, el padre se lo metió en el bolsillo y se lo llevó consigo. Ya en el campo, volvió a sacarlo y lo puso en un surco recién arado. Estando allí sentado, llegó por el monte un enorme gigante.

—¿Ves allí aquel duende grande, grande? —dijo el padre.

Quería asustar al niño para que fuera bueno.

—Pues va a venir y te va a llevar consigo.

El gigante dio unos pasos con sus largas piernas y se presentó en el surco. Levantó al pequeño Pulgarcito con dos dedos de forma cuidadosa, lo contempló y se fue con él sin decir una sola palabra. El padre, de puro miedo, no pudo pronunciar ni una palabra y dio a su hijo por perdido, pensando que no lo volvería a ver en todos los días de su vida.

El gigante se lo llevó a casa, le hizo que mamara de su pecho y Pulgarcito creció y se hizo fuerte y grande como los gigantes. Dos años después, el viejo fue con él al bosque para probarlo y le dijo:

—Arranca una vara.

El muchacho tenía ya tal fuerza, que arrancó un árbol joven con todas sus raíces.

El gigante, sin embargo, pensó: «Esto tiene que mejorar.»

Se lo volvió a llevar consigo y le dio de mamar durante dos años más. Cuando volvió a probarlo, habían aumentado sus fuerzas de tal manera, que pudo arrancar un árbol viejo. Pero al gigante no le parecía todavía suficiente; lo alimentó durante dos años más y, cuando volvió al bosque con él, le dijo:

—Ahora arranca una vara decente.

El joven arrancó la encina más gorda de la tierra, de tal manera que ésta crujió y para él fue solamente un juego.

—Bien, ahora está bien —dijo el gigante—, ya has aprendido.

Y lo llevó de nuevo al campo donde lo había cogido. Su padre estaba detrás del arado y el joven gigante se dirigió a él diciendo:

—Aquí estoy, padre; ya ve cómo su hijo se ha hecho hombre.

El campesino se asustó, y dijo:

—No, tú no eres mi hijo; no te quiero, vete de mi lado.

—Claro que soy su hijo; déjeme trabajar, que puedo arar tan bien como usted, o mucho mejor.

—No, no, tú no eres mi hijo, y no sabes arar, así que vete de mi lado.

Pero, como sentía miedo de un hombre tan grande, dejó el arado, retrocedió y se sentó en el suelo al lado.

El joven empuñó la esteva * con una sola mano y apretó con tanta fuerza, que la reja se clavó profundamente. El campesino no pudo aguantarlo y le gritó:

—Si quieres arar, no lo hagas con tanta fuerza, que así no te sale bien.

El joven desenganchó los caballos, se unció él mismo al arado y dijo:

—Váyase a casa, padre, y diga a madre que prepare una buena fuente de comida; mientras tanto, yo trabajaré el campo.

El padre se fue a casa y le encargó la comida a su mujer. El joven aró él solo dos yugadas * de tierra, y luego se unció él mismo al rastrillo y rastrilló con dos rastrillos a la vez. Cuando terminó, fue al bosque, arrancó dos encinas, se las echó a la espalda, se colocó un rastrillo delante y otro detrás, un caballo delante y otro detrás, y lo llevó todo como si fuera un haz de paja a casa de sus padres.

Cuando llegó al patio, su madre no le reconoció y preguntó:

—¿Quién es este hombre tan tremendo y tan grande?

El campesino dijo:

—Es nuestro hijo.

—No, éste ya no es nuestro hijo; nunca hemos tenido uno tan grande. El nuestro era una cosita muy pequeña.

El joven permaneció callado, llevó los caballos al establo y les echó paja y cebada, como es debido. Cuando terminó, fue a la habitación, se sentó en el banco y dijo:

—Madre, ahora quisiera comer. ¿Hay algo hecho?

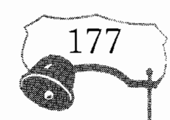
Ella contestó:

—Sí.

Y trajo dos fuentes grandes, muy grandes, con las que hubieran podido saciarse ella y su marido durante ocho días. El joven, sin embargo, se las comió él solo y preguntó si no había más.

—No —dijo ella—, eso es todo lo que tenemos.

—Pero eso era sólo un aperitivo; tengo que comer algo más.



Ella no se atrevió a llevarle la contraria, así que puso un enorme caldero lleno de cerdo y, cuando estuvo listo, lo llevó a la habitación.

—Finalmente llega algo decente —dijo él.

Y se lo comió todo, pero aún no era suficiente para calmar su hambre.

Entonces dijo él:

—Padre, ya veo que en su casa no logro saciar mi hambre; hágame un bastón de hierro que sea muy fuerte y que yo no pueda romper con mis piernas y así me iré por el mundo.

El campesino se alegró, unció dos caballos al carro y recogió en casa del herrero un bastón tan grande y tan gordo como podían transportar dos caballos. El joven lo cogió en la rodilla y, ¡crac!, lo partió en dos como si fuera una vara y lo tiró. El padre unció cuatro caballos al carro y trajo un bastón tan grande y tan fuerte como podían transportar los cuatro caballos. El hijo lo dobló también con las rodillas y dijo:

—Padre, esto no vale para nada. Unza más caballos y tráigame un bastón más fuerte.

El padre unció ocho caballos y trajo un bastón tan fuerte y tan gordo como podían transportar los ocho caballos. Al cogerlo el hijo con la mano se partió inmediatamente un trozo de arriba. Entonces, dijo:

—Padre, ya veo que no puede traerme un bastón como yo necesito, así que no quiero permanecer más tiempo en su casa.

A continuación se puso en camino y se hizo pasar por aprendiz de herrero. Llegó a un pueblo en el que vivía un herrero muy avaricioso, que no admitía que nadie tuviera nada y todo lo quería para él. Fue a verlo a la herrería y le preguntó si no le hacía falta un aprendiz.

—Sí —dijo el herrero.

Lo observó con atención y pensó: «Es un mozo trabajador; seguro que sabrá golpear bien y así se ganará su sustento.» Preguntó:

—¿Qué sueldo quieres?

—No quiero nada —contestó—, pero cada quince días, cuando los otros reciban su paga, quiero hacerte dos travesuras que tendrás que soportar pacientemente.

El avaricioso se alegró en lo más profundo de su corazón, pensando que así se ahorraría mucho dinero.

A la mañana siguiente el aprendiz extranjero tuvo que golpear el yunque el primero, pero cuando el maestro trajo el hierro

candente y aquél dio el primer golpe, el hierro voló y el yunque se hundió en la tierra de forma tan profunda que no lo pudieron sacar de allí.

El avaricioso se puso de muy mal humor y dijo:

—No me sirves, golpeas demasiado fuerte. ¿Qué quieres que te dé por este golpe?

Entonces él dijo:

—Te gastaré una broma y nada más.

Y, levantando el pie, le dio tal patada que voló por encima de cuatro carretadas de heno. A continuación se buscó la barra de hierro más gorda que había en la herrería, la cogió para bastón, y siguió su camino.

Cuando había andado un rato, llegó a una granja y le preguntó al capataz si no necesitaban un ayudante.

—Sí —dijo el capataz—, me hace falta uno. Pareces un muchacho trabajador: ¿Qué sabes hacer y cuánto quieres ganar?

El volvió a contestar que no quería paga, pero que todos los años le haría cuatro travesuras que debería aguantar con paciencia.

El capataz se puso contento, pues también era un avaricioso.

A la mañana siguiente, los criados tenían que ir al bosque, y éstos estaban ya levantados, mientras él seguía en la cama. Uno lo llamó:

—Levántate, que ya es hora. Vamos al bosque y tienes que venir con nosotros.

—¡Oh! —dijo él de forma grosera y obstinada—. Id andando, que voy a llegar mucho antes que vosotros.

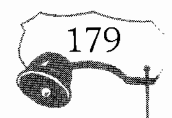
Los otros fueron a ver al capataz y le contaron que el criado estaba todavía en la cama y no quería ir al bosque a talar.

El capataz les dijo que lo despertaran otra vez y que unciera los caballos.

Pero el criado dijo como la vez anterior:

—Id andando, que voy a llegar mucho antes que vosotros.

Estuvo dos horas más en la cama, hasta que al fin se levantó, recogió dos fanegas * de guisantes, se preparó un puré y se lo comió tranquilamente. Hecho esto, unció los caballos y se dirigió al bosque. No lejos del bosque había un desfiladero, por el que tenía que pasar; echó por delante a los caballos, luego los hizo detenerse, cogió árboles y viñas y preparó un enorme montón con ellos, de manera que no pudiera pasar ningún caballo. Cuando llegó al bosque, salían de allí los otros con sus caballos cargados y regresaban a casa. Entonces les dijo:



—Id andando, que voy a llegar a casa mucho antes que vosotros.

No se adentró demasiado en el bosque; en un santiamén arrancó dos de los árboles más grandes, los echó en el carro y se dio la vuelta. Cuando llegó ante el montón, estaban los otros todavía allí y no podían pasar:

—¿Lo veis? —dijo—. Si os hubierais quedado conmigo, habríais podido regresar igual de deprisa a casa y encima habríais podido dormir una hora más.

Quiso pasar, pero sus caballos no podían a través del montón. Los desenganchó, los colocó encima del carro, cogió él mismo el pértigo * en la mano y, ¡aúpa!, tiró de todo haciéndolos pasar tan fácilmente como si sólo fueran plumas. Cuando estuvo al otro lado les dijo a los otros:

—¿Lo veis? He pasado antes que vosotros.

Siguió su camino y los otros tuvieron que quedarse allí. En el patio cogió un árbol con la mano, se lo enseñó al capataz y dijo:

—¿No está mal, eh?

Entonces el capataz le dijo a su mujer:

—El mozo es bueno; aunque duerme más que los demás, también está de vuelta antes que ellos.

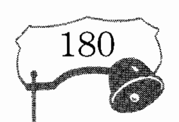
Así sirvió al capataz durante un año. Pasado el año, los otros trabajadores recibieron su sueldo, y él dijo que había llegado el momento de cobrar su paga. El capataz, sin embargo, tuvo miedo de las bromas que le gastaría y le pidió encarecidamente que las dejara pasar por alto, y que prefería convertirse en criado y dejar que él fuera el capataz.

—No —dijo—, yo no quiero ser capataz, yo soy el criado y quiero seguir siéndolo, pero quiero cobrar lo que está apalabrado.

El encargado le ofreció lo que quisiera, pero no le sirvió de nada; el criado respondió a todo que no.

El capataz no encontró salida alguna y le pidió quince días de plazo, con idea de hallar alguna solución. El criado le dijo que le concedía el plazo solicitado. El capataz llamó a todos sus escribientes, para que reflexionaran y lo aconsejaran. Los escribientes reflexionaron durante largo tiempo.

Finalmente llegaron a la conclusión de que nadie estaba seguro con aquel criado, que mataba a un hombre como si fuera un mosquito. Lo que debería hacer era mandarle bajar a un pozo y limpiarlo y, cuando estuviera allí abajo, ellos harían rodar una de las piedras del molino que allí había, y se la tirarían a la cabeza; así no volvería a ver la luz del día. Al capataz le gustó el consejo y



el criado se dispuso a bajar al pozo. Cuando estaba ya en el fondo, hicieron caer la piedra de molino más grande y pensaron que lo había aplastado, pero él gritó:

—¡Quitad las gallinas del pozo, que están escarbando ahí arriba, me están echando tierra en los ojos y no me dejan ver!

El capataz gritó entonces:

—¡Fuera, fuera!

E hizo como si espantara a las gallinas.

Cuando el criado acabó su trabajo, subió y dijo:

—Mirad que collar tan bonito tengo.

Y era la piedra del molino, que la llevaba alrededor del cuello.

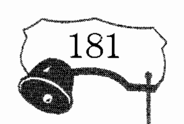
El criado quiso cobrar entonces su paga, pero el capataz le pidió otros quince días para pensarlo. Vinieron los escribientes y le aconsejaron que enviara al criado al molino encantado para que moliera grano por la noche; de allí no había salido nadie con vida.

La propuesta le gustó al capataz. Llamó al criado aquella misma tarde y le dijo que llevara ocho medidas de grano ai molino y las moliera durante la noche porque les hacía falta. El criado fue al granero y se metió dos medidas en el bolsillo derecho, otras dos en el izquierdo y las otras cuatro se las puso en un saco atravesado, mitad sobre la espalda, mitad sobre el pecho, y así cargado fue al molino encantado.

El molinero le dijo que, durante el día se podía moler bien allí, pero no de noche, porque el molino estaba encantado, y a todo el que había entrado allí se lo había encontrado muerto a la mañana siguiente. Pero él contestó:

—Ya me las apañaré yo para salir de ésta; márchese y váyase a dormir.

A continuación se fue al molino y puso a moler el grano. Alrededor de las once se fue a la estancia del molinero y se sentó en el banco. Cuando llevaba allí sentado un rato, se abrió de pronto la puerta y apareció una gran mesa y encima de ella había asado, vino y mucha comida, que apareció así por las buenas, pues no había nadie que la trajera. Poco después se colocaron sillas alrededor, pero no apareció nadie, hasta que de pronto vio dedos que utilizaban los cuchillos y los tenedores y se echaban la comida en los platos, sin que se viera a quién pertenecían. Como tenía hambre y vio las viandas, se sentó, comió y disfrutó de la comida. Cuando se hubo saciado y los otros habían vaciado también sus fuentes, oyó perfectamente cómo las luces se apagaban de un soplo y, estando todo oscuro como la boca de un lobo, le dieron una bofetada en la cara.



Entonces dijo:

—Como vuelva a pasar, empezaré también yo.

Al recibir por segunda vez una bofetada, atizó él también. Y así pasó toda la noche, pero no se dejaba pegar en vano, sino que devolvía los golpes en abundancia y golpeaba a su alrededor sin miramientos.

Al amanecer se acabó todo. Cuando el molinero se levantó, quiso ver lo que le había pasado y se asombró de que todavía estuviera vivo.

Entonces dijo:

—He comido en abundancia y he recibido bofetadas, pero también las he repartido.

El molinero se alegró y dijo que había quedado desencantado el molino y que le recompensaría dándole el dinero que quisiera.

Pero él dijo:

—No quiero dinero, ya tengo bastante.

Cogió su harina a la espalda, se fue a casa y le dijo al capataz que ya había realizado el encargo y que quería su paga estipulada. Cuando el capataz lo oyó, le entró verdaderamente miedo. No podía dominarse, iba de un lado a otro de la habitación, y las gotas de sudor le corrían por la frente. Abrió la ventana para respirar aire fresco, pero, antes de que se diera cuenta, el criado le dio tal patada que salió volando por el aire, hasta que nadie pudo verlo más.

Entonces el criado dijo a la mujer del capataz:

—Si no viene, tendrá que aguantar usted la otra broma.

Ella gritó:

—¡No, no! ¡No lo puedo soportar!

Y abrió la ventana, porque las gotas de sudor le caían por la frente. Entonces él le propinó una patada de tal categoría que salió volando y, como era mucho más ligera, voló mucho más alto que su marido.

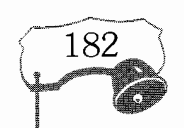
El marido dijo:

—Ven a mi lado.

Pero ella gritó:

—Ven tú a mi lado, que yo no puedo ir al tuyo.

Y siguieron flotando en el aire sin que ninguno pudiera ir al lado del otro. No sé si todavía siguen flotando. El joven gigante, sin embargo, cogió su barra de hierro y prosiguió su camino.



El duendecillo de la tierra

Había una vez un rey muy rico, que tenía tres hijas, las cuales se paseaban todos los días por los jardines del castillo. El rey era muy aficionado a toda clase de árboles, y tenía uno al que quería sobre todos los demás, y de tal forma que, si alguien cogía una manzana de él, lo mandaba cien brazas bajo tierra.

Como era el tiempo de la cosecha, las manzanas del árbol se pusieron rojas como la sangre.

Las tres hijas se colocaban todos los días bajo el árbol a ver si el viento había tirado alguna, pero nunca encontraron ninguna, y el árbol estaba tan repleto de manzanas, que las ramas le llegaban hasta el suelo.

Entonces a la más pequeña de las princesas se le antojó una, y les dijo a sus hermanas:

—Nuestro padre nos quiere demasiado para enviarnos bajo tierra; creo que lo ha dicho pensando sólo en los extraños.

Y fue y cogió una manzana gordísima y, acercándose a sus hermanas, dijo:

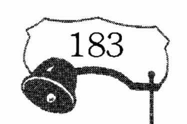
—Probad, hermanas queridas. En mi vida he comido una manzana tan rica.

Las otras dos hermanas también mordieron la manzana, y las tres se hundieron bajo tierra, sin que nadie las echara de menos.

A mediodía el rey quiso llamarlas a la mesa, pero no las encontró por parte alguna; las buscó por todo el castillo y por todo el jardín, pero no pudo hallarlas. Entonces se sintió triste y anunció en todo el reino que el que le trajera a sus hijas se casaría con una de ellas.

Un gran número de jóvenes salió al campo y las buscó sin descanso, ya que todos las querían mucho porque eran muy amables y muy bellas. También lo hicieron tres jóvenes cazadores y, tras ocho días de viaje, llegaron a un gran palacio que tenía bellos salones; en uno de ellos había una mesa puesta con la comida aún caliente, y no se oía ni veía a nadie en todo el castillo.

Esperaron todavía medio día más, y la comida seguía caliente y humeando; pero tenían tanta hambre que al final se sentaron y comieron, y acordaron que se quedarían en el castillo y que echarían a suertes para ver quién permanecería en el castillo mientras los otros dos fueran a buscar a las hijas; lo hicieron así y la suerte le tocó al mayor. Al día siguiente los dos más jóvenes se fueron a buscarlas y el mayor se quedó en casa. Hacia mediodía apareció



un hombrecillo pequeñito y le pidió un trozo de pan; fue a darle una buena rebanada, pero en el momento de alargársela el hombrecillo la dejó caer y le dijo que, si era tan amable, volviera a darle la rebanada. El quiso dársela, y se inclinó para recogerla, pero en ese momento el hombrecillo cogió un palo, le agarró del pelo y le dio unos buenos azotes. Al día siguiente, al quedarse el segundo en casa, tampoco le fue mejor. Cuando llegaron los otros dos a casa, le preguntó el mayor:

—Bueno, ¿qué tal te ha ido?

—Oh, me ha ido muy mal.

Y ambos se quejaron de su suerte, pero al pequeño no le dijeron nada de ello; no le querían y siempre le llamaban «Juan el bobo», porque no estaba en sus cabales.

Al tercer día se quedó el más pequeño en casa y el hombrecillo volvió y le pidió un trozo de pan, pero en cuanto se lo dio, también lo dejó caer y le pidió que fuera tan amable de recogerle la rebanada.

—¡Cómo! ¿No puedes recoger la rebanada tú mismo? Si no te molestas en conseguir tu pan de cada día, tampoco mereces comerlo.

Entonces el hombrecillo se enfadó y le dijo que se lo recogiera, pero él, sin pérdida de tiempo, agarró al hombrecillo y le dio una buena paliza. El hombrecillo se puso a chillar y a gritar:

—¡Para, para! ¡Déjame! ¡Suéltame! Te diré dónde están las princesas.

Cuando oyó esto, dejó de pegarle. El hombrecillo le contó que era un duende de los miles que había en la tierra y que si iba con él le enseñaría dónde estaban las princesas. Luego le indicó un pozo muy hondo que no tenía agua. El duende le dijo que sabía bien que sus compañeros no eran amigos suyos y que, si quería salvar a las princesas, tendría que hacerlo solo. Los otros dos también querían encontrar a las princesas, pero no estaban dispuestos a pasar penalidades ni peligros para conseguirlo; por tanto, él debería coger un cesto y sentarse dentro con un cuchillo de monte y una esquila y bajar al fondo. Allí abajo había tres habitaciones y en cada una de ellas estaba una de las princesas, que se veían obligadas a espulgar las muchas cabezas de los dragones que allí había, y sería él quien tendría que cortar las cabezas de los dragones. Dicho esto el duendecillo desapareció.

Cuando se hizo de noche, llegaron los otros dos y le preguntaron qué tal le había ido. El les dijo:

—¡Oh, bastante bien!

Añadió que no había visto a nadie hasta mediodía, en que llegó un hombrecillo que le pidió un trozo de pan, y que él se lo dio, y que el hombrecillo se lo dejó caer, y le pidió que lo recogiese, pero que no había querido recogerlo, y el hombrecillo se enfadó y, como él no entendió por qué, le dio una paliza, y que entonces el hombrecillo le dijo dónde estaban las princesas.

Los otros dos se enfurecieron tanto que se pusieron amarillos y verdes. Al día siguiente, por la mañana, se fueron todos al pozo y echaron a suertes a ver cuál de ellos se metía en el cesto y llevaba la esquila. Le tocó otra vez al mayor, se metió en el cesto y cogió la esquila. Dijo:

—Si toco la esquila, me subís en seguida.

Cuando estaba a una pequeña distancia, sonó algo y le subieron en seguida.

Luego se metió el segundo en el cesto y con él pasó lo mismo. A continuación le tocó el turno al más joven, que llegó hasta el fondo. Cuando salió del cesto, tomó su cuchillo, se puso delante de la primera puerta, escuchó y oyó roncar al dragón.

Entonces abrió la puerta muy despacio, y vio a la princesa sentada, con las nueve cabezas en su regazo, espulgándolo. Cogió su cuchillo, arremetió contra el dragón y le cortó las nueve cabezas. La princesa se levantó de un salto, le echó los brazos al cuello y le besó muchas veces; cogió su colgante, que era de oro puro, y se lo colgó al cuello.

Luego fue donde estaba la segunda princesa, espulgando a un dragón de siete cabezas, y la liberó también. Hizo otro tanto con la tercera, que tenía un dragón de cuatro cabezas. Todas ellas se pusieron tan contentas que no dejaron de abrazarle y de besarle. A continuación se puso a tocar la esquila tan fuerte que se oía arriba. Luego colocó a las princesas una tras otra en el cesto, las hizo subir y, cuando le tocó la vez a él, se acordó de que le había dicho el duende que sus compañeros no tenían buenas intenciones para con él. Así que puso en el cesto una piedra grande que había allí y, cuando la cesta estaba a medio camino, los falsos hermanos soltaron la soga, y el cesto cayó con la piedra hasta el fondo; ellos creyeron que era él, se marcharon con las princesas y les hicieron prometer que le dirían a su padre que habían sido ellos quienes las habían rescatado. Fueron ante el rey y las pidieron por esposas.

Mientras tanto, el cazador más joven daba vueltas por las tres salas del pozo, triste y pensativo, porque suponía que iba a morir; entonces vio una flauta colgada en la pared y dijo:

—No sé qué haces aquí colgada, donde nadie puede sentirse alegre.

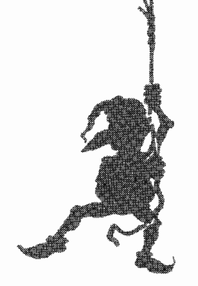
Miró las cabezas de los dragones y dijo:

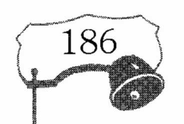
—Tampoco vosotras me podéis ayudar.

Y así fue paseando de un lado a otro hasta que fue alisando el suelo con sus pasos. Luego se paró, y se le ocurrió otra cosa, cogió la flauta de la pared y tocó una melodía; de repente, vinieron muchísimos duendes, a cada nuevo sonido aparecía uno más y no dejó de tocar hasta que toda la sala estuvo llena de ellos. Le preguntaron qué quería y él les dijo que quería volver a la luz del día. Entonces lo agarraron cada uno por un pelo y lo trajeron volando hasta llegar a la tierra.

Cuando estaba arriba, se fue en seguida al palacio del rey, donde iba a celebrarse la boda de una de las princesas, y subió a la sala donde estaba el rey con sus tres hijas. En cuanto éstas lo vieron, se desmayaron. Entonces el rey se enfadó y mandó que lo metieran en la cárcel, porque creía que había hecho daño a sus hijas. Pero, cuando las princesas recobraron el conocimiento, le rogaron que le soltase. El rey les preguntó por qué y ellas le dijeron que no podían decírselo, pero el padre les dijo que se lo contasen a la estufa. Así que él se acercó a la puerta y lo escuchó todo. Entonces mandó que ahorcasen a los otros dos y a él le dio su hija más pequeña por esposa.

Yo me puse unos zapatos de cristal, tropecé con una piedra y entonces sonó «¡clac!» y se rompieron.





El rey de la montaña de oro

Un comerciante tenía dos hijos, un niño y una niña, que eran todavía muy pequeños y no sabían andar. Un día se hicieron a la mar dos barcos suyos, bien cargados, con toda su fortuna dentro. Pensaba ganar mucho dinero con ellos, pero poco después le llegó la noticia de que se habían hundido.

Así pues, de ser un hombre rico pasó a ser pobre, y no le quedaba ya más que un campo a las afueras de la ciudad. Para no pensar tanto en su desgracia, salió al campo y, mientras paseaba de un lado a otro, vio de pronto un hombrecillo negro junto a él. El hombrecillo le preguntó por qué estaba tan triste y qué era lo que le apesadumbraba tanto. Entonces el comerciante dijo:

—Te lo diría si pudieras ayudarme.

—Quién sabe —contestó el hombrecillo—. A lo mejor sí.

El comerciante le contó que toda su riqueza se había hundido en el mar y que no le quedaba más posesión que aquel campo.

—No te preocupes —dijo el hombrecillo—. Si me prometes que, cuando regreses a tu casa, lo primero que tropiece contra tu pierna me lo traerás dentro de doce años a este mismo lugar, tendrás tanto dinero como quieras.

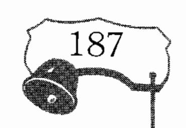
El comerciante pensó: «No puede ser más que mi perro.»

Pero no pensó para nada en su hijo pequeño y aceptó, le dio al hombre negro un papel firmado y sellado y regresó a casa.

Cuando llegó, su niño pequeño se alegró tanto que, sujetándose en los bancos, avanzó tambaleándose y se le agarró a las piernas. Entonces el hombre se asustó, pues sabía perfectamente lo que había firmado; pero como no encontró dinero ni en sus cajones ni en sus cajas, pensó que había sido una broma del hombrecillo. Un mes más tarde fue al sótano para reunir estaño viejo y venderlo, y entonces vio un gran montón de dinero. Recobró su buen humor, compró, volvió a ser un comerciante más rico que antes y se despreocupó de Dios.

Sin embargo, cuanto más se acercaban los doce años, más se preocupaba el comerciante: se le podía leer el miedo en la cara. El hijo le preguntó qué le pasaba; el padre no quería decírselo, pero el otro no cejó hasta que le dijo que le había prometido, sin saber lo que hacía, a un hombre negro y que a cambio había recibido mucho dinero. El le había dado una escritura con su firma, y ahora tendría que entregarlo cuando pasaran doce años.

El hijo habló de esta manera:



—Padre, no tengáis miedo, que todo saldrá bien. El Negro no tiene ningún poder sobre mí.

El hijo fue a que lo bendijera un sacerdote y, cuando llegó la hora, se dirigieron juntos al campo. El hijo hizo un círculo y se colocó con su padre dentro. Entonces llegó el hombrecillo negro y le dijo al viejo:

—¿Me has traído lo que me habías prometido?

El permaneció callado, pero el hijo preguntó:

—¿Qué haces tú aquí?

A esto contestó el hombrecillo negro:

—Tengo que hablar con tu padre y no contigo.

El hijo le contestó:

—Tú has engañado y tentado a mi padre; dame esa escritura.

—No —dijo el hombrecillo—, no cedo mis derechos.

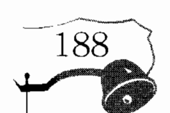
Estuvieron hablando durante mucho tiempo entre ellos y, finalmente, llegaron a un acuerdo: el hijo, como no pertenecía ni al enemigo eterno ni al padre, subiría a un barquito, que estaba en unas aguas que fluían por allí; el padre lo empujaría con su propio pie y el hijo quedaría a merced de la corriente. Se despidió de su padre, subió al barquito y el padre lo puso en marcha con su propio pie. El barquito volcó entonces, de tal manera que la parte de abajo se colocó arriba y la cubierta en el agua; el padre creyó que su hijo estaba perdido, volvió a casa y lloró por él.

Pero el barquito no se hundió, sino que siguió navegando tranquilamente con el joven dentro. Navegó durante mucho tiempo hasta que se quedó detenido en una ribera desconocida. Bajó a tierra, vio un hermoso palacio y se dirigió hacia él. Pero, cuando entró allí, vio que todo estaba encantado: recorrió todas las habitaciones y todas estaban vacías, hasta que llegó a la última de las cámaras, donde había una serpiente enroscándose. La serpiente era un doncella encantada, que se alegró al verlo y le dijo:

—¿Vienes, salvador mío? He esperado por ti doce años; el reino está encantado y tienes que liberarlo.

—¿Cómo puedo hacerlo? —preguntó.

—Hoy por la noche vendrán doce negros cubiertos de cadenas y te preguntarán qué haces aquí; tú sigue callado, no les des ninguna contestación y deja que te hagan lo que quieran; te martirizarán, te pegarán y te pincharán; tú déjales hacer lo que les venga en gana contigo, pero no hables; a las doce se irán. La segunda noche vendrán otra vez otros doce y la tercera veinticuatro, que te cortarán la cabeza, pero a las doce perderán su poder. Si soportas todo esto sin decir la menor palabra, entonces estaré



liberada. Iré a tu lado y, como tengo el agua de la vida, con ella te rociaré y volverás a vivir y a estar tan sano como antes.

Entonces dijo él:

—Con gusto te libertaré.

Todo pasó como ella había dicho: los negros no pudieron obligarle a decir palabra alguna y a la tercera noche la serpiente se convirtió en una hermosa princesa, que vino con el agua de la vida y le resucitó. Ella se le echó al cuello, lo besó y en el palacio reinó gran júbilo y alegría. Se celebró la boda y se convirtió en el rey de la montaña de oro.

Así pues, vivieron felices juntos y la reina dio a luz un hermoso niño. Habían pasado ocho años, cuando se acordó de su padre: su corazón se conmovió y quiso visitarlo de nuevo. La reina no quería dejarlo marchar y dijo:

—Sé que esto me traerá la desgracia.

Sin embargo, él no la dejó en paz hasta que ella cedió.

Al despedirse ella le dio un anillo mágico y dijo:

—Toma este anillo: cuando te lo pongas podrás trasladarte adonde desees, pero tienes que prometerme que no lo vas a usar para llevarme de aquí junto a tu padre.

Se lo prometió, se puso el anillo en el dedo y deseó ir a la ciudad donde vivía su padre. En un momento estuvo allí y quiso entrar en la ciudad, pero, al llegar a la puerta, los centinelas no quisieron dejarle entrar, porque llevaba extrañas ropas, aunque ricas y lujosas. Entonces se fue a un monte, donde un pastor cuidaba su ganado, cambió con él sus vestiduras, se puso su vieja chaqueta de pastor y así pudo entrar en la ciudad sin que nadie le molestase. Cuando llegó ante su padre, se dio a conocer: éste no creía que fuera su hijo y, pensando que era un pobre, quiso darle un plato de comida. Entonces el pastor habló a su padre:

—Yo soy en verdad vuestro hijo. ¿No recordáis ninguna señal en mi cuerpo por la que pudierais reconocerme?

—Sí —dijo la madre—, nuestro hijo tenía una mancha en forma de frambuesa en el brazo derecho.

El se remangó la camisa, y entonces vieron la mancha bajo el brazo, y ya no dudaron más de que fuera su hijo.

A continuación les contó que él era el rey de la montaña de oro, y que se había casado con una princesa, y que tenía un precioso hijo de siete años.

Entonces habló el padre:

—Eso no puede ser verdad. ¿Qué clase de rey es el que me viene con una chaqueta rota de pastor?

Esto irritó al hijo, que dio la vuelta al anillo sin acordarse de su promesa y deseó que su esposa e hijo acudieran a su lado. En un abrir y cerrar de ojos estuvieron allí los dos, pero la reina se lamentaba y lloraba, diciendo que había roto su palabra y que la había hecho desgraciada. El dijo:

—Lo he hecho sin darme cuenta y sin mala intención.

E intentó convencerla. Ella hizo como si transigiera, pero no tenía buenas intenciones.

A continuación la llevó a las afueras de la ciudad, al campo, le mostró las aguas donde había sido empujado el barquito y le dijo:

—Estoy cansado, siéntate y déjame dormir un poco en tu regazo.

Luego puso su cabeza en el regazo de ella y ella le acarició un poco la cabeza hasta que se durmió. Cuando se durmió, le quitó el anillo del dedo, luego sacó el pie de debajo de él y le dejó únicamente la sandalia. A continuación cogió al niño en brazos y deseó trasladarse de nuevo a su reino. Cuando él se despertó estaba allí totalmente abandonado, y su esposa y el niño se habían marchado, no tenía el anillo en el dedo y sólo quedaba la sandalia de señal.

«A casa de tus padres no puedes ir —pensó—, pues te van a decir que eres un brujo. Lo mejor será que eches a andar hasta que llegues a tu reino.»

Así pues, se puso en marcha y llegó finalmente a una montaña en la que había tres gigantes peleándose entre sí, porque no sabían cómo dividirse la herencia de su padre. Cuando lo vieron pasar, lo llamaron y le dijeron que los hombres pequeños tenían sentido común y que les ayudara a repartir la herencia. La herencia consistía en una espada, que cuando uno la cogía en la mano y decía: «Todas las cabezas al suelo menos la mía», hacía rodar todas las cabezas. En segundo lugar, un abrigo, que hacía invisible al que se lo ponía, y, en tercer lugar, unas botas, que cuando uno se las ponía y deseaba estar en algún sitio, en un momento lo llevaban allí. El dijo:

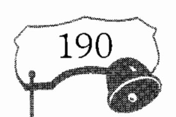
—Dadme las tres cosas para ver si están todavía en condiciones.

Le dieron el abrigo y, en cuanto se lo puso, se hizo invisible y se transformó en mosquito. Recobró de nuevo su figura y dijo:

—El abrigo está en condiciones; dadme la espada.

Ellos dijeron:

—No, eso no, que si dices: «Todas las cabezas al suelo menos la mía», se caerían nuestras cabezas, excepto la tuya.



Pero se la dieron, a condición de que la probara en un árbol. Lo hizo así y la espada cortó el tronco del árbol como si fuera una paja. Luego pidió las botas, pero ellos le dijeron:

—No, eso no, que si te las pruebas y deseas estar allá arriba en el monte, nosotros nos quedaríamos aquí abajo sin nada.

—No —dijo él—, no lo haré.

Entonces le dieron también las botas. Cuando tuvo las tres cosas, pensó en su mujer y su hijo y se dijo para sí: «Ay, si estuviera en la montaña de oro.» Rápidamente desapareció de la vista de los gigantes, dejando así la herencia repartida. Cuando llegó cerca de palacio, oyó gritos de alegría, violines y flautas, y la gente le dijo que su esposa estaba celebrando su boda con otro. Se enfureció y dijo:

—La falsa me ha engañado y me ha abandonado mientras dormía.

Se puso el abrigo y entró sin ser visto en el palacio. Se presentó en la sala y vio una mesa con viandas exquisitas, mientras los huéspedes comían y bebían, riendo y haciendo bromas. Ella estaba sentada en medio, con lujosas vestiduras sobre la silla real y con la corona en la cabeza. Se colocó detrás de ella, sin ser visto. En cuanto a ella le ponían un trozo de carne en el plato, se lo cogía y se lo comía, y cuando le escanciaban un vaso de vino, se lo cogía y se lo bebía; la servían constantemente, pero ella no conseguía probar nada, pues los platos desaparecían al momento.

Entonces se sintió desconcertada, se avergonzó, se levantó, se fue a su habitación y se puso a llorar. El fue detrás de ella, y ella dijo:

—¿Me persigue siempre el demonio, o es que no llegó nunca mi liberador?

Entonces él la golpeó en la cara, diciendo:

—¿No vino nunca tu liberador? Está sobre ti, embustera. ¿Me he merecido yo esto?

Luego se hizo visible, fue a la sala y dijo:

—La boda se ha acabado, el verdadero rey ha vuelto.

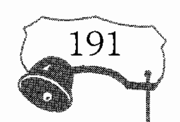
Los reyes, príncipes y consejeros que estaban allí reunidos se burlaron y se rieron de él. El habló brevemente:

—¿Queréis marcharos, sí o no?

Entonces quisieron apresarlo y se dirigieron hacia él. El, sin embargo, sacó su espada y dijo:

—Todas las cabezas al suelo menos la mía.

Todas las cabezas rodaron por el suelo y él siguió siendo el único señor y fue otra vez el rey de la montaña de oro.



El cuervo

Erase una vez una reina que tenía una hijita muy pequeña y había que llevarla todavía en brazos. Una vez, por más que le decía su madre, la niña no obedecía y no se estaba quieta. La madre entonces perdió la paciencia y, viendo unos cuervos que volaban alrededor de palacio, abrió la ventana y dijo:

—Ojalá te convirtieras en cuervo y te alejaras volando, para que me dejases tranquila.

Apenas había dicho esto, la niña se transformó en cuervo y, dejando los brazos de su madre, salió volando por la ventana. Voló a un bosque oscuro y allí permaneció durante mucho tiempo sin que los padres supieran nada de ella.

Años después iba un hombre atravesando el bosque y oyó graznar al cuervo; siguió el sonido de la voz y, cuando se acercó, dijo el cuervo:

—Yo soy una princesa encantada, pero tú puedes liberarme.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó él.

Ella dijo:

—Entra en el bosque y allí encontrarás una casa, donde hay una anciana mujer, que te ofrecerá comida y bebida; pero tú no tomes nada, porque si comes o bebes, te verás sumido en un sueño y no podrás liberarme. En el jardín, detrás de la casa, hay un gran montón de cortezas: colócate allí y espérame. Durante tres días seguidos iré cada mediodía a las dos junto a ti, en un carruaje tirado primero por cuatro potros blancos, luego por cuatro rojos y, finalmente, por cuatro negros; pero, si no estás despierto, no podrás liberarme.

El hombre prometió hacer todo lo que ella había pedido. Pero el cuervo dijo:

—Sé que no me liberarás, porque aceptarás algo de esa mujer.

El hombre volvió a prometer que no tocaría nada de comida ni bebida.

Pero, cuando llegó a la casa, la mujer se le acercó y le dijo:

—¡Pobre hombre, pero qué aspecto tan cansado tienes! Ven a sentarte y come y bebe algo.

—No —dijo el hombre—, no quiero comer ni beber.

Pero ella no le dejó en paz, diciendo:

—Si no quieres comer, por lo menos echa un trago del vaso; por una vez no va a pasar nada.

El se dejó convencer y bebió. Después, hacia las dos de la tarde, salió al jardín al montón de cortezas y se puso a esperar al cuervo. Pero de pronto sintió un enorme cansancio y, no pudiéndolo aguantar, se tumbó un poco, aunque no quería dormirse. Pero apenas se había tumbado, se le cerraron los ojos y se durmió tan profundamente que nada en este mundo hubiera podido despertarlo. A las dos llegó el cuervo con sus cuatro potros, pero estaba muy triste y dijo:

—Sé que está durmiendo.

Se bajó del carro, se dirigió a él, lo sacudió y llamó, pero no se despertó.

Al día siguiente, a mediodía, volvió la anciana a traerle de comer y de beber, y aunque él no quería tomar nada, ella no le dejó en paz hasta que logró convencerlo para que bebiera un trago del vaso. A las dos fue al jardín al montón de cortezas y se puso a esperar al cuervo; pero de pronto sintió tal cansancio, que sus miembros no le resistían y no tuvo más remedio que echarse y se vio sumido en un profundo sueño. Cuando llegó el cuervo con sus cuatro potros rojos, estaba muy triste y dijo:

—Sé que está durmiendo.

Se dirigió a él, pero él dormía tan profundamente que no le pudo despertar.

Al día siguiente la anciana preguntó:

—¿Qué significa esto? Si no comes ni bebes, ¿es que quieres morirte?

El contestó:

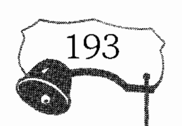
—No puedo comer ni beber.

A pesar de todo, ella colocó ante él la fuente con la comida y el vaso con el vino y, cuando le llegó el olor, no pudo resistir la tentación y echó un largo trago.

Llegado el momento, salió fuera al jardín al montón de cortezas y esperó a la princesa; estaba todavía más cansado que los días anteriores, se echó y durmió tan profundamente como un tronco. A las dos llegó el cuervo con cuatro potros negros y también la carroza y todo lo demás era negro. Estaba muy triste y dijo:

—Sé que está durmiendo y no puede liberarme.

Cuando llegó a su lado estaba echado y dormía profundamente. Ella lo sacudió y lo llamó, pero no pudo despertarlo. Entonces colocó a su lado pan, un trozo de carne y una botella de vino, para que pudiera comer tanto como quisiera, porque aquello nunca se acababa. Luego se sacó un anillo de oro del dedo con su



nombre grabado y se lo puso. Finalmente dejó una carta en la que le explicaba lo que le había dejado y que aquello no se le terminaría nunca; también le dejó allí escrito: «Ya he visto que no has podido liberarme, pero si todavía quieres hacerlo, ven al palacio de oro de Stromberg *. Me consta que allí podrás hacerlo perfectamente.»

Le dejó todo esto, se sentó en su carruaje y se fue al palacio de oro de Stromberg.

Cuando el hombre se despertó y vio que se había dormido, se puso muy triste y dijo:

—Seguro que ella ha pasado por aquí y no la he liberado.

En ese momento le llamaron la atención las cosas que había a su lado y leyó la carta en la que le decía cómo había sucedido todo. Se puso, pues, en camino para ir al palacio de oro de Stromberg, pero no sabía dónde estaba situado. Así que anduvo errante durante largo tiempo por el mundo, hasta que llegó a un bosque oscuro por el que estuvo dando vueltas durante quince días sin encontrar la salida. Aquella noche estaba tan cansado, que se tumbó al lado de un matorral y se durmió. Al día siguiente siguió andando y, por la noche, al irse a tumbar al lado de un matorral, oyó un llanto y un lamento que no le dejaron dormir. A la hora en que la gente enciende la luz, vio brillar una y, levantándose, se dirigió hacia ella. Llegó ante una casa, que parecía pequeña, pues ante ella había un gigante enorme. Entonces pensó para sí: «Si entras y el gigante te ve, puedes perder la vida fácilmente.»

Al fin se atrevió y se acercó. Cuando el gigante lo vio, dijo:

—Bienvenido. Hace tiempo que no como, así que esta noche me servirás de cena.

—Más vale que lo dejes —dijo el hombre—, porque yo no me dejo engullir por las buenas. Si quieres comida, tengo suficiente para que te hartes.

—Si eso es verdad —dijo el gigante—, puedes quedarte tranquilamente; quería comerte porque no tenía otra cosa.

Entonces ambos se sentaron a la mesa y el hombre sacó pan, vino y carne, que no se acababan nunca.

—Esto me gusta —dijo el gigante.

Y comió a sus anchas. Luego le dijo el hombre a él:

—¿Puedes decirme dónde está el palacio de oro de Stromberg?

El gigante dijo:

—Miraré en un mapa que tengo, donde vienen todas las ciudades, los pueblos y las casas.

Fue a buscar el mapa que tenía en la habitación y buscó el palacio, pero no estaba señalado.

—No importa, en el armario de arriba tengo mapas más grandes; vamos a buscar en ellos.

Todo fue en vano. El hombre quiso seguir su camino, pero el gigante le pidió que esperara unos cuantos días hasta que llegara su hermano, que había salido a buscar comida.

Cuando regresó el hermano le preguntaron por el palacio de oro de Stromberg y él contestó:

—Cuando haya comido y esté saciado, buscaré en el mapa.

Luego subió con ellos a su habitación y buscaron en su mapa, pero tampoco pudieron encontrarlo. Entonces sacó otros mapas viejos y no pararon hasta que encontraron el palacio de oro de Stromberg, pero estaba a muchas millas de distancia.

—¿Cómo podré llegar hasta allí? —preguntó el hombre.

El gigante dijo:

—Yo tengo dos horas de tiempo, te llevaré hasta sus cercanías, pero luego tengo que volver para dar de mamar al niño que tenemos.

El gigante llevó al hombre aproximadamente a una distancia de unas cien horas del palacio y dijo:

—El camino restante lo puedes hacer tú solo.

Y se dio la vuelta. El hombre siguió hacia delante día y noche hasta que finalmente llegó al palacio de oro de Stromberg. Estaba situado en un monte de cristal y la doncella encantada daba vueltas en su carruaje alrededor de palacio y luego entraba en él. Se alegró al verla y quiso subir a su lado, pero cuando comenzó a hacerlo se resbaló por el vidrio y otra vez cayó hacia abajo. Viendo que no podía alcanzarla, se puso muy consternado y se dijo a sí mismo: «Me quedaré aquí abajo y la esperaré.»

Así pues, se construyó una choza y estuvo un año entero en ella. Todos los días veía a la princesa dar vueltas con su carruaje, pero no podía subir a su lado.

Una vez vio desde su choza cómo tres bandidos se golpeaban y les gritó:

—¡Que Dios os proteja!

Se pararon cuando oyeron el grito, pero al no ver a nadie empezaron de nuevo a pelearse y la pelea resultaba peligrosa. El volvió a gritar:

—¡Que Dios os proteja!

Se detuvieron de nuevo, miraron a su alrededor y, al no ver a nadie, continuaron pegándose.

Por tercera vez gritó:

—¡Que Dios os proteja!

Y pensó: «Ve a ver qué es lo que éstos se traen entre manos.»

Fue a su encuentro y preguntó por qué se estaban pegando.

Uno de ellos dijo que se había encontrado un bastón y que, si golpeaba con él una puerta, se abría; el otro dijo que se había encontrado un abrigo que, si se lo ponía, se haría invisible; el tercero dijo que había apresado un caballo, en el que se podía ir a todos sitios y subir por el monte de cristal. Pero no sabían si tenían que quedarse los tres juntos con todo o deberían separarse.

A esto dijo el hombre:

—Os cambio esas tres cosas. No tengo dinero, pero sí otras cosas de mucho valor. Sin embargo, quiero hacer antes una prueba para saber si habéis dicho la verdad.

Lo dejaron sentarse en el caballo, le pusieron el abrigo y le dieron el bastón en la mano y, en cuanto tuvo todo, se hizo invisible.

Entonces les dio unos fuertes golpes y dijo:

—Haraganes, ahora ya tenéis lo que os merecéis. ¿Estáis contentos?

Subió por el monte de cristal y, al llegar a palacio, vio que estaba cerrado. Entonces dio con el bastón en la puerta y se abrió rápidamente. Entró y subió por la escalinata hasta la sala y allí se encontró con la doncella, que tenía una copa de vino ante ella. Pero ella no podía verle porque tenía puesto el abrigo. Cuando llegó ante ella, se sacó el anillo que ella le había dado y se lo echó en la copa, de tal manera que sonó.

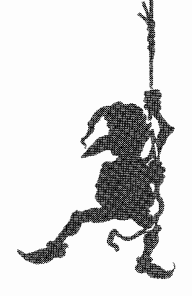
Ella dijo entonces:

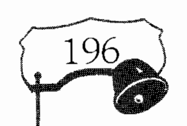
—Este es mi anillo, así que el hombre que me ha de liberar tiene que estar aquí.

Lo buscaron por todo el palacio pero no lo encontraron, pues había salido, había montado en el caballo y se había quitado el abrigo.

Cuando llegaron ante la puerta, lo vieron y gritaron de alegría. El se bajó y cogió del brazo a la princesa. Ella lo besó y dijo:

—Ya me has liberado. Mañana celebraremos nuestra boda.





La inteligente hija del campesino

Erase una vez un pobre campesino, que no tenía tierras. Sólo tenía una casa pequeñita y una hija única. Ella dijo entonces:

—Deberíamos pedirle a nuestro señor, el rey, que nos diera un trocito de tierra de noval *.

El rey se enteró de su pobreza, y les regaló también una parcelita de hierba. Ella la labró con su padre y sembraron allí un poco de trigo y algunos frutales. Cuando ya tenían casi cultivado el campo, encontraron en la tierra un almirez de oro puro.

—Atiende —dijo el padre a la muchacha—: como nuestro señor, el rey, ha sido tan compasivo y nos ha regalado este campo, vamos a darle el almirez a cambio.

La muchacha no quiso consentirlo y dijo:

—Padre, si tenemos el almirez y nos falta la mano, tendremos que buscarla; así que mejor cállate.

Pero él no hizo caso, cogió el almirez y se lo llevó al rey, diciéndole que lo había encontrado en la pradera, que si quería aceptarlo en señal de respeto. El rey cogió el almirez y preguntó si no había encontrado algo más.

—No —contestó el campesino.

Entonces el rey le dijo que trajera también la mano. El campesino dijo que la mano no la había encontrado, pero no le sirvió de nada: como si se lo hubiera dicho a las paredes. Lo llevaron a la prisión, donde estaría encerrado todo el tiempo que fuera necesario hasta que trajera la mano del almirez. Los sirvientes le llevaban todos los días pan y agua, lo que generalmente se da en las cárceles. Entonces le oyeron gritar:

—¡Ay, si hubiera atendido a las razones de mi hija! ¡Ay, ay, si hubiera atendido a las razones de mi hija!

Entonces los sirvientes fueron a ver al rey y le contaron que el prisionero decía a gritos: «¡Ay, si hubiera atendido a las razones de mi hija!», y que no quería comer ni beber.

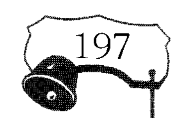
El rey mandó a los sirvientes que trajeran al prisionero a su presencia y entonces le preguntó por qué gritaba: «¡Ay, si hubiera atendido a las razones de mi hija!»

—¿Qué es lo que dijo tu hija?

—Sí, dijo que no trajera el almirez, porque, si no, me harían buscar también la mano del almirez.

—Ya que tienes una hija tan inteligente, dile que venga.

Así pues, tuvo que presentarse ante el rey, el cual le dijo que,



para ver si era tan inteligente como parecía iba a proponerle un acertijo: si lo adivinaba, se casaría con ella. Ella dijo inmediatamente que lo adivinaría. Entonces el rey le dijo:

—Ven a verme, ni vestida ni desnuda, ni a caballo ni en coche, ni por el camino ni fuera del camino, y si sabes hacer todo esto, me casaré contigo.

Ella se marchó y se desnudó totalmente: así no estaba vestida; cogió una gran red de pescar y se envolvió en ella: así no estaba desnuda. Luego alquiló un asno y le ató al rabo la red, de modo que tuviera que arrastrarla: así ella no iba ni a caballo ni en coche; finalmente el asno la llevaba por el camino de tal manera que sólo daba en el suelo con el dedo gordo del pie: así no estaba ni en el camino ni fuera del camino.

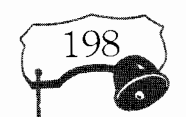
Se presentó así, ante el rey, y él dijo que había acertado el acertijo y que todo se había cumplido tal como quería. Entonces hizo salir al padre de la prisión, la tomó por esposa y le encomendó todos los bienes reales.

Habían pasado una serie de años, cuando el rey fue a un desfile. Sucedió que unos campesinos habían vendido leña y se pararon con sus carros ante palacio. Unos iban tirados por caballos, y otros por bueyes. Había un campesino que tenía tres caballos; uno de ellos tuvo un potrillo, pero se le escapó y se puso en medio de dos bueyes que estaban ante el carro. Cuando se juntaron los campesinos, comenzaron a pelearse, insultarse y a armar jaleo; el campesino de los bueyes quería quedarse con el potrillo, diciendo que lo habían tenido los bueyes; el otro decía que no, que lo habían tenido sus caballos y que era suyo. La pelea llegó ante el rey, que pronunció la sentencia de que el potro se quedara donde estaba; por tanto, el campesino de los bueyes se quedó con él, aunque no le pertenecía. El otro se marchó llorando y lamentándose por su potrillo. Pero había oído decir que la mujer del rey era muy compasiva, porque procedía de pobres campesinos, y se presentó ante ella, pidiéndole que le ayudara a recobrar su potrillo.

Ella dijo:

—Si me prometes no descubrirme, te diré lo que tienes que hacer. Mañana por la mañana, cuando el rey vaya al desfile, colócate en medio de la calle por la que él tenga que pasar, coge una gran red de pescar y haz como si pescaras; sigue pescando y vacía las redes, como si las tuvieras llenas.

También le dijo lo que tenía que responder si el rey le preguntaba.



A la mañana siguiente allí estaba el campesino pescando en un lugar seco. Cuando el rey pasó por allí y lo vio, envió a su emisario para que preguntara qué es lo que tenía aquel hombre loco en la mente. Este contestó:

—Estoy pescando.

El emisario le preguntó cómo es que podía pescar si no había agua alguna. Entonces dijo el campesino:

—Igual que dos bueyes pueden tener un potro, yo puedo pescar en seco.

El emisario regresó y le trajo al rey la contestación. El rey lo hizo presentarse ante él y le dijo que lo que había dicho no era idea suya, y que confesara rápidamente quién era el autor.

El campesino no quería hacerlo y repetía siempre: «¡Que Dios me proteja!» y que todo era idea suya. Pero lo colocaron en un haz de paja y estuvieron azotándole hasta que reconoció que se lo había dicho la reina.

Cuando el rey llegó a casa, le dijo a su mujer:

—¿Por qué has sido tan falaz conmigo? No te quiero más por esposa. Tu tiempo ha terminado, vuélvete al lugar de donde viniste, a tu casita de campesino.

Sin embargo le permitió que, como despedida, se llevara lo mejor y más querido para ella.

—Sí, querido esposo —dijo ella—, lo haré como ordenes.

Se echó encima de él, lo besó y le dijo que quería despedirse de él. Luego mandó que le trajeran un fuerte bebedizo para despedirse de él bebiendo; el rey se echó un buen trago, y ella bebió sólo un poco. Entonces él se sumió en un profundo sueño y, cuando ella vio esto, llamó a un sirviente, cogió un hermoso paño de lino blanco y lo envolvió en él. Los sirvientes lo llevaron en un carruaje hasta la puerta y ella se lo llevó a su casita. Lo colocó en su cama, donde durmió día y noche de un tirón. Cuando se despertó, miró a su alrededor y dijo:

—¡Dios mío! ¿Dónde estoy?

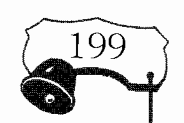
Llamó a sus criados, pero no había ninguno. Finalmente llegó su mujer ante la cama y dijo:

—Querido señor rey, me habéis ordenado que me trajera lo más querido y mejor del palacio y, como no tengo nada más querido ni mejor que vos, os he traído conmigo.

Al rey se le llenaron los ojos de lágrimas y dijo:

—Querida esposa, tú eres mía y yo tuyo.

Y se la llevó otra vez al palacio real, donde volvió a casarse con ella, y creo que vivirán todavía.



El viejo Hildebrando

Había una vez un campesino y una campesina. Al cura del pueblo le gustaba mucho la campesina y siempre estaba deseando pasar, siquiera una vez, un día entero con ella a solas, divirtiéndose los dos, y a la campesina, bueno, también le hubiese gustado. Así que un día le dijo a ella:

—Bien, mi querida campesina, ya he planeado cómo podemos estar juntos todo el día pasándolo bien. Mira, el miércoles te metes en la cama y le dices a tu marido que estás enferma y te pones a lamentarte y a quejarte hasta el domingo, en que yo predicaré que si alguien tiene en casa un hijo enfermo, o un marido enfermo, o una mujer enferma, o un padre enfermo, o una madre enferma, o una hermana enferma, o un hermano enfermo o quien sea, tiene que hacer una peregrinación a la montaña de Glöckerli en Suiza, donde por un ducado * se puede comprar un celemín * de hojas de laurel y entonces se sanará en el acto el hijo enfermo, o el marido enfermo, o la mujer enferma, o el padre enfermo, o la madre enferma, o la hermana enferma o cualquiera que esté enfermo.

—Así lo haré —dijo la campesina.

Así que al miércoles siguiente, la campesina se metió en la cama y comenzó a lamentarse y a quejarse, y su marido le trajo todo lo que se le ocurrió, pero nada la remedió.

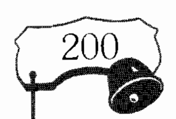
Cuando llegó el domingo, dijo la granjera:

—Me encuentro muy mal, pero antes de morirme, me gustaría oír el sermón que predique hoy el señor cura.

—Ay, hija mía, no hagas eso —dijo el granjero—; podrías ponerte peor si te levantas. Mira, yo iré a oír el sermón, pondré mucha atención a lo que diga el señor cura y te lo contaré todo.

—Bueno —dijo la campesina—, pues ve y presta mucha atención y cuéntame todo lo que dice.

El campesino se fue a oír el sermón y el señor cura empezó a predicar que, si alguien tenía en su casa un hijo enfermo, o un marido enfermo, o una mujer enferma, o un padre enfermo, o una madre enferma, o una hermana enferma, o un hermano enfermo, o quien fuera, y hacía una peregrinación a la montaña de Glöckerli en Suiza, donde se podía comprar por un ducado un celemín de hojas de laurel, sanaría en el acto el hijo enfermo, o el marido enfermo, o la mujer enferma, o el padre enfermo, o la madre enferma, o la hermana enferma, o el hermano o cualquie-



ra que estuviese enfermo; y si alguien quería emprender el viaje, que fuera a verle después de la misa para que él le proporcionara el ducado y el saco para el laurel.

Nadie se puso más contento que el campesino, que, nada más terminar la misa, fue a ver al párroco y éste le dio el ducado y el saco para el laurel. Entonces se fue a su casa y ya desde el portal empezó a dar voces:

—¡Eureka! Mujer, estás prácticamente curada. El señor cura ha dicho en su sermón que si alguien tenía en su casa un hijo enfermo, o un marido enfermo, o una mujer enferma, o un padre enfermo, o una madre enferma, o una hermana enferma, o un hermano o quien fuera, y se iba a hacer una peregrinación a la montaña de Glöckerli en Suiza, donde se puede comprar por un ducado un celemín de hojas de laurel, se le curaría en el acto el hijo enfermo, o el marido enfermo, o la mujer enferma, o el padre enfermo, o la madre enferma, o la hermana enferma, o el hermano o cualquiera que estuviese enfermo. Yo ya he cogido el ducado y el saco de laurel que me ha dado el señor cura y empezaré en seguida la peregrinación para que te cures cuanto antes.

Y se marchó en seguida.

Apenas se había marchado, se levantó la mujer y apareció el cura.

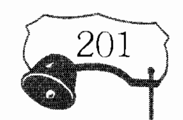
Pero vamos a dejar a esta pareja y sigamos con el campesino. Este iba por el camino, anda que te andarás, para llegar cuanto antes a la montaña de Glöckerli, y según iba así se encontró con su compadre. Su compadre era vendedor de huevos y venía en ese momento del mercado, donde había vendido los huevos.

—Alabado seas —dijo su compadre—. ¿A dónde vas tan deprisa, compadre?

—Eternamente, compadre —dijo el granjero—. Mi mujer está enferma y hoy he oído decir al cura en el sermón que si alguien tiene en casa un hijo enfermo, o un marido enfermo, o una mujer enferma, o un padre enfermo, o una madre enferma, o una hermana enferma, o un hermano o quien sea y hace una peregrinación a la montaña de Glöckerli, en Suiza, donde por un ducado se puede comprar un celemín de hojas de laurel, se le curaría en el acto el hijo enfermo, o el marido enfermo, o la mujer enferma, o el padre enfermo, o la madre enferma, o la hermana enferma, o el hermano enfermo o cualquiera que estuviese enfermo; así que le he cogido al señor cura el ducado y el saco para el laurel y me he puesto en camino para hacer la peregrinación.

—Pero, por Dios, compadre —dijo el compadre al campesi-





no—, ¿cómo puedes ser tan simple y creerte tal cosa? Lo que el cura quiere es estar un día con tu mujer y pasarlo bien, por eso te ha tomado el pelo, para que le dejes vía libre.

—Vaya —dijo el campesino—, me gustaría saber si lo que dices es verdad.

—Bueno —dijo el compadre—, vamos a hacer una cosa: métete en el cesto de los huevos, que yo te llevaré a casa y lo verás por ti mismo.

Y así lo hicieron. El compadre metió al campesino en su cesto y le llevó a casa. Cuando llegaron a la casa, estaba ésta en plena fiesta. La campesina había matado casi todo lo que había en la granja, había hecho buñuelos y el cura estaba allí y había traído su violín.

Entonces el compadre llamó a la puerta y la campesina preguntó que quién era.

—Soy yo, comadre —dijo el compadre—. Dame hospedaje por esta noche, que no he podido vender los huevos en el mercado y tengo que volver a llevarlos a casa, pero pesan tanto, que no puedo con ellos y ya es de noche.

—Vaya, compadre —dijo la granjera—, no llegas en un momento oportuno, pero si no hay más remedio, pasa y siéntate en el banco de la estufa.

Así que el compadre se sentó en el banco de la estufa con su cesto. El cura y la campesina lo estaban pasando alegremente. Al cabo de un rato dijo el cura:

—Anda, querida campesina, cántame algo, que cantas muy bien:

—Ay —dijo la campesina—, ya no canto tan bien. En mis años mozos sí que lo hacía, pero ya no.

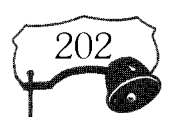
—Venga —dijo el cura—, anda, cántame un poquito.

Entonces la campesina empezó a cantar:

—He enviado a mi marido
al monte Glöckerli en Suiza,
y después de que él se ha ido
sólo me muero de risa.

Luego cantó el párroco:

—Ojalá que un año entero
estuviera el hombre en él,
porque a ver para qué quiero
yo un celemín de laurel.
¡Aleluya!



Después empezó a cantar el compadre (y aquí tengo que decir que el campesino se llamaba Hildebrando). El compadre cantó:

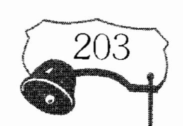
—¡Ay, mi querido Hildebrando!
O el calorcillo te atufa,
o si los oyes cantando,
¿qué haces aún en la estufa?
¡Aleluya!

Entonces cantó el campesino dentro del cesto:

—¿Qué he tenido que escuchar?
¡Ya no puedo aguantar esto!
Para ayudar a cantar,
voy a salir de mi cesto.

Y salió del cesto y, dándole una buena paliza al cura, lo echó de la casa.





Los tres pajaritos

Hace ya más de mil años, había en un país muchos reyecillos; uno de ellos vivía en el monte Keuter, y le encantaba ir de caza.

Una vez bajó de su castillo con sus cazadores, y en un prado al pie de la montaña se encontró con tres muchachas que estaban cuidando sus vacas y, al ver al rey entre tanta gente, la mayor, señalándolo, exclamó:

—Si no puedo casarme con ése, no querré a ningún otro.

Entonces la segunda señaló, desde el otro lado del monte, al caballero que estaba a la derecha del rey y dijo:

—Si no puedo casarme con ése, no querré a ningún otro.

A continuación la más pequeña señaló al que estaba a la izquierda del rey y exclamó:

—Si no puedo casarme con ése, no querré a ningún otro.

Estos eran los dos ministros. El rey lo oyó y, cuando volvía de la caza, mandó venir a las tres muchachas y les preguntó qué habían dicho en la montaña el día anterior.

Ellas no quisieron decírselo, pero el rey preguntó a la mayor si lo quería por esposo; ella dijo que sí y a sus dos hermanas les preguntaron lo mismo los ministros; pues las tres eran muy bellas, sobre todo la reina, que tenía el pelo como si fuera de lino.

Las dos hermanas menores no tuvieron hijos, y una vez, estando el rey de viaje, fueron a ver a la reina para entretenerla, pues estaba encinta. Tuvo un niño, que nació con una estrella roja. Entonces las dos hermanas se miraron y decidieron tirar al hermoso niño al agua.

Después de tirarlo (creo que era en el Weser*) salió un pajarito, voló a lo alto y cantó:

> —Te han arrojado a la muerte
> hasta saber la verdad.
> Como un manojo de lirios,
> niño hermoso, ¿dónde vas?

Al oír esto, a los dos les entró un miedo de muerte y se marcharon a toda prisa. Cuando llegó el rey a casa, le dijeron que la reina había tenido un perro. Entonces dijo el rey:

—Lo que Dios hace, bien hecho está.

Pero un pescador que estaba junto al agua pescó al chiquillo, que aún vivía y, como su mujer no tenía hijos, lo recogieron y alimentaron.

Un año más tarde el rey salió otra vez de viaje y la reina dio a luz otro niño, al que las dos falsas hermanas tiraron también al agua. Pero otra vez voló un pajarito hacia lo alto y cantó:

—Te han arrojado a la muerte
hasta saber la verdad.
Como un manojo de lirios,
niño hermoso, ¿dónde vas?

Y cuando el rey volvió le dijeron que la reina había tenido otro perro y él volvió a decir:

—Lo que Dios hace, bien hecho está.

Pero el pescador, tras sacarle del agua, también se lo llevó a casa y lo alimentó.

Volvió a irse el rey, y la reina dio a luz una niña, a la que las falsas hermanas tiraron también al agua. Volvió a volar el pajarito hacia lo algo y cantó:

—Te han arrojado a la muerte
hasta saber la verdad.
Como un manojo de lirios,
niña hermosa, ¿dónde vas?

Cuando el rey volvió a casa, le dijeron que la reina había tenido un gato. Entonces el rey se enfadó e hizo encarcelar a su esposa y allí tuvo que sufrir muchos años.

Entre tanto, los niños crecieron, y un día el mayor fue con otros muchachos a pescar; los otros no querían tener nada que ver con él y dijeron:

—¡Eh, tú, expósito, lárgate!

El chico se puso muy triste y preguntó a su padre si era verdad eso. Este le dijo que, en efecto, lo había sacado del agua hacía tiempo.

Entonces el muchacho dijo que quería ir a buscar a su padre. El pescador le rogó que se quedara, pero él no se dejó convencer y el pescador tuvo que dejarle marcharse.

Se puso en camino y, tras muchos días, llegó a un mar muy extenso, junto al que había una mujer que estaba pescando.

—Buenos días, señora —dijo el doncel.

—Buenos días.

—Vas a tener que esperar mucho para pescar algún pez —dijo el muchacho.

—Y tú también hasta que encuentres a tu padre —dijo la mujer—. ¿Cómo piensas atravesar estas aguas?

—Bueno, Dios dirá.

Entonces la mujer se lo cargó a la espalda y le llevó al otro lado, y aunque él estuvo buscando mucho tiempo, no pudo encontrar a su padre. Pasó un año, y el segundo salió a buscar a su hermano, llegó al gran mar y le pasó lo mismo que al primero. Ya no quedaba más que la hija en casa, y echaba tanto de menos a sus hermanos, que al final pidió al pescador que la dejara ir en busca de sus hermanos. También ella llegó al gran mar y vio a la vieja:

—Buenos días, señora.

—Muchas gracias.

—Que Dios te ayude en tu pesca.

Cuando la vieja oyó esto se puso muy amable, la llevó a la otra orilla, le dio una vara y le dijo:

—Sigue este camino adelante, hija mía, y, si te encuentras con un gran perro negro, pasa a su lado tranquilamente sin reírte y sin mirarle siquiera. Luego llegarás a un gran castillo que estará abierto: deja caer la vara en el umbral, pasa rápidamente por el castillo y sal por el otro lado en seguida; allí habrá un pozo muy viejo en el que crece un enorme árbol; de él cuelga una jaula con un pájaro dentro: cógela, coge también un vaso de agua del pozo y con esas dos cosas vuelve por el mismo camino; recoge la vara en el umbral y, cuando te encuentres al perro, pégale en la cara, pero ten cuidado de darle bien y no falles; luego vuelves a donde yo estoy.

La muchacha encontró todo lo que la mujer le había dicho, y en el camino de vuelta se encontró con los dos hermanos, que habían estado buscando por medio mundo. Los tres se fueron juntos adonde estaba el perro negro tumbado en el camino; ella le pegó en la cara, y entonces se convirtió en un príncipe apuesto que fue con ellos hasta el agua. Allí seguía la vieja, que se puso muy contenta al ver que todos habían vuelto, y los llevó a todos por el agua y luego se marchó, porque ya estaba también desencantada.

Los otros se fueron todos con el viejo pescador, y todos se pusieron muy contentos de haberse encontrado. Al pájaro lo colgaron de la pared. Pero el segundo hijo no paraba en casa y, cogiendo un arco y una flecha, se fue de caza. Cuando se cansó, tomó su flauta y tocó una melodía. El rey estaba también de caza, le oyó, se acercó y, al encontrar al joven, le dijo:

—¿Quién te ha dado permiso para cazar aquí?

—Nadie.

—¿De quién eres?

—Soy hijo del pescador.

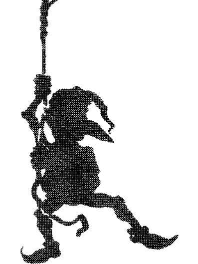
—Ese no tiene hijos.

—Si no queréis creerme, venid conmigo.

Así pues el rey fue con él, le preguntó al pescador y éste se lo contó todo. Entonces el pajarito, que estaba en la pared, empezó a cantar:

> —Oh rey, éstos son tus hijos,
> y su madre está encerrada.
> Las dos traidoras hermanas
> te robaron a los niños
> y los echaron al agua.

Se asustaron todos y el rey llevó al pájaro, al pescador y a los tres hijos al palacio, mandó abrir la cárcel y sacó a su mujer, que había enfermado y estaba en un estado deplorable. Entonces la hija le dio a beber el agua del pozo y en seguida se repuso, se curó y se sintió tan contenta otra vez. Las dos falsas hermanas fueron quemadas en la hoguera y la hija se casó con el príncipe.



El agua de la vida

Erase un rey que estaba enfermo y nadie creía que podía salir con vida de aquella enfermedad. Tenía tres hijos, que, muy apenados, salieron al jardín a llorar. Entonces se tropezó con ellos un anciano, que les preguntó el motivo de su pena. Le contaron que su padre estaba tan enfermo, que iba a morirse sin remedio. A esto dijo el anciano:

—Yo sé un remedio, y es el agua de la vida. Quien bebe de ella, se cura; sólo que es difícil de encontrar.

El mayor dijo:

—Yo la encontraré.

Fue al lado del enfermo y le pidió que le permitiera ir a buscar el agua de la vida, pues era lo único que podía salvarle.

—No —dijo el rey—, el peligro resulta muy grande y prefiero morir.

Pero él insistió tanto, que al fin el rey cedió. El príncipe pensó para sí: «Si traigo el agua, mi padre me querrá más y heredaré el reino.»

Así pues, se puso en camino y, cuando había cabalgado un rato, se encontró con un enano en el camino, que lo llamó y le dijo:

—¿A dónde tan de prisa?

—¡A ti qué te importa, enano estúpido! —dijo el príncipe, muy orgulloso.

Y siguió cabalgando. El hombrecillo se enfureció y le echó una maldición.

Poco después el príncipe fue a parar a un desfiladero y cuanto más avanzaba más se estrechaban los montes. Finalmente, el camino se hizo tan angosto, que no pudo dar un paso más. Era imposible dar la vuelta con el caballo o bajarse de la montura: estaba apresado.

El rey esperó largo tiempo por él, pero no llegaba. Entonces dijo el segundo hijo:

—Padre, déjame ir a buscar el agua.

Y pensaba para sí: «Si mi hermano ha muerto, el reino será para mí.» Al principio el rey no quería dejarlo partir, pero al final se lo permitió.

El príncipe emprendió el mismo camino que había tomado su hermano y se encontró también con el enano, que lo paró y le preguntó a dónde iba tan deprisa.

—¡A ti qué te importa, enano ridículo! —respondió el príncipe.

Y siguió cabalgando sin mirar atrás. Pero el enano lo maldijo y fue a parar como el otro a un desfiladero donde no podía avanzar ni retroceder. Eso les suele pasar a los orgullosos.

Al ver que el hijo segundo tampoco regresaba, se ofreció el tercero para ir a buscar el agua, y al fin el rey lo dejó partir. Cuando se encontró con el enano y éste le preguntó a dónde iba con tanta prisa, se paró, se puso a hablar con él y le dijo:

—Busco el agua de la vida, pues mi padre está muy enfermo.

—¿Sabes dónde puedes encontrarla?

—No —dijo el príncipe.

—Te has portado como es debido, y no eres orgulloso como tus falsos hermanos; así que te daré la información necesaria y te diré cómo puedes conseguir el agua de la vida. Brota de una fuente que hay en el patio de un palacio encantado, pero no podrás entrar allí sin una barra de hierro y dos libritas de pan que voy a darte. Golpea tres veces la puerta de hierro del palacio con esta barra y se abrirá. Dentro hay dos leones que abrirán sus fauces: échale a cada uno un pan, y se tranquilizarán; entonces date prisa y coge el agua de la vida antes de que den las doce, pues a esa hora se cierra la puerta y ya no podrás salir.

El príncipe le dio las gracias, cogió el pan y la barra y se puso en camino. Todo aconteció como le había dicho el enano: el portón se abrió al tercer golpe de la barra, los leones se amansaron con el pan, entró en palacio y llegó a una hermosa sala; en ella había príncipes encantados y les quitó los anillos. Luego vio una espada y un pan, y se los llevó consigo. Siguió andando y llegó a una habitación en la que había una preciosa doncella, que se alegró al verlo, lo besó y le dijo que la había liberado y que, si volvía al cabo de un año, podría casarse con ella. También le dijo dónde estaba la fuente, pero que se diera prisa para coger el agua antes de que dieran las doce. Siguió andando y por último llegó a una habitación donde había una hermosa cama, recién hecha. Como estaba cansado, quiso descansar un poco, se tumbó y se durmió; cuando se despertó, eran las doce menos cuarto. Saltó asustado, corrió a la fuente, cogió agua en un vaso que había al lado y se apresuró a salir de allí. Pero justo cuando salía por la puerta de hierro dieron las doce, y la puerta se cerró con tal fuerza que le arrancó un trozo del talón del pie.

Contento de haber podido conseguir el agua de la vida, regresó hacia su casa y volvió a pasar ante el enano. Cuando éste vio la espada y el pan, dijo:

—Has conseguido dos cosas excelentes: con la espada puedes vencer a todo un ejército, y el pan no se acabará nunca.

Pero el príncipe no quería regresar al lado de su padre sin sus hermanos y dijo:

—Querido enano, ¿no podrías decirme dónde están mis dos hermanos? Han salido antes que yo a buscar el agua de la vida y no han vuelto todavía.

—Están encerrados entre dos montes —dijo el enano—. Allí los he mandado yo encantados, por haber sido tan soberbios.

El príncipe le rogó tanto al enano, que éste los liberó, pero le previno, diciendo:

—Ten cuidado con ellos, que tienen mal corazón.

Cuando llegaron sus hermanos, se alegró y les contó cómo le había ido: les dijo que había encontrado el agua de la vida, que había cogido un vaso lleno de agua y que había liberado a una hermosa princesa. Esta le esperaría durante un año y entonces se celebraría la boda y él heredaría un gran reino.

Cabalgaron juntos y llegaron a un país en el que había hambre y guerra; el rey creía que iba a perecer, de tan grande como era la miseria. Entonces el príncipe fue a su lado, le dio el pan para que alimentara y saciara a su reino, y luego la espada, para que venciera al ejército de sus enemigos; de ese modo pudieron desde aquel momento vivir tranquilamente. Todavía llegaron a dos países más, donde había guerra y hambre, pero el príncipe les daba a los reyes su pan y su espada, y así logró salvar tres reinos.

Luego se subieron a un barco y navegaron por el mar. Durante el viaje los dos hermanos mayores hablaron entre sí:

—El pequeño ha encontrado el agua de la vida y nosotros no. En compensación nuestro padre le dará el reino que nos pertenece y él nos arrebatará nuestra felicidad.

Entonces les entró sed de venganza y se pusieron de acuerdo para perderlo.

Esperaron hasta que se durmió, le quitaron el agua de la vida del vaso y se la guardaron para ellos; en su lugar le echaron agua amarga del mar.

Cuando llegaron a casa, el más joven le llevó al rey su vaso para que bebiera de él y sanara. Pero, apenas probó el agua amarga del mar, se puso peor que antes. El rey se quejó, y entonces llegaron los dos hijos mayores y acusaron al pequeño de haber querido envenenarlo; ellos sí que traían la verdadera agua de la vida y se la entregaron. Apenas bebió un poco, sintió que su enfermedad desaparecía y se sintió tan fuerte y tan sano como en

los días de su juventud. Luego fueron ambos al lado del más joven y se burlaron de él diciéndole:

—Es cierto que tú encontraste el agua de la vida, pero, aunque tú te tomaste el trabajo, nosotros recibimos la recompensa; tenías que haber sido más listo y haber tenido los ojos bien abiertos; te la quitamos mientras dormías en el mar, y dentro de un año uno de nosotros se casará con la hermosa princesa. Pero mucho cuidado con decir nada, porque nuestro padre no te creerá y, como digas una sola palabra, morirás; si te callas, te perdonaremos la vida.

El viejo rey estaba indignado con su hijo pequeño, creyendo que había atentado contra su vida. Así que reunió a la corte para que pronunciara un veredicto contra él: le matarían de un tiro en secreto.

Una vez iba el príncipe de caza, sin sospechar nada malo, y lo acompañaba el cazador del rey. Ya en las afueras, estando completamente solos en el bosque, el cazador ofrecía un aspecto tan desolado, que el príncipe le dijo:

—Querido cazador, ¿qué te pasa?

El cazador dijo:

—No puedo decirlo y, sin embargo, tengo que hacerlo.

A esto dijo el príncipe:

—Di lo que sea, que yo te perdonaré.

—¡Ay! —dijo el cazador—. Tengo que mataros, me lo ha ordenado el rey.

El príncipe se asustó y dijo:

—Déjame vivir, y te daré mi traje real a cambio del tuyo.

El cazador dijo:

—Con gusto. No hubiera tenido valor para dispararos.

Cambiaron los trajes y el cazador regresó a casa; el príncipe se adentró en el bosque.

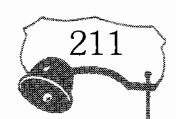
Pasado un tiempo llegaron al palacio del rey tres carros con oro y piedras preciosas para su hijo pequeño. Los enviaban los tres reyes que habían vencido a los enemigos con la espada del príncipe y habían alimentado con su pan a su país; querían mostrar así su agradecimiento.

Entonces pensó el viejo rey: «Quizá mi hijo fuera inocente.» Y le dijo a su gente:

Ojalá estuviera vivo; siento haberlo mandado matar.

—Vive todavía —le dijo el cazador—. Yo no tuve valor para cumplir vuestra orden.

Y le contó lo que había pasado.



Al rey se le quitó un enorme peso de encima e hizo anunciar por todo el reino que su hijo podía regresar de nuevo y que sería recibido con benevolencia.

Mientras tanto, la princesa construyó ante su palacio una calle toda de oro y brillantes y dijo a su gente que aquel que cabalgara en línea recta hacia ella era el verdadero prometido y lo dejaran entrar; pero el que llegara por los lados, no era el verdadero y a ése no lo dejaran entrar.

Casi había transcurrido ya el tiempo fijado, y el mayor pensó que había llegado el momento de acudir al lado de la princesa y hacerse pasar por su liberador. Partió a caballo y, al llegar ante el palacio y ver la hermosa calle de oro, pensó: «Sería una lástima que pasaras sobre ella; desvíate y cabalga por la derecha.»

Cuando llegó ante la puerta, la gente le dijo que él no era el verdadero pretendiente y que se volviera por donde había venido.

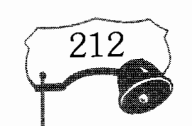
Poco después se puso en camino el segundo príncipe. Cuando llegó ante la calle de oro y el caballo había puesto una pata sobre él, pensó: «Sería un pecado, podía desgastarse algo.»

Se desvió y cabalgó por la izquierda a lo largo de la calle. Al llegar ante la puerta, la gente le dijo que él no era el verdadero pretendiente y que se volviera por donde había venido. Cuando pasó el año, el tercero abandonó el bosque para ir junto a su amada y olvidar su dolor con ella. Se puso en camino pensando siempre en ella y en lo que le gustaría estar a su lado, de tal manera que no prestó atención para nada a la calle. Su caballo pasó por medio y, cuando llegó ante la puerta, ésta se abrió, la hija del rey lo recibió alegremente, diciéndole que era su liberador y el señor del reino, y la boda se celebró con gran contento.

Una vez acabados los festejos de la boda, le contó que su padre había mandado emisarios en su busca y que le había perdonado. Entonces se dirigió a caballo allí, y le contó cómo sus hermanos le habían engañado y cómo le habían obligado a callarse.

El padre quiso castigarlos, pero ellos se hicieron a la mar, se alejaron navegando y no regresaron en toda su vida.





El doctor Sabelotodo

Erase una vez un pobre campesino llamado Cangrejo, que llevó con dos bueyes una carretada de madera a la ciudad y se la vendió a un doctor por dos táleros. Mientras se la pagaban, estaba el doctor precisamente sentado a la mesa; el campesino vio lo bien que comía y bebía y sintió tantas ganas de todo aquello, que le entraron ganas de ser doctor. Se quedó allí todavía un rato más y finalmente preguntó si él no podía llegar a ser también doctor.

—¡Pues claro que sí! —contestó el doctor—. Eso es bastante fácil.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó el campesino.

—Lo primero cómprate un abecedario de esos que tienen dentro un gallo, luego vende el carro y los bueyes, y con ese dinero cómprate trajes y todo lo que es propio de la profesión de doctor; luego manda hacer un rótulo con estas palabras: «Yo soy el doctor Sabelotodo» y clávalo encima de la puerta de tu casa.

El campesino hizo todo lo que le había dicho. Llevaba cierto tiempo ejerciendo la profesión de doctor, aunque no en demasía, cuando le robaron dinero a un hombre rico y noble. Entonces le hablaron del doctor Sabelotodo, que vivía en tal pueblo, y que seguramente también sabría dónde había ido a parar el dinero. El señor, pues, mandó enganchar su carruaje, fue al pueblo y preguntó en su casa si era él el doctor Sabelotodo. «Sí que lo era.» «Entonces, que lo acompañara y le encontrara el dinero que le habían robado.» «Que bueno, pero que lo acompañara también la Grete, su mujer.»

Al señor le pareció bien, hizo subir a los dos en el carruaje y partieron juntos. Cuando llegaron a la corte nobiliaria ya estaba la mesa puesta, y les dijo que antes lo acompañasen a comer. «Que bueno, pero también su mujer, la Grete.»

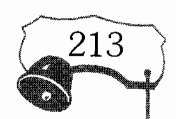
Y se sentó con ella a la mesa.

Cuando llegó el primer sirviente con una fuente de exquisita comida, le dio un codazo a su mujer y, pensando que era el que traía el primer plato, dijo:

—Grete, éste es el primero.

Pero el sirviente pensó que había querido decir: «Este es el primer ladrón», y como en realidad lo era, tuvo miedo y dijo fuera a sus camaradas:

—El doctor lo sabe todo; lo vamos a pasar mal.



El segundo no quería entrar de ningún modo, pero tuvo que hacerlo a pesar de todo.

Cuando entró, pues, con su fuente, el campesino le dio un codazo a su mujer:

—Grete, éste es el segundo.

Al sirviente le entró también miedo y se apresuró a salir.

Al tercero no le fue mejor, pues el campesino dijo de nuevo:

—Grete, éste es el tercero.

El cuarto traía una fuente tapada, y el señor le dijo al doctor que demostrase sus artes, adivinando lo que había allí debajo: eran cangrejos.

El campesino contempló la fuente y, no sabiendo cómo salir del apuro, dijo:

—¡Ay, Cangrejo, que te han visto!

Cuando el señor oyó esto, gritó:

—¡Pues sí que lo sabe! Entonces también sabrá quién tiene el dinero.

Al sirviente le entró tanto miedo, que le hizo señas al doctor para que hiciera el favor de salir. Cuando salió, le confesaron que ellos habían robado el dinero y que si no los denunciaba lo devolverían y además le darían a él una buena suma, pues, si no, les cortarían la cabeza. Lo llevaron adonde habían escondido el dinero, y con esto se conformó el doctor. Entró, se sentó a la mesa y dijo:

—Señor, ahora buscaré en mi libro dónde está ese dinero.

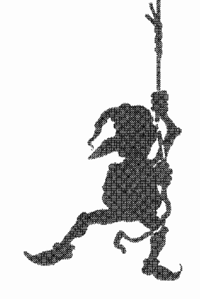
El tercer sirviente se arrastró hasta dentro de la estufa para ver si el doctor sabía algo más. Este se sentó, abrió su libro, lo hojeó y buscó el gallo. Pero, como tardaba en encontrarlo, dijo:

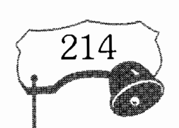
—Estás ahí dentro y tienes que salir.

El que estaba en la estufa creyó que se refería a él, saltó lleno de terror y gritó:

—¡Ese hombre lo sabe todo!

Luego el doctor Sabelotodo indicó al señor dónde estaba el dinero, pero no dijo quién lo había robado. Recibió por ambas partes mucho dinero de recompensa, y se hizo un hombre célebre.





El espíritu de la botella

Erase una vez un pobre leñador que trabajaba desde por la mañana hasta bien entrada la noche. Por fin, cuando tuvo ahorrado un poco, le dijo a su hijo:

—Tú eres mi único hijo; utilizaré el dinero que he ganado con el sudor de mi frente para que estudies. Si aprendes algo útil, podrás alimentarme en mi vejez, cuando mis miembros se debiliten y tenga que quedarme en casa.

Así pues, fue el joven a una escuela superior y estudió con aplicación; sus profesores lo alababan y allí permaneció durante algún tiempo. Después de haber estado en algunas escuelas, aunque todavía no había alcanzado la perfección en sus conocimientos, se acabó el poco dinero que el padre había conseguido y tuvo que volver a casa.

—¡Ay! —dijo el padre consternado—. No puedo darte más, y en estos tiempos tan malos tampoco puedo ganar un céntimo más que para el pan nuestro de cada día.

El hijo contestó:

—No te preocupes, padre; que sea lo que Dios quiera. Procuraré que sea para mi bien y ya me las apañaré como pueda.

El padre quiso ir al bosque para obtener algo de leña (talándola o recogiéndola del suelo) y el hijo le habló de esta manera:

—Iré contigo para ayudarte.

—Sí, hijo mío —dijo el padre—. Pero esto te va a resultar difícil; no estás acostumbrado a trabajos duros; no lo resistirás y yo sólo tengo un hacha y ningún dinero para comprar otra.

—Ve a ver al vecino —contestó el hijo—. Dile que te preste su hacha hasta que yo pueda ganarme una.

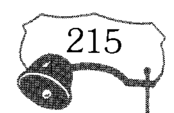
El padre pidió prestada el hacha al vecino y a la mañana siguiente, a la salida del sol, fueron juntos al bosque. El hijo ayudó al padre, estaba contento y se sentía en forma. Cuando el sol estaba ya encima de sus cabezas, dijo el padre:

—Vamos a descansar y a comer, luego hay que seguir haciendo lo mismo.

El hijo cogió su pan y dijo:

—Descansa tú, padre, yo no estoy cansado; voy a dar unas vueltas por el bosque y a buscar nidos de pájaro.

—No seas tonto —dijo el padre—. ¿Para qué quieres andar dando vueltas por ahí? Luego estarás cansado y no podrás levantar los brazos, quédate aquí y siéntate a mi lado.



A pesar de todo, el hijo se fue al bosque, se comió el pan y, sintiéndose contento, curioseaba entre las ramas verdes para ver si descubría nidos. Así fue de un lado a otro hasta que finalmente llegó a una encina enorme y tremenda, que tenía con seguridad más de cientos de miles de años y que ningún hombre podía abarcar con los brazos. Se detuvo y la contempló pensando: «Algún pájaro tiene que haber construido su nido ahí dentro.»

De pronto le pareció como si oyera una voz. Prestó atención y captó algo así como una voz muy ronca que decía:

—¡Déjame salir, déjame salir!

Miró a su alrededor, pero no pudo descubrir nada; sin embargo, le parecía como si la voz proviniera de debajo de la tierra. Entonces gritó:

—¿Dónde estás?

La voz contestó:

—Estoy escondido aquí debajo de la raíz de la encina. ¡Déjame salir, déjame salir!

El escolar comenzó a rascar bajo el árbol y a buscar en las raíces, hasta que finalmente, en una pequeña cavidad, encontró una botella de vidrio. La levantó en lo alto y la mantuvo a contraluz; entonces vio una cosa, con un aspecto parecido al de un sapo, que saltaba allí dentro de un lado para otro:

—¡Déjame salir, déjame salir! —gritó de nuevo.

El escolar, que no sospechaba nada malo, quitó el tapón de la botella. Inmediatamente salió un espíritu y empezó a crecer, a crecer, y creció tan rápido, que en pocos momentos estaba ante el escolar como un enorme mozo del tamaño de medio árbol.

—¿Sabes —gritó— cuál será el pago por dejarme salir?

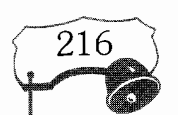
—No —contestó el escolar sin miedo—, ¿cómo voy a saberlo?

—Pues te lo voy a decir —gritó el espíritu—: Voy a partirte el cuello.

—Eso me lo hubieras podido advertir antes —contestó el escolar—, así hubiera podido dejarte encerrado. Pero debo asegurar mi cabeza, así que pediremos opinión a más gente.

—Sobran las preguntas —gritó el espíritu—. Tendrás tu merecido. ¿O piensas que he estado encerrado tanto tiempo por compasión? No, fue por castigo. Yo soy el poderoso Mercurio, y al que me libera tengo que partirle el cuello.

—Calma —contestó el alumno—, calma, no tan de prisa. Primero tengo que saber que has estado en realidad metido en la pequeña botella y que eres un genio de verdad; si puedes meterte de nuevo, lo creeré, y entonces haz conmigo lo que quieras.



—Eso es bien sencillo —replicó el espíritu lleno de soberbia.

Se contrajo y se hizo tan pequeño y delgado como al principio, de tal manera que pudo entrar otra vez por el cuello de la botella. Apenas estuvo dentro, el escolar volvió a poner el tapón que había quitado, y arrojó la botella debajo de las raíces de la encina en el mismo sitio de antes: había engañado al espíritu.

El escolar quiso regresar al lado de su padre, pero el espíritu gritaba lastimosamente:

—¡Ay! ¡Déjame salir, déjame salir, por favor!

—No —contestó el escolar—, por segunda vez no. A quien ha querido atentar contra mi vida, a ése no le dejo yo libre, cuando lo he vuelto a encerrar.

—Si me liberas —gritó el espíritu—, te daré tanto, que tendrás lo suficiente para toda tu vida.

—No —contestó el escolar—. Me engañarías como la primera vez.

—Estás dejando escapar tu felicidad —dijo el espíritu—. No te haré nada, sino que te recompensaré espléndidamente.

El escolar pensó: «Me atreveré, quizá mantenga su palabra y además no me puede hacer nada.»

Sacó el tapón y el espíritu ascendió como la vez anterior, se estiró y se hizo grande como un gigante.

—Ahora tendrás tu recompensa —le dijo.

Y le entregó un paño pequeño, como un parche, y dijo:

—Si con una punta frotas una herida, se curará, y si con la otra frotas acero y hierro, se convertirán en plata.

—Primero voy a comprobarlo —dijo el alumno.

Se dirigió al árbol, rascó la corteza con el hacha y la frotó con una de las puntas del parche; inmediatamente se cerró y curó.

—Bien, es verdad —le dijo al espíritu—. Ahora podemos separarnos.

El espíritu le agradeció su liberación; el alumno le dio las gracias al espíritu por su regalo y regresó al lado de su padre.

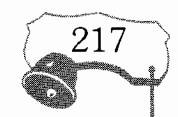
—¿Por dónde has andado? —dijo el padre—. ¿Has olvidado que había que trabajar? Ya te dije que no serías capaz de hacer nada.

—Tranquilízate, padre, que recuperaré el tiempo perdido.

—Sí, recuperar —dijo el padre enfadado—. Eso ya lo veremos.

—Escucha, padre, voy a derribar ese árbol a hachazos rápidamente, de tal manera que suene al caer.

Cogió su parche, frotó el hacha con él y dio un gran golpe, pero como había convertido el hierro en plata, la hoja se dobló.



—Huy, padre, vaya un hacha más mala que me has dado; se ha torcido totalmente.

El padre entonces se asustó:

—Pero, ¡ay! ¿qué has hecho? Ahora tendré que pagar el hacha y no sé cómo. ¡Ese es el premio que saco yo de tu trabajo!

—No te enfades —contestó el hijo—, que yo pagaré el hacha.

—¡Estúpido! —dijo el padre—. ¿Con qué vas a pagarla? No tienes más que lo que yo te doy; no tienes más que fantasías de estudiante en la cabeza, pero de talar no tienes la menor idea.

Al cabo de un rato dijo el escolar:

—Padre, yo no puedo seguir trabajando. Más vale que nos tomemos la tarde libre.

—¿Pero qué dices? —contestó el padre—. ¿Crees que yo puedo cruzarme de brazos como tú? Yo tengo que hacer algo, vete tú a casa si quieres.

—Padre, yo he venido hoy por primera vez al bosque, y no me sé el camino de vuelta. Anda, vente conmigo.

Como se había apaciguado un poco su ira, se dejó convencer finalmente y regresó a casa con él. Allí le dijo al hijo:

—Ve a vender el hacha averiada, a ver lo que puedes conseguir por ella; el resto tendré que ganarlo para pagársela al vecino.

El hijo cogió el hacha y la llevó a la ciudad a un orfebre, que la probó y, poniéndola en una balanza, dijo:

—Vale cuatrocientos táleros, pero no tengo tanto dinero.

El escolar dijo:

—Dadme lo que tengáis, y ya me pagaréis el resto.

El orfebre le dio trescientos táleros y le quedó debiendo cien.

Luego regresó a su casa y dijo:

—Padre, ya tengo dinero. Ve a ver cuánto quiere el vecino por el hacha.

—Eso ya lo sé —contestó el anciano—: un tálero y seis céntimos.

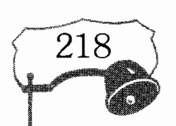
—Bueno, pues dale dos táleros y doce céntimos; es el doble, y creo que es suficiente. Mira, tengo dinero en abundancia.

Y le dio al padre cien táleros.

—Con esto no te faltará nada, y podrás vivir a tus anchas.

—¡Dios mío! —dijo el viejo—. ¿Cómo has conseguido esa riqueza?

Entonces le contó lo que había pasado en el bosque y cómo él, confiado en su suerte, había logrado tanto. Con el dinero restante volvió a una escuela superior y siguió aprendiendo y, como con su parche podía curar todas las heridas, se convirtió en el médico más famoso de todo el mundo.



El hermano tiznado del diablo

Un soldado licenciado no tenía nada para vivir y no sabía cómo salir de aquella situación. Entonces se fue al bosque y, cuando había andado un poco, se encontró con un hombrecillo pequeño que era, sin embargo, el diablo. Al verlo, el hombrecillo le dijo:

—¿Qué te pasa? Tienes un aspecto verdaderamente patético.

El soldado contestó:

—Tengo hambre y no tengo dinero.

El diablo dijo:

—Si quieres emplearte a mi servicio y ser mi esclavo, tendrás suficiente para toda tu vida; sírveme durante siete años y luego serás libre. Pero debo decirte una cosa: en todo ese tiempo no podrás bañarte ni peinarte ni sonarte, ni cortarte el pelo ni las uñas, ni limpiarte las legañas de los ojos.

El soldado dijo:

—Si no es más que eso, adelante.

Y partió con el hombrecillo, que lo llevó directamente al infierno. Luego le dijo lo que tenía que hacer; tenía que atizar el fuego, bajo las calderas, donde estaban metidos los asados infernales, mantener la casa limpia, depositar el polvo de barrer detrás de la puerta y cuidar de que hubiera orden por todos los sitios; pero, como se le ocurriera mirar una sola vez dentro de las calderas, lo iba a pasar muy mal.

El soldado dijo:

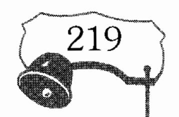
—De acuerdo, me ocuparé de ello.

Luego el diablo volvió a sus correrías y el soldado hacía su trabajo, encendía el fuego, barría y depositaba el polvo detrás de la puerta, tal como le habían mandado.

Cuando el diablo regresó, miró si todo estaba en orden, se mostró contento y se fue otra vez de viaje.

El soldado miró a su alrededor con atención; allí estaban las calderas, hirviendo y cociendo alrededor del infierno, y debajo de ellas había un potente fuego. Tenía muchas ganas de mirar dentro, y lo habría hecho, si el diablo no se lo hubiera prohibido severamente. Pero al fin no pudo resistir la tentación, levantó la tapa de la primera caldera un poquito y miró dentro. Entonces vio allí dentro a su anterior sargento:

—Bueno, pájaro —dijo—, ahora te encuentro aquí. Tú me las has hecho buenas, pero ahora te las haré yo a ti.



Dejó caer a toda velocidad la tapadera, atizó el fuego y puso todavía más leña. Luego se dirigió a la segunda caldera, levantó la tapadera un poco y vio a su antiguo brigada:

—Bueno, pájaro, ahora te encuentro aquí. Tú me las has hecho buenas, pero ahora te las haré yo a ti.

Dejó caer rápidamente la tapadera y puso un tronco más para que le calentara bien. A continuación quiso ver quién estaba metido en la tercera caldera, y vio a su general:

—Bueno, pájaro, ahora te encuentro aquí. Tú me las has hecho buenas, pero ahora te las haré yo a ti.

Cogió el fuelle e hizo que el fuego del infierno crepitara con más fuerza debajo de él.

Así pues, en los siete años de servicio en el infierno ni se lavó, ni se peinó, ni se sonó, ni se cortó el pelo ni las uñas, y tampoco se quitó las legañas de los ojos. Los siete años se le hicieron tan cortos, que creyó que solamente había sido medio año. Cuando el tiempo había transcurrido totalmente, llegó el diablo y dijo:

—Bueno, Juan, ¿qué has hecho?

—He atizado el fuego bajo las calderas, he barrido y he depositado el polvo detrás de la puerta.

—Pero has mirado dentro de las calderas; por suerte para ti les has puesto más leña, si no, habrías perdido tu vida. Ahora ya se te ha pasado el tiempo. ¿Quieres regresar a tu casa?

—Sí —dijo el soldado—, me gustaría ver lo que hace mi padre en casa.

Dijo el diablo:

—Para que tengas la recompensa que mereces, ve y coge un morral lleno de polvo y llévatelo a casa. Pero tienes que ir sin lavarte, sin peinarte, con la barba y el pelo largo, con las uñas sin cortar y los ojos legañosos y, cuando te pregunten de dónde vienes, tú dices que «del infierno», y cuando te pregunten quién eres, tú dices: «El hermano tiznado del diablo y mi rey también.»

El soldado calló e hizo lo que el diablo le dijo, pero no estaba contento con su recompensa. Tan pronto como estuvo arriba, en el bosque, se quitó el morral de la espalda para vaciarlo, pero al abrirlo vio que el polvo se había convertido en oro puro.

—Esto no me lo hubiera imaginado —dijo.

Se sintió feliz y entró en la ciudad.

Delante de la posada estaba el posadero y, cuando lo vio acercarse, se asustó, porque Juan tenía una pinta tremenda, peor que un espantapájaros.

Lo llamó y dijo:

—¿De dónde vienes?

—Del infierno.

—¿Y quién eres tú?

—El hermano tiznado del diablo y mi rey también.

El posadero no quería dejarlo entrar, pero, cuando le enseñó el oro, fue y le abrió personalmente las puertas.

Juan pidió la mejor habitación y le sirvieron espléndidamente; comió y bebió y finalmente se echó a dormir.

Pero al posadero no se le quitaba el morral de oro de la cabeza, y este pensamiento no lo dejaba en paz, hasta que por la noche se deslizó y se lo robó.

Cuando Juan se levantó a la mañana siguiente y quiso pagar al posadero para seguir su camino, su morral había desaparecido. Se dominó y pensó: «Has sido desgraciado sin tener culpa.»

Se dio la vuelta precisamente en dirección al infierno. Allí se lamentó de su desgracia ante el diablo y le pidió ayuda. El diablo dijo:

—Siéntate, que voy a lavarte, a peinarte, a sonarte, a cortarte el pelo y las uñas y a limpiarte los ojos.

Cuando había acabado con él, volvió a darle el morral lleno de polvo y dijo:

—Vuelve y dile al posadero que te devuelva tu oro, o iré yo y será él quien tenga que atizar el fuego en tu lugar.

Juan regresó y le dijo al posadero:

—Me has robado mi dinero; como no me lo devuelvas, irás al infierno y tendrás el mismo aspecto horroroso que yo.

El posadero le devolvió el oro y aun le dio más y le pidió que no hablara de ello.

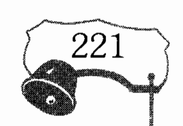
Juan era un hombre rico.

Juan se puso en camino hacia la casa de su padre, se compró un mono de lino malo y viajó tocando música, pues había aprendido con el diablo en el infierno. Había un viejo rey en el país y tocó ante él: el rey se puso tan contento, que le prometió a Juan su hija mayor. Pero cuando ella oyó que tenía que casarse con un tipo corriente con un mono blanco, dijo:

—¡Antes de hacer eso, prefiero sumergirme en el agua más profunda!

Entonces el rey le dio a la más joven, que no quiso contrariar a su padre y así el hermano tiznado del diablo obtuvo a la hija del rey, y, cuando el rey murió, heredó también todo el reino.





Piel de Oso

Erase una vez un joven que se alistó como soldado, se comportó valientemente y era siempre el primero cuando llovían las balas. Mientras duró la guerra todo fue bien, pero cuando se firmó la paz lo licenciaron y el capitán le dijo que podía irse donde quisiera. Como sus padres habían muerto y no tenía patria, se fue con sus hermanos y les pidió que lo sustentaran hasta que empezara otra guerra. Pero los hermanos eran duros de corazón y dijeron:

—¿Qué vamos a hacer contigo? No te necesitamos para nada, así que mira a ver cómo puedes salir adelante.

El soldado no tenía más que su fusil, así que se lo colgó a la espalda y se fue por el mundo. Llegó a una pradera donde no se veían más que unos cuantos árboles en forma de anillo; allí se sentó muy triste y meditó sobre su suerte.

«No tengo dinero —pensó—, no he aprendido más que el oficio de la guerra y, ahora que la paz está firmada, ya no me necesitan; voy a morirme de hambre.»

De pronto oyó un zumbido y, al darse la vuelta, vio ante él un desconocido que llevaba una casaca verde, con aspecto verdaderamente elegante, pero que tenía una enorme pezuña de caballo espantosa.

—Yo sé lo que te hace falta —dijo el hombre—. Tendrás todo el dinero y bienes que puedas derrochar abundantemente, pero antes tengo que saber si no tienes miedo para que yo no dé mi dinero en vano.

—¡Un soldado y miedo! ¿Cómo pueden casar ambas cosas? —contestó—. Puedes hacerme una prueba.

—Bien —contestó el hombre—, mira detrás de ti.

El soldado se dio la vuelta y vio a un gran oso que corría hacia él gruñendo:

—¡Oh! —dijo el soldado—, te voy a hacer cosquillas en la nariz para que se te quiten las ganas de gruñir.

Apuntó y le disparó en el morro, de tal manera que se derrumbó y ya no se movió más.

—Ya veo —dijo el extraño— que no te falta valor, pero hay una condición que tienes que cumplir.

—Si no me perjudica para la salvación de mi alma... —dijo el soldado, pues se dio cuenta de quién tenía ante sí—. Si no, no acepto nada.

—Eso lo tendrás que ver por ti mismo —contestó el casaca verde—. No podrás lavarte en siete años, ni cortarte la barba ni el cabello, ni cortarte las uñas, ni rezar un padrenuestro. Yo te daré una chaqueta y un abrigo que debes llevar durante todo este tiempo. Si te mueres en estos siete años, entonces me pertenecerás, pero si permaneces con vida, serás libre y lo suficientemente rico para toda la vida.

El soldado pensó en la gran necesidad en que se encontraba y, dado que ya se había enfrentado tanto tiempo con la muerte, lo intentaría ahora también, y aceptó. El diablo se quitó la casaca verde, se la dio al soldado y dijo:

—Cada vez que metas la mano en el bolsillo de la chaqueta la sacarás llena de oro.

Luego le quitó al oso la piel y le dijo:

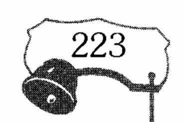
—Este será tu abrigo y tu cama, pues tienes que dormir ahí y no podrás hacerlo en otra cama. Y por tu vestimenta tendrás que llamarte Piel de Oso.

Después de esto el diablo desapareció.

El soldado se puso la casaca, metió la mano en el bolsillo y encontró que la cosa era cierta. Luego se metió en la piel del oso y se fue por el mundo. Se sentía de buen humor y no dejó de hacer todo lo que era bueno para él, aunque no lo fuera para el dinero.

El primer año todavía pasó la cosa, pero al segundo tenía ya el aspecto de un monstruo. El cabello le cubría casi toda la cara, su barba parecía un trozo de tosco fieltro, sus dedos tenían garras y su cara estaba tan cubierta de suciedad, que si hubiera sembrado en ella berros le hubieran crecido. Todo el que lo veía huía, pero como en todos los lugares daba a los pobres dinero para que rezaran por él y pidieran que no se muriera en siete años, y como pagaba bien, siempre encontraba alojamiento. Al cuarto año llegó a una posada en la que el posadero no le quería admitir ni siquiera en el establo, porque temía que sus caballos se asustasen. Sin embargo, cuando metió la mano en el bolsillo y la sacó llena de ducados, el posadero se dejó ablandar y le dio una habitación en el edificio posterior; sin embargo, tuvo que prometer no dejarse ver para que su casa no adquiriese mala fama.

Una tarde en que Piel de Oso estaba sentado solo y deseaba de todo corazón que pasaran los siete años, oyó en el cuarto de al lado unos fuertes lamentos. Como tenía un corazón compasivo, abrió la puerta y se encontró con un hombre mayor que lloraba angustiosamente y se llevaba las manos a la cabeza. Piel de Oso



se acercó, pero, al verle, el hombre dio un salto y quiso huir. Finalmente, cuando oyó una voz humana, se dejó conmover, y Piel de Oso le convenció para que le contara la causa de sus preocupaciones. Su hacienda había ido desapareciendo poco a poco, él y sus hijas vivían en la miseria y era tan pobre que no podía ni pagar al posadero e iban a llevarlo a la cárcel.

—Pues si no tenéis más que esas preocupaciones —dijo Piel de Oso—, yo tengo dinero suficiente.

Llamó al posadero, le pagó y todavía le metió al infeliz una bolsa llena de oro en el bolsillo.

Cuando el hombre se vio libre de sus penas, no sabía cómo mostrarle su agradecimiento.

—Ven conmigo —le dijo—. Mis hijas son un espejo de belleza; elige la que quieras como mujer. Cuando sepa lo que has hecho por nosotros, no se negará. Tienes en verdad un aspecto un poco extraño, pero ella hará que te arregles.

A Piel de Oso le gustó y lo acompañó. Pero, cuando la mayor lo vio, se asustó de tal manera ante su cara que se puso a gritar y se alejó corriendo. La segunda se quedó quieta, lo contempló de pies a cabeza y dijo:

—¿Cómo puedo aceptar a un hombre que no tiene aspecto humano? Para eso prefiero al oso afeitado que una vez vimos aquí y se hacía pasar por un hombre. Llevaba una piel de húsar y guantes blancos y, aunque era feo, podía haberme acostumbrado a él.

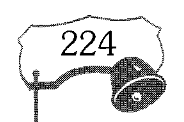
La más joven, sin embargo, dijo:

—Querido padre, tiene que ser un buen hombre el que os ha ayudado a salir del apuro. Si le habéis prometido una esposa a cambio, tenéis que cumplir vuestra palabra.

Era una lástima que la cara de Piel de Oso estuviera cubierta de suciedad y greñas; si no, se hubiera podido ver cómo se le alegraba el corazón cuando oyó decir estas palabras. Se sacó un anillo del dedo, lo partió en dos y le dio a ella una mitad, quedándose él con la otra. En la midad de ella escribió su nombre y en la de él el nombre de ella y le pidió que guardara bien la pieza. Después de esto se despidió y dijo:

Todavía tengo que viajar durante tres años; si no regreso, eres libre porque entonces habré muerto. Pero pídele a Dios que me conserve la vida.

La pobre novia se vistió de negro y, pensando en su novio, se le llenaban los ojos de lágrimas. De parte de sus hermanas no recibía más que risas y burlas:



—Ten cuidado —decía la mayor—. Cuando le des la mano, te dará con la pata.

—Ten cuidado —le decía la segunda—, que a los osos les gusta el dulce y como le gustes te va a devorar.

—Haz siempre lo que quiera —proseguía la mayor—, que si no comenzará a gruñir.

Y la segunda continuaba:

—Pero la boda será divertida. ¡Los osos bailan bien!

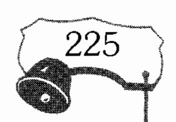
La novia callaba y no se dejaba desconcertar.

Piel de Oso anduvo por el mundo de un lado para otro, hizo el bien donde pudo y daba a los pobres en abundancia para que rezaran por él. Finalmente, cuando llegó el último día de los siete años, volvió a la pradera y se sentó ante el anillo de árboles. Poco tiempo después sopló el viento y el diablo se presentó ante él mirándole con cara de pocos amigos; luego le lanzó la vieja chaqueta y exigió la suya verde.

—Todavía no hemos llegado tan lejos —dijo Piel de Oso—. Primero tienes que limpiarme.

Aunque a regañadientes, el diablo tuvo que traer agua, limpiar a Piel de Oso, peinarle los cabellos y cortarle las uñas. Después de todo esto tenía el aspecto de un bravo soldado y estaba mucho más guapo que antes.

Cuando felizmente el diablo se retiró, a Piel de Oso se le quitó un peso de encima. Fue a la ciudad, se puso una lujosa chaqueta de terciopelo, se sentó en un carruaje con cuatro caballos blancos y se dirigió a la casa de su novia. Nadie le reconoció. El padre creyó que era un señor importante y lo condujo al cuarto donde estaban sus hijas. Se sentó entre las dos mayores, que le ofrecieron vino, le sirvieron los mejores bocados y pensaron que no habían visto hombre más apuesto en su vida. La novia, sin embargo, vestida de negro, estaba sentada frente a él. No abrió la boca ni pronunció una sola palabra. Finalmente, al preguntarle al padre si quería darle por esposa a una de sus hijas, las dos mayores se levantaron de un salto, fueron a su habitación y se pusieron sus trajes más lujosos, pues cada una creía que sería la elegida. El forastero, tan pronto como se quedó a solas con su novia, sacó la mitad del anillo y lo echó en un vaso de vino, que le dio a ella por encima de la mesa. Ella lo cogió y, al beberlo y encontrar la otra mitad del anillo en el fondo, su corazón se puso a palpitar. Tomó la otra mitad, que tenía atada con una cinta alrededor del cuello, la colocó junto a la otra y vio que ambas partes se ajustaban perfectamente una a la otra. Entonces él habló:

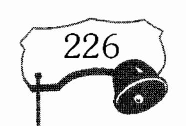


—Yo soy tu prometido, que has conocido como Piel de Oso, pero por la gracia de Dios he recuperado de nuevo mi aspecto humano y estoy otra vez limpio.

Se dirigió a ella, la abrazó y le dio un beso. Mientras tanto aparecieron las dos hermanas totalmente ataviadas, y cuando vieron que el guapo joven le había correspondido en suerte a la más joven, y supieron que era Piel de Oso, se marcharon afuera llenas de ira y de cólera. Una se ahogó en un pozo y la otra se ahorcó en un árbol. Por la noche, alguien llamó a la puerta y, cuando el novio abrió, apareció el diablo con su casaca verde, diciendo:

—¿Ves? Ahora tengo dos almas en lugar de la tuya.





El reyezuelo y el oso

Una vez iban en verano paseando por el bosque el oso y el lobo. Entonces el oso oyó el hermoso canto de un pájaro y dijo:

—Hermano lobo, ¿qué pájaro es ese que canta tan bien?

—Es el rey de los pájaros —dijo el lobo—. Ante él tenemos que inclinarnos.

Era el reyezuelo*.

—Si es así —dijo el oso—, me gustaría ver su palacio real. Llévame hasta allí.

—Eso no es tan fácil como crees. Hay que esperar hasta que llegue la reina.

Poco después llegaron la reina y el rey con alimentos en el pico para alimentar a sus crías. Al oso le hubiera gustado ir detrás de ellos, pero el lobo lo detuvo por la manga y dijo:

—No; hay que esperar hasta que los reyes se hayan ido.

Así que tomaron nota del agujero en que estaba el nido y se fueron trotando. El oso, sin embargo, no estaba tranquilo y quería ver el palacio real, así que volvió allí. El rey y la reina se habían alejado volando; él miró dentro y vio allí cinco o seis crías.

—¿Es éste el palacio real? —gritó el oso—. Es un palacio miserable. Y vosotros no sois hijos de reyes, sois hijos bastardos.

Cuando los jóvenes reyezuelos oyeron esto, se enfadaron de verdad y gritaron:

—No, nosotros no somos eso, nuestros padres son gente honrada. Ya te ajustaremos las cuentas, oso.

Al lobo y al oso les entró miedo y se fueron a sus cuevas. Los pequeños reyezuelos, sin embargo, siguieron gritando y alborotando, y cuando sus padres volvieron a traerles comida, dijeron:

—No moveremos ni un ala y nos dejaremos morir de hambre hasta que hayáis decidido si somos hijos bastardos o no. El oso ha estado aquí y nos ha insultado.

Entonces dijo el viejo rey:

—Estad tranquilos. Eso se aclarará.

A continuación voló con la reina ante la cueva del oso y gritó:

—Viejo oso gruñón. ¿Por qué has insultado a mis crías? Esto te va a costar caro: lo decidiremos en una guerra sangrienta.

Así pues, declaró la guerra al oso, y éste llamó a todos los animales de cuatro patas: al buey, al asno, a la vaca, al ciervo, al venado y, en general, a todos los que andan por la tierra. El reyezuelo, por su parte, llamó a todos los que vuelan por los aires, no

sólo a los pájaros, grandes y pequeños, sino también a los mosquitos, los avispones, las abejas y las moscas.

Antes de empezar la guerra, el reyezuelo mandó espías para saber quién era el general en jefe del enemigo. El mosquito, que era el más astuto de todos, voló por el bosque donde estaba reunido el enemigo y se posó en la hoja de un árbol, donde se estaban dando las consignas. Allí estaba el oso; llamó al zorro y dijo:

—Zorro, tú que eres el más astuto de todos los animales, serás el general y nos capitanearás.

—Bien —dijo el zorro—, pero habrá que convenir una señal.

Nadie lo sabía. El zorro dijo:

—Yo tengo un hermoso rabo largo y espeso que tiene casi la apariencia de un penacho rojo. Cuando mantenga el rabo en alto, entonces es que va bien la cosa y podéis seguir avanzando; pero si lo dejo caer, corred todo lo que podáis.

Cuando el mosquito oyó esto, volvió a casa volando y se lo contó al reyezuelo todo con pelos y señales.

Llegó el día de la batalla y aparecieron los animales de cuatro patas con tal estrépito que la tierra temblaba; el reyezuelo llegó también con su ejército por el aire: zumbaban, gritaban y revoloteaban de tal manera que daba miedo y pavor. Iban unos al lado de los otros en formación. El reyezuelo mandó a los avispones que bajaran y picaran al zorro en el rabo con todas sus fuerzas. Cuando el zorro recibió el primer picotazo, tembló de tal manera que levantó la pata; sin embargo, todavía aguantó y mantuvo el rabo en lo alto. Al segundo picotazo lo tuvo que bajar por un momento, pero al tercero, ya no se pudo contener más, gritó y metió el rabo entre las piernas. Cuando los animales vieron esto, pensaron que todo estaba perdido y comenzaron a correr cada uno a su cueva, y así los pájaros ganaron la batalla.

Entonces el rey y la reina se fueron a su casa, gritando:

—Niños, estad contentos, comed y bebed a gusto, hemos ganado la guerra.

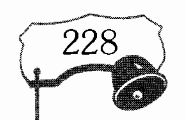
Pero los jóvenes reyezuelos dijeron:

—No comeremos hasta que venga el oso ante el nido y se retracte públicamente diciendo que no somos hijos bastardos.

Al oír esto voló el reyezuelo ante el agujero del oso y dijo:

—Oso gruñón, ve ante el nido de mis hijos y retráctate públicamente diciendo que son hijos legítimos, o te molemos las costillas.

El oso, muerto de miedo, se arrastró y se retractó. Los jóvenes reyezuelos se pusieron muy contentos, se sentaron juntos, comieron, bebieron y se divirtieron hasta bien entrada la noche.

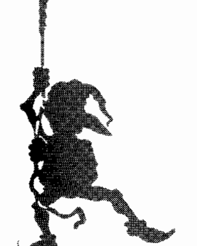


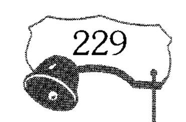
La papilla dulce

Erase una vez una pobre muchacha inocente que vivía sola con su madre y no tenía nada para comer. La niña fue al bosque y allí se encontró con una anciana que, conociendo su desgracia, le regaló una ollita a la que bastaba con decirle: «Ollita, cuece» para que preparase una rica papilla dulce de mijo, y diciéndole: «Ollita, deténte», dejaba de cocer.

La muchacha le llevó a su madre la olla a casa, y así se vieron libres de la pobreza y el hambre, y comían tanta papilla como querían.

Una vez que había salido la muchacha dijo la madre: «Ollita, cuece» y la ollita coció y ella se hartó de comer; luego quiso que la ollita dejara de cocer, pero no sabía la fórmula. Así que la ollita siguió cociendo y la papilla se salió por los bordes y siguió cociendo, cociendo, e inundó la cocina y la casa de al lado, y luego la calle, como si quisiera saciar al mundo entero, originando una situación difícil para la que nadie encontraba remedio. Finalmente, cuando ya no quedaba más que una casa, la niña regresó y dijo: «Ollita, deténte». La ollita dejó de cocer, pero todo el que quiso regresar a la ciudad tuvo que comer papilla para abrirse paso.





La gente astuta

Un buen día un campesino cogió su bastón de carpe* del rincón y le dijo a su mujer:

—Trina, me voy ahora a hacer una excursión y volveré dentro de tres días. Si durante este tiempo viene el tratante de ganado y quiere comprar nuestras tres vacas, puedes venderlas, pero no por menos de doscientos táleros, ¿lo oyes?

—Ve tranquilo en nombre de Dios —dijo la mujer—, que así lo haré.

—Sí —dijo el hombre—. De niña te caíste de cabeza y aún te resientes de ella. Pero te advierto que, como hagas alguna tontería, te pintaré las costillas sin necesidad de pintura: me bastará con el bastón que tengo en la mano y la pintura te durará un año, puedes estar segura.

Después de esto el hombre emprendió su marcha.

A la mañana siguiente llegó el tratante de ganado y la mujer no necesitó gastar muchas palabras con él. Cuando vio las vacas y oyó el precio dijo:

—Te lo daré con gusto, eso es lo que valen entre hermanos. Me las llevaré inmediatamente.

Las desató de las cadenas y las sacó del establo. Cuando iba a salir ya por la puerta del patio, lo cogió la mujer por la manga y dijo:

—Dame primero los doscientos táleros; si no, no puedo dejarte marchar.

—Está bien —contestó el hombre—, sólo que me he olvidado el talego del dinero. Pero no te preocupes. Para que te quedes tranquila hasta que te pague, me llevaré dos vacas y te dejo la tercera de señal. Así tienes una buena garantía.

A la mujer le pareció bien, dejó que el hombre se fuera con las vacas y pensó:

«Qué alegría va a tener Juan cuando vea lo inteligentemente que lo he hecho.»

Al tercer día volvió el campesino a casa, como había dicho, y preguntó inmediatamente si había vendido las vacas.

—Naturalmente, querido Juan —contestó la mujer—. Por doscientos táleros, como tú has dicho. No valen tanto, pero el hombre se las ha llevado sin replicar.

—¿Dónde está el dinero? —preguntó el campesino.

—El dinero no lo tengo —contestó la mujer—. Precisamente

él se había olvidado su talego, y lo traerá inmediatamente, pero me ha dejado una buena garantía.

—¿Qué clase de garantía? —dijo el hombre.

—Una de las tres vacas, que no la tendrá hasta que haya pagado las otras. Está bien pensado, porque me he quedado con la pequeña, que es la que menos come.

El hombre se puso furioso y enarboló su bastón para darle lo prometido. De pronto lo dejó caer, diciendo:

—Eres la cosa más tonta que anda por estos mundos de Dios, pero me das lástima. Saldré a la carretera y esperaré tres días, a ver si encuentro a alguien más tonto que tú. Si tengo suerte, te librarás, pero si no lo encuentro, entonces recibirás tu bien ganada recompensa sin demoras.

Salió a la carretera, se sentó en una piedra y esperó a ver quién pasaba por allí. Entonces vio llegar una carreta, con una mujer que iba en ella de pie en vez de ir sentada en el haz de paja que allí llevaba o al lado de los bueyes conduciéndolos. El hombre pensó:

«Ahí tienes a una como la que buscas.»

Saltó y corrió delante del carro de un lado para otro como si no estuviera normal del todo.

—¿Qué quieres, compadre? —le dijo la mujer—. No sé quién eres ni de dónde vienes.

—Me he caído del cielo —contestó el hombre— y no sé cómo volver allí. ¿No puedes llevarme hasta arriba?

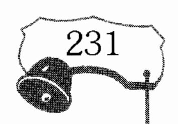
—No —dijo la mujer—, no me sé el camino. Pero, si vienes del cielo, podrías decirme qué tal le va a mi marido, que está allí desde hace tres años. Seguro que lo has visto.

—Claro que lo he visto —respondió el hombre—, pero no a todos les va bien. Está cuidando ovejas, y los animales le dan mucho trabajo, saltan por los montes y se pierden por los despoblados; por eso tiene que ir detrás de ellos y reunirlos de nuevo. Va hecho un desastre y las ropas se le están cayendo a cachos. Allí no hay sastres. Como sabes, San Pedro no deja entrar a ninguno por aquello del cuento.

—¡Quién lo hubiera podido imaginar! —dijo la mujer—. ¿Sabes una cosa? Voy a buscar su chaqueta de los domingos que aún está colgada en casa y que puede llevar con decoro. Si eres tan amable, puedes llevársela.

—Eso no puede ser —contestó el campesino—. Al cielo no se pueden llevar trajes, se los quitan a uno ante la puerta.

—Oye —dijo la mujer—, ayer vendí el trigo y me dieron una



buena cantidad de dinero a cambio; se lo enviaré. Si escondes la bolsa en la cartera, nadie se dará cuenta.

—Si no hay otro remedio —contestó el campesino—, te haré ese favor.

—Quédate ahí sentado —dijo ella—, que iré a casa y cogeré la bolsa; volveré en seguida. Como voy de pie en la carreta en vez de ir sentada en el haz de paja, a los bueyes les pesa menos y van más de prisa.

Ella condujo a sus bueyes y el campesino pensó:

«Esta sí que está loca perdida. Si de verdad trae el dinero, mi mujer estará de suerte, pues no le daré ningún palo.»

No había pasado mucho tiempo cuando ella llegó corriendo con el dinero y ella misma se lo metió en el bolsillo. Antes de marcharse le dio mil veces las gracias por su amabilidad.

Cuando la mujer volvía a su casa se encontró con su hijo que volvía del campo. Ella le contó las cosas tan inesperadas que le habían sucedido y añadió además:

—Me alegro de veras de haber podido enviar algo a mi pobre marido. ¡Quién hubiera podido imaginar que le iba a faltar algo en el cielo!

El hijo estaba enormemente sorprendido:

—Madre —dijo—, un tipo así no cae del cielo todos los días; saldré en seguida a ver si encuentro al hombre para que me cuente cómo se está allí y cómo anda el trabajo.

Aparejó al caballo y salió cabalgando a toda prisa. Encontró al campesino debajo de un sauce contando el dinero que había en la bolsa.

—¿No ha visto al hombre que ha caído del cielo?

—Sí —contestó el campesino—, se ha puesto en camino de vuelta y ha subido la montaña, desde donde está algo más cerca.

—¡Vaya! —dijo el joven—. Me he matado todo el día trabajando y la cabalgata me ha dejado muy cansado. Usted, que conoce al hombre, ¿sería tan amable de subir a mi caballo y convencerle de que vuelva aquí?

«¡Ah! —pensó el campesino—. Aquí hay otro al que no le funciona bien la cabeza y le falta algún tornillo.»

—¿Por qué no voy a hacerle ese favor? —dijo.

Se montó y salió a galope. El joven se quedó allí sentado hasta que se hizo de noche, pero el campesino no regresó.

«Seguro —pensó— que el hombre del cielo tenía mucha prisa y no ha querido volver y el campesino le ha dado el caballo para que se lo lleve a mi padre.»

Regresó a su casa y le contó a su madre todo lo que había sucedido; que le había mandado el caballo a su padre para que no tuviera que andar dando vueltas a pie siempre.

—Has hecho bien —contestó ella—. Tú eres todavía joven y puedes ir a pie.

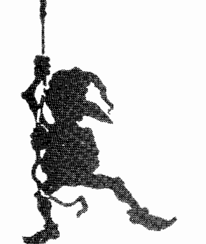
Cuando el campesino volvió a casa, puso el caballo en el establo junto a la vaca apalabrada, fue junto a su mujer y le dijo:

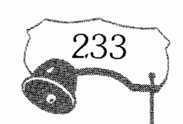
—Trina, has tenido suerte. He encontrado a dos que son todavía más tontos que tú. Por esta vez te libras de los palos; me los ahorraré para otra ocasión.

Luego encendió su pipa, se sentó en la poltrona y dijo:

—Verdaderamente ha sido un buen negocio; por dos vacas flacas, un buen caballo y, además, una gran bolsa de oro. Si la tontería da siempre tanto fruto, la respetaré siempre.

Así pensaba el campesino, pero seguro que a ti te gustan más las personas simples.





Cuentos del sapo

I

Erase una vez un niño pequeño al que su madre le daba todos los días, después de comer, un platito de leche con migas de panecillo blanco, y el niño se sentaba a comerlo en el patio. Pero cuando comenzaba a comer aparecía el sapo de la casa, que salía por una rendija del muro, metía su cabecita en la leche y comía al mismo tiempo. Al niño le gustaba esto y en cuanto se sentaba allí con su platito y el sapo no acudía inmediatamente, entonces lo llamaba:

—Ven aquí, sapito guapo,
a comer en mi platito,
y a beber, querido sapo,
de leche fresca un sorbito.

Entonces venía el sapo corriendo y comía gustosamente. Se mostraba también agradecido, pues el niño le traía de sus tesoros secretos toda clase de cosas: piedras brillantes, perlas y juguetes dorados. El sapo, sin embargo, no bebía más que leche y dejaba al lado las migajas. Una vez el niño cogió su cucharita y le dio dulcemente con ella en la cabeza, diciendo:

—Cosita, come también migajitas.

La madre, que estaba en la cocina, oyó que el niño hablaba con alguien y, al ver que estaba dándole al sapo con su cucharita, corrió con un trozo de leña y mató al animalito.

A partir de ese momento el niño experimentó un cambio. Mientras el sapo había comido con él, estaba grueso y fuerte. Pero después perdió sus hermosas mejillas y adelgazó. Poco después empezó a gritar la lechuza por la noche y el petirrojo comenzó a reunir ramitas y hojitas para una corona de muerto; poco después el niño estaba de cuerpo presente.

II

Una huérfana estaba hilando sentada en la muralla de la ciudad. Entonces vio salir a un sapo de una abertura de un muro. Rápidamente extendió a su lado su pañuelo de seda azul, que a los sapos les gusta tanto y sobre el que andan solos. Cuando el

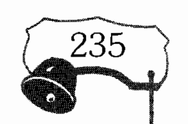
sapo vio esto se dio la vuelta, volvió con una pequeña coronita, la puso encima y se alejó otra vez. La muchacha cogió la corona, que brillaba y era como de hilado de oro. Poco tiempo después, volvió otra vez el sapo, pero al no ver la corona se arrastró hasta la pared y le dio tanta pena que estuvo dándose golpes en la cabeza mientras tuvo fuerzas, hasta que se quedó allí muerto.

Si la muchacha hubiera dejado allí la corona, el sapo le hubiera traído más tesoros de su cueva.

III

El sapo llamó:
—Uh, uh.
El niño le dijo:
—Sal fuera.
El sapo salió, y el niño le preguntó por su hermanita:
—¿Has visto a Calcitas Rojas?
El sapo dijo:
—No, yo no. ¿Y tú? Uh, uh.





El pobre aprendiz de molinero y la gatita

En un molino vivía un viejo molinero que no tenía mujer ni hijos, y servían en su casa tres aprendices de molinero. Cuando llevaban ya unos cuantos años con él, les dijo un día:

—Yo soy viejo y quiero sentarme detrás de la estufa. Marchaos, y al que me traiga el mejor caballo a casa le daré el molino, y a cambio él me cuidará hasta mi muerte.

El tercer aprendiz era un mozo al que los otros lo tenían por tonto; no le concedían que pudiera obtener el molino y tampoco él lo quiso más tarde.

Salieron los tres juntos y al llegar al pueblo le dijeron los otros dos al tonto de Juan:

—Tú puedes quedarte aquí. En tu vida conseguirás un rocín.

Juan, sin embargo, fue con ellos y al caer la noche llegaron a una cueva y se tumbaron en ella a dormir. Los dos listos esperaron a que Juan se hubiera dormido y entonces se levantaron y se pusieron en marcha, dejando a Juan acostado y pensando que lo habían hecho estupendamente. ¡Sí, pero no os va a ir tan bien!

Cuando salió el sol y Juan se despertó, estaba en una cueva muy profunda; miró a todos lados y exclamó:

—¡Ay, Dios mío! ¿Dónde estoy?

Se levantó, salió arrastrándose de la cueva y, dirigiéndose al bosque, pensó: «Ahora estoy totalmente solo y abandonado. ¿Cómo voy a conseguir yo un caballo?»

Mientras iba sumido en tales pensamientos se encontró con una pequeña gatita de colores, que le dijo muy cordial:

—Juan, ¿adónde quieres ir?

—¡Ay! Tú no puedes ayudarme en modo alguno.

—Yo sé bien lo que deseas —dijo la gatita—. Quieres tener un hermoso caballo. Vente conmigo, sírveme durante siete años y te daré el más hermoso que hayas visto en tu vida.

«Bueno —pensó Juan—, esta es una gata maravillosa. Voy a ver si es verdad lo que dice.»

La gata se lo llevó a su palacio encantado, donde no había más que gatitos que le servían; saltaban ágiles las escaleras, arriba y abajo, y estaban contentos y alegres.

Por la noche, mientras estaban sentados a la mesa, tres de ellos ofrecían un concierto: uno tocaba el bajo, el otro el violín y el tercero se ponía la trompeta en la boca y soplaba todo lo que podía. Después de cenar se llevaban la mesa y la gata le decía a Juan:

—¡Ven, Juan, baila conmigo!

—No —contestaba él—, yo no bailo con una gata micifuz, no lo he hecho nunca.

—Pues llevadlo a la cama —decía ella a los gatitos.

Entonces, uno le encendía la luz del dormitorio, otro le quitaba los zapatos, otro los calcetines y, finalmente, otro le apagaba la luz. A la mañana siguiente volvían otra vez y le ayudaban a levantarse: uno le ponía los calcetines, otro le ataba las cintas de los calcetines, otro le traía los zapatos, otro lo lavaba y otro le secaba la cara con la cola.

—Esto es agradable —decía Juan.

Pero también él tenía que servir a la gata y todos los días iba a cortar leña. Para ello le daban un hacha de plata, un cuchillo y una sierra, también de plata, y un mazo de cobre.

El cortaba la leña y luego volvía a casa, donde tenía su buena comida y bebida, pero no veía a nadie más que a la gata de colores y a su servicio. Una vez ella le dijo:

—Ve y siégame la pradera, y pon a secar la hierba.

Y le dio una guadaña de plata y una piedra de afilar de oro, pero le advirtió que lo devolviera todo en perfecto estado. Juan hizo lo que le había mandado; después de terminar el trabajo, llevó la guadaña, la piedra de afilar y el heno a casa y preguntó si aún no le podía dar su recompensa.

—No —dijo la gata—, todavía tienes que hacerme una cosa; aquí hay madera de plata, hacha de carpintero, cantoneras y todo lo necesario de plata; hazme una casita con todo esto.

Cuando acabó de construir la casita, le dijo que ya lo había hecho todo y que todavía no tenía un caballo.

Sin embargo, se le habían pasado los siete años como si hubiera sido medio.

La gata le preguntó si quería ver sus caballos.

—Sí —dijo Juan.

Entonces le abrió las puertas de la casita y vio doce caballos, a cuál más magnífico, que brillaban y relucían enormemente, de tal manera que su corazón le dio saltos de gozo.

Luego la gatita le dio de beber y comer y le dijo:

—Vuelve a casa, que dentro de tres días yo misma te llevaré los caballos.

Juan se puso en marcha y ella le mostró el camino del molino. Sin embargo, no le había dado ni un traje nuevo y tuvo que seguir con el mismo mono, viejo y andrajoso, que trajo con él, y que se le había quedado corto en los siete años.

Cuando llegó a casa ya estaban allí los otros dos mozos del molino. Cada uno había traído su caballo; pero el del uno era ciego y el del otro cojo. Le preguntaron:

—Juan, ¿dónde está tu caballo?

—Me lo traerán dentro de tres días.

Entonces se echaron a reír:

—Pero Juan, ¿de dónde vas a sacar tú un caballo? Esto sí que va a ser divertido.

Juan entró en la habitación y el molinero le dijo que no se sentara a la mesa: estaba tan andrajoso y sucio que se avergonzaría si alguien entrase. Le sacaron un poco de comida y, cuando se fueron a dormir, los otros dos no le dieron ni una cama, de modo que tuvo que irse al corral de los gansos y tumbarse encima de un poco de dura paja. A la mañana siguiente, al despertarse, habían pasado ya los tres días; llegó una carroza con seis caballos que brillaban que era una maravilla, y un sirviente traía otro caballo para el pobre mozo del molino. De la carroza bajó una princesa maravillosa y entró en el molino; la princesa era la gatita pequeña de muchos colores a la que el pobre Juan había servido durante siete años. Ella preguntó al molinero dónde estaba el mozo del molino, el aprendiz.

A esto contestó el molinero:

—A ése no le podemos acoger en el molino de puro andrajoso. Está en el corral de los gansos.

Entonces dijo la princesa que lo trajeran en seguida; así lo hicieron y él se tapó con el mono como pudo. Luego el sirviente desempaquetó lujosas vestimentas, lo lavó y vistió y, cuando estuvo listo, no había rey que tuviera aspecto más hermoso.

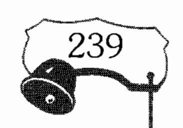
Después la doncella pidió ver a los caballos que habían traído los otros dos mozos: uno era ciego y el otro cojo. Mandó traer entonces al sirviente el séptimo caballo, y cuando el molinero lo vio, dijo que en su vida había visto uno igual en la corte.

—Pues éste es para el tercer mozo del molino —dijo ella.

—Entonces suyo es el molino —dijo el molinero.

Pero la princesa dijo que allí estaba el caballo y que podía también quedarse con el molino. Cogió a su fiel Juan, lo montó en la carroza y se fue con él. En primer lugar fueron hacia la casita que él había construido con las herramientas de plata.

Allí había un gran palacio y todo era en él de plata y oro; luego se casó con él, y fue tan rico, rico, que tuvo suficiente para toda su vida. Por eso nadie puede decir que el que es tonto no puede llegar a ser algo aceptable en la vida.



Los dos caminantes

La montaña y el valle no se encuentran nunca, pero sí los hijos de los hombres, buenos y malos. Así sucedió que se encontraron un zapatero y un sastre viajando por el mundo. El sastre era un mozo pequeño y guapo y estaba siempre alegre y de buen humor. Vio llegar al zapatero por el otro lado y, como por sus herramientas se dio cuenta del oficio que tenía, le cantó una cancioncilla burlona:

—Cóseme bien la costura,
y tírame bien del cabo;
úntame con pez y engrudo
por arriba y por abajo;
y golpea fuertemente
las tachuelas y los clavos.

Pero el zapatero no aguantaba una broma; puso una cara como si hubiera bebido vinagre e hizo un gesto como de querer agarrar al sastrecillo por el cuello. Sin embargo, el muchacho comenzó a reírse, le alargó su botella y dijo:

—Ha sido sin mala intención, hombre; bebe y trágate la hiel.

El zapatero se echó un buen trago y la tormenta de su cara empezó a desdibujarse. Le devolvió al sastre la botella y dijo:

—He bebido en abundancia; se habla mucho del beber, pero no de la mucha sed. ¿Quieres que viajemos juntos?

—Me parece bien —contestó el sastre—, si es que tienes ganas de ir a una gran ciudad, donde no falte el trabajo.

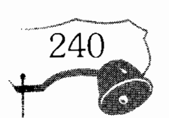
—Precisamente allí quería ir yo —contestó el zapatero—. En un villorrio no se puede ganar mucho, y en el campo la gente prefiere ir descalza.

Siguieron viajando juntos, echando un pie tras otro, como el armiño en la nieve.

Tiempo tenían de sobra, pero poco para comer. Cuando llegaban a una ciudad, daban vueltas por doquier y saludaban a los artesanos, y como el sastrecillo tenía un aspecto tan alegre y contento y tenía buenos colores, todos le daban gustosamente algo, y si la suerte era buena, la hija del maestro, al pasar, le tiraba un beso bajo la puerta. Cuando se volvía a encontrar con el zapatero tenía algo más en su hatillo.

El zapatero gruñón ponía una cara alargada y decía:

—Cuanto más grande el pícaro, mayor la suerte.



Pero el sastre se echaba a reír y a cantar y repartía con su camarada todo lo que le habían dado. Si tenía unos cuantos céntimos en el bolsillo, invitaba rápidamente y golpeaba de alegría en la mesa de tal manera que los vasos bailaban. Su lema era: «Lo que se gana fácilmente, hay que gastarlo también alegremente.»

Habían andado ya durante algún tiempo y llegaron a un enorme bosque, por el que pasaba el camino para ir a la capital del reino. Dos caminos peatonales lo atravesaban: uno de ellos duraba siete días y el otro solamente dos, pero ninguno sabía cuál era el camino más largo. Los dos caminantes se sentaron bajo una encina y meditaron sobre las provisiones que tenían y para cuántos días tenían que llevar pan. El zapatero dijo:

—Hay que pensar con mayor rapidez de la que se anda: yo llevaré pan para siete días.

—¿Cómo? —dijo el sastre—. ¿Llevar pan a la espalda para siete días como un animal de carga y no poder mirar alrededor? Yo confío en Dios y no tendré nada en cuenta. El dinero que tengo en el bolsillo es tan bueno en invierno como en verano; con el calor el pan se pone seco y rancio. Mi chaqueta no es tampoco más larga que mis huesos. ¿Por qué no vamos a encontrar el buen camino? Pan para dos días y basta.

Cada uno se compró su pan y se encaminaron hacia el bosque, a la buena de Dios.

En el bosque estaba todo tan silencioso como una iglesia. No soplaba viento alguno, no se oía el susurro de ningún manantial, no cantaba ningún pájaro y por las frondosas ramas no penetraba ni un rayo de sol. El zapatero no dijo nada, el pan le pesaba en la espalda, y el sudor corría por su cara desagradable y huraña. El sastre estaba alegre, saltaba de un lado a otro, silbaba y cantaba una cancioncilla pensando: «Dios en el cielo tiene que alegrarse de que yo esté tan contento.»

Los dos primeros días se pasaron rápidamente, pero al tercer día, cuando no se le veía el final al bosque y el sastre se había comido ya su pan, se desanimó un poco; pero no perdió el ánimo, sino que se encomendó a Dios y a su suerte. Al tercer día se tumbó hambriento bajo un árbol y, a la mañana siguiente, se levantó hambriento también. Así pasó el cuarto día, y cuando el zapatero se sentaba en un árbol caído a comer, al sastre se le iban los ojos; si pedía un trocito de pan, el otro se reía burlón y decía:

—Tú has estado siempre alegre; ahora sabrás lo que es estar triste; a los pájaros que cantan demasiado pronto por la mañana, por la tarde se los come el cernícalo *.

En resumen, que no sentía compasión alguna. Pero a la quinta mañana el pobre sastre no pudo levantarse ni decir una palabra a causa del desfallecimiento; tenía las mejillas blancas y los ojos rojos. Entonces el zapatero le dijo:

—Te daré un trozo de pan, pero a cambio te sacaré el ojo derecho.

El pobre sastre, que quería salvar su vida, no encontró otra salida; lloró una vez más con ambos ojos y se los presentó al zapatero; éste, que tenía un corazón de piedra, con un cuchillo puntiagudo le sacó el ojo derecho. Al sastre le vino a la cabeza lo que solía decirle su madre cuando él iba a golosinear a la despensa:

—Comer, lo que se quiera, y sufrir, lo que se deba.

Cuando terminó de comer el pan, que tan caro le había costado, se puso de nuevo en pie, se olvidó de su infortunio y se consoló pensando que con el otro ojo podía ver lo suficiente. Pero al sexto día volvió a hacer acto de presencia el hambre, que casi le devoraba el corazón. Por la tarde se derrumbó de nuevo bajo un árbol, y a la séptima mañana no podía levantarse de debilidad, y la muerte hacía presa en él. Entonces dijo el zapatero:

—Voy a tener compasión y te voy a dar otra vez pan; pero no te lo daré de balde: a cambio te sacaré el otro ojo.

Entonces el sastre reconoció su vida insensata, pidió perdón a Dios y dijo:

—Haz lo que tengas que hacer, y yo voy a sufrir lo que tengo que sufrir, pero piensa que Nuestro Señor nos juzga en cada momento y que vendrá otra hora donde será vengada la mala acción que vas a hacer conmigo y que no me he merecido. En los buenos días he repartido lo que tenía. Mi oficio es dar una puntada tras otra; si no tengo ojos y no puedo coser más, tendré que ponerme a mendigar. Por favor, no me dejes aquí cuando esté ciego; si no, sucumbiré.

El zapatero, que había alejado a Dios de su corazón, cogió el cuchillo y le sacó el ojo izquierdo. Luego le dio un trozo de pan para comer, le proporcionó un bastón y se lo llevó tras él.

Cuando el sol se puso, salieron del bosque, y en el campo se encontraron con una horca. Condujo hasta allí al sastre ciego, lo dejó allí tumbado y siguió su camino. A causa del cansancio, el dolor y el hambre, el desdichado se durmió, y durmió durante toda la noche. Cuando amanecía se despertó sin saber dónde estaba. En la horca había dos pobres pecadores colgados, y sobre la cabeza de cada uno había un cuervo. Entonces uno comenzó a hablar:

—Hermano, ¿estás despierto?

—Sí, estoy despierto —contestó el segundo.

—Entonces voy a decirte algo —prosiguió el primero—. El rocío que ha caído hoy sobre nosotros en la horca le devuelve los ojos al que se lava con él. Si supieran los ciegos cómo podrían volver a ver, lo creerían imposible.

Cuando el sastre oyó esto, cogió su pañuelo, lo apretó sobre la hierba y cuando se puso húmedo del rocío se bañó con él la cuenca de los ojos. Rápidamente se cumplió lo que había dicho el ahorcado, y un par de ojos sanos y frescos volvieron a poblar sus cuencas.

Pronto el sastre vio ascender el sol detrás de los montes; ante él, en la llanura, se extendía la gran ciudad real con sus magníficas puertas, sus cien torres, y los adornos dorados, y las cruces que había sobre los picos comenzaron a brillar. Distinguió cada hoja de los árboles, vio los pájaros que pasaban volando y las moscas que bailaban en el aire. Sacó su aguja del bolsillo, y al ver que podía enhebrar el hilo tan bien como antes, su corazón le dio saltos de alegría. Se puso de rodillas, dio gracias a Dios por el favor concedido y recitó su oración de la mañana; tampoco se olvidó de rezar por los pobres pecadores que había allí colgados como el badajo de una campana y que el viento golpeaba a uno contra otro. Luego se echó su hatillo a la espalda, olvidó las penas sufridas y siguió andando mientras silbaba y cantaba.

Lo primero con que se encontró fue con un potro marrón que andaba suelto saltando por el campo. Lo cogió por las crines para montarse en él e ir a la ciudad. Pero el potro le pidió su libertad:

—Yo soy todavía muy joven —dijo— e incluso un sastre tan ligero como tú me puede partir el espinazo en dos. Déjame correr hasta que sea fuerte: quizá llegué un día en que pueda recompensártelo.

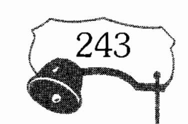
—Corre —dijo el sastre—, ya veo que tú también eres un saltarín.

Le dio un golpe con la vara en el lomo, y el caballo dio saltos de alegría con las patas traseras; saltó entre matorrales y fosos y partió hacia el campo.

Pero el sastrecillo no había probado bocado desde el día anterior.

—El sol —dijo— me llena sin duda los ojos, pero el pan no me llena la boca. Lo primero que me encuentre por el camino y que sea medianamente apetitoso, lo cogeré.

Mientras tanto, una cigüeña caminaba muy seria por la pradera.



—¡Alto, alto! —gritó el sastre, cogiéndola por la pata—. No sé si sabrás bien o no, pero mi hambre no me deja mucho donde escoger: voy a cortarte la cabeza y asarte.

—¡No lo hagas! —contestó la cigüeña—. Yo soy un pájaro sagrado, al que nadie hace daño, y que es de gran utilidad al hombre. Déjame con vida, que tal vez algún día pueda pagártelo de otra manera.

—¡Bueno, lárgate, prima Pataslargas! —dijo el sastre.

La cigüeña alzó el vuelo, dejó colgar las largas patas y se alejó volando tranquilamente.

«¿Qué resultará de todo esto? —se dijo el sastre a sí mismo—. Mi hambre es cada vez mayor y mi estómago está cada vez más vacío. Ahora sí que lo que me encuentre por el camino estará perdido.»

Entretanto vio en un estanque unos cuantos patos por allí nadando.

—Venís que ni de encargo —dijo.

Cogió uno de ellos e iba a retorcerle el cuello, cuando comenzó a gritar una vieja pata que estaba escondida en el cañaveral. Fue nadando con el pico abierto y le pidió encarecidamente que se compadeciera de sus queridas crías.

—Piensa —dijo ella— en cómo lloraría tu madre si alguien te cogiera y quisiera quitarte la vida.

—Estáte tranquila —dijo el buen sastre—, que conservarás a tus crías.

Y colocó al prisionero de nuevo en el agua.

Al darse la vuelta se topó con un árbol viejo, medio hueco, y vio entrar y salir abejas salvajes.

—Aquí encontraré la recompensa por mi buena acción —dijo el sastre—. La miel me refrescará.

Pero llegó un zángano, amenazó y dijo:

—Si tocas a mi pueblo y destruyes mi nido, nuestros aguijones se te clavarán en la piel como diez mil agujas ardiendo. Si nos dejas en paz y sigues tu camino, alguna vez te haremos un favor.

El sastrecillo vio que tampoco allí se podía hacer nada.

—Tres fuentes vacías —dijo—, y en la cuarta tampoco hay nada. No es un mal almuerzo.

Con el estómago hambriento se arrastró hasta la ciudad, y como precisamente era mediodía, ya estaba preparada la comida para él en la posada y pudo sentarse a la mesa. Una vez saciado dijo:

—Bueno, ahora iré a trabajar.

Fue por la ciudad, buscó un maestro y pronto encontró un buen alojamiento. Y como había aprendido concienzudamente su oficio, pronto se hizo famoso y todos querían tener una chaqueta nueva hecha por el pequeño sastre. Cada día aumentaba más su fama.

«Ya no puedo llegar a más en mi arte —se dijo—; y cada día me va mejor.»

Finalmente el rey lo nombró sastre de la corte.

Pero lo que son las cosas de este mundo. El mismo día, el zapatero, su antiguo camarada, había sido hecho zapatero de la corte. Cuando vio al sastre y se dio cuenta de que tenía dos ojos sanos otra vez, le remordió la conciencia. «Antes de que se vengue de mí —pensó— tengo que tenderle una trampa.» Sólo que el que tiende a otro una trampa suele verse atrapado en ella.

Por la tarde, cuando ya estaba libre y había ya oscurecido, se deslizó ante el rey y dijo:

—Señor, el sastre es un hombre vanidoso y ha osado decir que él sería capaz de encontrar la corona de oro que se perdió hace tanto tiempo.

—Me encantaría —dijo el rey.

Al otro día mandó llamar al sastre y le ordenó encontrar la corona o abandonar la ciudad.

«¡Oh! —pensó—. Un pícaro da más de lo que tiene. Si el hurón del rey me exige lo que nadie puede llevar a cabo, no voy a esperar hasta mañana, sino que me marcharé hoy mismo de la ciudad.»

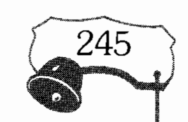
Ató su hatillo, pero, estando a las puertas, le dio lástima tener que abandonar su suerte y darle la espalda a la ciudad en la que le había ido tan bien. Llegó al estanque donde había entablado conocimiento con los patos. Y precisamente allí, a la orilla, limpiándose el pico, estaba sentada la vieja pata a la que le había dejado sus crías. Lo reconoció de inmediato y le preguntó por qué iba tan pensativo:

—No te extrañará cuando oigas lo que me ha pasado —contestó el sastre.

Y le contó su suerte.

—Si no es más que eso —dijo la pata—, hallaremos la solución. La corona se ha caído al agua y está en el fondo. La subiremos rápidamente otra vez. No tienes más que extender el pañuelo en la orilla.

Se sumergió con sus doce crías y cinco minutos después estaba en la superficie con la corona en medio, reposando sobre sus



alas, mientras sus doce crías, nadando alrededor, habían colocado sus picos debajo y ayudaban a llevarla. Nadaron a tierra y pusieron la corona en el pañuelo. No puedes imaginarte lo espléndida que era la corona: cuando el sol la iluminaba, brillaba como cien carbunclos*. El sastre ató su pañuelo con las cuatro puntas y se la llevó al rey, que se puso contentísimo, y le puso al sastre una cadena de oro alrededor del cuello.

Cuando el zapatero vio que su treta no había dado resultado, reflexionó buscando otra, fue ante el rey y dijo:

—Señor, el sastre se ha vuelto a mostrar vanidoso y se ha comprometido a hacer en cera una imitación exacta de este palacio real, con todo lo que hay dentro, fijo y suelto, dentro y fuera.

El rey hizo venir al sastre y le exigió que hiciese en cera una imitación exacta del palacio real con todo lo que había dentro, fijo y suelto, dentro y fuera, y si no era capaz de hacerlo o faltaba un solo clavo de la pared, permanecería encerrado bajo tierra para el resto de su vida.

El sastre pensó: «Esto se pone cada vez peor, no hay quien lo aguante.»

Se echó el hatillo a la espalda y partió. Cuando llegó al árbol hueco, se sentó y dejó caer la cabeza, pensativo. Llegaron volando las abejas, y el zángano le preguntó si tenía el cuello rígido ya que tenía la cabeza tan torcida.

—¡Ay, no! —contestó el sastre—. Es otra cosa lo que me preocupa.

Y contó lo que el rey le había exigido. Las abejas comenzaron unas con otras a zumbar y a susurrar entre ellas, y el zángano dijo:

—Vuelve a casa, ven mañana otra vez aquí a esta hora y trae un gran paño, que todo saldrá bien.

Se dio la vuelta; mientras, las abejas volaban hasta el palacio real, entraban por las ventanas y se arrastraban por todas las esquinas observándolo todo con la mayor precisión. Luego se marcharon e hicieron una imitación en cera del palacio, con tal velocidad que se pudiera creer que le crecía a uno ante la vista. Por la tarde estaba terminado, y cuando el sastre llegó a la mañana siguiente allí estaba el magnífico edificio, y no faltaba ni un clavo en la pared ni un ladrillo en el tejado; al mismo tiempo era suave y blanco como la nieve y olía dulce como la miel. El sastre lo envolvió cuidadosamente en su paño y se lo llevó al rey, el cual no salía de su asombro. Lo colocó en una gran sala y, a cambio, le regaló al sastre una gran casa de piedra.

El zapatero no cejó en su empeño. Por tercera vez fue a ver al rey y le dijo:

—Señor, ha llegado a los oídos del sastre que en el patio de palacio no sale agua, y ha osado decir que él es capaz de hacer salir en la mitad del patio un chorro de agua del tamaño de un hombre y clara como el cristal.

El rey hizo venir al sastre:

—Si mañana no hay un chorro de agua en mi patio como has prometido, el verdugo te hará una cabeza menos alto de lo que eres en el mismo patio.

El sastre no se lo pensó dos veces y se fue corriendo por la puerta. Como esta vez le iba en ello la vida, le corrían lágrimas por las mejillas. Mientras se iba tan lleno de tristeza, apareció corriendo el potrillo al que una vez le había regalado la libertad y que se había convertido en un hermoso ejemplar marrón.

—Ahora me ha llegado el momento de recompensar tu buena acción —le dijo—. Yo sé lo que te hace falta, y rápidamente te ayudaré. Súbete encima de mí, que ahora puedo llevar dos como tú.

Al sastre se le alegró el corazón, se subió en un abrir y cerrar de ojos, y el caballo salió a toda carrera hacia la ciudad, precisamente en dirección al patio de palacio. Allí dio tres vueltas rápido como un rayo y a la tercera se cayó. En aquel momento se produjo un ruido enorme, un trozo de tierra saltó en la mitad del palacio, subió como una bala por el aire y pasó por encima de palacio; inmediatamente detrás surgió un chorro de agua tan alto como el hombre y el caballo, y el agua era tan pura como el cristal y los rayos del sol comenzaron a brillar en ella. Al ver el rey aquello se levantó de admiración y abrazó al sastrecillo a la vista de todo el mundo.

Pero la felicidad no duró mucho tiempo. El rey tenía varias hijas, a cuál más hermosa, pero no tenía ningún hijo. Entonces el malvado zapatero se dirigió por cuarta vez al rey y le dijo:

—Señor, el sastre no ceja en su soberbia. Ahora se ha atrevido a decir que si quiere puede traerle al rey un hijo por el aire.

El rey hizo llamar al sastre y dijo:

—Si me traes dentro de nueve días un hijo, tendrás a mi hija mayor por esposa.

«La recompensa, en verdad, es grande —pensó el sastrecillo—. Se podría intentar todo lo posible, pero las cerezas están demasiado altas para mí; si subo a cogerlas, se romperá la rama y me caeré.»

Se fue a casa, se sentó con las piernas cruzadas en su mesa de trabajo y meditó lo que habría que hacer.

—Es imposible —dijo al fin—. Me iré, aquí no puedo vivir en paz.

Cogió su hatillo y salió apresuradamente por las puertas de la ciudad. Al llegar a la pradera distinguió a su antigua amiga la cigüeña, que iba de arriba abajo como un filósofo; de vez en cuando se detenía, cogía una rana, la observaba más de cerca y, finalmente, se la engullía. La cigüeña se acercó y lo saludó:

—Ya veo —comenzó— que tienes el morral a la espalda. ¿Por qué quieres abandonar la ciudad?

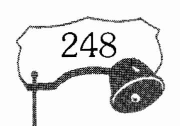
El sastre le contó lo que el rey le había pedido y que él no podía cumplir y se lamentaba de su mala suerte.

—No vayas a envejecer por eso —dijo la cigüeña—. Yo te ayudaré en este apuro. Ya hace mucho tiempo que traigo los bebés a la ciudad, y por una vez bien puedo traer de un pozo a un pequeño principito. Vete a casa y estáte tranquilo. Dentro de nueve días ve al palacio real, que allí iré yo.

El sastrecillo se fue a casa y en el momento preciso apareció por el palacio real. Poco después llegó volando la cigüeña y llamó a la ventana. El sastre le abrió y la prima Pataslargas entró cuidadosamente, andando con pasos graves por el liso suelo de mármol. Llevaba en el pico un niño hermoso como un ángel, que extendía sus manitas hacia la reina. Se lo puso en el regazo y ella lo abrazó, lo besó y estaba fuera de sí de alegría. Antes de marcharse la cigüeña cogió su bolsa de viaje de la espalda y se la dio a la reina. Dentro había cucuruchos de caramelos, que repartieron entre las pequeñas princesas. La mayor no recibió nada, sino que le dieron al alegre sastre por marido.

—Es como si me hubiera tocado el gordo de la lotería —dijo el sastre—. Desde luego, reconozco que mi madre tenía razón; siempre decía que «a quien confía en Dios y tiene suerte, no le puede faltar nada».

El zapatero tuvo que hacer los zapatos con que bailó el sastrecillo en la fiesta de la boda; luego le ordenaron que abandonara la ciudad para siempre. El camino hacia el bosque lo condujo a la horca. Cansado por la ira, la cólera y el calor del día, se tiró al suelo. Cerró los ojos y quiso dormir, pero entonces se lanzaron los dos cuervos, desde la cabeza de los ahorcados, y le sacaron los ojos a picotazos. Medio loco corrió hacia el bosque, y tiene que haberse muerto allí, pues nadie ha vuelto a verlo ni se ha sabido más de él.



Juan, mi erizo

Erase una vez un campesino que tenía dinero y bienes en abundancia, pero a pesar de lo rico que era le faltaba algo para su felicidad: no tenía hijos. A menudo, cuando iba con los otros campesinos a la ciudad se burlaban de él y le preguntaban por qué no tenía hijos. Finalmente, una vez montó en cólera y, al llegar a casa, dijo:

—Quiero tener un hijo, aunque sea un erizo.

Entonces su mujer tuvo un hijo que por arriba era un erizo y por abajo un muchacho. Cuando vio al niño, ella se asustó y dijo:

—¿Ves? Tú lo has hechizado.

Entonces dijo el hombre:

—Contra esto no se puede hacer nada, y hay que bautizar al niño de todas maneras, sólo que no podemos llamar a ningún compadre para el bautizo.

La mujer dijo:

—No podemos bautizarle más que poniéndole *Juan, mi erizo.*

Cuando lo bautizaron dijo el párroco:

—Con esas púas no podrá dormir en una cama normal.

Colocaron, pues, detrás de la estufa un poco de paja y pusieron a *Juan, mi erizo* en ella. Tampoco podía mamar, pues la hubiera pinchado con sus púas. Así que estuvo ocho años echado detrás de la estufa, y su padre se cansó de él y pensaba: «Ojalá se muriera.» Pero él no se murió y siguió allí tumbado.

Aconteció por entonces en la ciudad que hubo un mercado y el campesino quiso ir a él; le preguntó a su mujer qué tenía que traerle, y ella dijo:

—Un poco de carne y unos cuantos panecillos: lo necesario para la casa.

Luego preguntó a la doncella; ella quería unas pantuflas y unas medias con talón. Finalmente dijo:

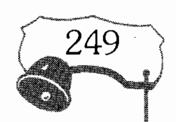
—*Juan, mi erizo,* ¿qué quieres tú?

—Papaíto —dijo—, tráeme una gaita.

Cuando volvió a casa, le dijo a la mujer lo que le había comprado, carne y panecillos; luego le dio a la muchacha las pantuflas y las medias con talón, y, por último, se dirigió detrás de la estufa y le dio a *Juan, mi erizo* la gaita.

Cuando *Juan, mi erizo* tuvo la gaita dijo:

—Papaíto, ve a la fragua y di que te hierren a mi gallo; luego me iré y no volveré nunca más.



El padre se puso contento de poder librarse de él, fue a herrar el gallo y, cuando estuvo listo, *Juan, mi erizo* se montó encima y se fue, llevándose también cerdos y asnos para apacentarlos en las afueras, en el bosque.

Ya en el bosque, el gallo voló con él a un árbol alto y se sentó, y desde allí cuidó los cerdos y los asnos. Estuvo sentado allí durante muchos años, sin que su padre supiera nada de él, hasta que el rebaño fue muy grande. Mientras estaba sentado en el árbol soplaba en la gaita y tocaba.

Una vez pasó por allí un rey que se había perdido y oyó la música. Asombrado, mandó a su sirviente para que mirara de dónde provenía la música. Miró a su alrededor y no vio más que a un pequeño animal posado en el árbol: parecía un gallo con un erizo encima que estuviera tocando. Entonces el rey le dijo al sirviente que preguntase qué hacía allí sentado y si no sabía el camino de su reino.

Juan, mi erizo bajó del árbol y dijo que le señalaría el camino si el rey, de palabra y por escrito, prometía darle lo primero que se encontrara en su corte real, al regresar a casa.

El rey pensó: «Puedo hacerlo sin ninguna dificultad: *Juan, mi erizo* no entiende nada y puedo escribir lo que quiera.»

Entonces cogió el rey pluma y tinta y escribió algo; hecho esto, *Juan, mi erizo* le mostró el camino y él llegó felizmente a casa. Pero su hija se puso tan contenta cuando lo vio llegar de lejos que le salió al paso y lo besó. Entonces se acordó de *Juan, mi erizo* y le contó cómo le había ido y que había prometido dar a un animal maravilloso lo primero que se encontrase al llegar a casa, y que el animal venía montado en un gallo como si fuera un caballo y que tocaba una hermosa música. Lo había escrito, pero no serviría de nada, pues *Juan, mi erizo* no sabía leer. La princesa se alegró y dijo que estaba bien, pues no hubiera ido nunca.

Juan, mi erizo, sin embargo, cuidaba los asnos y los cerdos, estaba siempre alegre, y sentado en el árbol tocaba la gaita. Sucedió, pues, que un día llegó con sus sirvientes y emisarios otro rey que se había perdido y no sabía cómo regresar a casa, pues el bosque era muy grande. También él oyó la hermosa música desde lejos y dijo a su emisario que fuera a ver qué era aquello. El emisario llegó debajo del árbol y vio al gallo posado y a *Juan, mi erizo* encima. El emisario le preguntó qué hacía allá arriba, y *Juan, mi erizo* respondió:

—Estoy cuidando mis asnos y mis cerdos. Pero, ¿qué es lo que deseáis?

El emisario dijo que se habían perdido y que no podían volver al reino si él no les enseñaba el camino. Entonces *Juan, mi erizo* se bajó del árbol y dijo al viejo rey que le enseñaría el camino si le daba lo primero que se encontrara ante el palacio real al llegar a casa. El rey dijo:

—De acuerdo.

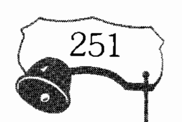
Y le prometió a *Juan, mi erizo* que se lo daría. Entonces, *Juan, mi erizo* montó en el gallo y, yendo delante, le mostró el camino al rey, que llegó felizmente a su reino. Al entrar en la corte se produjo una gran alegría. Tenía el rey una hija única, que le salió al encuentro, se le echó al cuello y lo besó, muy alegre de que su viejo padre estuviera de vuelta. Le preguntó dónde había estado tanto tiempo por el mundo. Entonces él le contó que se había perdido en un gran bosque, y que casi no hubiera podido regresar de no haber sido por uno mitad erizo, mitad hombre que iba montado en un gallo, estaba sentado encima de un árbol y tocaba una música muy hermosa, el cual le había mostrado el camino. A cambio, él había prometido darle lo primero que se encontrase en su corte real y eso era ella, lo cual le producía un gran dolor. Entonces ella le prometió que, con tal de agradar a su padre, se iría gustosamente con él cuando llegara.

Juan, mi erizo seguía cuidando sus cerdos, y los cerdos tuvieron más cerdos, y fueron tantos que el bosque se llenó. Entonces *Juan, mi erizo* no quiso vivir más tiempo en el bosque y comunicó a su padre que desalojase los establos del pueblo, pues llegaba con una gran piara para que todo el que quisiera hacer matanza la hiciese. Su padre se entristeció al oír esto, pues pensó que *Juan, mi erizo* estaba muerto hacía ya mucho tiempo. *Juan, mi erizo* se montó en su gallo, llevó a los cerdos por delante hasta el pueblo, y dejó que se hiciera matanza. ¡Aquello sí que fue una gran matanza! El ruido del destazamiento * de las piezas se podía oír a dos horas de distancia. Luego *Juan, mi erizo* dijo:

—Papaíto, ve a la fragua para que cambien las herraduras a mi gallo, y luego me iré y no volveré en toda mi vida.

El padre fue a herrar al gallo y se sintió contento de que *Juan, mi erizo* no quisiera volver nunca más.

Juan, mi erizo partió hacia el primer reino. El rey había mandado que si venía alguien con una gaita y montado en un gallo le disparasen, le pegaran y pinchasen para que no llegara a palacio. Cuando *Juan, mi erizo* llegó allí cabalgando le atacaron con bayonetas, pero él hundió las espuelas al gallo, voló por encima de la puerta ante la ventana del rey, se posó y lo llamó: venía a



recibir lo prometido, o de lo contrario les quitaría la vida a él y a su hija. Entonces el rey convenció con buenas palabras a su hija para que se fuera con él y les salvara la vida a ambos. Ella se vistió de blanco y su padre le dio un carruaje con seis caballos, magníficos sirvientes, dinero y bienes. Se sentó en el carruaje, y *Juan, mi erizo* a su lado con el gallo y la gaita; luego se despidieron y el rey pensó que no la volvería a ver. Pero la cosa sucedió de otra manera muy distinta a lo que él pensaba: estando a cierta distancia de la ciudad, el erizo le quitó las hermosas vestiduras y le pinchó con su piel de erizo hasta que ella estuvo totalmente ensangrentada, diciendo:

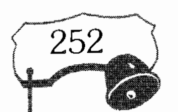
—Esta es la recompensa por vuestra falsedad. Vete, no te quiero.

La mandó para su casa y ella recibió insultos toda su vida.

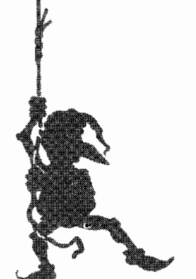
Juan, mi erizo siguió cabalgando en su gallo y con su gaita hasta el segundo reino, cuyo camino le había enseñado también al rey. Pero éste había mandado que, si llegaba alguien como *Juan, mi erizo,* le presentasen armas, gritaran vivas y lo llevaran al palacio real. Cuando la princesa lo vio, se asustó, porque tenía un aspecto muy extraño, pero pensó que no había otra salida, pues se lo había prometido a su padre. Dio la bienvenida a *Juan, mi erizo*, y se prometió con él. El fue a la mesa real, y ella se sentó a su lado, y comieron y bebieron. Cuando se hizo de noche y se fueron a dormir, ella tenía mucho miedo de las púas. Pero él le dijo que no tuviera miedo, que no le pasaría nada malo. Dijo al viejo rey que mandara venir a cuatro hombres para que velaran ante la puerta de la habitación y encendieran un gran fuego; cuando él entrase en la habitación para tumbarse en la cama, y, saliendo de su piel de erizo, la dejara ante la cama, los hombres deberían saltar ágilmente y arrojarla al fuego y permanecer allí hasta que el fuego la devorase por completo.

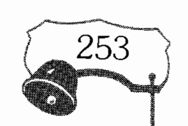
Al dar la campana las once, se fue a la habitación, se despojó de la piel de erizo y la dejó tirada ante la cama. Entonces llegaron los hombres, la recogieron apresuradamente y la arrojaron al fuego. Cuando el fuego la consumió, se hallaba ya desencantado en la cama y con el aspecto de un hombre, aunque estaba negro como la pez, igual que si estuviera quemado.

El rey mandó llamar a su médico, que lo lavó con una buena pomada y lo untó con bálsamos; se puso blanco y resultó ser un joven y apuesto señor. La princesa se sintió muy contenta al verlo, y a la mañana siguiente se levantaron alegres. Entonces se celebró realmente la boda y *Juan, mi erizo* recibió el reino del viejo rey.



Pasados unos cuantos años fue con su esposa a ver a su padre y le dijo que era su hijo; pero el padre dijo que él no tenía ningún hijo, que había tenido uno, pero que había nacido con púas como un erizo y que se había ido por el mundo. Entonces se dio a conocer y el viejo padre sintió un enorme contento y se fue con él a su reino. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.





La mortajita

Una madre tenía un niñito de siete años, tan guapo y cariñoso que nadie podía mirarlo sin sentir afecto por él, y ella lo quería también por encima de todas las cosas de este mundo. Sucedió que se puso enfermo y Dios se lo llevó a su lado. La madre no encontraba consuelo y lloraba noche y día. Poco después de haber sido enterrado, el niño se aparecía por la noche en todos los lugares en donde él había estado sentado y jugando generalmente en vida; si la madre lloraba, lloraba también él, y por la mañana desaparecía. Como la madre no dejaba de llorar, una noche llegó él con la mortajita blanca con que lo habían metido en el ataúd y con la coronita en la cabeza, se puso a sus pies y dijo:

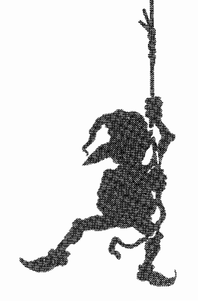
—Ay, madre, deja de llorar, porque, si no, no puedo dormirme en mi ataúd, pues mi mortajita no se seca por culpa de tus lágrimas, que le caen todas encima.

La madre se asustó al oír esto y dejó de llorar.

A la noche siguiente el niño volvió a aparecer otra vez. Llevaba en la mano una lucecita y dijo:

—¿Ves? Ahora pronto se secará mi mortajita y tendré paz en mi tumba.

La madre encomendó a Dios su pena, y la llevó en silencio y con resignación. El niño no volvió nunca más, sino que durmió en su camita subterránea.



El judío en el espino

Había una vez un hombre rico que tenía un criado que le servía laboriosa y honradamente; todas las mañanas era el primero en saltar de la cama y por las noches el último en irse a dormir y, si había algún trabajo molesto que ninguno quería realizar, se ofrecía siempre el primero. Además, nunca se quejaba, sino que se contentaba con todo y estaba siempre alegre. Pasado el primer año, su señor no le dio ningún sueldo, pues pensó: «Es lo mejor, así me ahorro algo y él seguirá a mi servicio.»

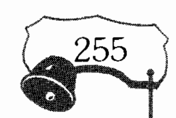
El criado tampoco dijo nada e hizo su trabajo el segundo año como lo había hecho el primero y, aunque al final del mismo tampoco recibió sueldo alguno, lo dejó pasar y permaneció más tiempo. Cuando pasó el tercer año, el señor se lo pensó, se metió la mano en el bolsillo, pero no sacó nada. Finalmente, el criado se atrevió y dijo:

—Señor, os he servido fielmente durante tres años; si fuerais tan amable de darme lo que por derecho me corresponde, me gustaría ir a conocer mundo.

Entonces el avaro dijo:

—Sí, mi querido servidor, me has servido bien y te pagaré con generosidad.





Metió otra vez la mano en el bolsillo y le dio al mozo tres ochavos, contándolos uno por uno:

—Aquí tienes: un ochavo por año; es un sueldo grande y generoso como no lo hubieras recibido de muchos señores.

El buen criado, que no entendía mucho de dinero, se lo embolsó pensando: «Ahora que tienes los bolsillos llenos, ¿para qué vas a preocuparte y amargarte más con trabajos difíciles?»

Luego echó a andar, monte arriba, monte abajo, cantando y saltando a placer. Sucedió que, al pasar por un matorral, apareció un hombrecillo que lo llamó:

—¿Adónde vas tan contento? Ya veo que tus preocupaciones no te dan mucho que pensar.

—¿Por qué voy a estar triste? —contestó el criado—. Tengo la bolsa repleta, el sueldo de tres años me repica en el bolsillo.

—¿A cuánto asciende tu tesoro? —le preguntó el hombrecillo.

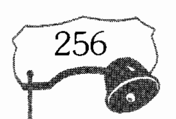
—¿Cuánto? Tres ochavos bien contados.

—Oye —dijo el enano—, yo soy un pobre hombre necesitado y ya no puedo trabajar; tú, en cambio, eres joven y puedes ganarte fácilmente tu sustento. Anda, dame tus tres ochavos.

El criado tenía buen corazón, y sintió compasión del hombrecillo; le regaló los tres ochavos y le dijo:







—En nombre de Dios, a mí no me ha de faltar nada.

Entonces dijo el hombrecillo:

—Ya que tienes buen corazón, te concedo tres deseos, uno por cada ochavo, y todos los verás cumplidos.

—Ya, ya —dijo el sirviente—, tú eres uno de esos que saben de magia. Bueno, si tiene que ser así, en primer lugar quiero una escopeta que dé en el blanco a todo lo que apunte; luego un violín que, al tocarlo, haga bailar a su compás a todos los que lo oigan, y en tercer lugar, que cuando yo haga una petición, nunca me sea denegada.

—Tendrás todo eso —dijo el hombrecillo.

Metió la mano en el matorral y —quién lo hubiera pensado— allí había una escopeta y un violín como si hubieran sido encargados. Se los dio al criado y le dijo:

—Nadie en el mundo te negará lo que pidas.

«Alma mía, qué más quieres», se dijo el criado a sí mismo, siguiendo alegremente su camino.

Poco después se encontró con un judío, que llevaba una larga barba de chivo; estaba allí parado, escuchando el canto de un pájaro que estaba posado en la copa de un árbol:

—¡Dios mío! —gritó—. ¡Un animal tan pequeño, con una voz tan poderosa! ¡Si fuera mío! ¡Si pudiera sazonarle la cola con sal!

—Si no quieres más que eso —dijo el criado—, el pájaro estará rápidamente abajo.

Apuntó, le dio de lleno y el pájaro cayó en el seto de zarzas.

—Anda, pícaro —le dijo al judío—, ve y tráete el pájaro.

—Vale —dijo el judío—. Deje el señor tal tratamiento, o le echaré un perro. Lo traeré, ya que le habéis acertado tan plenamente.

Se echó a tierra y comenzó a meterse en el espino.

Cuando estaba en medio del espino, el aburrimiento comenzó a apoderarse del criado, así que cogió su violín y comenzó a tocarlo. Inmediatamente comenzó el judío a levantar las piernas y a dar saltos en lo alto y, cuanto más tocaba el criado, tanto mejor le salía el baile. Pero las espinas le destrozaron su chaqueta deslucida, le peinaron sus barbas de chivo y le pinchaban y pellizcaban todo el cuerpo.

—Ya está bien —dijo el judío—. ¿Qué significa esta música? Por favor, señor, dejad de tocar el violín, que no tengo ganas de bailar.

Pero el criado no prestó atención y pensó: «Ya has molestado bastante a la gente, ahora el seto de espinas se encargará de ti.»

Y empezó otra vez a tocar el violín, de modo que el judío saltaba caba vez más alto y los jirones de su chaqueta se quedaban colgados en las espinas.

—Por favor, señor, por favor —gritó el judío—, os daré todo lo que pidáis, una gran bolsa de oro, si dejáis de tocar el violín.

—Si eres tan espléndido —dijo el músico—, terminaré con la música, pero tengo que admirarte por lo bien que bailas, pues tiene su gracia.

Luego cogió la bolsa y siguió su camino.

El judío se quedó quieto, le vio marchar y permaneció callado hasta que el criado estuvo bien lejos y hubo desaparecido de su vista; luego gritó con todas sus fuerzas:

—¡Miserable músico, músico de cuatro cuartos, espera que te pesque a solas! ¡Te perseguiré hasta que pierdas las suelas de los zapatos! ¡Miserable, no vales una perra!

Y así siguió soltando todas las maldiciones posibles que se le pasaban por la cabeza.

Cuando se hubo desahogado un poco y se sintió un poco más a gusto corrió a la ciudad a ver al juez:

—¡Señor juez! ¡Qué indignación! ¡Mirad cómo me ha dejado, en plena carretera, un hombre impío que me ha robado! Cualquier piedra del camino hubiera sentido compasión: los trajes destrozados, el cuerpo pinchado y arañado. Me ha robado lo poco que tenía, mi bolsa, llena de ducados puros, a cuál más hermoso. Por Dios, mandad que metan a ese hombre en la cárcel.

El juez replicó:

—¿Lo ha hecho un soldado con su sable?

—¡Dios me libre! —gritó el judío—. No tenía sable alguno, pero sí una escopeta a la espalda y un violín al cuello; el malvado es fácil de reconocer.

El juez envió gente a buscarlo, que encontraron al buen criado caminando tranquilamente y le hallaron también la bolsa de oro. Lo llevaron ante el tribunal y dijo:

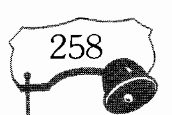
—Yo no he tocado al judío para nada. Me lo ha ofrecido libremente para que yo dejara de tocar el violín, porque no podía aguantar mi música.

—¡Que Dios me proteja! —gritó el judío—. Este hombre miente más que habla.

El juez tampoco lo creyó:

—Es una mala disculpa, eso no lo haría ningún judío.

Y condenó al buen criado a la horca por haber cometido un robo en plena carretera.



Mientras lo llevaban a la horca, el judío gritaba:

—¡Haragán, músico de pacotilla, ahora recibirás tu bien merecida recompensa!

El criado subió tranquilamente con el verdugo la escalera. En el último escalón se volvió y le dijo al juez:

—¿Me concedéis un último deseo antes de morir?

—Sí —dijo el juez—, siempre que no me pidas salvar tu vida.

—No es la vida —contestó el criado—. Sólo pido que me dejéis tocar por última vez el violín.

El judío puso el grito en el cielo.

—¡Por Dios! ¡No se lo permitáis, no se lo permitáis!

Pero el juez dijo:

—¿Por qué no le voy a dar esa alegría? Se lo permitiré y con eso se dará por satisfecho.

Tampoco se lo podía negar, gracias al don que el enano le había concedido.



El judío gritó:

—¡Maldición! ¡Por favor, atadme!

Entonces el buen criado cogió el violín, que traía colgado al cuello, se lo colocó convenientemente y, en cuanto lo rozó con el arco, comenzaron todos a saltar y balancearse: el juez, los escribanos y los servidores de la justicia. El lazo se le cayó de la mano al que iba a atar al judío; al segundo movimiento levantaron todos las piernas, y el verdugo dejó suelto al criado y se preparó para bailar. Al tercer movimiento ya estaban todos saltando por lo alto, y el juez y el judío, que se hallaban en primera fila, eran los que mejor saltaban.

Pronto todo el mundo estuvo bailando: los que por curiosidad habían ido al mercado, viejos y jóvenes, gordos y flacos, bailaban unos con otros, e incluso los perros, que habían llegado corriendo, se levantaban sobre las patas traseras y bailaban. Y cuanto más tocaba, más alto saltaban los bailarines, de manera que se daban con las cabezas y comenzaban a quejarse lastimosamente. Finalmente, el juez gritó sin aliento:

—Te perdono la vida, pero deja de tocar el violín.

El buen criado, movido a compasión, dejó de tocar, se lo colgó de nuevo al cuello y bajó por la escalera. Entonces se acercó al judío, que estaba tendido en el suelo intentando recobrar el aliente, y dijo:

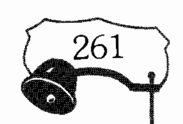
—Ahora, bribón, confiesa de dónde has sacado ese dinero o agarro el violín y empiezo a tocar de nuevo.

—Lo he robado, lo he robado —gritó—. Tú, sin embargo, te lo has ganado honradamente.

Entonces el juez mandó llevar al judío a la horca y colgarlo por ladrón.







El cazador de oficio

Erase una vez un joven mozalbete que había aprendido el oficio de cerrajero. Un día le dijo a su padre que quería irse a conocer mundo y probar fortuna.

—Sí —dijo el padre—, me parece bien.

Y le dio dinero para el viaje. Así pues, se fue por el ancho mundo en busca de trabajo. Llegó un momento en el que no quiso seguir con el oficio de cerrajero, porque no le gustaba, y prefirió hacerse cazador. En sus correrías se encontró con un cazador que llevaba un traje verde, el cual le preguntó de dónde venía y adónde quería ir. El mozalbete le dijo que era cerrajero, pero que el oficio no le gustaba y que quería hacerse cazador y si le dejaba ir con él.

—Desde luego, acompáñame si quieres.

El mozalbete se fue con él, estuvo algunos años a su servicio y aprendió el oficio de cazador. Luego quiso probar fortuna otra vez y el cazador no le dio como recompensa más que una escopeta de aire comprimido, pero que tenía la cualidad de que el que disparaba con ella acertaba infaliblemente.

Se puso en marcha y llegó a un bosque, del que no pudo salir en todo el día. Al llegar la noche, se subió a un árbol muy grande para librarse de los animales salvajes. A medianoche le pareció que brillaba una luz; miró entre las ramas en aquella dirección y se aseguró bien de dónde se encontraba. Primero lanzó el sombrero hacia abajo en dirección de la luz que luego quería seguir, para que le sirviera de pista cuando bajase del árbol.

Bajó del árbol, se encaminó hacia su sombrero, se lo puso otra vez y siguió su camino en línea recta. A medida que avanzaba, la luz se iba haciendo más intensa y, cuando llegó a su proximidad, vio que era un gran fuego, a cuyo alrededor había tres gigantes sentados que estaban asando un buey en el asador.

Uno de ellos dijo:

—Voy a probar la carne a ver si se puede comer ya.

Arrancó un trozo y fue a metérselo en la boca, pero el cazador, de un tiro, se lo quitó de la mano.

—¡Vaya! El viento me ha quitado el trozo de la mano de un soplo.

Y volvió a coger otro. Pero, al ir a morderlo, el cazador volvió a quitárselo de un tiro; entonces le dio una bofetada al gigante que estaba a su lado.

—¿Por qué me quitas el trozo?

—Yo no te lo he quitado —dijo el otro—. Te lo habrá quitado un buen tirador.

El gigante cogió el tercer trozo, pero no pudo sujetarlo con la mano, pues el cazador se lo quitó nuevamente de un disparo.

Entonces dijeron los gigantes:

—¡Debe de ser un buen tirador el que es capaz de quitarle a uno el bocado de la boca! Uno así nos haría falta a nosotros.

Y gritaron:

—Acércate, buen tirador, siéntate con nosotros al fuego y come hasta hartarte, que no te haremos ningún daño. Pero si no te acercas y tenemos que cogerte a la fuerza, entonces estás perdido.

El mozalbete se acercó a ellos y les dijo que era un cazador de oficio y que acertaba sin fallar adonde apuntaba. Entonces le dijeron que si quería ir con ellos le iría bien y le contaron que al otro lado del bosque había una gran cantidad de agua, detrás una torre y en la torre moraba una hermosa princesa, a la que les gustaría raptar.

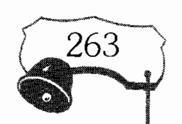
—Sí —dijo él—, la conseguiré rápidamente.

Ellos siguieron diciendo:

—Todavía hay algo más: hay allí un perrillo que empieza a ladrar cada vez que alguien se acerca y, en cuanto ladra, se despierta toda la corte real y no podemos entrar. ¿Te atreves a matarlo?

—Claro —dijo—. Eso, para mí, no es más que una pequeña diversión.

Luego se subió a una barca y atravesó el lago, y en cuanto bajó a tierra llegó rápidamente el perrillo, pero antes de que ladrara él cargó su escopeta y lo mató de un disparo. Al verlo, a los gigantes les entró una enorme alegría, pensando que ya era suya la princesa. Pero el cazador quiso ver en qué paraba aquello y les dijo que se quedaran fuera hasta que él los llamase. Luego se dirigió a palacio; allí reinaba un gran silencio, de tal manera que no se podía oír ni el vuelo de una mosca; todo el mundo estaba durmiendo. Abrió la primera habitación, y vio colgado en la pared un sable de plata de ley, encima del cual había una estrella de oro y el nombre del rey; al lado había una carta sellada; la abrió y leyó en ella que el dueño de aquel sable podía quitar la vida a todo el mundo que se le enfrentara. Entonces descolgó el sable de la pared, se lo colgó y siguió andando. Después llegó a la cámara donde estaba durmiendo la princesa: era tan hermosa que se de-



tuvo a contemplarla, conteniendo el aliento. Pensó: «¡Cómo voy a entregar a una doncella inocente en manos de los gigantes, que no tienen nada bueno en la cabeza!»

Miró a su alrededor, y vio debajo de la cama un par de pantuflas: en la derecha se veía el nombre del padre de la princesa con una estrella, y en la izquierda, el nombre de ella con otra estrella. Alrededor del cuello tenía un gran chal de seda bordado en oro con el nombre de su padre, y en la izquierda, el suyo, todo en letras de oro. Entonces el cazador tomó unas tijeras, cortó la punta derecha y la metió en su morral, y luego cogió la pantufla derecha con el nombre del rey y la metió también en él. La doncella seguía dormida, totalmente envuelta en su camisa, y él le cortó un trocito de su camisa y lo puso al lado de los otros trozos; le hizo todo esto sin rozarla. Luego se alejó de allí y la dejó dormir sin molestarla.

Cuando llegó a la puerta, los gigantes seguían allí, pensando que les traería a la princesa. El les gritó que entrasen, que ya tenía a la doncella en su poder; que no podía abrirles las puertas, pero que había allí un agujero por donde podrían pasar arrastrándose.

Entonces se aproximó el primero de ellos, pero, en cuanto asomó la cabeza, el cazador se enrolló el cabello del gigante a la mano, le cortó la cabeza de un golpe con el sable y luego lo metió del todo. Después llamó al segundo y le cortó igualmente la cabeza. Por último, hizo lo mismo con el tercero, y se sintió contento por haber librado a la hermosa doncella de sus enemigos. Les cortó la lengua y las metió en su morral, pensando: «Iré a ver a mi padre y le diré lo que he hecho. Luego me daré una vuelta por el mundo; la suerte que Dios quiera depararme me alcanzará sin duda.»

Cuando el rey del palacio se despertó y vio a los tres gigantes que yacían allí muertos, se dirigió al dormitorio de su hija, la despertó y le preguntó que quién había matado a los gigantes. A esto respondió ella:

—No lo sé, querido padre; yo estaba durmiendo.

Se levantó y, al ir a ponerse sus pantuflas, vio que la derecha había desaparecido; contempló su chal y vio que estaba cortado y le faltaba el pico derecho; examinó su camisa y vio que le faltaba un trozo.

El rey hizo reunirse a toda la corte, soldados y todo el pueblo y preguntó quién había sido el que había liberado a su hija y había matado a los gigantes.

Tenía el rey un capitán, tuerto y feo, que dijo que lo había hecho él. El viejo rey contestó que ya que él lo había hecho, él podía casarse con su hija.

Pero la doncella contestó:

—Querido padre, antes de casarme con él, prefiero ir por el mundo todo lo lejos que mis piernas me lo permitan.

El rey contestó que, si no quería casarse, se despojara de sus vestiduras reales, se pusiera ropas de campesina y se marchara a casa de un alfarero a que le prestara cacharros de loza para vender.

Ella se quitó las vestiduras reales y fue a ver a un alfarero y le pidió prestados cacharros de loza; le prometió que por la tarde, en cuanto los hubiera vendido, se los pagaría.

El rey le dijo que se sentara en una esquina con todo aquello y lo vendiera; pero alquiló varios carros para que pasaran por encima del puesto y saltara todo en mil pedazos. Apenas había colocado la hija del rey su género en mitad de la calle, llegaron los carros y lo hicieron todo añicos. Ella rompió a llorar, diciendo:

—¡Dios mío! ¿Cómo voy a pagarle ahora al alfarero?

El rey quería obligarla así a que se casara con el capitán, pero, en lugar de hacerlo, volvió a casa del alfarero y le preguntó si no podía prestarle más cacharros. El alfarero contestó que no, que antes tenía que pagar lo anterior. Entonces ella fue a ver a su padre y gritó, lamentándose, que quería irse por el ancho mundo.

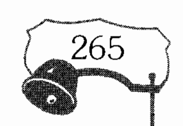
A esto dijo el padre:

—Mandaré que te construyan una casita en las afueras, en el bosque; allí permanecerás toda tu vida, preparando la comida para todo el que llegue, pero sin que puedas aceptar dinero por ello.

Cuando la casita estuvo lista, colocaron ante la puerta un cartel que decía: «Hoy de balde, mañana por dinero.»

Allí permaneció durante mucho tiempo, y por todo el mundo se corrió la noticia de la doncella que preparaba la comida de balde, como decía el cartel que había en la puerta. También llegó a oídos del cazador, que pensó: «Esto es algo que te conviene a ti, que eres pobre y estás sin dinero.» Tomó, pues, su escopeta y su morral, con todo lo que había cogido en el castillo como prueba, se dirigió al bosque y encontró la casita con el cartel: «Hoy de balde, mañana por dinero.»

También llevaba a la espalda la espada con la que había cortado la cabeza a los tres gigantes; así entró en la casita e hizo que le dieran algo de comer. La doncella le produjo una gran alegría,



pues era, en verdad, hermosísima. Ella le preguntó de dónde venía y adónde quería ir, a lo que él le contestó:

—Voy dando vueltas por el mundo.

Luego le preguntó ella de dónde había sacado aquella espada, pues en ella estaba el nombre de su padre.

El preguntó si era la hija del rey.

—Sí —contestó ella.

—Con este sable —dijo él— corté la cabeza a tres gigantes.

Y como prueba sacó sus lenguas del morral; luego le mostró también la zapatilla, la punta del chal y el trocito de la camisa. Ella se puso loca de alegría al ver que él era el que la había liberado. Fueron juntos a ver al viejo rey, le mandaron llamar y ella lo llevó a su habitación diciéndole que aquel cazador era verdaderamente el que la había liberado de los gigantes. Cuando el rey vio todas las pruebas ya no pudo dudar más y dijo que le agradaba saber cómo había pasado todo y que era él quien debería tomarla por esposa. La doncella se alegró enormemente de ello. Luego lo vistió como si fuera un extranjero, y el rey hizo preparar un banquete.

Al colocarse en la mesa, al capitán le tocó sentarse a la izquierda de la princesa, y al cazador a su derecha. Después de haber comido y bebido, el viejo rey le dijo al capitán que le iba a proponer un acertijo, a ver si lo adivinaba.

—Uno dijo que había matado a tres gigantes, le preguntaron que dónde estaban las lenguas de los gigantes, miró en sus cabezas y no encontró ninguna. ¿Qué había pasado?

A esto contestó el capitán:

—Que no tenían lengua.

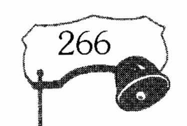
—¡De ninguna manera! —dijo el rey—. Todos los animales tienen lengua.

Y siguió preguntando que qué habría que hacer con el que le llevara la contraria.

El capitán contestó:

—A ése habría que descuartizarle.

Entonces dijo el rey que él mismo había pronunciado su sentencia, y el capitán fue apresado y descuartizado. La princesa se casó con el cazador. El trajo a la corte a su padre y a su madre, que vivieron felices al lado de su hijo, y éste, después de la muerte del rey, heredó el trono.



El trillo del cielo

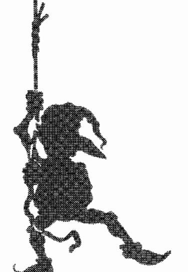
Una vez iba un campesino a arar con un par de bueyes. Al llegar al campo empezaron a crecerles los cuernos a los animales, y siguieron creciéndoles de tal modo que cuando regresó a la ciudad no podían entrar por las puertas de la ciudad. Afortunadamente llegó en aquel momento un carnicero, se los dio e hicieron el siguiente trato: él llevaría al carnicero una medida de semillas de nabo y éste le pagaría por cada grano un brabante * de táleros. ¡Esto se llama una buena venta! El campesino regresó a casa con las semillas de nabo a la espalda, pero en el camino se le cayó un grano del saco. El carnicero le pagó exactamente lo que habían acordado: si el campesino no hubiera perdido el grano, habría conseguido un brabante de táleros más. Mientras regresaba, de la semilla que se le había caído creció un árbol que llegaba hasta el cielo.

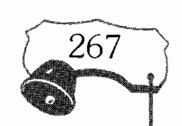
Entonces pensó el campesino: «Ya que se presenta la ocasión, ve a ver lo que hacen los ángeles allá arriba.»

Así pues, subió y vio que los ángeles estaban trillando cebada y se puso a observarlos; estando así, notó que el árbol en el que estaba encaramado comenzaba a agitarse, miró hacia abajo y vio que uno quería talarlo precisamente en ese momento.

«Si te caes será un mal negocio», pensó. Y en la necesidad, no se le ocurrió mejor cosa que coger la paja de la cebada, que había allí a montones, y hacer una cuerda; cogió también un pico y un trillo que había por allí en el cielo y descendió por la cuerda.

Precisamente llegó a la tierra a un agujero muy profundo, muy profundo, y fue una suerte que tuviera pico, porque así se hizo una escalera, y subió a la superficie con el trillo de muestra, para que nadie pudiera dudar de su relato.





Los dos príncipes

Había una vez un rey que tenía un hijo, al que le habían vaticinado que un ciervo lo mataría a los dieciséis años. Siendo ya mayorcito, un día fue a cazar con otros cazadores. En el bosque, el príncipe se separó de ellos, y de repente se encontró ante un enorme ciervo; intentó matarlo, pero no fue capaz de atinarle; al final, el ciervo corrió tan aprisa y tan lejos que de pronto se encontraron fuera del bosque, y en su lugar apareció un hombre alto y delgado:

—¡Bueno! ¡Por fin te tengo! Ya me he gastado seis pares de patines de cristal sin poder alcanzarte.

Y se lo llevó, atravesando un gran lago, hasta que llegaron a un castillo, donde se sentaron a la mesa y comieron algo. Después de haber comido algo, dijo el rey:

—Tengo tres hijas, y tendrás que velar a la mayor durante una noche, desde las nueve de la noche hasta las seis de la mañana. Yo iré cada vez que suene una campanada y te llamaré: si no me contestas, mañana serás hombre muerto, pero si me contestas cada vez, la tendrás como esposa.

Los jóvenes subieron al dormitorio, donde había un Cristóbal de piedra, y la princesa le dijo:

—A partir de las nueve vendrá mi padre cada hora hasta las seis; si pregunta algo, contéstale tú en lugar del príncipe.

El Cristóbal de piedra asintió con la cabeza, al principio muy de prisa, y luego cada vez más despacio, hasta que al fin se paró del todo.

A la mañana siguiente el rey le dijo al príncipe:

—Lo has hecho muy bien, pero aún no puedo darte a mi hija. Tendrás que velar otra noche a la segunda, y luego pensaré si te doy a la mayor por esposa o no. Iré cada hora, te llamaré y tú tendrás que contestarme; si te llamo y no contestas, haré correr tu sangre.

Los dos jóvenes subieron al dormitorio, donde había un Cristóbal de piedra aún más grande, y la princesa le dijo:

—Cuando mi padre pregunte, contéstale.

El Cristóbal de piedra asintió con la cabeza, primero muy de prisa, y luego cada vez más despacio, hasta que al fin se paró del todo. El príncipe se acostó en el umbral, puso la mano debajo de su cabeza y se durmió. A la mañana siguiente el rey le dijo:

—Lo has hecho muy bien, pero aún no puedo darte a mi hija.

Tendrás que velar otra noche a la más pequeña, y luego pensaré si te doy a mi segunda hija por esposa o no. Iré cada hora y, cuando te llame, contéstame; si te llamo y no contestas, haré correr tu sangre.

Subieron los dos al dormitorio, donde había un Cristóbal de piedra mucho más grande y más alto que los dos primeros. La princesa le dijo:

—Si llama mi padre, contéstale tú.

El gigantesco Cristóbal de piedra asintió con la cabeza durante media hora hasta que al fin se paró del todo.

El príncipe se acostó en el umbral y se durmió. A la mañana siguiente dijo el rey:

—Has velado bien, pero aún no puedo darte a mi hija. Tengo por ahí un bosque enorme: si me lo talas entre las seis de la mañana y las seis de la tarde, lo pensaré.

Le dio un hacha de cristal, una cuña de cristal y un azadón de cristal. Llegó al bosque, y al primer golpe se rompió el hacha; cogió la cuña, dio un solo golpe en ella con el azadón y se hicieron mil pedacitos como arena. Entonces se puso muy triste y pensó morir; se sentó y se puso a llorar.

Como era mediodía, dijo el rey:

—Que una de las chicas vaya a llevarle algo de comer.

—Nosotras no queremos llevarle nada —dijeron las dos mayores—. Que se lo lleve la otra, que estuvo con él por última vez.

Así que la menor fue a llevarle algo de comer. Cuando llegó al bosque le preguntó qué tal le iba:

—¡Oh! —dijo—. Me va muy mal.

Ella le dijo que se acercara y comiera antes un poco.

—No —dijo él—, no puedo, quiero morir, no quiero comer nada.

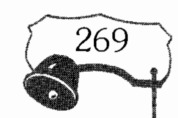
Entonces ella le dijo con muy buenas palabras que intentara al menos comer algo. Así pues, él se acercó y comió algo. Luego, cuando hubo comido un poquito, dijo ella:

—Te voy a rascar un poco la cabeza, luego pensarás de otra manera.

Mientras ella le estaba rascando, le entró tal sueño que se durmió; entonces ella cogió su pañuelo, le hizo un nudo, dio tres golpes con él en el suelo y dijo:

—¡Trabajadores, fuera!

Entonces salieron muchísimos duendes de la tierra y le preguntaron qué quería. Ella dijo:



—En tres horas tiene que estar talado el bosque y toda la madera amontonada.

Entonces los duendes se fueron a buscar a todos sus parientes para que les ayudasen en el trabajo, y empezaron en seguida. Tres horas después todo había terminado, y ellos volvieron a ver a la princesa. Ella cogió otra vez su pañuelo blanco y dijo:

—¡Trabajadores, a casa!

Y todos desaparecieron. Cuando el príncipe se despertó, se puso muy contento, y ella dijo:

—Si ya han dado las seis, vente a casa.

El lo hizo y el rey le preguntó:

—¿Has talado todo el bosque?

—Sí —dijo el príncipe.

Estando sentados a la mesa, dijo el rey:

—Aún no puedo darte a mi hija. Tendrás que hacer todavía otra cosa para conseguirla.

Así que le preguntó qué tenía que hacer.

—Tengo por ahí un lago muy grande —dijo el rey—. Mañana por la mañana irás a limpiarlo hasta que quede como un espejo y tenga toda clase de peces.

Al día siguiente le dio una pala de cristal y dijo:

—A las seis tienes que haber terminado.

Se marchó al lago, metió la pala en el cieno y se le rompió; dio con el pico en el cieno y también se rompió. Entonces se puso muy triste. Al mediodía, la princesa más joven le llevó algo de comer y le preguntó qué tal le iba. El príncipe dijo que le iba muy mal, que seguro que perdería la cabeza.

—Las herramientas se me han roto otra vez.

—Vaya —dijo ella—. Ven y come algo primero, luego pensarás de otra manera.

—No —dijo él—, no puedo comer, estoy tan triste...

Entonces ella le habló amablemente hasta que se acercó y comió algo. Volvió a rascarle la cabeza y él se durmió. Entonces se quitó el pañuelo del cuello, le hizo un nudo, dio tres golpes con él en el suelo y dijo:

—¡Trabajadores, fuera!

Y salieron muchísimos duendes de la tierra y le preguntaron qué deseaba. Les dijo que en tres horas tenían que limpiar el lago hasta que quedara como un espejo, de manera que uno se pudiera reflejar en él y estuviera lleno de toda clase de peces. Los duendes fueron a buscar a sus parientes para que les ayudasen, y todos terminaron el trabajo en dos horas. Volvieron y dijeron:

—Ya hemos hecho lo que se nos mandó.

La princesa tomó el pañuelo, dio tres golpes con él en el suelo y dijo:

—¡Trabajadores, a casa!

Y todos desaparecieron. Cuando el príncipe se despertó, el lago estaba terminado y limpio. La princesa se marchó también y le dijo que fuera a casa cuando diesen las seis. Al llegar a casa le preguntó el rey:

—¿Has terminado el lago?

—Sí —dijo el príncipe.

Y añadió que había quedado precioso. Estando sentados a la mesa, dijo el rey:

—Has terminado el lago, pero aún no puedo darte a mi hija. Tendrás que hacer todavía otro trabajo.

—¿Qué es? —preguntó el príncipe.

Tenía el rey un monte enorme lleno de zarzas, y su trabajo consistía en limpiarlo y construir en la cima un castillo, tan espléndido como jamás se hubiera visto otro y además completamente amueblado.

Cuando a la mañana siguiente se levantó, el rey le dio un hacha de cristal y un torno también de cristal, y a las seis tenía que estar terminado. En cuanto dio el primer golpe en una zarza, el hacha se rompió y se hizo mil pedacitos que volaron por los alrededores; tampoco el torno pudo utilizarlo. Se puso muy triste y se sentó a esperar a su amada, a ver si podía ayudarle y sacarle del apuro. Al mediodía llegó ella con algo de comer; fue a su encuentro y le contó todo, comió algo, se dejó rascar la cabeza y se durmió. Ella cogió otra vez el pañuelo, le hizo un nudo, dio tres golpes con él en el suelo y dijo:

—¡Trabajadores, fuera!

Y otra vez salieron muchísimos duendes, preguntándole qué deseaba. Ella les dijo que en tres horas tenían que limpiar todo el monte de zarzas y construir en la cima un castillo tan espléndido como jamás se hubiera visto otro y completamente amueblado.

Entonces se fueron a buscar a sus parientes para que les ayudasen y, cuando pasó el plazo, ya estaba todo terminado. Volvieron adonde la princesa y le dijeron que habían terminado. Ella, cogiendo su pañuelo, dio tres golpes con él en el suelo y dijo:

—¡Trabajadores, a casa!

Y todos desaparecieron en seguida. Cuando despertó el príncipe y vio todo aquello, se puso tan contento como un pajarillo en el aire y, como ya habían dado las seis, se fueron a casa.

Entonces dijo el rey:

—¿Seguro que está el castillo terminado?

—Sí —dijo el príncipe.

Estando sentados a la mesa, dijo el rey:

—No puedo darte a mi hija pequeña hasta que no se hayan casado las dos mayores.

Esto entristeció al príncipe y a la princesa, y el príncipe no sabía qué hacer. Así que por la noche huyó con la princesa. Cuando habían recorrido un buen trecho, la princesa miró para atrás y vio que su padre los perseguía.

—¡Ah! —dijo ella—. ¿Qué vamos a hacer? Mi padre nos persigue y querrá llevarnos a casa. Te convertiré en un zarzal y a mí misma en una rosa y me esconderé en medio del zarzal.

Cuando el padre llegó a aquel lugar, vio un zarzal y una rosa en medio de éste. Quiso coger la rosa, pero le pincharon las zarzas en los dedos y tuvo que volverse a casa. Su mujer le preguntó que por qué no los había traído a casa, y él dijo que, cuando estaba a punto de alcanzarlos, los había perdido de vista y no había encontrado más que un zarzal con una rosa en medio. La reina dijo:

—Si hubieras cogido la rosa, el zarzal habría venido solo.

Mientras tanto los dos habían vuelto a huir a través del campo, y el rey volvió a perseguirlos. La hija miró hacia atrás, vio venir a su padre y dijo:

—¿Qué hacer? Te convertiré en iglesia y yo en pastor, me subiré al púlpito y me pondré a predicar.

Cuando llegó el rey a aquel lugar, vio una iglesia y en el púlpito un pastor predicando; escuchó el sermón y volvió a casa.

La reina le preguntó por qué no los había traído y él dijo:

—Los he perseguido un buen rato y, cuando estaba a punto de alcanzarlos, no vi más que una iglesia, y en el púlpito, un pastor predicando.

—Si te hubieras traído al pastor —dijo la reina—, la iglesia habría venido sola. Pero no sirve de nada que yo te mande; tendré que ir yo misma.

Después de andar un buen rato vio a lo lejos a los dos; la princesa miró hacia atrás, vio venir a su madre y dijo:

—¡Qué mala suerte! Viene mi propia madre: te convertiré en lago y yo en pez.

Cuando la madre llegó a aquel lugar, vio un gran lago con un pez que saltaba en medio del agua y sacaba la cabeza muy contento. Entonces quiso coger el pez, pero no pudo. Se enfadó mu-

cho y se bebió todo el lago para coger el pez, pero se puso tan mala que tuvo que devolver toda el agua del lago, y dijo:

—Ya veo que no hay nada que hacer.

Les dijo que se acercaran a ella, y lo hicieron. Ella dio tres nueces a su hija y dijo:

—Te ayudarán si te ves en un gran peligro.

Y los dos se marcharon. Después de haber andado unas diez horas llegaron al castillo del príncipe, y a su alrededor se extendía un pueblo. Al llegar allí, el príncipe dijo a la princesa:

—Quédate aquí, que yo voy a ir al castillo a por una carroza y criados para recogerte.

Cuando llegó al castillo todos se sintieron muy contentos de volver a ver al príncipe, y les contó que traía a su novia, y que estaba en el pueblo esperando que fuesen a buscarla con la carroza. Pero al ir a montar el príncipe, su madre le dio un beso que le hizo olvidar todo lo pasado y también lo que iba a hacer. La madre ordenó entonces que desengancharan a los caballos y todos se fueron a casa.

Mientras tanto, la princesa estaba en el pueblo, espera que te espera, pensando que iban a recogerla, pero nadie apareció. Entonces se colocó de criada en un molino que había cerca del castillo, donde tenía que sentarse todas las tardes junto al agua a fregar los cacharros. Una vez fue la reina del castillo a pasearse junto al agua y, viendo a la bella criada, dijo:

—¡Pero qué muchacha tan guapa! Me gusta mucho.

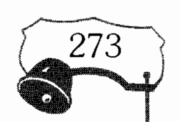
La miró y la remiró, pero nadie sabía quién era.

Durante mucho tiempo, la princesa sufrió mucho sirviendo en casa del molinero. Mientras tanto, la reina había viajado por todo el mundo y le había buscado mujer a su hijo. Cuando llegó la novia, quisieron casarlos en seguida. Se reunió una gran muchedumbre que quería verlo todo, y la princesa le pidió al molinero permiso para ir a verlo también. El molinero dijo:

—Anda, ve a verlo.

Cuando se puso en marcha cogió una de las tres nueces y la cascó: dentro había un traje preciosísimo, se lo puso y con él se dirigió a la iglesia, colocándose ante el altar.

Llegaron la novia y el novio, se sentaron ante el altar y, cuando el pastor iba a casarlos, la novia la miró de reojo y, bajándose del altar, dijo que no se casaría hasta que tuviera un vestido tan precioso como el de aquella dama. Volvieron a casa y preguntaron a la dama si vendía el vestido. Ella dijo que no lo vendía, pero que había una forma de conseguirlo. Le preguntaron qué había

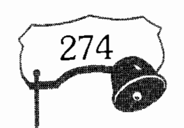


que hacer para ello. Ella dijo que si la dejaban dormir una noche ante la puerta del príncipe, daría el vestido. La otra dijo que estaba de acuerdo. Entonces los criados dieron al príncipe un bebedizo para que se durmiera y ella se acostó en el umbral. Toda la noche estuvo quejándose de que, habiendo cortado el bosque por él, habiendo limpiado el lago y construido el castillo, habiéndole convertido en zarzal, luego en iglesia y finalmente en lago, lo hubiera olvidado todo tan pronto. El príncipe no oyó nada, pero los criados lo oyeron todo, puesto que se despertaron, y no sabían qué significaba todo aquello.

A la mañana siguiente la novia se puso el vestido, y fue con el príncipe a la iglesia. Mientras tanto, la princesa abrió la segunda nuez y apareció un vestido más precioso aún; se lo puso, se fue con él a la iglesia, se puso ante el altar y pasó lo mismo que el día anterior. Pero, cuando la muchacha estaba echada en el umbral del cuarto del príncipe y los criados iban a darle a él otra vez el bebedizo, en vez de darle uno para dormir, le dieron otro para mantenerse en vela. El se fue a acostar, y la molinera comenzó de nuevo a quejarse de lo que había hecho por él. Pero esta vez sí que lo oyó el príncipe, se puso muy triste y poco a poco fue recordando todo lo que había ocurrido. Quiso irse con ella, pero su madre había cerrado la puerta.

A la mañana siguiente fue en seguida a ver a su amada, le contó todo lo que le había pasado y le rogó que lo perdonase por haberla olvidado tanto tiempo. Entonces la princesa abrió la tercera nuez y dentro de ella apareció un vestido preciosísimo, más aún que los anteriores, se lo puso y se fue con su novio a la iglesia. Vinieron muchísimos niños, que les ofrecieron flores y extendieron banderas multicolores a sus pies; se casaron y celebraron una espléndida boda. La falsa madre y la novia tuvieron que marcharse, y el que este cuento ha contado todavía está vivito y coleando.





El sastrecillo avispado

Había una vez una princesa muy orgullosa. Cuando llegaba un pretendiente le proponía una adivinanza y, si no la podía adivinar, lo hacía marcharse, burlándose de él. Hizo saber que el que adivinara su acertijo se casaría con ella y que podía presentarse todo el que quisiera.

Finalmente se encontraron tres sastres; los dos mayores pensaban que a ellos, que ya habían hecho labores tan finas con éxito, era imposible que les fallara algo y que acertarían en eso también. El tercero era un saltarín pequeño e inútil, que ni siquiera entendía de su oficio, pero pensaba que tendría suerte en aquel asunto, pues, si no, a ver de dónde le iba a venir. Los otros dos le dijeron:

—Anda, quédate en casa, que con tu inteligencia no llegarás muy lejos.

El sastrecillo no se dejó convencer y dijo que, ya que se había hecho a la idea, se las apañaría para salir del aprieto, y partió como si el mundo fuera suyo.

Los tres se anunciaron ante la princesa y dijeron que les propusiera el acertijo, que ellos eran las personas adecuadas, pues tenían una inteligencia tan fina que se la podía enhebrar en una aguja. La princesa dijo entonces:

—Tengo dos clases de cabellos en la cabeza. ¿De qué color son?

El primero dijo:

—Si no es más que eso... Serán blancos y negros, como un paño de los que se llaman de sal y pimienta.

—Falso —dijo la princesa—; que conteste el segundo.

Entonces el segundo dijo:

—Si no son blancos ni negros, entonces serán marrones y rojos como la salsa del asado de mi padre.

—Falso —dijo la princesa—; que conteste el tercero, seguro que éste lo sabe.

Entonces avanzó el sastrecillo de forma impertinente y dijo:

—La princesa tiene en la cabeza un cabello de plata y otro de oro, y esos son los dos colores.

Al oírlo la princesa palideció y estuvo a punto de desmayarse del susto, pues el sastrecillo lo había acertado, cuando ella estaba absolutamente convencida de que ningún hombre en el mundo podría adivinarlo. Pero se recuperó y dijo:

—Con esto no me has conseguido por esposa todavía; aún tienes que hacer otra cosa. Abajo, en el establo, hay un oso: tendrás que pasar la noche con él; si cuando me levante mañana estás todavía vivo, entonces te casarás conmigo.

Ella pensaba que así se libraría del sastrecillo, pues hasta entonces nadie que hubiera caído en las garras del oso había escapado vivo.

El sastrecillo siguió impertérrito, se sentía contento y dijo:

—Quien no se aventura, no pasa la mar.

Al llegar la noche llevaron a nuestro sastrecillo junto al oso. El oso quiso librarse rápidamente del sastrecillo y darle una alegre bienvenida con un zarpazo.

—Tranquilo, tranquilo —dijo el sastrecillo—. Ya verás cómo te tranquilizas.

Entonces, completamente relajado, como si no tuviera preocupación alguna, sacó unas nueces del bolsillo, las partió y se comió los frutos. Al verlo, al oso le entraron también ganas de comer nueces. El sastrecillo metió la mano en el bolsillo y le dio un puñado: pero no eran nueces, sino guijarros. El oso se las metió en la boca, pero por más que mordió no pudo abrir ninguna.

«¡Vaya! —pensó—. ¿Pero qué clase de tarugo eres, que no puedes ni siquiera partir una nuez?» Y dijo al sastrecillo:

—Por Dios, ábreme la nuez.

—¿Pero qué clase de tipo eres tú? —dijo el sastrecillo—. ¿Con una boca tan grande y no puedes siquiera partir una nuez?

Luego cogió las piedras, rápidamente se metió en su lugar una nuez en la boca y, «crac», estaba partida.

—Voy a intentarlo otra vez —dijo el oso—. Después de verlo, creo que yo también podré partirlas.

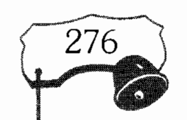
El sastrecillo le volvió a dar los guijarros y el oso lo intentó y mordió con todas sus fuerzas, pero no creáis que lo logró.

Después de esto el sastrecillo sacó un violín de debajo de su chaqueta y tocó una piececita. El oso al oír la música, no pudo por menos de ponerse a bailar y, después de haber bailado un ratito, le gustó tanto el asunto que le dijo al sastrecillo:

—Oye, ¿es difícil tocarlo?

—Esto es un juego de niños. Mira: con los dedos de la izquierda se pisan las cuerdas y con la derecha se mueve el arco. ¡Esto es divertido! ¡Venga alegría!

—Ya me gustaría —dijo el oso— tocar el violín para poder bailar siempre que me apeteciera. ¿Qué te parece? ¿Querrías enseñarme?



—Encantado —dijo el sastrecillo—, si es que tienes habilidad para ello. Pero enséñame antes tus zarpas. Son excesivamente largas. Antes tengo que cortarte un poco las uñas.

Trajo entonces un torno de banco, y el oso metió sus zarpas en él; el sastrecillo se las atornilló fuertemente y dijo:

—Espera hasta que venga con las tijeras.

Dejó gruñir al oso todo lo que le dio la gana, se tumbó en una esquina en un montón de paja y se durmió.

La princesa, al oír por la noche gruñir al oso, creyó que gruñía de alegría y que había mandado al sastrecillo al otro mundo. A la mañana siguiente se levantó despreocupada y alegre, pero, al asomarse, vio al sastrecillo tan contento y como el pez en el agua. Ya no pudo decir nada en contra, porque lo había prometido en público, y el rey mandó venir un carruaje para que fuera con el sastrecillo a la iglesia, donde se celebrarían los esponsales.

Nada más subir a la carroza, los otros dos sastres, que tenían malas entrañas y no soportaban que fuera feliz, fueron al establo y liberaron al oso. El oso, lleno de ira, corrió detrás del carruaje; la princesa, que lo oyó resoplar y gruñir, tuvo miedo y gritó:

—El oso viene detrás de nosotros y quiere pescarte.

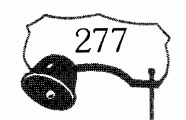
Rápidamente el sastrecillo se puso cabeza abajo, sacó las piernas por la ventana y gritó:

—¿Ves tú el torno del banco? Como te acerques, te meto otra vez en él.

Cuando el oso vio esto, se dio la vuelta y escapó.

Nuestro sastrecillo llegó tranquilo a la iglesia, se casó con la princesa y vivió feliz como una alondra de la pradera. Y quien no lo crea que pague un tálero.





El sol brillante lo sacará a la luz del día

Un aprendiz de sastre viajaba por el mundo buscando trabajo y, como no lo encontraba, llegó a tanto su pobreza que no tenía ni un céntimo para comer. En aquel momento se tropezó en el camino con un judío y, pensando que aquél traería dinero, se olvidó de Dios y se dirigió a él, diciéndole:

—¡La bolsa o la vida!

El judío contestó:

—Déjame con vida, que yo no tengo dinero. No llevo más que ocho cuartos.

Pero el sastre contestó:

—No te creo. Tú tienes dinero y me lo vas a dar.

Y, apoderándose de él, le pegó durante tanto tiempo que le puso a las puertas de la muerte. Cuando el judío estaba a punto de morir pronunció la última frase:

—El sol brillante lo sacará a la luz del día.

Y, diciendo esto, se murió. El aprendiz de sastre le metió la mano en el bolsillo, buscando el dinero, pero no encontró más que los ochos cuartos que le había mencionado el judío. Entonces lo arrojó detrás de un matorral y siguió su camino en busca de trabajo.

Después de haber viajado mucho, llegó a una ciudad en la que encontró trabajo con un maestro; éste tenía una hija muy hermosa, de la que se enamoró, y se casó en ella, viviendo ambos felices y en armonía.

Pasó mucho tiempo y, cuando tenían ya dos hijos, murieron el suegro y la suegra, y la joven pareja heredó toda la hacienda. Una mañana en que el marido estaba en la mesa ante la ventana, le trajo la mujer el café y, según estaba en la bandeja donde se lo había servido, el sol se proyectó encima y el reflejo hacía garabatos en la pared de un lado a otro. El sastre levantó la vista y dijo:

—¡Desde luego, quiere sacarlo a la luz del día, pero no puede!

La mujer dijo:

—¿Qué pasa, querido esposo? ¿Qué es lo que estás pensando?

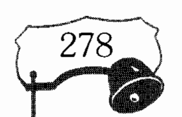
El contestó:

—No te lo puedo decir.

Pero ella insistió:

—Si me quieres, tienes que decírmelo.

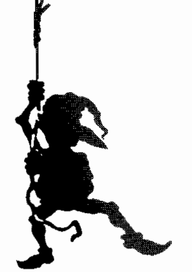
Y con las palabras más dulces le dijo que no se lo diría a nadie y no lo dejó en paz.

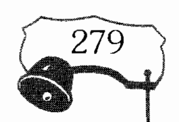


Entonces le contó que hacía muchos años, cuando andaba errante por el mundo sin dinero, había matado a un judío y el judío, en los estertores de la muerte, había pronunciado las palabras: «El sol brillante lo sacará a la luz del día.» Y ahora el sol lo había querido sacar a la luz del día y había iluminado la pared, haciendo garabatos, pero no le había sido posible.

Luego le pidió encarecidamente que no se lo contara a nadie o le costaría la vida. Ella se lo prometió. Pero, cuando él se puso a trabajar, ella fue a casa de su comadre y le confió la historia con la promesa de que no se lo diría a nadie.

Antes de tres días, ya lo sabía toda la ciudad y el sastre fue llevado ante un tribunal y lo juzgaron. Entonces sí que el sol lo había sacado a la luz del día.





La luz azul

Erase una vez un soldado que durante muchos años había servido con fidelidad al rey; cuando se terminó la guerra, y el soldado, a causa de las muchas heridas que había recibido, no pudo servir más, le dijo el rey:

—Puedes volver a tu casa, ya no te necesito. No recibirás dinero alguno, puesto que la soldada sólo la recibe el que me presta un servicio.

El soldado, no sabiendo dónde ganarse la vida, se fue lleno de preocupación y anduvo durante todo el día, hasta que por la noche llegó a un bosque. Cuando se hizo de noche vio una luz; se acercó a ella, y llegó a una casa en la que vivía una bruja.

—Dame albergue y un poco de comer y de beber —le dijo—, si no, me muero.

—¡Vaya, vaya! —contestó ella—. ¿Quién da nada a un soldado licenciado? Sin embargo, si haces lo que te pida, seré compasiva y te acogeré en mi casa.

—¿Qué quieres? —dijo el soldado.

—Que mañana me caves el jardín.

El soldado aceptó. Al día siguiente trabajó con todas sus fuerzas, pero no pudo tenerlo terminado por la tarde.

—Ya veo —dijo la bruja— que hoy no puedes más. Te tendré una noche más, pero a cambio tendrás que partirme mañana un carro de leña y hacerlo trozos.

El soldado empleó todo el día para hacer aquella tarea, y por la noche la bruja le propuso que se quedara otra noche más.

—Aún puedes hacerme un pequeño favor: detrás de mi casa hay un pozo viejo, sin agua, y en él se me ha caído una luz azul que no se apaga. Anda y súbemela.

Al día siguiente la vieja lo condujo al pozo y lo hizo descender en un cesto. Encontró la luz azul y le hizo una señal para que lo subiera. Ella lo subió hasta la superficie, pero cuando estaba casi al borde, extendió la mano y quiso quitarle la luz azul.

—No —dijo al darse cuenta de sus malas intenciones—, no te daré la luz hasta que no haya puesto los dos pies en el suelo.

Entonces la bruja se encolerizó, lo dejó caer otra vez al pozo y se fue.

El pobre soldado cayó, sin sufrir consecuencias, sobre el suelo húmedo, y la luz seguía luciendo, pero ¿de qué le servía a él? Sabía que no podía escapar de la muerte. Durante mucho tiempo

estuvo sentado muy triste; por casualidad metió la mano en el bolsillo y encontró su pipa, que todavía estaba medio llena.

«Este será mi último placer», pensó.

La sacó, la encendió en la luz azul y comenzó a fumar. Cuando el humo había llenado la cueva, apareció de pronto un pequeño hombrecillo negro ante él y le dijo:

—Señor, ¿qué mandas?

—¿Qué tengo que mandar yo? —contestó el soldado, totalmente asombrado.

—Yo tengo que hacer todo lo que tú pidas —contestó el hombrecillo.

—Bueno, pues entonces ayúdame a salir del pozo.

El hombrecillo lo cogió de la mano y lo llevó por un pasadizo subterráneo, pero no olvidó llevarse la luz azul. Por el camino le enseñó todos los tesoros que la bruja había reunido y escondido allí, y el soldado cogió tanto oro como pudo llevarse. Cuando estaba arriba, le dijo al hombrecillo:

—Ahora ve, ata a la bruja y llévala ante el tribunal.

No había pasado mucho tiempo cuando apareció ella montada en un gato salvaje, dando tremendos alaridos y a la velocidad del viento. Tampoco había pasado mucho tiempo cuando el hombrecillo regresó:

—Todo está hecho —dijo—: la bruja está ya en el patíbulo. Señor, ¿qué más ordenas?

—De momento nada —dijo el soldado—. Puedes irte a casa, sólo quiero que estés siempre preparado para cuando yo te llame.

—No es necesario —dijo el hombrecillo—. Cada vez que enciendas la pipa en la luz azul, estaré ante ti.

Dicho esto desapareció de sus ojos.

El soldado regresó a la ciudad de la que había salido. Fue a la posada mejor; se hizo bellas vestiduras, y luego mandó al posadero que le acondicionara una habitación lo mejor posible.

Cuando ya estaba a punto y el soldado se había trasladado a ella, llamó al hombrecillo negro y dijo:

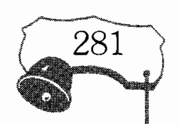
—He servido al rey fielmente, y, sin embargo, él me ha despedido y me ha dejado pasar hambre. Ahora quiero vengarme.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó el pequeño.

—En cuanto caiga la noche, cuando la hija del rey esté en la cama, tráemela dormida hasta aquí, y ella tendrá que servirme.

El hombrecillo dijo:

—Para mí eso es muy fácil, pero para ti es peligroso. Si eso llega a saberse puede costarte caro.



Habían dado las doce cuando se abrió la puerta y el hombrecillo trajo a la princesa.

—¡Qué bien! Eres tú, ¿eh? —dijo el soldado—. ¡Rápido, a la tarea! Coge la escoba y barre la habitación.

Cuando ella terminó, la hizo acercarse a su sillón, le tendió los pies y dijo:

—Quítame las botas.

Se las tiró luego a la cara y ella tuvo que levantarlas del suelo, limpiarlas y darles brillo. Hacía todo lo que le mandaba sin la menor oposición, callada y con los ojos medio cerrados. Al primer canto del gallo, el hombrecillo la devolvió al palacio del rey y la colocó de nuevo en la cama.

A la mañana siguiente, cuando la princesa se levantó, fue a ver a su padre y le contó que había tenido un sueño maravilloso.

—Me llevaron por las calles a la velocidad del rayo al cuarto de un soldado, al que tuve que servir y asistirle y hacerle los trabajos más miserables, como limpiarle la habitación y las botas. Fue sólo un sueño, pero estoy cansada como si lo hubiera hecho de verdad.

—El sueño puede haber sido realidad —dijo el rey—. Voy a darte un consejo: llénate los bolsillos de guisantes y hazte un pequeño agujero en el bolsillo; si vuelven a llevarte se caerán todos y dejarán la huella en la calle.

Mientras el rey hablaba así, el hombrecillo estaba allí presente de forma invisible y lo oyó todo. Por la noche, cuando llevó a la princesa dormida por la calle, se le fueron cayendo los guisantes del bolsillo, pero no pudieron dejar el menor rastro, pues el hombrecillo había esparcido guisantes antes por todas las calles. La princesa tuvo que hacer nuevamente de sirvienta hasta el canto del gallo.

A la mañana siguiente el rey mandó a toda su gente para que siguieran el rastro, pero todo fue inútil, pues en todas las calles había niños pobres sentados que seleccionaban guisantes diciendo:

—Esta noche ha llovido guisantes.

—Tenemos que pensar otra cosa —dijo el rey—. Quédate con los zapatos puestos cuanto te vayas a la cama y, antes de que vuelvas, esconde uno allí, que ya me encargaré yo de encontrarlo.

El hombrecillo oyó la propuesta y, cuando el soldado le pidió por la noche que volviera a traer a la hija del rey, se lo desaconsejó, diciéndole que contra esa argucia no había ningún medio y, si le encontraban el zapato, lo pagaría caro.

—Haz lo que te digo —dijo el soldado.

La princesa volvió a trabajar la tercera noche como sirvienta, pero escondió un zapato detrás de la cama antes de que la devolvieran a casa.

A la mañana siguiente el rey mandó buscar por toda la ciudad el zapato de su hija; lo encontraron en la habitación del soldado, y el soldado, que, a petición del hombrecillo, se había encaminado hacia las puertas de la ciudad, fue pronto apresado y conducido a prisión. En su huida había olvidado lo mejor de sus bienes, la luz azul y el oro, y no tenía más que un ducado en el bolsillo. Estando en la ventana de su prisión, lleno de cadenas, vio pasar a uno de sus camaradas. Dio unos golpecitos al cristal y, cuando el otro se acercó, dijo:

—Si eres tan amable de traerme el hatillo que me he dejado en la posada, te daré a cambio un ducado.

El camarada fue corriendo y le trajo lo pedido. En cuanto el soldado se quedó solo encendió su pipa e hizo venir al hombrecillo negro.

—No tengas miedo —dijo a su amo—, ve a donde te lleven, pero no te olvides de la luz azul.

Al día siguiente se pronunció el juicio sobre el soldado y, aunque no había hecho nada malo, le condenaron a muerte. Cuando lo sacaban le pidió al rey la última gracia:

—¿Cuál? —preguntó el rey.

—Que en el camino me permitáis fumar mi pipa.

—Puedes fumar tres —contestó el rey—, pero no creas que voy a perdonarte la vida.

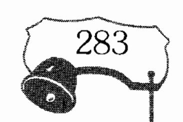
El soldado sacó su pipa, la encendió en la luz azul y, apenas habían subido unas cuantas volutas al cielo, ya estaba allí el geniecillo con un pequeño bastón en la mano y le dijo:

—¿Qué manda mi señor?

—¡Zúmbales hasta que caigan al suelo los jueces falsos y sus alguaciles, y no perdones tampoco al rey, que me ha tratado tan mal!

El hombrecillo actuó como un rayo —tris, tras— dando a diestra y siniestra, de forma que al que le tocaba con el bastón caía al suelo y no se atrevía a moverse más. Al rey le entró miedo, se puso a rogar, y con tal de conservar su vida, le dio al soldado su reino y a su hija por esposa.

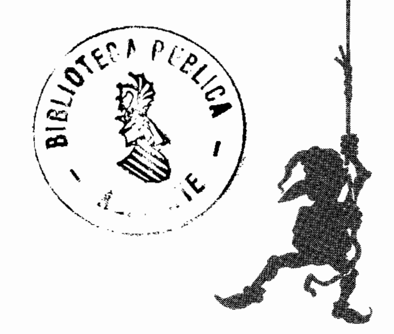


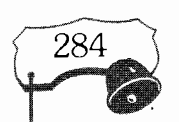


El niño testarudo

Había una vez un niño tan testarudo, que no hacía lo que su madre le mandaba. Por eso Dios no tenía ninguna complacencia en él e hizo que se pusiera enfermo. Ningún médico fue capaz de curarlo, y en poco tiempo estuvo al borde de la muerte.

Después de haberle metido en la tumba y haberle echado tierra encima, salió otra vez su bracito a la superficie. Volvieron a enterrarlo y a echarle tierra fresca encima, pero no sirvió de nada y el bracito volvió a aparecer. Entonces fue la madre a la tumba a darle con una vara al bracito, y en cuanto lo hubo hecho, se metió para dentro y sólo entonces pudo encontrar el niño paz bajo la tierra.





Los tres barberos

Tres barberos *, que pensaban haber aprendido bien su oficio, viajaban por el mundo. Llegaron a una posada para pasar la noche.

El posadero les preguntó de dónde eran y adónde se dirigían.

—Vamos por el mundo en busca de trabajo.

—Mostradme lo que sabéis —dijo el posadero.

El primero dijo que se cortaría la mano y que a la mañana siguiente volvería a estar en su sitio; el segundo dijo que se sacaría el corazón y que a la mañana siguiente volvería a estar en su sitio, y el tercero dijo que se sacaría los ojos y que a la mañana siguiente volverían a estar en su sitio.

—Si sabéis hacer eso —dijo el posadero—, habéis aprendido bien vuestro oficio.

Tenían una pomada que curaba todo lo que untaban con ella, y siempre llevaban con ellos el frasquito donde estaba guardada. Luego se cortaron la mano, se sacaron el corazón y los ojos, como habían dicho, los pusieron juntos en un plato y se los dieron al posadero; el posadero se los dio a la muchacha para que los metiera en un armario y los guardara bien.

Pero la muchacha estaba enamorada en secreto de un soldado. Cuando el posadero, los tres barberos y toda la gente de la casa estaba durmiendo, llegó el soldado y quiso algo para comer. La muchacha abrió el armario y le sacó algo, pero estaba tan enamorada que se le olvidó cerrar la puerta del armario, se sentó con su amor a la mesa y se pusieron a charlar juntos. Estaba allí sentada tan feliz, sin pensar en nada malo; llegó sigilosamente el gato y, encontrando el armario abierto, cogió la mano, el corazón y los ojos de los barberos y se escapó con ellos.

Cuando el soldado terminó de comer y la muchacha fue a quitar la mesa y cerrar el armario vio que el plato que el posadero le había dado para guardar estaba vacío.

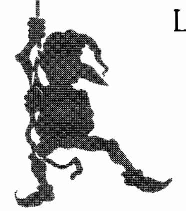
Dijo, entonces, asustada a su novio:

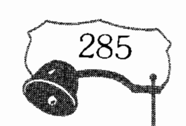
—¡Ay, pobre de mí! ¿Qué voy a hacer? ¡Han desaparecido la mano, el corazón y los ojos! ¿Qué me pasará mañana por la mañana?

—Calla —dijo el soldado—, que yo te sacaré del apuro. Afuera, en el cadalso, hay colgado un ladrón, y le cortaré la mano. ¿Qué mano era?

—La derecha.

Luego le dio la muchacha un cuchillo afilado, se fue al cadal-





so, le cortó al pobre pecador la mano derecha, y la trajo. Luego cogió al gato y le sacó los ojos; ya sólo faltaba el corazón.

—¿No habéis hecho matanza y está la carne del cerdo en el sótano?

—Sí —dijo la muchacha.

—¡Está bien! —dijo el soldado.

Bajó al sótano y trajo un corazón de cerdo. La muchacha lo puso todo junto en el plato y lo colocó en el armario y, cuando su amor se despidió, se echó tranquilamente en la cama.

A la mañana siguiente, se levantaron los barberos y le dijeron a la muchacha que les trajera el plato donde estaban la mano, el corazón y los ojos. Ella se lo trajo inmediatamente del armario. El primero se colocó la mano del ladrón, se la frotó con la pomada y la mano quedó soldada. El segundo cogió los ojos del gato, se los puso en su sitio y quedó curado, y el tercero hizo lo mismo con el corazón del cerdo. El posadero estaba allí y, admirado de su arte, dijo que no había visto cosa igual en toda su vida, que los alabaría y los recomendaría ante todo el mundo. Pagaron sus deudas y prosiguieron su viaje.

Durante el viaje, el que tenía el corazón de cerdo no permanecía siempre a su lado, sino que en cuanto veía una esquina, allí se dirigía corriendo, y olisqueaba como hacen los cerdos. Los otros querían sujetarlo por la punta de la chaqueta, pero no servía de nada, pues se soltaba y corría adonde había la mayor porquería. El segundo se portaba también de forma asombrosa, se frotaba los ojos y decía:

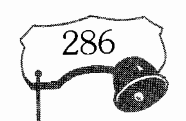
—Compañeros, ¿qué es esto? Estos no son mis ojos, no veo nada. Que me conduzca uno para que no me caiga.

Así siguieron andando, con gran esfuerzo, hasta que al atardecer llegaron a una posada, y entraron en una estancia en la que un rico hombre, sentado en una esquina, estaba contando dinero. El que tenía la mano del ladrón dio vueltas a su alrededor, movió unas cuantas veces bruscamente el brazo y finalmente, cuando el señor se volvió, metió la mano en el montón de dinero y se llevó un puñado del mismo. Uno lo vio y dijo:

—Camarada, ¿qué haces? ¿No te da vergüenza robar así?

—¡Ay! ¿Qué puedo hacer? Me entra un cosquilleo en la mano y tengo que apañar algo, quiera o no quiera.

Luego se tumbaron a dormir y, cuando estaban echados y todo estaba tan oscuro que no se podía ver una mano delante de la otra, se despertó de pronto el que tenía los ojos del gato, despertó a los otros y dijo:

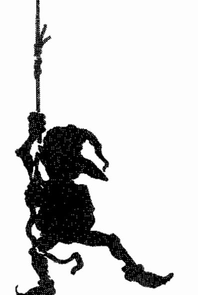


—¡Hermanos, mirad! ¿No veis los ratones blancos que corren por aquí?

Los otros dos se enderezaron, pero no pudieron ver nada. Entonces dijo uno:

—A nosotros nos pasa algo raro; no nos han dado lo que era nuestro. Tenemos que volver adonde el posadero; ése nos ha engañado.

A la mañana siguiente se pusieron en camino de vuelta y le dijeron al posadero que no les había dado lo que era suyo, pues uno tenía una mano de ladrón, el segundo unos ojos de gato y el tercero un corazón de cerdo. El posadero dijo que sería culpa de la doncella y fue a llamarla, pero ella, al ver llegar a los tres, se fue por la portezuela de atrás y no volvió nunca más. Entonces los tres dijeron que les diera mucho dinero, o de lo contrario le quemarían la casa; él les dio lo que tenía y lo que pudo reunir, y los tres partieron con ello. Tuvieron bastante para el resto de sus días, pero les hubiera gustado mucho más tener lo que era suyo.





Títulos publicados

Charles Perrault
Cuentos de antaño

Lyman Frank Baum
El maravilloso mago de Oz

Carlo Collodi
Las aventuras de Pinocho

Antonio Rodríguez Almodóvar
Cuentos al amor de la lumbre (I y II)

Alexandr Nikoláievich Afanásiev
Cuentos populares rusos (I, II y III)

Mark Twain
Las aventuras de Tom Sawyer

Kenneth Grahame
El viento en los sauces

Lewis Carroll
Las aventuras de Alicia

Johanna Spyri
Heidi

Anónimo
Cuentos populares azerbaidjanos

José María Sánchez-Silva
Marcelino Pan y Vino

Félix Salten
Bambi

Jacob y Wilhelm Grimm
Cuentos de niños y del hogar (I y II)







Prosiguiendo su minuciosa labor de recopilación, los hermanos Grimm siguieron recogiendo cuentos, siempre según el mismo método de trabajo, cuyas características principales habían sintetizado en dos: «fidelidad y verdad». Ellos mismos escriben: «No hemos añadido nada de nuestra cosecha, no hemos embellecido ninguna circunstancia o rasgo de la leyenda, sino que hemos reproducido su contenido tal y como lo hemos recibido.» Entre los sesenta y siete cuentos de que se compone este volumen, figuran algunos tan célebres como *Blancanieves, El pájaro de oro* o *La niña de los gansos*. También hallará el lector cuentos humorísticos y disparatados, de tontos y de animales. En algunos apunta el elemento de terror, característico de los cuentos premonitorios o de advertencia.